

se

**BEN
BOVA**

ORION



Lectulandia

John O’Ryan, un ejecutivo de una compañía dedicada a la producción de energía termonuclear, es incapaz de recordar su pasado y su identidad. A través de una hermosa mujer, Aretha, descubre que su verdadero nombre es Orion, el Cazador, un guerrero cuyo destino es combatir con el Señor de las Tinieblas para salvar a la humanidad de su destrucción.

Orion, pues, se enfrentará a su enemigo a través del Tiempo, desde la época de las cavernas prehistóricas hasta la confrontación final bajo la amenaza de una aniquilación nuclear...

Ben Bova

Orión

Orión - 1

ePub r1.0

Titivillus 18.02.2021

Título original: *Orion*
Ben Bova, 1984
Traducción: Josefina Guerrero

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

BEN BOVA

ORION



Al incomparable Alfred Bester

Los personajes y hechos que figuran en esta novela son imaginarios; cualquier semejanza con seres o acontecimientos reales es pura coincidencia

Primera parte

FÉNIX

CAPÍTULO PRIMERO

No soy un superhombre.

Poseo habilidades que exceden a las de cualquier criatura normal, pero soy tan humano y mortal como cualquier otra persona.

Según parece, la esencia de mis aptitudes radica en la estructura de mi sistema nervioso. Puedo asumir un control absoluto y consciente de todo mi cuerpo y dirigir súbitamente mi voluntad por la cadena de sinapsis para lograr que cualquier parte de mi anatomía haga exactamente lo que yo deseo.

El año pasado aprendí piano en dos horas. Mi profesor, un hombrecillo anodino y vulgar, se negaba a creer que yo no hubiese tocado un teclado en mi vida. A comienzos de año asombré a un instructor de taekwondo al aprender en menos de una semana todo cuanto él había asimilado en el curso de una vida de incesante esfuerzo. Intentó mostrarse humilde y cortés, pero era evidente que estaba furioso conmigo y profundamente avergonzado de sí mismo, y por ello abandoné sus clases.

Mis poderes van en aumento. Siempre me ha sido posible controlar los latidos del corazón y la respiración, y creía que era una facultad generalizada entre los humanos hasta que tuve conocimiento de la existencia de los yoguis y sus «místicas» habilidades: para mí sus trucos son juegos de niños.

Hace dos meses acudí a un céntrico restaurante de Manhattan. Como suelo ser un hombre solitario, me tomo el tiempo libre de mediodía bastante tarde para evitar el gentío y el ruido. Eran más de las tres y el local estaba casi vacío. Algunas parejas sentadas a las mesas dispersas hablaban en voz baja. Dos turistas de mediana edad estudiaban cautelosamente el menú francés, recelando de los platos que les resultaban desconocidos. Una pareja de amantes, secretamente amparados en el fondo del local, se cogían furtivamente las manos y miraban hacia la puerta a cada instante. En una mesa próxima a la mía, junto a la entrada del restaurante, se encontraba una hermosa joven. Sus negros y rizados cabellos le cubrían los hombros y sus rasgos acusados y clásicos me hicieron suponer que se trataba de una modelo fotográfica.

La joven me dirigió accidentalmente una mirada tranquila, serena e inteligente que penetró en mi alma. Sus ojos eran grandes, grises como un mar polar, y parecían contener todo el conocimiento del mundo. De pronto

comprendí que yo no era simplemente un ser solitario sino que estaba *solo*. Como un cachorro herido de amor, deseé ardientemente acercarme a su mesa y presentarme.

Pero ella desvió su mirada hacia la puerta. Me volví y vi entrar a un hombre muy atractivo, de cabellos rubios y edad indefinida, entre los treinta y los cincuenta años, que se detuvo un momento junto a la puerta y seguidamente se adelantó hasta la barra, junto a la vidriera, y ocupó un taburete. Aunque vestía de gris y tenía el aspecto conservador de un hombre de negocios, más parecía una estrella de la pantalla o un antiguo dios griego que un ejecutivo de Manhattan que acudiese tempranamente a tomar un cóctel.

Mi belleza de ojos grises se le quedó mirando fijamente, como si fuese incapaz de resistirse a su hechizo. El hombre parecía proyectar un áureo resplandor: se diría que el aire brillaba a su alrededor. En mi más profundo interior comenzó a despertarse cierto recuerdo sepultado en la memoria. Presentí que conocía a aquel hombre, que le había visto hacía mucho tiempo, aunque no lograba recordar dónde, cuándo ni en qué circunstancias.

Volví a concentrar mi atención en la joven que con visible esfuerzo había apartado su mirada del áureo personaje y me observaba curvando levemente las comisuras de los labios en una sonrisa que consideré invitadora. Pero la puerta volvió a abrirse y de nuevo dirigió sus ojos hacia ella.

En el local había entrado otro hombre que fue directamente a la barra y se sentó al otro lado de la curva, situándose de espaldas a la vidriera. Si el primero era un ángel áureo, éste tenía un aspecto tenebroso e infernal: su expresión era torva y siniestra. Bajo sus ropas se adivinaba un cuerpo musculoso, sus cabellos eran negros como el azabache y las espesas cejas conferían a sus ojos una fiera expresión, incluso su voz sonó bronca y desapacible cuando encargó un brandy.

Apuré mi café y decidí pedir la cuenta y detenerme en la mesa de la modelo cuando saliera. Traté de localizar al camarero que me había servido entre los cuatro que merodeaban por las puertas de la cocina, al fondo del restaurante, y que conversaban en una mezcla de francés e italiano: eso me salvó.

Un hombrecillo calvo, que vestía chaqueta negra, cruzó de pronto las puertas batientes de la cocina y lanzó un objeto negro de forma ovoide en pleno restaurante: era una granada de mano.

Lo vi todo como si sucediera en cámara lenta. Ahora comprendo que, de pronto, mis reflejos debieron funcionar a pleno rendimiento actuando con

extraordinaria velocidad. Vi desaparecer al hombre en la cocina, los camareros quedaron inmovilizados por la sorpresa y los clientes siguieron sentados ante las mesas sin interrumpir sus conversaciones ni darse cuenta de que en unos segundos les sobrevendría la muerte. La joven, de la que me separaban algunas mesas, estaba de espaldas al proyectil, pero el barman observaba con fijeza cómo caía el objeto en la alfombra y rodaba pesadamente hacia mis pies.

Lancé un grito advirtiéndolo del peligro, sorteé rápidamente las mesas que había entre nosotros para apartar a la joven modelo del alcance de la explosión, y ambos caímos al suelo, yo encima de ella. El estrépito de la vajilla y la cristalería se perdió entre el estruendo de la explosión: el local se convirtió en un infierno. Se produjo una violenta sacudida y seguidamente la estancia se llenó de humo, de gritos, del calor de las llamas y del acre olor del explosivo.

Me levanté y descubrí que no había sufrido ningún daño. La mesa que había ocupado la muchacha estaba destrozada y la pared que teníamos a nuestras espaldas había quedado destruida por la metralla. Me arrodillé y comprobé que la joven estaba inconsciente: tenía un rasguño en la frente pero, por lo demás, parecía ilesa. Me volví y, a través del humo, vi a los restantes clientes heridos y sangrantes, tumbados en el suelo o recostados contra las paredes. Algunos se quejaban; una mujer sollozaba.

Cogí a la joven en brazos y la saqué a la calle. Seguidamente volví a entrar y puse a salvo a una pareja. Cuando los tendía en la acera entre los fragmentos de la vidriera, comenzaron a llegar la policía y los bomberos haciendo sonar sus sirenas, seguidos por una ambulancia. Me aparté discretamente y dejé paso a los profesionales.

No se veía ni rastro de los dos hombres que se encontraban en la barra: se diría que ambos habían desaparecido en el instante en que estalló la granada. Cuando me levanté del suelo, ya no estaban allí. El barman había quedado seccionado por la mitad a causa de la explosión, pero los dos clientes se habían esfumado.

Mientras los bomberos extinguían los rescoldos encendidos, los policías sacaron otros cuatro cadáveres a la calle y los cubrieron con mantas. Los enfermeros atendieron a los heridos y condujeron a la modelo, que aún seguía inconsciente, a una camilla. Llegaron más ambulancias y se congregó una bulliciosa multitud en torno al escenario en el que se habían sucedido los hechos.

—¡Maldito IRA! —gruñó uno de los policías.

—¿También echan bombas aquí?

—Tal vez se trate de los puertorriqueños —sugirió exasperado otro policía.

—O los servocroatas: ellos hicieron estallar la bomba en la estatua de la Libertad, ¿recuerdas?

Me estuvieron interrogando unos minutos y seguidamente me sometieron a un rápido chequeo en una de las ambulancias.

—Puede considerarse afortunado, señor —manifestó el médico vestido de blanco que me examinó—, ni siquiera se ha despeinado.

¡Decía que podía considerarme afortunado! Me quedé paralizado, como si todo mi cuerpo estuviera inmerso en una niebla densa y envolvente. Podía ver, moverme, respirar y pensar, pero no experimentaba ningún sentimiento. Hubiera querido sentir enojo, desconsuelo o estar asustado, mas me encontraba tan tranquilo como una vaca estúpida que contempla el mundo con plácida mirada. Recordé a la joven que había sido conducida al hospital. ¿Qué me había impulsado a salvarla? ¿Quién era responsable del atentado? ¿Se proponían matarla a ella, o a alguno de los hombres que estaban en la barra?

¿O acaso el atentado había sido perpetrado contra mí?

Por entonces habían llegado dos unidades móviles de televisión y los locutores hablaban con el jefe de policía que dirigía las operaciones; mientras, sus equipos desenfundaban las cámaras portátiles. Una mujer de rasgos angulosos y voz penetrante y nasal me entrevistó brevemente. Respondí como un autómatas a sus preguntas; me sentía torpe y embotado.

Me marché en cuanto la policía me lo permitió, abriéndome paso entre el gentío que se había congregado atraído por el alboroto, y desanduve las tres manzanas que me separaban de la oficina. Entré directamente en mi despacho sin mencionar a nadie lo sucedido y cerré la puerta.

Pasé la tarde sentado ante mi escritorio preguntándome las razones por las que habrían lanzado aquella bomba y cómo había logrado salir ileso del atentado, lo que me indujo a preguntarme por qué disfrutaba yo de semejantes habilidades físicas y si aquellos dos desconocidos que desaparecieron del bar tendrían idénticos poderes. Recordé de nuevo a la joven. Cerré los ojos y evoqué mentalmente la imagen de la ambulancia en la que se la habían llevado: en uno de sus laterales figuraba inscrito el nombre del hospital St. Mercy. Mi ordenador me facilitó rápidamente la dirección del establecimiento. Me levanté del escritorio y salí del despacho; las luces se apagaron automáticamente tras de mí.

CAPÍTULO II

Cuando atravesaba las puertas giratorias del hospital me di cuenta de que desconocía por completo el nombre de la mujer que deseaba visitar. Me quedé inmóvil en el vestíbulo lleno de gente nerviosa y ajetreada y comprendí cuán absurdo sería recurrir a cualquiera de las ya atosigadas recepcionistas. Permanecí perplejo unos momentos sin saber qué hacer hasta que localicé a un policía.

Paso a paso, simulando ser un agente de la compañía aseguradora del restaurante, fui de un agente a otro tratando de obtener información sobre los heridos que habían ingresado hacía unas horas procedentes del atentado perpetrado en el restaurante.

Sólo uno de los policías, un fornido negro de poblados mostachos, me observó con suspicacia y me pidió que me identificara. Le mostré una tarjeta que llevaba perteneciente a una agrupación de seguros que apenas miró, pero que pareció considerar bastante oficial porque se mostró satisfecho, aunque quizá también mi aspecto contribuyera a inspirarle confianza.

Antes de media hora me encontraba en una sala con dieciséis camas, la mitad de ellas vacías. La enfermera de servicio me señaló el lecho donde la joven modelo yacía con los ojos cerrados y un vendaje de plástico de color carne en la frente.

—Sólo puede estar con ella unos minutos —me susurró.

Hice una señal de asentimiento.

—Señorita Promachos —dijo quedamente la enfermera inclinándose sobre el lecho—. Tiene usted visita.

La joven abrió los ojos, aquellos magníficos ojos grises tan profundos como la eternidad.

—Sólo unos minutos —repitió la enfermera alejándose seguidamente con el suave rumor de sus zapatillas sobre las baldosas.

—¡Usted me salvó la vida en el restaurante!

Sentí cómo se aceleraban los latidos de mi corazón, pero no intenté reprimirlos.

—¿Cómo se encuentra? —pregunté.

—Bien, gracias a usted. Sólo he sufrido un corte en la frente y según dicen no será preciso recurrir a la cirugía estética: me han asegurado que no

quedará cicatriz alguna...

—Lo celebro.

La muchacha curvó los labios en una sonrisa.

—... Y algunas magulladuras en el cuerpo y las piernas que me produje en mi caída.

—¡Oh, lo siento!

Ella se echó a reír.

—¡De ningún modo! Si usted no me hubiera tirado al suelo...

Interrumpió su risa y su hermoso rostro se ensombreció. Me aproximé al lecho.

—Me alegro de que sus heridas no sean graves. —Hice una pausa y añadí —: Aún desconozco su nombre.

—Aretha —dijo—. Llámeme Aretha.

Se expresaba en un suave susurro con voz muy femenina, sin estridencias ni disonancias.

No me preguntó cómo me llamaba: en lugar de ello me observó con expresión al parecer tranquila, aunque llena de expectación, como si esperara que yo dijese algo importante. Empecé a sentirme confundido e incómodo.

—No sabes quién soy, ¿verdad? —preguntó.

Sentí la boca seca.

—¿Debería saberlo?

—¿No lo recuerdas?

Deseaba preguntarle qué debía recordar pero, en lugar de ello, negué con la cabeza.

Ella tendió el brazo y me cogió la mano: sus dedos estaban fríos y su contacto me resultaba tranquilizador.

—No te preocupes —dijo—. Te ayudaré: para eso estoy aquí.

—¿Para ayudarme?

Me sentía terriblemente confundido. ¿Qué querría decir?

—¿Recuerdas a los dos hombres que estaban sentados en la barra?

—¿El rubio...?

La imagen de aquel hombre se había grabado en mi memoria.

—Y el otro, el moreno. —Su expresión se había ensombrecido—. ¿Recuerdas al otro?

—Sí.

—Pero no logras acordarte de quiénes son, ¿verdad?

—¿Debería acordarme de ellos?

—Sí —repuso estrechándome la mano con fuerza—. Debes hacerlo.

—¡No sé quiénes son! ¡No los había visto en mi vida!

La joven dejó caer pesadamente la cabeza en la almohada.

—Los conoces, pero no puedes recordarlos.

Distinguí nuevamente un suave rumor de pisadas que anunciaban la proximidad de la enfermera.

—Todo es muy confuso —dije a Aretha—. ¿Por qué se produjo el atentado en el restaurante? ¿Quién hay detrás de todo esto?

—Eso no importa: me encuentro aquí para ayudarte a recordar tu misión. Lo sucedido esta tarde es trivial.

—¿Trivial? ¡Han muerto cuatro personas!

La voz siseante de la enfermera interrumpió nuestra conversación.

—La visita ha terminado. La señorita Promachos necesita descansar.

—Pero...

—¡Digo que la señorita necesita descansar!

Aretha me sonrió.

—No te preocupes. Vuelve mañana y te lo explicaré todo.

Me despedí de ella a regañadientes y salí del hospital.

Recorrí lentamente el laberinto de pasillos llenos de gente sin prestar atención a aquellos que pasaban velozmente por mi lado. Sus historias personales, sus dolores y aflicciones eran tan remotos para mí como la estrella más lejana. Me bullía la mente, ardía de impaciencia por los tentadores retazos de información que Aretha me había facilitado.

¡Ella me conocía! Nos habíamos visto antes y yo debería recordarla a ella y a los dos hombres que estaban en el restaurante, pero tenía la mente en blanco como la pantalla vacía y desconectada de un ordenador.

En el instante en que bajaba la escalera principal del hospital y trataba de localizar un taxi, decidí que no iría a mi casa: en lugar de ello ordené al chófer que me condujese a las oficinas de la empresa donde trabajaba y en las que se encontraba archivado mi historial.

Mis datos personales eran corrientes: me llamaba John G. O’Ryan, lo que siempre me había hecho sentirme algo incómodo, como si no fuera un nombre apropiado para mí, mi auténtico nombre. John G. O’Ryan. No me sonaba bien. Era jefe de Investigación de Mercados de la Continental Electronic Corporation, una empresa multinacional que manufacturaba láseres y equipos de alta tecnología. Según mi historial, que aparecía en la pantalla de mi ordenador de sobremesa, yo tenía treinta y seis años, aunque siempre me había sentido más joven...

¿Siempre?

Traté de recordar mi trigésimo cumpleaños y descubrí sobresaltado que no podía. Sí tenía muy presente mi trigésimo tercer cumpleaños porque pasé aquella noche con Adrienna, la secretaria particular del jefe: aquélla había sido una ocasión memorable. Adrienna fue trasladada a las oficinas que la compañía tenía en Londres pocas semanas después y desde entonces me había entregado totalmente a los ordenadores y a mi trabajo. Me esforcé inútilmente por recordar el rostro de Adrienna, pero sólo acudía a mi mente un confuso recuerdo de cabellos negros, un cuerpo ágil y fuerte y brillantes ojos grises.

Más allá de mi trigésimo tercer cumpleaños tenía la mente en blanco. Fruncí el entrecejo concentrándome tan intensamente que me dolieron los músculos de las mandíbulas, pero aun así mis recuerdos no se remontaron más allá de tres años. Desconocía quiénes habían sido mis padres y no tenía recuerdos de la infancia y ni siquiera contaba con amigos fuera del reducido círculo de conocidos de la oficina.

Un frío sudor bañó mi cuerpo. Me pregunté quién era y por qué era así.

Permanecí largas horas sentado en mi pequeño despacho mientras se intensificaban las sombras, a solas en el tranquilo y reducido ámbito dotado de aire acondicionado y amueblado a base de metal y piel, tras la reluciente mesa de caoba brasileña, fijando la mirada en mis datos reflejados en la pantalla del ordenador, en la que aparecía escasa información: algunos nombres, fechas y escuelas, ninguno de los cuales significaba nada para mí ni despertaban el menor vestigio en mi memoria.

Levanté los ojos hasta la pulida superficie cromada de la pared de enfrente donde se reflejaba mi imagen. John G. O’Ryan me devolvió su mirada: un rostro extraño con densa cabellera negra, de aspecto más bien vulgar y con cierto aire mediterráneo (¿de dónde procedía, pues, el O’Ryan?), con una estatura que rondaba el metro noventa y que vestía con elegancia el uniforme característico de los ejecutivos: un traje azul oscuro de tres piezas, camisa blanca y corbata —impecablemente anudada— de tono amarronado.

Según se desprendía de mi historial, había sido un excelente atleta en la escuela y me seguía sintiendo fuerte y vigoroso, pero era muy «normal». Podía sumergirme en una multitud y pasar totalmente inadvertido.

¿Quién era yo? No podía liberarme de la sensación de que me habían colocado allí, que me habían situado en aquella vida hacía tan sólo tres años, valiéndose de algún poder o algún medio que había borrado de mi memoria toda mi anterior existencia.

Comprendí que tenía que descubrir quién o qué me había instalado allí y que Aretha tenía la clave de mi pasado: ella lo conocía y quería

comunicármelo. El corazón me latía con fuerza, mi respiración se había acelerado y estaba casi jadeante. Experimentaba cierta emoción y durante algunos minutos me deleité en ello. Pero luego, con un esfuerzo intencionado, reduje el nivel de adrenalina de mi riego sanguíneo, apacigué los latidos de mi corazón y regularicé mi respiración.

En cierto modo comprendía que la bomba me había estado destinada. Con ella no pretendían desembarazarse de Aretha ni de ninguna otra persona, sino de mí: alguien había tratado de asesinarme. Con la absoluta certeza de un instinto nato, intuí que tratar de descubrir mis orígenes significaría un peligro mortal para mí, tal vez la muerte. Pero no podía volver atrás: tenía que indagar cuáles eran mis antecedentes. Y comprendí que quienquiera que yo hubiera sido, fuese cual fuese mi pasado, en él debían estar implicados no sólo Aretha, sino también aquellos dos hombres, el de aspecto angelical y el tenebroso. Tal vez uno de ellos, quizá ambos, habían tratado de matarme.

CAPÍTULO III

La mañana siguiente a la que se produjo el atentado en el restaurante entré resueltamente en la oficina a las nueve en punto, algo más tarde de lo habitual, y me vi obligado a atajar la curiosidad de mi secretaria y de algunos compañeros que habían tenido conocimiento de lo sucedido por el informativo nocturno de televisión o que enarbolaban los periódicos de la mañana en cuyas páginas aparecía mi fotografía entre los heridos y los muertos.

Me senté ante mi escritorio y encargué a mi ordenador que telefonease al hospital. El ordenador, con el cálido acento de una experimentada actriz de carne y hueso, me transmitió la respuesta de que las horas de visita eran de dos a cuatro y de seis a ocho de la tarde y que al parecer la señorita Promachos disfrutaba de excelentes condiciones aunque no podía acudir al teléfono porque el doctor la examinaba en aquellos momentos.

Dejé un mensaje indicando que acudiría a las dos. Por la mañana realicé el trabajo de toda una jornada. Ignoro por qué razón, pero me sentía maravillosamente, como si me hubiesen quitado una venda de los ojos o de pronto se hubiera abierto una ventana descubriéndome un paisaje encantador. Comprendía que mi mente estaba prácticamente en blanco, que desconocía quién era y por qué me encontraba allí. Adivinaba que probablemente mi vida corría los mayores peligros, pero incluso esa certeza me parecía maravillosamente estimulante. Veinticuatro horas antes yo era como un autómatas: no experimentaba emociones, ni siquiera sospechaba que gran parte de mi memoria estuviera en blanco; me comportaba simplemente como un ser vivo, respiraba, pero no sentía. En cambio, en aquel momento era como si me hubiese remontado a la superficie del mar, magníficamente iluminada por el sol, tras haber pasado largo tiempo sumergido en sus lóbregas profundidades.

Durante la hora del almuerzo estuve trabajando: me sentía demasiado excitado para comer, como un adolescente que aguarda ansioso la hora de su primera cita. Salí de la oficina poco antes de las dos y conseguí un taxi entre el denso gentío que transitaba por la avenida. Me esforcé por reprimir mi impaciencia mientras que el vehículo se dirigía al hospital St. Mercy sorteando el agobiante tráfico vespertino.

—La señorita Promachos se ha marchado hace una media hora — manifestó la enfermera que montaba guardia en el mostrador, a la entrada de la sala.

La noticia me sorprendió como si hubiera recibido un mazazo en pleno cráneo.

—¿Que se ha marchado?

—Sí. ¿Es usted el señor O’Ryan?

Hice una señal de asentimiento.

—Le ha dejado un mensaje.

La mujer me tendió un papel doblado en el que figuraba mi nombre escrito a lápiz con unos trazos que parecían haber sido garabateados apresuradamente. Desplegué la hoja y leí la nota: *No dispongo de tiempo. El Oscuro...* Y en un garabato casi indescifrable añadía: *Subterráneo*.

Arrugué el papel en la mano.

—¿Cuánto hace que se ha marchado? —pregunté.

La enfermera era una gata vieja: su astuta mirada me hizo comprender que no deseaba verse implicada en un triángulo amoroso.

—¿Cuánto? —insistí.

Consultó el reloj digital que estaba en la pared de enfrente.

—Hace exactamente veinticuatro minutos.

—¿Quién la acompañaba?

—Ignoro su nombre. Firmó ella misma.

—¿Qué aspecto tenía el hombre que la acompañaba?

Dudó unos instantes debatiéndose entre encontrados sentimientos.

—Era grande, no tan alto como usted, pero... *grande*. ¿Digo grande? ¡Corpulento como un acorazado! Parecía un mafioso: su aspecto era siniestro. Imponía su sola presencia.

—¿Era moreno, de cabellos negros y espesas cejas?

—En efecto —asintió la mujer—, pero la señorita no parecía asustada. Yo sí lo estaba, pero ella no, en absoluto. Se comportaba como si le conociese, como si fuese un pariente suyo.

La enfermera desconocía dónde habían podido dirigirse. Según las normas del hospital, no estaba autorizada a facilitarme las señas de Aretha, pero apenas se resistió a mi insistencia. El hombre la había impresionado profundamente.

Otro taxi me condujo a la dirección que la enfermera me había facilitado, muy lejos, en las proximidades del puente de Brooklyn. El chófer, un latinoamericano, se introdujo hábilmente en el laberinto callejero del Lower

East Side. Le despedí y anduve varios bloques buscando el apartamento de Aretha.

Aquellas señas no existían: la información era falsa. Me detuve en una esquina. Comenzaba a sentir que las ropas que vestía eran demasiado formales para aquel lugar en el que todos llevaban tejanos, monos, camisetas e incluso chales aprovechados de antiguos manteles. No temía ser víctima de un atraco. Supongo que podía haberme asustado tal perspectiva, pero no era así. Estaba intensamente concentrado, tratando de imaginar por qué había dado Aretha una dirección falsa en el hospital. Estaba convencido de que la enfermera me había dicho la verdad y de que había sido la propia Aretha quien había facilitado unos datos erróneos.

Subterráneo. ¿Qué habría querido decir con ello? Subterráneo. Consulté mi reloj. Hacía casi una hora que habían salido del hospital. En aquel espacio de tiempo podían haber ido a cualquier lugar en la enorme y populosa ciudad.

—Me gusta tu reloj.

Sentí en mi espalda la punta de una navaja y en la nuca el fétido aliento del hombre que la empuñaba.

—¡Quiero ese reloj! —murmuró tratando de infundirme temor.

No estaba dispuesto a permitir que me asaltasen en la calle llena de gente y en pleno día. El hombre estaba muy cerca de mí y oprimía el arma contra mis riñones, dispuesto a hundirla en mi cuerpo sin que ninguno de los numerosos transeúntes que pasaban por mi lado se diese cuenta de lo que allí sucedía.

—¡Dame el reloj y mantén el pico cerrado!

Levanté las manos como si fuera a quitarme el reloj de la muñeca y giré rápidamente en redondo propinándole un codazo en el abdomen y un golpe con el dorso de la mano en el puente de la nariz. La navaja cayó al suelo y el hombre se desplomó de rodillas sin poder proferir un gemido por el impacto del codazo. De su nariz rota manaba abundante sangre que manchaba sus harapientas ropas y salpicaba la acera. Le así por un mechón de los sucios cabellos y eché atrás su cabeza: tenía el rostro ensangrentado.

—¡Lárgate de aquí antes de que me impaciente! —le dije. Y de una patada lancé la navaja a la alcantarilla.

El hombre se puso en pie tambaleándose, con los ojos desorbitados por el pánico y la impresión recibidas, y se marchó cojeando.

Algunos transeúntes me miraron, pero nadie dijo palabra ni mostró ningún intento de intervenir: no en vano me encontraba en el distrito más conflictivo de la ciudad.

Me repetía en la mente la palabra *subterráneo*. Y, de repente, oí retumbar con estrépito el metro bajo mis pies y el chirrido de sus ruedas en los raíles metálicos y relacioné aquella palabra con el medio de transporte. Junto a la puerta principal del hospital había una estación de metro y en la acera, frente al lugar donde me encontraba, distinguí el acceso a otra estación. Crucé la calle como una exhalación dejando tras de mí un coro enfurecido de bocinas y las maldiciones de los conductores y bajé atropelladamente la escalera. En la sucia y maloliente estación estuve examinando uno tras otro los mapas donde figuraban las redes de los distintos servicios hasta encontrar uno que resultaba ilegible bajo los *graffitis* pintados con esprays y descubrí que, efectivamente, una roja línea conectaba la estación del hospital con aquella en la que me encontraba.

Subterráneo. Habrían cogido el metro y se habrían apeado en aquella estación: estaba convencido de ello. Por aquella razón me había escrito Aretha apresuradamente su mensaje.

Pero ¿dónde se encontraban en aquellos momentos? ¿Adónde se habían dirigido desde allí? Un tren de cuatro vagones entró en la estación chirriando con estrépito hasta que por fin se detuvo. Los vagones estaban decorados con pinturas chillonas, caricaturas y los nombres de los «artistas». Comencé a escudriñar las pintadas que aparecían en los costados de los vagones, tratando de descifrar algún mensaje en ellas, presa de la más profunda desesperación. Las puertas se abrieron con un silbido y la gente salió en tumulto. Me dirigí hacia el primer vagón, pero un negro que lucía el uniforme de la compañía me advirtió:

—Este es el final de la línea. El vehículo va a retiro. El próximo tren que regresa dentro de cinco minutos se encuentra a esta misma altura en el otro extremo del puente.

Las puertas se cerraron con otro silbido y el tren vacío se alejó pesadamente del andén perdiéndose chirriante en un recodo de la vía. Agucé cuidadosamente el oído tratando de diferenciar los distintos sonidos que resonaban en la estación: conversaciones, la radio de algún muchacho difundiendo estridente música de rock, las sonoras carcajadas de un trío de adolescentes... El tren rodeó aquella curva, se perdió de vista y finalmente se detuvo. Como había dicho el empleado, quedaba fuera de servicio. Los trenes que se retiraban de la circulación se estacionaban en aquella vía hasta que volvían a necesitarse.

Miré en tomo y comprobé que nadie me prestaba atención. Acudí al extremo del andén que se abovedaba sobre la verja metálica obstaculizando el

acceso a las vías y bajé la escalerilla que conducía al fondo del túnel. Los peldaños, las paredes y la barandilla estaban revestidos de una capa de mugre y grasa acumulados año tras año. El suelo del túnel recordaba a una alcantarilla surcada por las vías.

A la confusa luz observé que el tercer raíl, que estaba electrificado y transmitía la corriente necesaria para la circulación de los trenes y podía fulminar a cualquiera que lo tocara, estaba cubierto con una tarima. Anduve sobre ella con los zapatos mojados por la apesosa humedad del suelo.

A lo lejos se oía un tren. Me resguardé en uno de los huecos que aparecían de trecho en trecho para guarecerse en ellos. De pronto me sentí deslumbrado por los focos de la máquina y su ensordecedor silbido; me apreté contra la mugrienta pared y dejé pasar aquel monstruo articulado. Pese a encontrarme prevenido, el estrépito de los vagones pasando tan cerca de mí me dejó sin respiración.

Hice un esfuerzo por sobreponerme y, cuando el vehículo se perdió de vista, seguí a lo largo de la vía. Al girar el recodo me encontré unos doce trenes fuera de servicio, estacionados uno junto al otro, llenos de inscripciones y dibujos. Las luces, muy altas y distanciadas entre sí, proyectaban su débil y confusa iluminación entre la torva oscuridad reinante.

Comprendí que tenían que encontrarse allí. Me detuve a escuchar conteniendo el aliento, pues entre tanta oscuridad resultaba inútil forzar la visión.

Percibí unos sonidos que me sugirieron el rápido deslizamiento de algún cuerpo duro arrastrándose sobre las vías metálicas y, a continuación, unos nerviosos chillidos. Algo pasó rozándome el tobillo. Aparté el pie instintivamente y estuve a punto de perder el equilibrio sobre los oscilantes maderos que cubrían el raíl eléctrico.

Eran ratas. Me esforcé por distinguir algo entre las sombras y descubrí sus siniestros y enrojecidos ojos fijos en mí. Había muchísimas ratas.

Entonces oí unas voces. Al principio no logré distinguir sus palabras, pero luego advertí que una de ellas era femenina y que la otra sonaba áspera, desabrida y amenazadora. Al instante comprendí que pertenecía al hombre moreno que había visto tan brevemente en el restaurante.

Avancé lo más silenciosamente posible guiándome por el sonido de las voces, haciendo caso omiso de las malignas miradas de las ratas que acechaban entre las sombras, a mi alrededor.

—¿Qué le has dicho? —insistía la voz del hombre.

—¡Nada!

—¡Quiero saber hasta qué punto le has informado!

—¡No le he dicho nada!

Sin duda alguna se trataba de Aretha. A continuación, la oí jadear y sollozar asustada.

—¡Confiesa!

Olvidando todo intento de cautela corrí sobre los desiguales y sueltos maderos en dirección al punto de donde partían sus voces. Aretha sofocó un grito de desesperación mientras que yo corría entre dos trenes parados, a cuyo extremo los descubrí entre un círculo de luz.

Se encontraban al final del túnel. La muchacha estaba sentada en el sucio suelo, tenía los brazos atados en la espalda y seguía llevando la frente vendada. El hombre moreno se inclinaba sobre ella, casi sumergido en las sombras. La rodeaban miles de ratas y los pies y las piernas, desnudos, le sangraban. Tenía la blusa desgarrada y una enorme rata de aspecto maligno apoyada sobre sus cuartos traseros intentaba alcanzarle el rostro.

Lancé un rugido y corrí hacia ellos sin decir palabra. El hombre se volvió hacia mí mirándome perversamente con sus ojos enrojecidos como los de las mismas ratas y pareció reconocerme. Y mientras yo corría por el túnel a su encuentro, se sumergió en la oscuridad.

Aunque estaba desarmado pateé salvajemente el enjambre de ratas que rodeaban a Aretha. Me incliné y las así a pares con las manos arrojándolas con todas mis fuerzas contra las paredes. Giraba a uno y otro lado, pateándolas, golpeándolas, desperdigándolas en todas direcciones. Las alimañas huían chillando, y se refugiaban en las protectoras sombras.

De pronto desaparecieron por completo y el hombre con ellas. Contemplé a Aretha, que estaba a mis pies con mirada inexpresiva: tenía seccionada la garganta y su roja sangre me salpicaba los zapatos y los pantalones.

Me arrodillé y la levanté del suelo, pero ya era tarde: estaba muerta.

CAPÍTULO IV

Durante dos días sufrí una especie de conmoción a causa de los incidentes sufridos, esforzándome por reprimir mis sentimientos hasta tal punto que no sentía nada. Me vi sometido a interrogatorios policiales, tuve que superar las pruebas del detector de mentiras, exámenes médicos y análisis psiquiátricos, y actué como un robot, respondiendo a preguntas y estímulos sin ninguna muestra aparente de emoción.

Ignoro por qué razón no mencioné a nadie la existencia de aquel siniestro personaje que había causado la muerte de Aretha. Él la había asesinado controlando de algún modo las ratas que le seccionaron la yugular, utilizándolas como si se tratase de un arma mortífera. Pero no le mencioné en absoluto: me limité a declarar a la policía y a los médicos que había seguido a Aretha desde el hospital y que la encontré entre las vías del metro cuando la atacaban las ratas, pero que llegué demasiado tarde para salvarla. Por lo menos esta última declaración era cierta.

Desde algún lugar profundamente soterrado en mi conciencia comprendía que no debía mencionar a aquel ser siniestro y malvado. Muy en el fondo, donde aún se acumulaban incandescentes los rescoldos de mi furia, sabía que si mencionaba su existencia aumentarían mis problemas con la policía y los psiquiatras y creí preferible seguir su rastro y ser yo quien le encontrase: me proponía darle su merecido con mis propias manos.

De modo que oculté los hechos. Los policías que me interrogaron no eran unos necios: sabían perfectamente que una mujer no deambula por los túneles de los metros arriesgándose a ser atacada por las ratas, seguida por alguien que hasta el día anterior era un desconocido, cuando ambos han sido víctimas de un atentado terrorista.

Manifestaron claramente su incredulidad y sus deseos de someterme al detector de mentiras. Accedí a ello y respondí a sus preguntas con absoluta frialdad, como si me estuvieran preguntando la hora o el color del cielo. Como era de esperar, el detector les informó de cuanto yo deseaba que supieran: no me costó ningún esfuerzo controlar mis pulsaciones ni mi sudoración.

Después de pasarme la noche en Bellevue sometido a observación psiquiátrica, la policía me puso en libertad a regañadientes. Regresé a mi

apartamento y telefoneé a mi patrón informándole de que al día siguiente acudiría a trabajar a la hora de costumbre. Pareció sorprendido y me preguntó cómo me sentía tras las dos pruebas a que me había enfrentado aquella semana.

—Estoy perfectamente —repuse.

Era cierto. Estaba físicamente ileso y controlaba estrictamente mis sentimientos, quizá demasiado.

—¿Seguro que no desea tomarse un descanso el resto de la semana? —me preguntó el jefe, cuyo aspecto, generalmente hosco, aparecía dulcificado en la pequeña pantalla telefónica.

—No, me siento perfectamente. Mañana por la mañana nos veremos. Confío que mi ausencia no haya dificultado en exceso la buena marcha de la oficina.

El hombre intentó aligerar la situación.

—¡Oh, podemos arreglarnos sin usted... por poco tiempo! Nos sentiremos muy satisfechos de tenerle entre nosotros.

—Gracias.

En el instante en que colgué el receptor, mis pensamientos se alejaron de la oficina y se centraron en el problema de encontrar al asesino de Aretha, el hombre cetrino. Y también al hombre rubio. Ambos formaban parte de... ¿qué? Según había insinuado la muchacha, de mi propia vida.

Intenté recordar cómo se habían comportado en el restaurante. Estaba seguro de que no habían cruzado una sola palabra. Pensándolo bien, ni siquiera se habían mirado. Más aún, la única vez que cruzaron sus miradas no brillaba en ellas la amistad. Durante la brevísima fracción de un segundo sus ojos habían expresado un vínculo nacido del odio más profundo.

Era indudable que se conocían y que se odiaban. Comprendí que si lograba dar con uno de ellos, el otro no se encontraría lejos.

¿Cómo averiguar el paradero de dos individuos en una ciudad que contaba con siete millones y medio de habitantes? ¿Y si mis conclusiones fueran erróneas? Acaso estuviera loco y había provocado yo mismo la muerte de Aretha como habían insinuado los policías en sus prolongados interrogatorios. ¿Por qué no lograba recordar nada más allá de hacía tres años? ¿Era víctima de la amnesia, un paranoico, un loco que elaboraba mentalmente fantasías criminales? Tal vez hubiera inventado yo mismo a los dos hombres, creando imaginarias criaturas de luz y oscuridad en los torturados surcos de mi propio cerebro.

Sólo existía una respuesta a todas aquellas preguntas. Me pasé toda la noche en vela tratando de descubrir esa simple respuesta. Lo cierto era que nunca había sido muy dormilón: solía bastarme con una o dos horas de sueño. Con frecuencia pasaba varias noches seguidas echando sólo breves cabezadas. Mis compañeros de trabajo solían quejarse bromeando de la cantidad de trabajo que me llevaba a casa, aunque en ocasiones las bromas tomaban un cariz sarcástico.

Al día siguiente, una vez hube saludado a los empleados y eludido sus preguntas y miradas de sorpresa, me encerré en mi despacho y telefoneé inmediatamente al médico de la empresa. Cuando apareció su rostro en la pequeña pantalla, me pareció ligeramente alarmado.

—¿Se trata de los problemas que ha tenido durante estos días con la policía? —me preguntó.

—Sí —repuse—. Me siento algo agitado por todo ello.

Lo cual era absolutamente cierto.

El hombre me examinó atentamente a través de sus gafas.

—¿Agitado? ¿Agitado usted? ¿El imperturbable O’Ryan?

No respondí.

—Hum. Bien, supongo que recibir una granada de mano en la sopa agitaría a cualquiera. Y, por añadidura, ver morir de aquel modo a la joven debió de ser algo espantoso.

Seguí guardando silencio y manteniendo una actitud inexpresiva. El médico aguardó unos segundos a que yo dijese algo, pero cuando comprendió que no iba a añadir palabra murmuró algo entre dientes y se volvió ligeramente para consultar sus archivos.

Seguidamente me facilitó el nombre de un psiquiatra. Le telefoneé tratando de concertar una cita para aquella misma tarde. El hombre intentó aplazarla, pero mencioné el nombre de la empresa y de nuestro médico y alegué que sólo le entretendría unos momentos para un breve cambio de impresiones.

La consulta fue muy rápida. Cuando le hablé de mi falta de memoria me remitió rápidamente a otro psiquiatra, un especialista en tales problemas.

Pasé varias semanas yendo de un psiquiatra a otro hasta que finalmente encontré el que necesitaba. Fue el único que accedió a verme en seguida, sin vacilaciones, el mismo día que le telefoneé, como si hubiera estado esperando mi llamada. Su teléfono no disponía de pantalla, pero no me fue necesaria: sabía cuál sería su aspecto.

—Tengo muchos compromisos contraídos —dijo con su magnífica voz de tenor—, pero si puede pasar por mi consultorio esta noche sobre las nueve, podré atenderle.

—Muchas gracias, doctor —repuse—. Hasta entonces.

Cuando llegué, el piso estaba totalmente vacío. Abrí la puerta que daba acceso a la antesala y no encontré a nadie. En el exterior estaba oscuro y allí no había ningún tipo de iluminación: todo eran sombras y tinieblas, tan sólo llegaba el resplandor de las luces de la calle. El mobiliario era anticuado y la pared estaba llena de estanterías repletas de libros. No se veían enfermeras ni recepcionistas: no había nadie.

Un pequeño distribuidor conducía a una hilera de despachos, al final del cual se distinguía un débil resplandor luminoso procedente de una puerta semientornada. Me aproximé a ella y la abrí.

—¿Está usted aquí, doctor? —pregunté sin atribuirle el nombre que aparecía en la puerta y que me constaba que no era el suyo.

—¡Adelante, O’Ryan! —exclamó con su espléndida voz de tenor—. Pase, por favor.

Me encontraba ante el hombre rubio del restaurante. El despacho era de dimensiones reducidas y su decoración excesiva. Constaba de dos divanes, un imponente escritorio, gruesos cortinajes y mullidas alfombras. El hombre estaba sentado al otro lado de la mesa y me sonreía lleno de expectación. La única iluminación de la estancia consistía en una pequeña lámpara de pie situada en un rincón, pero el hombre irradiaba un áureo resplandor.

Vestía una sencilla camisa con el cuello desabrochado y no llevaba chaqueta. Era hermoso, tenía anchas espaldas y parecía capaz de enfrentarse a cualquier cosa. Sus manos, cruzadas sobre la mesa, en lugar de proyectar sombras difundían cierta claridad.

—Siéntese, O Ryan, por favor —dijo tranquilamente.

Advertí que estaba temblando. Hice un esfuerzo para dominar mis reflejos y ocupé el sillón de piel que estaba frente a su asiento.

—¿Tiene usted problemas con su memoria?

—Sabe muy bien cuál es mi problema —repuse—. No perdamos tiempo.

Arqueó una ceja e intensificó su sonrisa.

—Éste no es su despacho, todo esto nada tiene que ver con usted. De modo que, puesto que conoce mi nombre y el suyo no es el que aparece en la placa de la puerta, ¿querrá decirme quién es usted y quién soy yo?

—Eres muy práctico, te has adaptado excelentemente a esta cultura —repuso recostándose en la silla giratoria—. Puedes llamarme Ormuzd.

Comprenderás que, en realidad, los nombres no significan gran cosa, pero puedes llamarme de ese modo.

—Ormuzd.

—Sí. Y ahora voy a explicarte algo acerca de tu nombre. Lo pronuncias indebidamente. En realidad te llamas Orión... como la constelación estelar. Orión.

—El Cazador.

—¡Exactamente! Veo que has comprendido. Orión, el Cazador. Tal es tu nombre y tu misión.

—Explíqueme algo más.

—No es necesario —replicó—. Ahora ya sabes cuanto debes saber. La información está almacenada en tu memoria, pero la mayor parte ha quedado bloqueada en tu subconsciente.

—¿Y ello a qué se debe?

Su rostro se ensombreció.

—Son muchas cosas que no puedo explicarte todavía. Has sido enviado en una misión persecutoria que consiste en encontrar a Ahrimán, el Oscuro.

—¿El hombre que estaba en el restaurante con usted?

—Exactamente: Ahrimán.

—Ahrimán. —Así pues, aquél era su nombre—. Él fue quien mató a Aretha.

—Sí, lo sé.

—¿Quién era ella?

Ormuzd se encogió levemente de hombros.

—Un mensajero, carece de importancia para...

—¡Para mí era muy importante!

Me observó con una nueva expresión en sus pálidos ojos dorados. Parecía casi sorprendido.

—Sólo la viste un momento en el restaurante...

—Y aquella tarde en el hospital. —Y añadí—: Y al día siguiente... —me interrumpí—, al día siguiente la vi morir. *Él* la mató.

—Otra razón adicional para que busques al Oscuro —dijo Ormuzd—. Tu misión consiste en encontrarle y destruirle.

—¿Por qué? ¿Quién me envió aquí? ¿Desde dónde?

Se irguió en su asiento y reapareció en sus labios la sonrisa autosuficiente.

—¿Por qué? Para salvar a la raza humana de la destrucción. ¿Quién te envió aquí? Fui yo. ¿Desde dónde? Desde unos cincuenta mil años en el futuro de este tiempo actual.

Debía mostrarme sorprendido, impresionado o, por lo menos, escéptico. Pero en lugar de ello me sentía aliviado. Era como si lo hubiera sabido en todo momento y que, al oír la verdad de sus labios, mis temores se hubieran disipado.

—Cincuenta mil años en el futuro —me oí murmurar.

Ormuzd asintió solemne.

—Ésa es tu época. Te he devuelto a este tiempo que se considera el siglo veinte.

—Para salvar a la raza humana de su destrucción.

—Eso es. Y eso lo conseguirás encontrando a Ahrimán, el Oscuro.

—¿Y una vez le haya encontrado?

Por vez primera pareció sorprendido.

—Como es lógico, debes darle muerte.

Le miré con fijeza, sin decir palabra.

—¿No crees cuanto te digo?

Me hubiera gustado poderle confesar sinceramente que no le creía, pero en lugar de ello respondí:

—Le creo, pero no le comprendo. ¿Por qué no logro recordar nada de todo esto? ¿Por qué...?

—Acaso se trate de un shock temporal —me interrumpió—. O quizá Ahrimán ya ha atacado tu mente y ha bloqueado alguna de tus capacidades.

—¿Alguna? —pregunté.

—¿Conoces todas las capacidades mentales que posees? ¿El entrenamiento con que te hemos dotado? ¿Tu capacidad de utilizar independientemente cada hemisferio cerebral?

—¿Cómo?

—¿Eres diestro o zurdo?

Me había cogido desprevenido.

—Soy... ambidextro —reconocí.

—Puedes escribir con ambas manos y tocar una guitarra de igual modo, ¿verdad?

Asentí.

—Tienes la habilidad de utilizar independientemente tus dos hemisferios cerebrales —prosiguió—. Puedes hacer funcionar un ordenador y pintar un paisaje al mismo tiempo usando la mano derecha y la izquierda indistintamente.

Aquello me parecía ridículo.

—Podría exhibirme en un circo como si fuera un fenómeno, ¿no es eso?

Volvió a sonreír.

—Es algo más que eso, Orión, mucho más.

—Y en cuanto a ese tal Ahrimán —pregunté—, ¿qué peligro representa para la especie humana?

—Es la personificación de la maldad —respondió Ormuzd con un brillo tan intenso en sus dorados ojos que no me cupo la menor duda de su sinceridad—. Si se lo permitimos, destruirá a la humanidad, eliminará eternamente todo rastro de su existencia de la faz de la Tierra.

Por extraño que parezca, todo aquello me parecía perfectamente aceptable. Era como si se estuvieran reavivando los recuerdos de mi infancia. En mi mente se despertaban los ecos distantes de historias casi olvidadas. Pero aquellas historias eran reales, no como las leyendas que los mayores transmiten a sus hijos.

—Si realmente he llegado aquí desde cincuenta mil años en el futuro —dije lentamente mientras concretaba mis pensamientos en palabras—, eso significa que la especie humana sigue existiendo en aquel tiempo. Lo que, por consiguiente, significa que no fue destruida en este siglo veinte.

Ormuzd suspiró malhumorado.

—Ése es un pensamiento lineal.

—¿Qué significa eso?

El hombre se inclinó hacia adelante y extendió sus doradas manos sobre la mesa.

—Tú salvaste a la especie humana —me explicó pacientemente—. Eso ya sucedió en esta línea de espacio-tiempo. Cincuenta mil años más tarde la humanidad te ha erigido un monumento en la vieja Roma, no lejos de la cúpula que cubre el antiguo Vaticano.

En esta ocasión fui yo quien sonrió.

—Entonces, si ya he salvado a la humanidad...

—Aun así debes interpretar tu papel —repuso—. Todavía tienes que encontrar a Ahrimán y enfrentarte a él.

—¿Y si me niego?

—No puedes hacerlo —repuso bruscamente.

—¿Cómo lo sabes?

La luz que irradiaba pareció vibrar como si reflejase su ira.

—Como ya te he dicho, esto ya ha sucedido... en esta línea de tiempo. Encontraste a Ahrimán y salvaste a la especie humana. Lo único que tienes que hacer ahora es desempeñar el papel que, según la historia, interpretaste.

—Pero ¿y si me niego?

—¡Eso es inconcebible!

—¿Qué sucederá si me niego? —insistí.

Ormuzd destelló como un billón de luciérnagas observándome con terrible expresión.

—Si no interpretas el papel que te ha sido asignado, si no te enfrentas a Ahrimán, la propia estructura del espacio-tiempo será destruida. El planeta Tierra se desintegrará, todo este universo desaparecerá como si nunca hubiese existido.

Su argumentación me pareció muy convincente.

—¿Y si coopero? —pregunté.

—Encontrarás a Ahrimán, evitarás que los seres humanos sean destruidos, preservarás el continuo del espacio-tiempo y se mantendrá la marcha del universo.

—Así pues, ¿mataré a Ahrimán?

Vaciló largo rato y, por fin, respondió lentamente:

—No, no puedes matarle. Le detendrás, evitarás que logre su objetivo, pero será él quien acabe contigo.

Debía haberlo comprendido cuando me habló del monumento que me habían erigido. Yo tenía que ser un héroe muerto: los hechos ya habían sucedido de tal modo.

De pronto no pude seguir resistiendo todo aquello. Me levanté bruscamente de la silla y me lancé sobre la ancha mesa tratando de asirle por el brazo, pero mi mano atravesó completamente la radiante imagen de Ormuzd.

—¡Insensato! —exclamó bruscamente desapareciendo en el aire.

Me quedé solo en el consultorio del psiquiatra. Con anterioridad había presenciado proyecciones holográficas, pero ninguna de ellas me había parecido tan consistente y real. Me sentía abrumado por la enorme carga que Ormuzd me había impuesto. Me dejé caer en el sillón de piel, totalmente a solas, con la certeza de que de mí dependía el sino de toda la humanidad y que el único ser humano a quien realmente deseaba salvar estaba muerto. Me negaba a aceptar tal evidencia. Mi pensamiento rechazaba aquella idea.

En lugar de ello busqué afanosamente por el consultorio el equipo holográfico que aquel embaucador había utilizado para proyectar su imagen. Seguí buscando hasta el amanecer, pero no logré encontrar ningún aparato de láser ni electrovisual.

CAPÍTULO V

Durante muchos días me negué rotundamente a admitir lo que Ormuzd me había explicado, repitiéndome una y otra vez que era demasiado fantástico. Sin embargo, en todo momento era consciente de que todo era cierto. Hasta en el último átomo de mi ser me constaba su certeza: me limitaba a aplazar lo inevitable.

Y en mi más profundo interior ardía en deseos de encontrar a aquel ser oscuro que había asesinado a Arelha. Mi espíritu vibraba por el ansia de hallarlo y destruirlo, no por evitar el drama cósmico que Ormuzd me había descrito, sino por una razón muy sencilla y humana: para vengar la muerte de mi amada.

Por fin, un vestigio de memoria me puso sobre la pista de Ahrimán. Me maravilló recordar el origen de los nombres que había mencionado el hombre rubio: Ormuzd, dios de la luz y la verdad; Ahrimán, dios de la oscuridad y de la muerte. Ambos procedían de la antigua religión persa, el zoroastrismo, fundado por aquel a quien los antiguos griegos llamaron Zaratustra.

Por consiguiente el hombre rubio se consideraba a sí mismo un dios de luz y bondad. Si no me había engañado, por lo menos era un viajero del tiempo. ¿Sería realmente el mismo Ormuzd que se apareció a Zoroastro en Persia hacía muchos milenios? ¿Estaría luchando desde entonces contra Ahrimán?

Sin duda. Entonces y ahora, futuro y pasado, las huellas del tiempo eran cada vez más claras para mí.

Me pasé varios días considerando la situación sin saber qué hacer, esperando encontrar alguna clave, alguna indicación acerca de cómo debía proceder. Luego se despertaron nuevos recuerdos en mí y comprendí por qué había sido destinado a aquel espacio-tiempo, por qué me habían asignado aquella empresa en particular, desempeñando un trabajo concreto.

Cerré los ojos y se me representó mentalmente el rostro serio y alargado de podenco de Tom Dempsey. El hecho había sucedido el año pasado en la oficina. Cuando celebrábamos la festividad navideña, Dempsey, que estaba algo bebido, me dijo:

—¿No has oído hablar de los láseres Sunfire? ¿De esos magníficos láseres de alta potencia, lo más importante que está haciendo la empresa, lo más importante que hay en el mundo?

Se refería a los láseres para el reactor de fusión termonuclear que facilitarían la energía de un sol artificial, el cual, a su vez, representaba la respuesta definitiva a todas las necesidades energéticas de la especie humana: el dios de la luz hecho realidad en un mundo de ciencia y tecnología. ¿En qué lugar podría asestar mejor sus golpes el Oscuro?

Tardé casi una semana en convencer a mis superiores de que había llegado el momento de que yo realizase una nueva previsión de mercado para el proyecto de fusión por láser. Continental Electronics fabricaba los láseres para el primer RTC comercial del mundo (Reactor Termonuclear Controlado). Al concluir la semana me encontraba a bordo del avión de la compañía que salía con destino a Ann Harbor, donde se desarrollaba el proyecto de fusión y la instalación de energía a él asociada. Tom Dempsey se sentaba a mi lado y ambos observábamos la densa capa de nubes que en aquel amanecer de invierno se formaba a lo largo de la costa del lago Erie, a unos treinta mil pies debajo de nuestro rápido avión.

Tom me sonreía satisfecho.

—Es la primera vez que demuestras interés por el proyecto de fusión. Siempre había pensado que no te importaba gran cosa este trabajo.

—Me has convencido de su importancia —repuse con absoluta sinceridad.

—Es extraordinariamente importante —dijo manipulando inconscientemente su cinturón de seguridad.

Tom era un ingeniero sumamente ordenado, pero siempre tenía las manos ocupadas.

—¿Está todo preparado para realizar la primera prueba? —le pregunté.

Asintió entusiasmado.

—Sí, hemos sufrido algunos retrasos, pero, afortunadamente, ya estamos preparados para ponernos en marcha. Agregamos deuterio, que puede obtenerse del agua corriente, provocamos una descarga con nuestros láseres y aparece energía, megawatios de energía: se logra más cantidad de energía con un cubo de agua que con todos los yacimientos petrolíferos del Irán.

Era una exageración, aunque no excesiva. No pude reprimir una sonrisa al oírle mencionar Irán, la antigua Persia.

El vuelo transcurrió sin incidentes. En el aeropuerto nos esperaba un coche de la compañía. Cuando llegamos al laboratorio de fusión me sorprendieron las modestas proporciones del edificio, aunque Dempsey ya me había informado de que sus dimensiones podían llegar a ser tan reducidas que permitirían albergarlos en los sótanos de las casas particulares.

—Una vez obtenida la fusión se podrá prescindir de cualquier tipo de suministro eléctrico o energía. Únicamente se requerirá agua: abriendo el grifo de la cocina, en cinco minutos se conseguirá bastante deuterio para atender las necesidades domésticas durante un año.

Era un profesional satisfecho de sí mismo. Sus máquinas funcionaban: el mundo le parecía maravilloso.

De pronto advertí la presencia de varios piquetes que marchaban junto a la alambrada, junto a la entrada del laboratorio, en su mayoría estudiantes jóvenes, aunque también se veían algunos hombres maduros y varias mujeres que parecían ser amas de casa. Las pancartas que exhibían habían sido impresas profesionalmente.

NO QUEREMOS BOMBAS DE HIDRÓGENO
EN LOS PATIOS DE NUESTRAS CASAS.

¡VIVA LA GENTE! ¡NO A LA TECNOLOGÍA!
¡ABAJO LA ENERGÍA NUCLEAR!

LAS RADIACIONES PRODUCEN CÁNCER.

Cuando nos acercábamos a la entrada el vehículo redujo su velocidad. El conductor, un empleado de la compañía, se volvió ligeramente para decirnos:

—Los guardias de seguridad del laboratorio no abrirán la puerta para evitar que se introduzcan los piquetes.

Nos había parecido que su número era reducido, pero cuando el coche se detuvo ante la entrada se había congregado un grupo de cierta importancia que nos rodeó gritando:

—¡Largaos de aquí!

—¡Dejad de envenenarnos!

De repente comenzaron a cantar:

—¡Viva la gente! ¡No a la tecnología! ¡Abajo la energía nuclear!

Y zarandearon el vehículo y lo golpearon con sus pancartas.

—¿Dónde está la policía? —pregunté al conductor.

El hombre se limitó a encogerse de hombros.

—¡Lo han entendido todo al revés! —exclamó Dempsey evidenciando cuán íntimamente herido se sentía ante el desprecio que la multitud manifestaba por sus máquinas—. La potencia resultante de la fusión jamás producirá un índice nocivo de radiación.

Y, sin que yo pudiera evitarlo, abrió la puerta del coche y se metió entre los manifestantes gritando:

—¡El reactor no causa radiaciones! ¡Los residuos más importantes que se producen consisten en simple helio, con el que vuestros hijos podrían hinchar tranquilamente sus globos!

Pero no le escuchaban. Se arracimaron en torno suyo vociferando en su rostro y ahogando sus palabras. Un par de jóvenes corpulentos, que parecían deportistas universitarios, le arrinconaron a un lado del vehículo y le inmovilizaron.

Me dispuse a salir del coche mientras nuestro chófer, murmurando entre dientes, abría la puerta con fuerza golpeando a alguien y provocando un aullido de dolor. Cuando me asomaba por el otro lado del vehículo, trataron de asestarme un puñetazo. Bloquéé automáticamente el impacto y aparté a un lado a mi asaltante. Observé de reojo que una mujer atizaba a Dempsey en la cabeza con su pancarta. El ingeniero se tambaleó y uno de los deportistas le golpeó en el estómago. Dempsey se desplomó de bruces sobre el asfalto. El chófer intentó arrebatar la pancarta a una de las manifestantes y ella se resistió pugnando por liberarse. Varios estudiantes cayeron sobre el chófer y le aporrearon gritando:

—¡Vamos a darles una lección!

Corrí hacia la parte posterior del coche y me abrí paso entre la multitud hasta encontrarme ante el cuerpo postrado de Dempsey, junto al que se hallaba el chófer, arrodillado y temblando. La nariz le sangraba y tenía una expresión enfurecida y rabiosa.

Recibí un puñetazo en un lado de la cara; antes de que mi airado atacante pudiera recuperarse, le así por la muñeca y el codo y lo lancé contra sus compañeros derribando a un grupo de nuestros asaltantes. Todos aquellos incidentes se habían producido muy rápidamente. De pronto la multitud se dispersó y los manifestantes emprendieron la huida, a excepción de cinco de ellos que yacían en el suelo con contusiones o fracturas. Los demás dejaron caer sus pancartas y desaparecieron calle abajo.

Los guardias de seguridad abrieron la puerta principal mientras alegaban mil pretextos por no haber intervenido oportunamente. A lo lejos distinguí el sonido de una sirena de policía que se acercaba... aunque demasiado tarde.

Los vigilantes nos condujeron a la enfermería del laboratorio, donde se encontraba su jefe, un hombrecillo irascible llamado Mangino, de rostro atezado y ojos rasgados de astuta mirada.

—No logro entenderlo —dijo mientras le vendaban la cabeza a Dempsey—. Nunca habíamos tenido el menor problema. Ese puñado de chiflados siempre se ha limitado a pasearse ahí fuera, frente a la puerta principal.

Me constaba que aquel tumulto se había organizado contra mí: se trataba del comité de bienvenida enviado por Ahrimán. Pero me guardé muy bien de decirlo.

—Nuestros empleados de relaciones públicas hace años que están divulgando por los medios informativos que este reactor no será como las antiguas centrales de fisión de uranio —prosiguió Mangino—. No se originarán residuos radiactivos y el reactor no desprende radiaciones: la cubierta es totalmente estanca.

Dempsey estaba sentado en una camilla mientras que el médico y una joven y linda enfermera le vendaban la cabeza.

—Es imposible hacer razonar a gente como ésa. Están demasiado exaltados para atender cualquier razonamiento.

—No —rectifiqué—. No se trata únicamente de que estén exaltados: alguien les está manipulando.

Mangino pareció verdaderamente sorprendido.

—Es cierto —asintió finalmente.

—Sería conveniente descubrir quién es ese alguien —dije.

—Tiene razón —afirmó—. Y de dónde viene. ¿Se tratará de los árabes, de alguna compañía petrolífera o de cualquier grupo de chalados? Fuese quien fuese, detrás de ellos se encontraría Ahrimán.

CAPÍTULO VI

No me resultó difícil localizar el cuartel general de los manifestantes. Pertenecían a una organización que respondía al nombre de STOPP, las siglas en inglés de una frase que significaba «Acabemos con la tecnología que sojuzga a la gente».

El cuartel general de STOPP era un viejo caserón de cuatro pisos situado en el extremo de la avenida principal que surgía del campus universitario. Aparqué mi coche de alquiler frente al edificio y permanecí un rato sentado observando su entorno. Deambulaban por allí muchos estudiantes, la mayoría de los cuales se reunían en las *pizzerias* y hamburgueserías de la calle. En aquel extremo de la avenida se habían levantado en otro tiempo magníficas residencias victorianas; sin embargo, ahora, ante el desarrollo alcanzado por la universidad, aquellas mansiones se habían convertido en apartamentos y oficinas y muchos de los bajos habían sido destinados a establecimientos comerciales.

Al otro lado de la calle se hallaba el campus universitario formado por graciosos edificios, setos cuidadosamente podados y corpulentos árboles cuyas desnudas ramas se recortaban contra un cielo gris. El lugar donde yo me encontraba había sido pasto de la codicia de los especuladores: aquella zona sórdida, bulliciosa y concurrida, estaba explotada lucrativamente. En toda la extensión de la avenida circulaba un tráfico constante: coches ruidosos que se sucedían sin interrupción haciendo sonar sus bocinas, camiones, autobuses, motocicletas...

Salí del coche decidido a abordar directamente el asunto. Me dirigí a la escalera de madera, crucé el porche delantero y pulsé el anticuado y enmohecido timbre. Al comprobar que no obtenía respuesta, abrí la puerta y entré.

La fachada era de estilo victoriano-americano y denotaba muy mal gusto; el interior estaba decorado en un estilo estudiante-neo-activista. Pósters sensacionalistas cubrían la mayor parte de las paredes del vestíbulo y en ellos aparecían personalidades tan dispares como Martin Luther King y Jane Fonda. El más moderno de todos, que estaba muy descolorido, exigía: ESTADOS UNIDOS FUERA DEL BRASIL - NO MÁS DESASTRES COMO EN EL SALVADOR. A un lado se veía una mesa biblioteca cubierta

con una montaña de octavillas. Estuve examinando aquel material y comprobé que trataba desde el aborto hasta el desarme, pero en ningún caso se mencionaba el laboratorio de fusión.

A derecha e izquierda del vestíbulo aparecían varias puertas abiertas. Me asomé a la primera de la izquierda. Era espaciosa, de lecho alto y estaba vacía. Su mobiliario consistía en dos viejos sofás, tres catres del ejército desvencijados y una mesa grande y cuadrada con un ordenador antiguo y estropeado. Pero no se veía a nadie.

Pasé seguidamente a la habitación de la derecha. Una joven de aire despierto estaba sentada ante una centralita telefónica portátil y ultramoderna, incongruentemente instalada sobre una mesa maciza de caoba de estilo Victoriano. Sobre sus cortos cabellos rubios llevaba un aparato compuesto de auricular y micrófono. Sin interrumpir su conversación, con un ademán me invitó a entrar y me señaló una de las desvencijadas sillas que se alineaban contra la pared.

Me quedé de pie aguardando a que concluyese su conversación. Me sentía como ausente. De nuevo veía el rostro finamente cincelado de Aretha, sus cabellos negros como la noche y sus luminosos ojos grises. Alejé aquella imagen de mi cerebro y me esforcé por concentrarme en la muchacha que mascaba chicle ante la centralita.

La rubia concluyó por fin su conversación y me miró. Observé que no disponía de pantalla telefónica.

—Bien venido a STOPP —exclamó alegremente—. ¿Qué podemos hacer por usted, señor...?

—Orión —me presenté—. Quiero ver al jefe de esta asociación.

Su alegre y jovial sonrisa se ensombreció.

—¿Pertenece usted al ayuntamiento o al cuerpo de bomberos?

—No. Soy un empleado de la empresa RTC, el laboratorio de fusión.

La joven lanzó una exclamación de sorpresa: el enemigo se había introducido en su propio campo.

—Quiero ver a la persona que dirige esta institución.

—¿A Don Maddox? En estos momentos está en clase.

—No, deseo hablar con la persona para quien él trabaja.

Pareció sorprendida.

—¡Don es el presidente, él fue quien organizó STOPP y quien...!

—¿Es él el responsable de la manifestación que ha tenido lugar hoy ante el laboratorio de fusión?

—Sí... —repuso algo indecisa.

—Quiero saber quién le incitó a llevarla a cabo.

—Aguarde un momento, señor...

Y comenzó a manipular con nerviosismo el teclado de la centralita. Sobre su labio superior se había formado una tenue capa de sudor y su respiración era más agitada.

—Bien —dije tratando de aliviar un poco la tensión—, ¿de quién partió entonces la idea de organizar la manifestación en el laboratorio? Me consta que no fue obra de ningún estudiante.

—¡Ah! ¡Usted se refiere al señor Davis! —exclamó irguiéndose en su asiento. Y agregó con acento convencido—: Él nos alertó sobre su experimento de fusión y la propaganda que estaban difundiendo entre el público.

Hubiera sido inútil discutir con ella. El señor Davis. No pude evitar una sonrisa. Con un leve cambio de pronunciación se convertía en *Daevas*, el dios del mal en la antigua religión zoroástrica.

—Muy bien —repuse—. Pues deseo ver al señor Davis.

—¿Por qué? ¿Se propone usted detenerle o enfrentarse a él? —inquirió.

Su ingenuidad me arrancó nuevamente una sonrisa.

—¿Cree que se lo diría si así fuera? ¿Acaso han arrestado a alguien por lo sucedido esta mañana?

Movió negativamente la cabeza.

—Pero, según me han dicho, contaban con un buen equipo para romper cabezas.

—¿De verdad? Insisto en que quiero ver a Davis. ¿Se encuentra aquí?

—No. —Era evidente que mentía—. Tardará un rato en volver... suele salir a hacer gestiones.

—Muy bien —respondí con un encogimiento de hombros—. Póngase en contacto con él y dígame que quiero hablar con él en seguida.

—¿Cómo dijo que se llamaba?

—Orión. Dígame simplemente Orión: él ya me conoce. Esperaré afuera en mi coche. Lo he aparcado delante mismo de este edificio.

La joven frunció el entrecejo.

—Puede que tarde mucho en regresar. Quizá no aparezca por aquí en toda la semana.

—Póngase en contacto con él y dele mi mensaje. Esperaré.

—De acuerdo —repuso en un tono muy significativo, como si considerase que yo estaba loco.

Aguardé en el coche durante casi una hora. Era una tarde gris y fría, pero me adapté con bastante facilidad a la temperatura ambiental. Anulé el funcionamiento de mis vasos sanguíneos periféricos a fin de reducir la rápida irradiación del calor de mi cuerpo e incrementé por otra parte el promedio metabólico quemando parte de la grasa almacenada en mis tejidos, con lo que logré mantener la temperatura a pesar del frío. Hubiera alcanzado idénticos resultados yéndome a la esquina a comer alguna cosa, pero aquello me resultaba más fácil y no quería abandonar el coche: había demasiadas cosas en juego para que yo volviese la espalda. No obstante, me sentía hambriento porque, como he dicho, no soy un ser sobrehumano.

La rubia apareció en el porche temblando de frío pese a que se había echado un ligero suéter sobre los hombros. Comprobé que trataba de localizarme. Salí del coche y me hizo señas de que la siguiera. Entré tras ella en la casa y la encontré aguardándome en el vestíbulo con los brazos estrechamente cruzados sobre sus pequeños senos.

—Hace mucho frío ahí afuera —dijo frotándose los brazos—. Y usted ni siquiera lleva abrigo.

—¿Ha localizado a Davis? —pregunté.

Hizo una señal de asentimiento.

—Sí, ha entrado por la puerta posterior. Le espera abajo.

Le di las gracias y me dirigí hacia la puerta que estaba al final del vestíbulo, donde un tramo de escalera conducía al sótano. Pensé que era un lugar muy apropiado para él y me pregunté cuántas leyendas de tinieblas y perversión habría contribuido a crear en el decurso de milenios.

El sótano estaba oscuro: la única claridad que se percibía procedía de la escalera que llegaba desde el vestíbulo del piso superior. Logré distinguir una anticuada estufa de carbón, voluminosa y de forma achaparrada, que proyectaba hacia arriba sus tuberías, como una gigantesca medusa metálica. Cajones, cajas de embalaje y objetos de extrañas formas se confundían entre las sombras.

Llegué a tientas al pie de la escalera, avancé unos pasos entre la oscuridad y me detuve.

—Estoy aquí —exclamó una voz masculina en un bronco susurro.

Me volví ligeramente y descubrí su oscura presencia entre las tinieblas. Era muy alto, casi como yo, y muy corpulento, de anchas espaldas y hombros caídos, cuerpo recio y sólido y brazos musculosos. Me adelanté. No podía distinguir su rostro: estaba rodeado de sombras. Se volvió y me hizo señas

para que me dirigiera hacia la estufa. Me agaché para pasar por debajo de una tubería...

De pronto me encontré en una habitación magníficamente iluminada. Parpadeé y, vacilando, retrocedí un paso y tropecé contra un sólido muro a mis espaldas. La estancia era acogedora: cubrían el suelo mullidas alfombras, las paredes estaban revestidas de paneles de excelente madera y el mobiliario consistía en cómodas sillas y sofás. No había ventanas ni aparecía decoración alguna en las paredes. Y no se veía ninguna puerta.

—Ponte cómodo —dijo señalándome un diván con su mano de dedos gruesos, corta y potente.

Me senté y le estuve examinando mientras él ocupaba pausadamente un sillón de suave piel. Su rostro no parecía del todo humano. Si se le encontrara por la calle, tal vez no llamaría la atención, pero cuando se le examinaba detenidamente se advertía que tenía las mejillas demasiado separadas, que era excesivamente chato y que sus ojos tenían un destello rojizo. ¡Sus ojos! Parecían ascuas encendidas, reflejaban una constante tormenta de furia y, profundizando en ellos, podía leerse también un odio implacable, en el que se mezclaba algo más, un sentimiento que yo no lograba penetrar. Pero no me importaba. El odio que refulgía en sus ojos también se lo devolvía mi mirada.

Llevaba los negros cabellos rapados muy cerca del cráneo y su tez tenía una palidez cerúlea. Vestía pantalones vaqueros y una camisa ligera desabrochada en el cuello. Era tan musculoso como un halterófilo profesional.

—Tú eres Ahrimán —dijo por fin.

Su expresión era torva, sin alegría.

—Como es natural, no me recuerdas, pero ya nos conocíamos.

Hablaba en un susurro, como si fuese un fantasma o estuviese profiriendo su último estertor.

—¿Es cierto eso?

Asintió gravemente.

—Sí, pero nos movemos en distintas direcciones por el tiempo —prosiguió—. Tú retrocedes hacia la Guerra y yo avanzo hacia el Fin.

—¿La Guerra? ¿El Fin?

—Retroceder y avanzar son términos relativos en los viajes del tiempo, pero lo cierto es que nos hemos encontrado antes. Tú acudirás a esos lugares en su momento y, si sigues con vida, recordarás lo que te he dicho.

—¿Te propones destruir el reactor de fusión? —le pregunté.

Sonrió de un modo desagradable.

—Me propongo destruir a toda tu especie.

—Estoy aquí para impedírtelo.

—Acaso lo logres —repuso acentuando con cierta ironía el *acaso*.

—Ormuzd dice que lo conseguiré... que ya lo he logrado.

Pero no le revelé que también conocía mi próximo fin. Por alguna razón ignorada, no me sentía inclinado a ello. Confesar algo semejante podría convertirlo en realidad, infundirle fuerzas que yo perdería.

—Orión sabe muchas cosas —respondió lentamente—, pero sólo dice algunas de ellas. Por ejemplo, sabe que si en esta ocasión impido que me detengas...

¡Había dicho *en esta ocasión*! ¡Así pues, había habido otras ocasiones!

—... entonces no sólo daré fin a toda tu especie, sino que destruiré la estructura del continuo del espacio-tiempo y aniquilaré al propio Ormuzd.

—¿Quieres acabar con todos nosotros?

Sus ojos enrojecidos, abrumados por el dolor, parecieron taladrarme.

—Sí, deseo aniquilaros, derribar los pilares del universo, acabar con todo: estrellas, planetas, galaxias... ¡todo!

Apretó los puños. Estaba convencido de cuanto decía y yo también comenzaba a creerlo.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué deseas semejante cosa?

Me silenció con una mirada.

—Si Ormuzd no te lo ha dicho ¿por qué debo hacerlo yo?

Intenté comprender más allá de sus palabras, pero mi mente tropezó con un muro implacable.

—Sólo te diré una cosa —susurró—. Ese reactor de fusión constituye un punto culminante en el desarrollo de vuestra especie. Si lograis desarrollar el proceso de fusión, alcanzaríais las estrellas en una generación. *No permitiré que Lo consigáis.*

—No lo comprendo.

—Ni lograrás entenderlo. —Se inclinó hacia mí difundiendo un olor a cenizas y muerte—. Esa máquina de fusión, ese RTC como vosotros lo llamáis, es la clave de vuestro futuro. Si constituye un éxito, la fusión suministrará energía ilimitada, riqueza y abundancia para todos. Dejaréis de jugar con vuestros insignificantes cohetes químicos y comenzaréis a construir auténticas naves espaciales que podrán extenderse por la galaxia.

—Ya lo hemos hecho —puntualicé.

—Sí, es cierto, pero si yo logro cambiar este nexo en este instante del tiempo, si consigo destruir ese reactor de fusión...

Sonrió nuevamente provocando en mí un estremecimiento. Intenté serenarme.

—Es imposible que el fracaso de una máquina acabe con toda la especie humana.

—Sí lo es, gracias a vuestra naturaleza maníaca. Cuando estalle el reactor de fusión...

—No puede estallar —repliqué bruscamente.

—Naturalmente que no... en circunstancias corrientes. Pero yo dispongo de recursos extraordinarios. Puedo crear una repentina sobretensión de los láser y provocar una detonación de la pantalla protectora de litio que cubre la cámara de encendido del reactor. En lugar de fusionarse un microgramo de deuterio produciendo una pizca de energía, estallará un cuarto de tonelada de litio y metales pesados.

—No es posible.

—En vez de una estrella artificial pequeña que irradie energía con fluidez controlada, crearé una supernova, una bomba de litio cuya explosión destruirá totalmente Ann Arbor. La lluvia radiactiva exterminará a millones de personas desde Detroit a Nueva York.

Me desplomé en mi asiento: estaba abrumado.

—Aunque vuestros dirigentes fueran lo bastante sensatos para reconocer que se ha tratado de un accidente y no de un ataque nuclear, aunque se abstuvieran de lanzar sus misiles contra sus enemigos, la gente reaccionará con violencia contra la energía de fusión. Sus anteriores acciones de protesta que acabaron con todas las centrales de energía de fisión por uranio serán como juegos de niños comparadas con la reacción que se producirá ante este desastre. En todas partes se dará fin a las investigaciones nucleares. ¡Jamás conseguiréis la energía de fusión! ¡Jamás!

—Pero, a pesar de ello, sobreviviremos.

—¿Lo crees así? Tengo todo el tiempo del mundo para evitarlo y soy muy paciente. A medida que pasen los años vuestra población, siempre creciente, verá aumentar cada vez más su número y sus necesidades de energía, poderosas naciones se enfrentarán por la posesión de petróleo, carbón y recursos alimenticios... e inevitablemente estallará la guerra, en la que utilizaréis ingenios de fusión que sí funcionarán... bombas de hidrógeno.

—Será el Armagedón —respondí.

Parecía regocijado ante aquella idea.

—En la época en que deberíais lograr vuestra plena expansión llegando a las estrellas, os estaréis autodestruyendo en una guerra nuclear. Este planeta

quedará desprovisto de vida, la propia estructura del espacio-tiempo se resquebrajará de tal modo que el continuo se desmoronará y encontrará su fin. Realmente será el Armagedón.

Hubiera querido interrumpirle, hacerle callar. Anhelaba aniquilar a aquel ser al igual que él había acabado con Aretha. Me abalancé contra él gruñendo y le así por la garganta: era real, no un holograma, e increíblemente fuerte. Se desembarazó de mí sin dificultades, derribándome como si yo fuera un niño.

Mientras yacía tendido a sus pies, y él se erguía a mi lado como la oscura fuerza del destino, dijo con su voz áspera y susurrante:

—Pese a lo que Ormuzd haya podido decirte, la victoria será mía y tú morirás aquí. Quedarás atrapado en esta cámara mientras yo destruyo vuestra máquina.

—Pero ¿por qué? —pregunté levantándome lentamente y acercándome al sofá—. ¿Por qué quieres exterminar a la humanidad?

Permaneció inmóvil un instante observándome con ardiente mirada.

—¿De verdad no lo sabes? ¿No te lo ha dicho Ormuzd... o acaso ha eliminado de ti el recuerdo?

—Lo ignoro —respondí—. ¿Por qué odias a la especie humana?

—Porque vosotros eliminasteis a la mía —repuso Ahrimán con voz casi estrangulada por la emoción—. Hace milenios tu pueblo mató al mío aniquilando a toda mi especie: yo soy el único que sobrevivió y me propongo vengarlos destruyendo a los tuyos y también a tus amos.

Sentí que se debilitaban mis fuerzas. Me senté cansadamente en el sofá, incapaz de desafiarle ni de moverme.

—Y ahora, adiós —dijo Ahrimán—. Tengo mucho que hacer antes de que se realice la primera prueba del reactor de fusión. Tú te quedarás aquí...

Hizo un ademán abarcando la reducida estancia, en la que no había puertas ni ventanas, salidas ni accesos de ninguna clase. Me pregunté cómo habíamos entrado allí.

—Si triunfo en mi empeño, dentro de unas horas todo habrá concluido —prosiguió Ahrimán—. Comenzará a fallar el tiempo y el universo se desplomará sobre sí mismo como un globo que se desinfla. Si fracaso... —exhibió nuevamente su fantasmal sonrisa—... nunca lo sabrás. Esta cámara será tu tumba. O, más exactamente, tu crematorio.

—¿Dónde estamos? —pregunté.

—A cincuenta kilómetros bajo tierra, en una burbuja segura y compacta que se ha creado provisionalmente modelando las energías de los átomos que nos rodean. Mientras mueres abrasado piensa que sólo te separa el paso de un

hombre de la casa de Ann Arbor, un paso pequeño si se comprende realmente de qué modo está construido el universo.

Se volvió bruscamente, atravesó la pared y desapareció.

CAPÍTULO VII

Permanecí varios minutos sentado en el sofá, inmóvil, físicamente postrado por la impresión y sumido en un profundo caos mental.

«Vosotros eliminasteis a mi raza... Tu pueblo mató al mío... Y me propongo vengarlos destruyendo a los tuyos y también a tus amos».

Aquello no podía ser cierto. ¿Qué habría querido decir al explicarme que ambos nos movíamos en distintas direcciones en el tiempo y que nos habíamos conocido con anterioridad? ¿A quién se referiría cuando hablaba de «mis amos»? ¿Aludiría a Ormuzd? Pero había dicho «amos», en plural. ¿Acaso Ormuzd era el representante de una especie diferente, de una raza distinta procedente de otro mundo, que controlaba a la humanidad? Tal vez, al igual que Ahrimán, fuese el sobreviviente de unos seres distintos contra los que combatimos los humanos hacía mucho tiempo.

¿En cuántas ocasiones nos habríamos encontrado anteriormente? Según Ahrimán, aquel instante del tiempo en que debía efectuarse la primera prueba del reactor de fusión señalaba un nexo importante para la humanidad. Si era un éxito, utilizaríamos la energía de fusión para llegar a las estrellas; si fracasábamos, en una generación nos habríamos exterminado. En el transcurso del tiempo debían haber existido otros nexos, muchos más.

En algún punto, con mucha anterioridad a aquellos eones, se había librado una lucha, una guerra en la que se enfrentó la especie humana y el género al que pertenecía Ahrimán. ¿Cuándo? ¿Por qué? ¿Cómo podíamos habernos enfrentado en el pasado a los invasores de otro mundo, hacía miles de años?

Todos estos pensamientos bullían en mi mente hasta que por fin las sensaciones corporales se impusieron en mi conciencia.

—Hace mucho calor —exclamé.

Volví a concentrarme en el presente, en aquella pequeña celda. El aire era cálido y seco. Me escocía la garganta. Hacía tanto calor que estaba sudando.

Me levanté y toqué la pared más próxima: estaba demasiado caliente para resistir su contacto, y aunque me había dado la impresión de que estaba revestida de paneles de madera, comprobé que parecía de piedra. Todo cuanto me rodeaba era ilusorio.

«Un paso pequeño si se comprende realmente de qué modo está construido el universo».

No entendía nada ni recordaba cosa alguna. No lograba apartar de mi mente que Ahrimán había regresado a la superficie terrestre y que se encontraba en Ann Arbor esforzándose por convertir el RTC en una gigantesca bomba de litio que desencadenaría la extinción de la humanidad. Y yo estaba atrapado a cincuenta kilómetros bajo tierra, a punto de asarme como un cordero destinado al sacrificio, ensartado en un asador.

«*Te separa un solo paso de la casa de Ann Arbor*», había dicho Ahrimán. ¿Me habría mentido? ¿Se trataría de una broma? ¿Se habría ensañado conmigo con aquella burla sangrienta?

—El paso de un hombre —murmuré.

Traté de recordar cómo está construido el universo. Reflexioné que se compone de átomos y éstos, a su vez, de partículas aún menores, diminutos fragmentos de helada energía que pueden derretirse, fluir y precipitarse...

Aquella habitación había sido creada desviando las energías de los átomos de la corteza terrestre, energías que en aquellos momentos estaban recuperando su forma natural... La habitación se convertía lentamente en roca caliente y viscosa. Podía sentir cómo se condensaba el aire, recalentándose y espesándose por segundos. Comprendí que quedaría incrustado en la roca, a cincuenta kilómetros de profundidad, a una temperatura en que los materiales estarían casi derretidos.

Sin embargo, me encontraba a sólo un paso de mi salvación. ¿Me habría mentido Ahrimán? No, no lo creía. Él había atravesado sin dificultades el muro de aquella habitación: debía haber regresado al sótano de la casa de Ann Arbor. Y si él lo había conseguido, también lo lograría yo. Pero ¿cómo?

Repentinamente descubrí que ya lo había hecho, que ya había descendido del sótano a aquella mazmorra subterránea. ¿Qué me impedía regresar a mi punto de partida?

Traté de conseguirlo, pero sólo logré golpearme contra la dura roca. Sería necesario algo más que realizar aquel simple intento.

Seguí reflexionando. Si había viajado realmente cincuenta kilómetros atravesando la sólida roca de un solo paso, ello significaba que existía una relación entre la casa y la cámara donde me encontraba. No sólo habían sido desviados los átomos de la corteza terrestre para crear aquella celda, sino que también había intervenido la geometría espacial para salvar los cincuenta kilómetros de distancia.

Me senté de nuevo en el sofá, absorto en mis pensamientos. En algunas revistas científicas había leído artículos que trataban sobre desviaciones espaciales, especulaciones acerca de que, algún día, las naves espaciales

podrían volar a miles de años luz casi instantáneamente. Los astrofísicos habían descubierto «agujeros negros» en el espacio interestelar que desviaban el espacio-tiempo con sus colosales campos de gravitación. Todo era una cuestión geométrica, seguir una fórmula, como tomar una hoja de papel y doblarla dándole la forma de un pájaro o una flor.

¡Y yo había sido testigo de aquel proceso! ¡Lo había seguido cuando me trasladé a aquella cámara! Pero todo se había sucedido tan de prisa que no lograba reconstruirlo detalladamente.

¿O acaso sí podía?

Recordé el sistema de compensación de datos de los satélites que se hallan en órbita: pasan días y días acumulando información en cintas magnéticas que luego transmiten en pocos segundos a una estación receptora terrestre. Los datos condensados son interpretados entonces a velocidad mucho más lenta por los técnicos y la valiosa información fruto de tanto tiempo permanece intacta y legible.

¿Me sería posible reducir la marcha de mi memoria hasta el punto en que pudiera recordar microsegundo a microsegundo qué me había sucedido durante el breve paso que me condujo desde la casa de Ann Arbor a aquel sepulcro subterráneo? Me recosté en el sofá y cerré los ojos. Cada vez resultaba más difícil respirar, pero traté de ignorar el ardor que sentía en el pecho y me concentré en mis recuerdos.

Un paso de cincuenta kilómetros con el que había atravesado la dura roca. Me representé mentalmente en el sótano del cual había partido. Me había agachado para pasar por debajo de una tubería de la estufa y había quedado sumergido en la oscuridad...

Y había sentido frío. En el primer momento experimenté una intensa sensación de frío, como si hubiera atravesado una cortina de aire licuado. Un frío criogénico tan intenso que los átomos estaban congelados, casi inmóviles, aproximadamente a una temperatura de cero absoluto.

En aquellos escasos microsegundos de irresistible frío había advertido que la estructura cristalina de los átomos que me rodeaban había sido congelada realmente, inmovilizada casi por completo. Me había encontrado totalmente rodeado por átomos que brillaban sordamente, como puntas de alfiler, como joyas antes luminosas que aparecían apagadas y deslucidas porque habían sido desprovistas de casi toda su energía. La retícula cristalina de los átomos había formado un sendero, un túnel bastante amplio para permitir el tránsito de mi cuerpo en un solo paso que había cubierto cincuenta kilómetros de profundidad.

Abrí los ojos. La reducida estancia estaba casi encendida, el propio aire parecía arder. Contuve el aliento preguntándome cuánto tiempo podría resistir con el oxígeno que almacenaba en las células y la sangre de mi cuerpo.

Comprendí cómo había llegado hasta allí: por medio de una retícula cristalina de energía que conectaba aquella cripta con la casa de Ann Arbor, un túnel que comunicaba un lugar con otro, utilizando las energías extraídas de los átomos para crear una trayectoria segura y casi instantánea entre ambos puntos. Pero el túnel se estaba disolviendo al mismo tiempo que aquella habitación. Las energías de los átomos torturados estaban recuperando su normalidad. En breves segundos se habrían convertido nuevamente en sólida roca.

¿Cómo encontrar la abertura de aquel túnel? Me concentré de nuevo, pero no conseguí representarme ninguna idea. Estaba sudando, tanto por el intenso calor como por el esfuerzo que realizaba tratando de comprender. Sin embargo, mis intentos resultaban infructuosos; mi cerebro no lograba entenderlo.

Mi cerebro no lograba... ¡Había actuado equivocadamente! Descubrí que hasta entonces tan sólo había utilizado la mitad de mi cerebro para hacer frente al problema. Recordé que Ormuzd me había dicho que podía utilizar voluntariamente ambos hemisferios cerebrales de modo simultáneo, algo que no estaba al alcance de las personas normales. Había estado empleando tan sólo un hemisferio para visualizar la pauta geométrica de la desviación de energía que conectaba aquella cámara subterránea con la superficie, pero aquella mitad de mi cerebro sólo podía percibir geométricamente las relaciones que comprendían espacio y forma.

Con un esfuerzo de voluntad obligué a considerar el problema a mi otro hemisferio cerebral. Casi me pareció oír mis propias carcajadas cuando la porción hasta entonces inactiva de mi mente expresó algo parecido a que ya había llegado el momento.

Y así era en efecto. La solución al problema que se me presentaba de encontrar el acceso a la retícula cristalina de los átomos debía resolverse cuanto antes. Aquellos átomos de apagados reflejos vibraban aún lentamente, con una lentitud antinatural porque se habían visto despojados de la mayor parte de sus energías, pero seguían vibrando. Cuando todos ellos se hubieran desplazado hasta constituirse en determinada formación, alcanzarían la disposición necesaria que permitiría abrir la entrada del túnel. La mayor parte de tiempo se desplazaban de un modo desfasado, confusamente, sin alcanzar una perfecta disposición, como una multitud que anduviese por un centro

comercial, pero en un instante concreto de cada segundo alcanzaban exactamente la disposición correcta que me permitiría acceder al túnel pudiendo así ponerme a salvo, y semejante disposición desaparecería en unos microsegundos.

Sólo durante aquel momento increíblemente reducido de tiempo se abriría el túnel y yo tenía que entrar en la retícula de cristal, atravesando el ardiente muro en aquel preciso instante o jamás lo lograría.

Me levanté e hice un esfuerzo por aproximarme a la pared. El calor era tan intenso que se me chamuscaron las cejas y el vello de las manos. Mantuve los ojos cerrados representándome con un hemisferio cerebral el sendero que debía tomar mientras con el otro calculaba simultáneamente el momento exacto en que la retícula se abriría para permitirme atravesarlo.

Con los ojos aún cerrados avancé otro paso. Por un instante sentí un calor casi abrasador, luego un frío que excedía el de los más glaciales bancos de hielo de la Antártida y después...

Abrí los ojos y descubrí que me encontraba en el oscuro sótano del edificio donde tenía su sede STOPP. Por vez primera desde lo que me parecía una eternidad, respiré libremente aspirando una doble bocanada de dulce aire fresco.

Encontré una puerta que daba a la parte posterior de la casa y salí a la calle. Mi coche de alquiler seguía aparcado en el mismo sitio donde lo había dejado y en su limpiaparabrisas aparecía el papel amarillo de una multa. La metí en el bolsillo de mi chaqueta y me senté ante el volante satisfecho de que la grúa no hubiera retirado el vehículo o me lo hubiesen robado.

Tardé diez minutos en llegar al laboratorio de fusión. En cuanto me encontré en el solitario vestíbulo del edificio telefoneé a Tom Dempsey, a Mangino, el jefe de seguridad, y al director de investigación del laboratorio. Era casi medianoche, pero mi tono apremiante debió convencerlos de que algo importante sucedía porque ninguno de ellos puso objeciones, aunque tuve que marcar tres números telefónicos distintos para conseguir localizar a Wilson, el director de investigación.

Comparecieron todos ellos antes de media hora y, entretanto, estuve interrogando personalmente a los guardias de seguridad, quienes me aseguraron que no habían observado ninguna anomalía: patrullaban constantemente dentro y fuera del laboratorio sin el menor incidente.

El doctor Wilson fue el primero en llegar. Era un inglés larguirucho, rubicundo y de cabellos alborotados que se expresaba con suavidad y parecía absolutamente imperturbable. Cuando le estaba explicando que alguien se

proponía hacer estallar el reactor de fusión y me sonreía con aire indulgente ante tan ridícula idea, Dempsey y el jefe de seguridad entraron juntos en el vestíbulo. Dempsey parecía más perplejo que preocupado. Llevaba despeinados y enmarañados los negros cabellos: sin duda estaba durmiendo cuando le llamé y se había vestido atropelladamente. Mangino me dirigió una dura mirada mostrándose decididamente enojado.

—Todo esto es una sarta de desatinos —gruñó cuando le expliqué mis temores.

No les había mencionado a Ormuzd ni a Ahrimán y tampoco les había hablado de la cámara subterránea de la que acababa de escapar. Me bastaba con convencerlos de que existía un auténtico peligro: no quería que me llevaran apresuradamente a una clínica psiquiátrica.

El doctor Wilson intentó explicarme que era absolutamente imposible que estallase el reactor. Le dejé hablar sin interrumpirle: cuanto más se explicase, más tiempo permaneceríamos en escena obstaculizando así los movimientos de Ahrimán.

—La cantidad de deuterio que hay en el reactor es insuficiente para que en un momento dado se produzca una explosión —repetía Wilson con voz suave y amable.

Estaba sentado, arrellanado en un sofá de piel sintética del vestíbulo y yo me encontraba de pie a su lado, apoyado en la mesa de recepción. Dempsey se había tendido en otro sofá y parecía haberse dormido. Mangino estaba detrás de la mesa comunicándose con sus patrullas de seguridad por el monitor visual del teléfono.

—Supongamos —insistí de nuevo— que hubiera algún sistema de aumentar la potencia de los lázers...

—Se fundirían en un minuto —repuso Wilson—. En estos momentos los estamos haciendo funcionar a plena capacidad.

—... y que se introdujera en la cámara de reacción una cantidad extra de deuterio.

Wilson movió la cabeza dubitativo y cayó sobre sus ojos un mechón de cabellos rojizos que apartó con la mano.

—Eso es imposible que suceda —respondió—. Los dispositivos de seguridad lo impedirían y, aunque así fuera, lo máximo que podría producirse es una pequeña explosión, en modo alguno se crearía una bomba de hidrógeno.

—¿Por qué no una bomba de litio? —pregunté.

Por vez primera enarcó las cejas, al parecer preocupado.

—¿Qué quiere decir?

—Si el funcionamiento normal se alterase, ¿podría desencadenar la detonación de deuterio el litio que se encuentra en el blindaje que rodea la cámara de reacción?

—No, no. Eso sería impo... —Se interrumpió, vaciló un instante y luego añadió lentamente—: Eso sería muy improbable, muy improbable. Como es natural tendría que efectuar algunos cálculos, pero las posibilidades en contra serían...

—Aguardo informe del veinticuatro.

La voz aguda de Mangino atrajo nuestra atención.

Me volví a mirar al jefe de seguridad, que fruncía el entrecejo con aire enojado ante el monitor telefónico.

—¡Maldita sea! ¡Respóndeme, veinticuatro!

Me miró como si fuese yo el responsable de aquella anomalía.

—Uno de los vigilantes del exterior no responde. Se trata del encargado de patrullar por las afueras del almacén de carga.

—¡El almacén de carga! —exclamó Wilson poniéndose en pie de un salto. Advertí que estaba temblando.

Mangino le contuvo con un ademán.

—No se ponga nervioso. Ese lugar lo controlamos con un circuito de televisión y hasta ahora no ha aparecido ninguna anomalía. Simplemente no se advierte la presencia del guardia. Acaso se esté tomando un descanso o algo parecido.

Me acerqué a él y observé la pantalla del televisor: la nave de carga estaba perfectamente iluminada y parecía reinaren ella una absoluta calma.

—De todos modos daremos una vuelta por allí —dije.

Despertamos a Dempsey y le indiqué que montara guardia ante el monitor visual del teléfono y la pantalla de televisión. Se restregó los ojos soñoliento e hizo una señal de conformidad. Seguidamente el doctor Wilson, Mangino y yo nos precipitamos hacia el pasillo central del edificio que conducía al almacén de carga. Mangino se metió la mano en la americana y desenfundó una pequeña pistola negra, quitó el seguro y se la metió en un bolsillo.

A medida que avanzábamos por el pasillo se encendían y apagaban automáticamente las luces a nuestro paso. La nave de carga era un almacén de reducidas dimensiones en el que se encontraban montones de cajas de cartón, tambores metálicos, cajas de embalaje y equipos de extraño aspecto envueltos con plásticos.

—Aquí podría esconderse un verdadero pelotón —gruñó Mangino.

—Pero todo parece estar en orden —repuso Wilson mirando en tomo.

Me disponía a darle la razón cuando sentí un leve soplo de aire en el rostro procedente de las puertas metálicas enrollables que estaban herméticamente cerradas. ¿Lo estaban realmente? Avancé con lentitud hacia aquellas puertas tan grandes que parecían propias de un hangar y descubrí que en una de ellas aparecía otra abertura de menor tamaño por la que hubiera podido introducirse un hombre sin necesidad de abrir totalmente el recinto. Aquel pequeño hueco no tenía ninguna ventanilla y parecía cerrado. Busqué la manija.

—Está cerrado —dijo Mangino—. Se cierra electrónicamente mediante un mecanismo programado. Si alguien tratase de forzarla...

Toqué la manija y la puerta se abrió sin esfuerzo. Mangino se quedó boquiabierto. Me arrodillé y comprobé que la zona que rodeaba la cerradura estaba ligeramente hundida, como si unas manos poderosas la hubieran forzado doblando el metal hasta hacerlo ceder. El soplo de aire que yo había percibido se filtraba por aquella hendidura.

—¿Por qué no se ha disparado la alarma? —se preguntó Mangino en voz alta.

—¡Qué importa eso! —exclamé—. Quienquiera que sea está dentro del laboratorio. ¡Rápido! ¡No hay tiempo que perder!

Entre las protestas de Wilson de que nadie podía manipular los láseres ni el reactor para provocar una explosión, corrimos hacia la zona donde se encontraba el reactor de fusión.

Las puertas de la sala de control del láser habían sido arrancadas de sus goznes. Tras una rápida ojeada por el interior comprobamos que allí no había nadie.

Los cuadros de control parecían intactos. Mientras Wilson los examinaba, Mangino llamó por su aparato de radio portátil.

—¡Todos los guardias de seguridad deben reunirse en la zona del reactor! ¡Capturen a cualquier desconocido que encuentren y si se resiste disparen contra él! ¡Avisen inmediatamente a la policía y al FBI!

Cruzamos las enormes puertas dobles que conducían a la alargada sala de muros de cemento donde se albergaban los láseres y de nuevo se encendieron y apagaron automáticamente las luces a nuestro paso cuando cruzamos la puerta.

—¡Esas puertas debían haber estado cerradas! —dijo Wilson con un timbre de alarma en la voz.

Los láseres eran unas barras de vidrio largas y delgadas que aparecían montadas en gran número sobre pesados soportes metálicos, uno encima del otro, como una serie de paralelas en un gimnasio. Aproximadamente cada tres metros las barras de vidrio estaban separadas por grupos de lupas, cilindros de Faraday y sensores de diagnóstico. La múltiple línea de láseres se extendía a todo lo largo de la gran sala y se concentraba en una estrecha rendija practicada en el grueso muro de cemento revestido de acero. Al otro lado de aquella pared se hallaba el propio reactor, en el que se concentraba la energía de los láseres en micropíldoras de combustible de deuterio.

Nos quedamos parados un instante sin saber qué hacer. De repente comenzó a vibrar en el aire un zumbido eléctrico. Capté un olorcillo a ozono y los tubos de láser irradiaron una luz verdosa, extraña y fantasmal.

—¡Se están encendiendo! —balbució Wilson.

CAPÍTULO VIII

Mangino y yo concentramos nuestra atención en el extremo opuesto de la sala, donde se encontraba el centro de control. Allí, entre las sombras, tras los gruesos vidrios protectores, distinguimos la oscura y corpulenta masa de Ahrimán.

Mangino sacó la pistola y disparó vaciando su cargador. Las balas atravesaron el vidrio que se hizo añicos, pero en aquellos segundos Ahrimán había desaparecido.

Las luces se apagaron y sólo pudimos apreciar el resplandor de los láser, múltiples surcos de energía en aumento dirigida hacia la rendija y, más allá, el núcleo del reactor. Salimos al vestíbulo dando traspiés. En todas partes reinaba la oscuridad. Supuse que Ahrimán habría producido un apagón general en toda la región para concentrar la energía en los encendidos láser.

Por encima del quejumbroso zumbido de los generadores eléctricos oí correr a alguien y luego sonaron algunos disparos.

—¡Lo han capturado! —gritó Mangino.

Pero yo tenía la sensación de que las pisadas y los disparos se estaban alejando de nosotros. Los sonidos se fueron haciendo cada vez más débiles. Comprendí que Ahrimán había escapado.

—¡Voy en su busca! —anunció Mangino perdiéndose entre las tinieblas.

—¡Tenemos que desconectar los láser antes de que produzcan la energía necesaria para desencadenar el litio!

A la fantástica luz verde que se distinguía desde la puerta abierta vi sus ojos desorbitados por el pánico.

—Es imposible que esto suceda —repuso.

—De todos modos, debemos apagarlos —insistí.

No intentó discutir conmigo. Pasamos a la sala de control del láser y presenciamos un espectáculo caótico. Las consolas de control habían sido aplastadas, los botones estaban destrozados y los paneles metálicos aparecían hundidos de tal forma que los alambres colgaban limpiamente de los módulos rotos. Parecía como si por aquella reducida habitación hubiese pasado un elefante enfurecido. A través de la descompuesta ventana observamos que en aquellos momentos la luz de los láser latía cada vez con más intensa y febril actividad.

Wilson se quedó boquiabierto.

—¿Cómo es posible...? —balbució.

De pronto el zumbido eléctrico de los generadores se intensificó y los láseres se encendieron con más fuerza. Uno de los lentes estalló y los vidrios cayeron al suelo. La luz era tan intensa que la visión comenzaba a hacerse dolorosa. Aparté a Wilson a un lado de los destrozados controles y ambos avanzamos tambaleándonos por el oscuro pasillo hacia la cámara del reactor.

—¿Cómo podríamos desconectarlo? —grité para hacerme oír sobre el frenético estrépito de los generadores.

Wilson parecía perplejo.

—El alimentador de deuterio...

—Apuesto a que está estropeado. No podremos apagarlo si no logramos desconectar los láseres.

Meneó la cabeza indeciso y se pasó la mano por los alborotados cabellos. Iluminado por la deslumbrante luz verde parecía mortalmente enfermo.

—El principal suministro de energía... —murmuró por fin—. Debería ir a donde se encuentran los conmutadores principales y apagarlo todo.

—¡Por Dios, hágalo de una vez!

—Me costará algún tiempo. Cinco o diez minutos como mínimo.

—Es excesivo: será demasiado tarde. Todo esto estallará dentro de uno o dos minutos.

—Lo sé.

—¿Qué otra cosa podemos hacer? —grité nuevamente tratando de imponer mi voz sobre el estruendo que nos rodeaba.

—¡Nada!

—¡Tiene que haber algo!

—¡Un aislante! —exclamó—. Si pudiéramos colocar un aislante dentro de la cámara del reactor para bloquear la luz del láser...

Le comprendí perfectamente: interceptando la luz que los láseres difundían en las micropíldoras de combustible de deuterio el reactor dejaría de funcionar.

—¡Un aislante! —vociferé—. De acuerdo. Vaya a desconectar los conmutadores principales y yo buscaré un aislante.

—¡Pero es inútil...!

—¡Muévase! —grité.

—¡No podrá entrar en el reactor! ¡La radiación acabará con usted en menos de un minuto!

—¡Vaya! —exclamé apartándole de un empujón. Se tambaleó y vaciló un instante mientras yo abría la puerta de la sala donde se encontraba el reactor.

—¡Por Dios! ¡No lo haga! —gritó.

Entré en la habitación sin escuchar sus palabras.

La estancia era redonda, de techo bajo y abovedado y espacio muy reducido, como un útero compuesto de cemento y acero y bañado por la infernal furia de la luz verdosa que proyectaban los láseres. El feto situado en su centro era una bola metálica de metro y medio de diámetro rodeada por retorcidos tubos que transportaban litio refrigerante al núcleo esférico. Parecía una batisfera, pero no tenía portillas. No había modo de interceptar los rayos láseres del exterior de aquella esfera puesto que estaban unidos a ella por una ligera tubería de denso cuarzo, y aunque hubiera tenido tiempo de intentarlo, me hubiera sido imposible romperla porque no disponía de ningún instrumento.

Descubrí que en el núcleo de la esfera había una compuerta y, sin pensarlo un instante, la abrí: la abrumadora intensidad de la luz y una oleada de insoportable calor me impulsaron contra la pared. Una estrella artificial crecía desaforadamente dentro de aquella cámara y se disponía a estallar.

Apreté con fuerza mis escocidos ojos y palpé a tientas los ardientes rebordes de la compuerta metálica; me introduje dificultosamente en la cámara interceptando los rayos láseres con mi cuerpo.

Entonces comprendí lo que es el infierno.

Experimenté una abrasadora sensación que se extendió por todos mis nervios, por mis sinapsis y por todos los surcos de mi cuerpo y mi mente. Los recuerdos de mi existencia despertaron en una realidad frenética y aterradora. Pasado, presente y futuro se fundieron. Los vi mezclarse y fluir en aquel único instante en que la intensidad del dolor conmocionaba mi espíritu, aquel instante infinitesimal que se prolongaba eternamente.

Desnudo y despellejado, en carne viva, mi mente revivía pasados y futuros.

El titular de un periódico expresaba en caracteres destacados:

FRACASADO INTENTO DE SABOTAJE EN UN LABORATORIO DE FUSIÓN

Un asombrado equipo de agentes del FBI y de científicos buscaba algún rastro de mi cuerpo, y el doctor Wilson era trasladado en una ambulancia en estado catatónico por efecto de la impresión sufrida.

Distinguí la oscura presencia de Ahrimán, mudo y sombrío sobre el horizonte de mi tiempo, planeando su venganza con los ojos enrojecidos por el odio.

Y a Ormuzd, radiante sobre el oscuro infinito, resplandeciendo en las profundidades del espacio interestelar, poderoso, imponente, moviendo las piezas del ajedrez de todo un universo de espacio-tiempo, al otro lado de un paisaje eterno.

Y yo, Orión, el Cazador, soy testigo de todos mis pasados y futuros. Por fin sé quién soy y por qué existo.

Soy Orión, Prometeo, Gilgamesh y Zaratustra, el Fénix que se extingue, se consume y resurge de sus propias cenizas para morir una vez más.

Desde cincuenta mil años en el futuro de la Tierra he perseguido a Ahrimán. En esta ocasión ha escapado de mí, pero he frustrado sus planes. La humanidad tendrá energía de fusión. Alcanzaremos las estrellas. Como dijo Ormuzd, ese nexo ha sido superado con éxito, aunque ha sido precisa mi muerte. Pero la estructura del continuo espacio-tiempo no se ha roto.

He muerto y, sin embargo, aún vivo. Existo y me propongo perseguir a Ahrimán dondequiera que esté y siempre que sea preciso.

La caza continúa.

INTERMEDIO

A cualquier mortal aquel lugar habría podido parecerle una impresionante perspectiva del Olimpo, del Valhalla o de los cielos que los cristianos anhelan alcanzar.

El horizonte era ilimitado: hasta el infinito y en todas direcciones se extendían suaves nubes y un cielo azul y sereno. En lo alto, el firmamento se oscurecía para mostrar la presencia de algunas estrellas diseminadas, puntos fijos de luz que jamás se movían del cénit. El tiempo carecía allí de significado. Ningún planeta giraba en la parte inferior; ningún sol ni ninguna luna cruzaban el inmutable firmamento. Sin embargo la atmósfera era luminosa, bañada por una suave claridad de procedencia desconocida.

Si un ser humano hubiera visto aquel lugar, le habría parecido que se encontraba en la cumbre de una alta montaña, por encima de las inquietudes y necesidades terrenales, sobre las nubes cargadas de tormentas y confusión, a través del aire límpido y tranquilo, y que su mirada se extendía por un reino de infinita calma y belleza. Un ámbito muy alejado del mundo de los efímeros mortales que nacen entre dolores, luchan durante una brevísima existencia y luego se extinguen como la vacilante luz de una vela.

En algún lugar, en aquella infinita extensión de firmamento y nubes, una minúscula y luminosa estrella se precipitó desde los altos cielos aumentando de tamaño en su trayectoria y convirtiéndose en un globo resplandeciente y dorado hasta alcanzar las capas superiores de las nubes. Aquel globo, que brillaba intensamente pero que no despedía calor, se desplazó con gran rapidez por encima de las nubes y por fin se detuvo inopinadamente.

El globo se estremeció, se agitó y se contrajo lentamente hasta formar la imagen de un hombre de aspecto juvenil, aunque en plena madurez, hermoso como un dios, alto y de anchos hombros, con abundante cabellera rubia y ojos de color leonado y que vestía un traje de color dorado, adornado con una complicada tracería de tenues líneas rojas, como una red de vasos sanguíneos.

Aquel ser se sentó en una nube redonda reclinándose, al igual que un antiguo emperador, sobre almohadones de cúmulos. Su majestuoso rostro expresaba profunda concentración, como si estuviera presenciando algo invisible para cualquier ser mortal. Sería imposible calcular cuánto tiempo

permaneció allí sentado porque en aquel lugar el tiempo carecía de significado.

En aquellos momentos apareció junto a él una esfera resplandeciente de menor tamaño, de brillo argénteo, que vibraba tenuemente y que se contrajo hasta formar una hembra humana, una mujer de sedosos cabellos negros y ojos profundos y grises, tan hermosa como el hombre rubio, y que vestía una especie de malla plateada, metálica y radiante.

—¿Te estás aficionando a adoptar la figura humana? —preguntó ella.

El hombre la miró con gravedad.

—Me parece que así logro comprenderlos mejor, que me ayuda a sentir como ellos.

—Te gusta ser un dios.

El hombre no respondió.

—¿Debo darte el nombre que has escogido para que te invoquen? —le preguntó casi divertida. Pero sus palabras eran irónicas. Le sonreía con los labios, mas sus grises ojos le examinaban fríamente.

El hombre desvió de ella su impertérrita mirada.

—De todos modos me llamarás como quieras, ¿no es así?

—¡Ormuzd —dijo—, dios de la luz! ¡Qué modesto eres con tus muñecos!

—Y yo, ¿cómo debo llamarte?

—Anyá —repuso ella tras meditar un instante—. Es un bonito nombre. Cuando seamos humanos, puedes llamarme Anyá.

—Te estás tomando todo esto muy a la ligera —dijo Ormuzd.

—En absoluto —contestó Anyá sin ningún atisbo de chanza—. Sé muy bien lo serio que es todo ello. He sentido lo que ellos sienten: terror, dolor, el increíble temor a morir... a convertirme en nada...

—No tenías por qué hacerlo. Yo no quería permitirte.

—No, tú habrías activado a tu guerrero y lo habrías lanzado contra el Oscuro solo, sin un amigo, sin esperanzas ni siquiera recuerdos.

—Ellos no comprenden. ¿Por qué tenía que establecer diferencias con él?

—¡Sí que comprenden! —replicó Anyá—. Aunque de modo algo confuso, se dan cuenta de que se está librando una lucha y que se encuentran atrapados como peones entre fuerzas muy superiores a las suyas.

Ormuzd agitó su dorada melena.

—Sólo comprenden lo que yo quiero que comprendan.

—No es así —insistió ella—. Mira cómo organizan sus científicos los conocimientos del universo. Están a punto de aprender la auténtica naturaleza del espacio-tiempo...

—En absoluto, todavía consideran que el tiempo sigue unas pautas sucesivas. Siguen creyendo que la causa debe preceder siempre al efecto.

Ella se echó a reír.

—Examínalo más detenidamente, ¡oh dios de la luz! Tus muñecos están comenzando a penetrar en los misterios que los rodean.

—Entonces tendré que cambiar las cosas. No deben aprender demasiado: aún no ha llegado el momento.

—¡No, no lo hagas! ¡Déjalos que aprendan! ¡No seas tan inflexible con ellos!

Ormuzd la miró con fijeza.

—Puedo tratarlos como guste. ¡Los he creado! ¡Me pertenecen!

—Pero no puedes controlarlos.

—¡Qué absurdo!

—¡Admítelo! —insistió Anya—. Se te escapan de las manos.

—Los controlo.

—Les has inspirado curiosidad, sed de conocimiento.

—Era necesario —repuso Ormuzd—. Pero equilibrándolo con el temor a lo desconocido.

—¿Equilibrando? En absoluto. Les has creado una terrible tensión. Aunque les impulsa la curiosidad, temen cuanto no les resulta familiar. Viven una existencia atormentada, angustiada.

Ormuzd se disponía a contradecirla, pero se contuvo, pues comprendió cuál sería su respuesta. Anya se había transformado brevemente en un ser humano y había sentido igual que sus restantes criaturas.

Lanzó un suspiro y cambió de táctica.

—Creen que sus dioses son todopoderosos, omniscientes. Me atribuyen sus enfermedades y sus propios defectos.

—También reconocen tu misericordia —dijo Anya—. Desean creer que les amas.

Ormuzd profirió nuevamente un prolongado suspiro.

—Comprenden que han sido creados con una finalidad —prosiguió Anya—, pero avanzan a tientas, entre tinieblas, tratando de descubrir cuál es. Desean servirte, aunque desconocen qué esperas de ellos.

Ormuzd se levantó. Calzaba botas doradas. La energía que irradiaba arrancó destellos a las nubes.

—En otro tiempo ya satisficieron tal propósito. Si el Cazador realiza ahora su tarea...

—Entonces tu victoria será completa —dijo ella—. Y nos encontraremos a salvo.

—Y por fin podré desembarazarme de ellos.

—¡No puedes eliminarlos!

—¿Que no puedo? ¿Que no puedo desembarazarme de ellos? —replicó enarcando una ceja.

—No te atreverás —rectificó Anya—. Sabes que nuestro sino está inextricablemente vinculado al suyo: criaturas y creador compartimos el mismo continuo. Si ellos son eliminados, también nosotros dejaremos de existir.

—Es imposible que creas eso.

—Me consta que es así. De lo contrario, ¿cómo hubieras permitido que sobrevivieran? Los creaste para que derrotaran al Oscuro y ellos así lo hicieron hace siglos.

—No por completo: aún existe.

—Sí —reconoció Anya con un estremecimiento—. Y mientras sea así necesitas a los humanos, ¿verdad? En tanto que el señor de las tinieblas siga escapando, los humanos te serán necesarios: ellos constituyen tu ejército de guerreros, tu guardia personal, tu escuadrón suicida.

—Los creé para que fueran guerreros: nacieron con esa finalidad.

—Sí, y realizan tan bien su trabajo que cuando no tienen con quién luchar se pelean entre sí, se matan entre ellos ininterrumpidamente.

Ormuzd se encogió de hombros con despreocupación.

—¿Qué importa eso? En la actualidad se cuentan por millones. Se reproducen constantemente. También les infundí ese instinto. Les concedí el placer de equilibrar sus penas.

—Nuevamente hablas de equilibrio —sonrió Anya con amargura—. Pareces creer sinceramente que te has comportado con ellos con honradez, que incluso has sido amable.

—Sólo son criaturas, muñecos como tú les llamas. No tengo necesidad de mostrarme amable ni honrado con ellos.

Anya guardó un largo silencio, pero sus ojos reflejaban una intensa concentración.

Ormuzd le tendió su mano y le dijo suavemente:

—No era necesario que te convirtieras en un ser humano. Yo nunca te hubiese propuesto que te hicieses tan vulnerable.

—Pero lo hice —repuso con tanta suavidad como él—. Y ahora no puedo olvidarlo.

—¡Queridísima...!

—¡Son tan frágiles! —repuso Anya—. ¡Tan sensibles!

—Son muy limitados. Lo sabes muy bien. Los creé así: tenía que hacerlo.

—¿No sientes ninguna responsabilidad hacia ellos?

—Desde luego que sí —respondió.

—¿Sabes qué piensan algunos? —le preguntó. Y, sin darle tiempo a responder, prosiguió—: Algunos grandes filósofos creen que son ellos quienes nos han creado. Dentro de su confusa y limitada capacidad están comenzando a comprender que los necesitamos, que sin ellos no podemos sobrevivir.

Ormuzd gruñó descontento.

—¡Bah! Sus filósofos han propalado toda clase de aciertos y desatinos al azar. Se limitan a decir todo cuanto se les ocurre y que consideran fruto de su inteligencia.

—Están aprendiendo y se esfuerzan muchísimo, Ormuzd. Han creado la música, la pintura y máquinas con las que alcanzarán las estrellas.

—Tanto mejor —replicó—. Así nos serán más útiles.

—Pero los conocimientos que adquieren les reportan muchos poderes: ahora disponen de armas con las que podrían hacer desaparecer a toda la humanidad.

—Eso nunca sucederá —repuso Ormuzd rápidamente.

—¿Temes que así sea?

—No. Yo cuidaré de que no se aniquilen por completo.

—Tú les inspiraste semejante agresividad, tú hiciste de ellos una raza de luchadores y asesinos.

Ormuzd hizo una señal de asentimiento.

—Desde luego, porque me era necesario. Su naturaleza agresiva es sumamente importante.

—¿Aunque les induzca a la mutua destrucción?

—Aunque destruyan su supuesta civilización en una guerra nuclear. ¿Qué importa? Siempre habrá algunos supervivientes: procuraré que así sea. Sus insignificantes civilizaciones se han desmoronado una y otra vez y la especie sobrevive: eso es lo que importa.

—¿Y qué me dices del Oscuro? Supongo que si te haces llamar Ormuzd, dios de la luz, él deberá ser considerado Ahrimán, dios de las tinieblas.

Ormuzd inclinó levemente la cabeza admitiendo su razonamiento.

—¿Está realmente capacitado para acabar con nosotros? —se interesó ella.

—El así lo cree. Imagina que si consigue exterminar a los humanos, nosotros moriremos con ellos.

Anya pareció asustarse por vez primera.

—¿Es eso cierto? ¿Podría suceder?

Por vez primera, también Ormuzd parecía preocupado.

—No estoy seguro. A los humanos les gusta imaginar que constituyen el centro de la creación, el núcleo del que depende todo el universo.

—¿Quieres decir que acaso tienen razón? —susurró ella.

—¡No lo sé! —gritó Ormuzd apretando los puños con impotencia—. ¿Cómo voy a saberlo? ¡Son tantas las cosas que desconocemos, que están fuera del alcance de nuestra comprensión!

Anya sonrió extrañamente. Permaneció silenciosa ante el radiante, áureo y enfurecido dios de la luz hasta que su amplia sonrisa se transformó en ruidosa carcajada.

—¡Entonces los humanos tienen razón: no nos necesitan! ¿Qué les hemos dado, aparte de pesares y aflicciones?

—¡Yo los he creado!

—¡No, de ningún modo, mi aspirante a dios! ¡Ellos han sido quienes nos han creado! ¡Tú pudiste formarles de barro e inspirarles vida, pero lo hiciste porque ellos te lo pidieron, porque insistieron en ser creados! ¡Y tú, yo y todos los aspirantes a dioses y diosas somos simplemente sus siervos!

—¡Eso es una insensatez! —insistió Ormuzd—. ¡Yo los creé para que me sirvieran!

Las carcajadas de Anya resonaron en el aire como el tintineo de una campanilla de plata.

—¿Y les recriminas que se atengan a la más estricta causalidad? Sí, tú los creaste, pero ellos también te han creado a ti. Causa y efecto, efecto y causa, ¿cuál de ellos fue el primero?

Ormuzd seguía inmóvil, silencioso y asombrado.

—¿Qué importa todo eso? —preguntó Anya. Y, sin aguardar respuesta, añadió—: Su lucha es nuestra lucha; si ellos sucumben, sucumbiremos nosotros. Debemos ayudarlos: no tenemos otra elección.

Por fin se dejó oír Ormuzd.

—Los he estado ayudando —insistió.

—Sí, creando guerreros para que luchen por ti mientras tú permaneces aquí, a salvo de desórdenes y sufrimientos, tirando de sus hilos como un titiritero.

—¿Qué querías que hiciese? ¿Reunirme con ellos convirtiéndome en un ser humano?

—¡Sí!

—¡No lo haré nunca!

—¡Yo lo hice!

—Y has muerto, sufriste su agonía y sus temores, experimentaste la muerte tal como ellos.

—Sí, y volvería a hacerlo. Lo haría cuantas veces fuese necesario.

—¿Por qué?

—Por ellos, por el bien de todos.

—¡Estás loca!

—¡Los amo, Ormuzd!

Su interlocutor la observó con fijeza.

—¡Pero si sólo son criaturas!

—¡Sí, pero viven! Entre el dolor, la aflicción y la espantosa incertidumbre de sus existencias, también experimentan amor, alegría, confraternidad y aventuras. ¡Están vivos! Les has hecho mejores de lo que imaginas. Y deseo ser como ellos.

—¿Aunque tengas que pasar por cien o mil muertes?

—La vida vale la pena. ¡Inténtalo!

—¡No! —exclamó y retrocedió un paso alejándose de ella.

—¿Te quedarás aquí mientras todos los demás luchamos por conseguir la victoria?

—Me quedaré —repuso Ormuzd.

—¡Como un titiritero! —exclamó Anya burlonamente.

—¡Soy el creador! —repuso él irguiéndose en toda su estatura.

Anya se echó a reír y, difundiendo un resplandor plateado, desapareció lentamente de su vista dejándole solo, flotando más allá del espacio y el tiempo, mientras se preguntaba si las criaturas que había creado en aquel diminuto mundo llamado Tierra soportaban realmente la carga del continuo en sus espaldas.

Hasta los dioses pueden llorar. Y mientras Ormuzd seguía pensando en la Tierra y en las extrañas circunvoluciones que podían asumir causa y efecto, comenzó a sentirse muy viejo y muy solo.

Segunda parte

ASESINO

CAPÍTULO IX

Abrí los ojos y descubrí que me encontraba en medio de una vasta y despoblada extensión de tierra. El suelo era arenoso, con achaparrados matorrales de hierba esporádicamente diseminados. En el cielo no se veían nubes, aunque a lo lejos, a la derecha, un penacho de humo ascendía por el horizonte remontándose en el claro azul y difundiéndose a modo de sucios dedos. Por aquel lugar se producía un incendio y, a juzgar por la enorme nube de humo, se diría que era una ciudad la que ardía.

El sol caía con fuerza sobre mis desnudos hombros. Vestía una corta falda y calzaba sandalias, nada más. Ni por un instante me maravilló seguir con vida. Recordaba haber muerto en el reactor de fusión. Comprendía que no había sobrevivido a aquel infierno: aquella era otra vida. Me sentía fuerte, con absoluto dominio de mí mismo, aunque me temblaban las rodillas al recordar los sufrimientos que había tenido que soportar durante aquellos últimos segundos que viví en el siglo xx.

¿Que viví en el siglo xx? De algún modo estaba convencido de encontrarme en una era distante, en un tiempo anterior. Ahrimán me había dicho que yo me trasladaba hacia atrás en el tiempo, desde el Fin a la Guerra. Aunque me constaba que era el Príncipe de las Mentiras, en cierto modo había dado crédito a sus palabras.

¿Dónde me encontraría? Entre la maleza que me rodeaba no descubriría ningún indicio que pudiera revelarme mi paradero. El único signo de actividad humana era aquella inmensa pira que se levantaba en el horizonte. Empecé la marcha hacia la columna de humo durante horas interminables, de espaldas a aquel sol abrasador que proyectaba una sombra alargada ante mí.

Me resultaba difícil controlar la sed. Si retenía el sudor, la temperatura interna de mi cuerpo ascendía hasta tal punto que me sentía a punto de desmayarme. Pero si dejaba funcionar mis glándulas sudoríparas para refrescarme, comenzaba a sufrir deshidratación. Hasta cierto punto me era posible extraer humedad del plasma sanguíneo y del agua almacenada en las células de mis órganos viscerales, pero era aquél un juego peligroso que podía producirme una deshidratación fatal. Como cualquier ser humano sometido al

implacable calor del desierto, necesitaba agua cada vez más desesperadamente a medida que transcurrían las horas.

A mi izquierda volaban unos pájaros describiendo amplios círculos en el cielo abrasador. Eran buitres: algún ser, animal o humano, habría muerto o estaría muriendo en aquella dirección. Se tratase de uno u otro, fuese lo que fuese, acaso tendría agua o podría obtenerla de su cadáver. Soy tan aprensivo como cualquiera, pero el desierto acaba con todas las delicadezas. Cuando un hombre muere de sed, olvida todo prejuicio con tal de salvar su vida.

Los buitres volaban cada vez más bajo mientras yo avanzaba tropezando con las rocas calientes como pan recién horneado. Tanto ellos como yo éramos carroñeros en el implacable horno del desierto. Por fin me encontré ante aquello que los pájaros habían descubierto antes que yo: una familia de viajeros yacían muertos sobre el polvo. A pocos pasos se encontraba un carro de bueyes volcado. Un buitre se encaramaba en el borde de la inútil rueda, sin apartar sus ojos de su esperado alimento. Los restantes pájaros se precipitaban hacia abajo extendiendo las alas, tomaban tierra profiriendo groseros graznidos y avanzaban torpemente hacia los cadáveres.

Cogí una piedra gruesa como un puño y, pese a su abrasador contacto, la lancé contra el buitre que se apoyaba en la rueda. Le acerté en la cabeza, matándolo instantáneamente, como si le hubiera disparado un balazo. Los restantes pájaros casi no parecieron advertirlo hasta que lancé otras tres piedras contra ellos alcanzando a otros dos y espantando finalmente a los demás, que agitaron irritados las alas en el aire levantando una nube de polvo en su huida.

Los pájaros de la muerte siguieron revoloteando suspendidos sobre mí, esperando con paciente seguridad, mientras yo avanzaba tambaleándome hacia los cadáveres. Descubrí que no habían muerto de sed: el hombre estaba acribillado. La mayoría de heridas las tenía en la espalda, donde la sangre apenas se había coagulado. Parecía como si le hubieran disparado flechas que sus asesinos hubiesen arrancado después para volver a utilizarlas. A su mujer y a los dos hijos les habían rebanado el pescuezo. La mujer, que no parecía tener más de veinte años, estaba prácticamente desnuda.

Los útiles que pudieran haber llevado en el carro habían desaparecido y éste estaba completamente vacío. Tampoco se veían los bueyes. En el polvoriento suelo se distinguían las huellas de los animales. Quienquiera que hubiera sorprendido a aquella desdichada familia, había concedido más valor a las bestias de carga que a los seres humanos. No encontré agua ni ninguna clase de pertenencias entre los cuatro cadáveres. Y descubrí que, pese a mi

anterior convencimiento, no podía seguir asaltando sus desdichados cuerpos para beberme su sangre, aunque de ello dependiera mi vida.

Inspeccioné el deslumbrante cielo protegiéndome los ojos y vi que los buitres seguían formando círculos, vigilando en silencio. Lamenté no disponer de los instrumentos y la fuerza necesarios para enterrar a aquellos desconocidos, mas carecía de ambos; los buitres ganaron la partida. Me volví hacia la columna de humo dando traspiés por el pedregoso despoblado y dejé que los asquerosos pajarracos se entregaran a su festín.

La jornada parecía interminable, el calor aumentaba su intensidad. Aunque anduve durante muchas horas, el humo parecía encontrarse siempre a la misma distancia que cuando lo distinguí por vez primera. En mi más profundo interior encontraba la situación tan ridícula que casi me resultaba divertida. Era evidente que Ormuzd me había enviado allí porque sin duda iba a suceder algo en aquella época y lugar que podía alterar toda la historia del universo.

Probablemente Ahrimán, fiel a sus propósitos de acabar con el continuo, realizaría otro intento de destrucción del espacio-tiempo. Tal como se desarrollaban los hechos, parecía que yo estaba inevitablemente condenado a morir ignominiosamente de sed antes de lograr siquiera enterarme de la tarea que me había sido encomendada en aquel lugar...

Y entonces los vi.

Eran cinco... no, seis jinetes que avanzaban lentamente por la maleza delante de mí. Sus caballos eran flacos y parecían cansados; los hombres eran esbeltos y musculosos. Llevaban puntiagudos cascos metálicos e iban armados con largas y delgadas lanzas, así como con un pequeño arco de doble curva y una espada también curvada que tintineaba en su costado.

Me vieron casi en el mismo instante en que yo los descubría. Detuvieron sus caballos un instante y se dirigieron hacia mí. Se aproximaron lentamente, no por precaución sino porque sabían que un hombre semidesnudo, desarmado y sin montura no podía escapárseles.

A medida que se acercaban, descubrí que eran orientales, de pronunciados pómulos y rostros achatados propios de los verdaderos asiáticos. Su piel, lo poco que asomaba de ella de su armadura de cuero y metal, era de un tono cetrino, semejante al color del tabaco. Tenían los ojos pequeños, pero no especialmente rasgados. Pensé que serían guerreros mongoles o que quizá pertenecieran a alguna tribu de los primeros turcos que invadieron el Oriente Medio procedentes de la alta Asia, desde las proximidades del lago Baikal.

Cuando se encontraban a unos veinte metros refrenaron sus monturas y se detuvieron a observarme con tanta curiosidad como yo les había examinado. El jefe del grupo, segundo jinete de la izquierda, cambió unas palabras con los otros y, con cierta sorpresa, descubrí que podía entender su idioma.

—No parece como los otros.

—Quizá era uno de sus esclavos, procedente de otra tribu.

—Nunca he visto a nadie igual. Fijaos qué estatura... y su piel es rosada... como la de un cerdo.

El jinete que estaba a la derecha del jefe profirió una seca carcajada.

—Opino que deberíamos conducirlo ante el *orkhon*. Quizá nos recompense por encontrar algo tan extraño.

—Semejante fenómeno, querrás decir.

—Si exceptuamos su extraño color, parece casi humano.

—¡Apuesto a que su sangre es roja!

Y el jinete que había pronunciado aquellas palabras, el que estaba a la derecha del jefe, espoleó los flancos de su escuálido caballo y se lanzó al galope hacia mí blandiendo su lanza que apuntaba contra mi corazón. Los restantes jinetes permanecieron impávidos en sus monturas observando sonrientes aquel deporte.

El color de mi piel podría recordarles a un cerdo, pero yo no tenía ninguna intención de dejarme ensartar como si lo fuese. Permanecí absolutamente inmóvil mientras que caballo y jinete, lanza en ristre, arremetían contra mí; traté de hacer acopio de las escasas fuerzas que me quedaban. Sentí que una oleada de adrenalina se extendía por mi cuerpo poniendo todos mis sentidos en extrema tensión. Jinete y caballo parecieron retardar su marcha y tuve ocasión de advertir que los grandes ojos del bruto me miraban asustados y sus belfos se dilataban mientras aspiraba profundamente. La punta de la lanza avanzaba sin vacilaciones apuntando directamente a mi corazón; el bárbaro guerrero estaba encorvado en su silla sosteniendo las riendas con la mano izquierda y entreabriendo la boca en algo parecido a una mueca o sonrisa de expectación.

En el instante preciso le esquivé hábilmente con la pericia de un torero y la punta de su lanza resbaló inofensivamente por mi costado. Así el mango del arma y derribé de su silla a mi sorprendido atacante que aterrizó penosamente sobre su hombro mientras el caballo, que había torcido repentinamente la cabeza al sufrir la sacudida de las riendas, tropezaba y caía al suelo levantando una densa polvareda. La lanza se hizo astillas y me quedé sosteniendo casi un metro de su extremo.

Transcurrieron unos momentos de absoluto silencio. El polvo se disipó y el caballo consiguió levantarse y se alejó unos metros con un trotecillo arrastrando las riendas por el suelo. Advertí que los otros jinetes observaban preocupados al animal, y sólo cuando hubieron comprobado satisfechos que había resultado ileso, fijaron su atención en su compañero, que se levantó mucho más lentamente.

Aunque el brazo izquierdo le pendía inerte del hombro, el guerrero desenvainó su curvado sable y se lanzó contra mí gruñendo, sin darme tiempo a abrir la boca. Rechacé su estocada con el mango de la lanza que seguía sosteniendo, pese a que el sorprendente impacto de su ataque había partido casi por completo la madera. Levantó el brazo disponiéndose a asestarme otro golpe, pero repelí su agresión dándole un puntapié en el vientre que le obligó a doblarse por la mitad. Dejé caer al suelo el inútil mango de la lanza y le arrebaté la espada de la mano mientras mi enemigo caía al suelo esforzándose por regularizar su respiración.

El jefe del pequeño grupo no se anduvo con remilgos. Colocó una flecha en el arco, tensó después la cuerda hasta su pecho y disparó contra mí. Presencí todo aquello como si se produjera con movimientos retardados y, valiéndome de la espada, desvié el mortífero proyectil en el aire.

Aquello los dejó sorprendidos, aunque no por mucho tiempo. Eran guerreros consumados y no iban a permitir que se les escapase un enemigo, por muy buen luchador que fuese. Adelantaron poco a poco sus caballos y formaron un círculo en torno a mí: sabían tan bien como yo que no sería capaz de desviar las flechas que me disparasen desde cinco puntos distintos.

—¡Aguardad! —les dije—. ¡No soy enemigo vuestro! ¡He venido desde muy lejos para ver a vuestro Kan!

El guerrero que estaba a mis pies, y que por entonces ya había recobrado algo su aliento, se puso de rodillas aspirando todavía intensamente, con la boca muy abierta.

—No he matado a vuestro compañero aunque me hubiera sido muy fácil —dije a su jefe—. Vengo en son de paz: no soy un guerrero.

El hombre me observó, suspicaz.

—¿No eres un guerrero? ¡Pues Dios nos proteja de los guerreros de tu raza!

—Vengo en son de paz —repetí aunque continuaba asiendo con fuerza la espada.

—Hablas nuestra lengua.

—Es cierto. Y deseo ver a vuestro jefe, el Kan.

El hombre apretó aún más los estrechos ojos con expresión pensativa.

—¿Te refieres al Gran Kan?

—Sí.

—¡Este hombre es un diablo! —dijo uno de sus compañeros tensando su arco—. ¡Matémosle!

—¡No! —intervino el jefe—. ¡Aguardad!

Advertí que se debatía furiosamente consigo mismo tratando de tomar una decisión. Los guerreros bárbaros pocas veces deben enfrentarse a semejantes disyuntivas. Me pregunté si aquellos seis jinetes serían los mismos que habían asaltado y asesinado a la familia que había encontrado hacía unas horas, pero no parecían llevar consigo ningún botín.

—¿De dónde vienes, extranjero? ¿Cómo te llamas?

—Me llamo Orión —dije—. Y vengo de muy lejos, del oeste.

—¿Del otro lado de las montañas del oeste? —preguntó uno de ellos.

Asentí.

—Y más allá de los mares que están allende las montañas.

—Entonces eres un emisario, ¿verdad? —preguntó el jefe.

—Sí, soy un emisario de un país lejano —repuse confiando que aunque fuesen bárbaros concediesen a los emisarios ciertos vestigios de inmunidad diplomática.

—Y deseas ver al Gran Kan.

Era una afirmación.

—Ésa es mi misión —repuse.

El guerrero que estaba a mis pies se levantó lentamente con las piernas aún vacilantes. Tenía inutilizado el brazo izquierdo: probablemente se le habría roto por el hombro. Sabía que la patada que yo le había asestado habría derribado a un hombre que duplicara su tamaño. Aún debía sentirse muy dolorido y era evidente que le costaba trabajo respirar. Me miró con fijeza un instante y luego tendió hacia mí su mano derecha. Dudé unos momentos y por fin le devolví su espada.

La cogió, la sopesó sonriente y seguidamente la volteó sobre su cabeza con el propósito de asestarme un tajo en el cuello. Permanecí impávido fijando mi mirada en la suya, sabiendo que me sobraba tiempo para bloquear la trayectoria del arma. Aquello podía ser simplemente una prueba o un intento de demostrar que no estaba acobardado ante mí.

Fijó sus ojos en los míos inquisitivamente tratando de descubrir algún indicio de inseguridad o temor, mas yo me mantuve impasible. El rostro del guerrero era flaco y duro y en su mejilla izquierda, cerca de la mandíbula,

aparecía la línea blanca de una cicatriz. Su jefe apoyaba los brazos en lo alto de la silla de montar y se mantenía a la expectativa.

El guerrero bajó lentamente la espada hasta que su brazo quedó colgando a un lado, se volvió a sus compañeros y, haciendo un gesto significativo, les dijo:

—¡Es el diablo, no un hombre de verdad!

El jefe se echó a reír.

—Realmente es muy raro —repuso—. Lo llevaremos al *orkhon* y que sea él quien decida.

CAPÍTULO X

Me vi obligado a caminar, en tanto que ellos viajaban a caballo, pero se mostraron bastante generosos con el agua. Bebí de la cantimplora de cuero del jefe y luego de dos de sus compañeros, mientras el largo y caluroso día llegaba a su fin.

Nos encontrábamos en Persia: estaba seguro de ello. Y, a juzgar por el modo en que se expresaban aquellos fuertes y salvajes guerreros, imaginé que probablemente serían mongoles, pertenecientes a la horda de Gengis Kan. Me encontraba por lo tanto en el siglo XII o XIII, cuando aquellos bárbaros jinetes assolaban el mundo civilizado, desde Catay a las llanuras de Polonia.

Intenté formular algunas preguntas al jefe de la pequeña tropa, pero obtuve su silencio por respuesta. Al parecer se había propuesto entregarme a sus superiores y no deseaba entrar en conversación conmigo. Era guerrero, no diplomático. Pero me había perdonado la vida y aquélla, por lo que a mí se refería, ya era una decisión bastante importante.

El sol se puso por el horizonte del desierto y al cabo de unos minutos anocheció y empecé a sentir frío. Anulé el funcionamiento de los capilares superficiales de mi cuerpo e hice todo lo posible por mantenerme caliente, pero no iba adecuadamente vestido para pasar la noche en aquel páramo. Aquellos salvajes no advirtieron mis escalofríos y siguieron avanzando mientras yo caminaba junto al caballo de su jefe.

Por fin llegamos a la ciudad que había estado ardiendo durante todo el día. No llegué a enterarme de su nombre, pero recordé que a los mongoles no les interesaban las ciudades: por su condición de nómadas, preferían las grandes extensiones de pastos donde alimentaban sus caballos y su ganado. Si las ciudades se sometían a ellos en el curso de la guerra, las dejaban en paz y se limitaban a instalar un jefe supremo mongol que recaudaba los impuestos; si se resistían, les ponían sitio hasta lograr su rendición y entonces eran metódicamente destruidas y todos sus habitantes asesinados o condenados a esclavitud. En el siglo XX se creía que las armas nucleares que destruyen las ciudades eran algo nuevo bajo el sol; los mongoles las arrasaban a mano, las incendiaban o las desmontaban piedra a piedra y, en algunos casos, incluso desviaban el curso de los ríos sobre sus calcinados cimientos. Y asesinaban a los habitantes uno a uno, con espadas, lanzas y flechas, después de violar a las

mujeres y someter a pillaje todos los hogares. También torturaban a quienes les parecían bastante ricos para haber escondido oro u otros tesoros. Comparando los resultados de las conquistas bárbaras que presenciaban mis ojos con las armas nucleares, por lo menos éstas tenían la ventaja de ser rápidas e impersonales.

Incluso a la vacilante iluminación de las hogueras allí encendidas, el campamento mongol me pareció inmenso. Las tiendas y las yurtas redondas cubiertas de fieltro que parecían tepes montados en carros de bueyes se extendían kilómetro tras kilómetro por aquel páramo. Miles de caballos piafaban y relinchaban en inmensos corrales delimitados con cuerdas, cuyo olor se difundía a varios kilómetros de distancia. Frente a la mayoría de tiendas las mujeres guisaban agitando pesados y ennegrecidos pucheros metálicos. Por los agujeros centrales del techo de las yurtas se remontaban columnas de humo, lo que me hizo deducir que por lo menos disponían de alguna forma primitiva de calefacción central.

Los guerreros me hicieron atravesar varios kilómetros del campamento entre un dédalo de tiendas que habían sido montadas al parecer sin orden alguno, aunque sabían exactamente adónde se dirigían. De pronto distinguí un amplio descampado rodeado por guardias armados hasta los dientes. La luz de las hogueras arrancaba destellos de sus cascos y de las empuñaduras enjoyadas de sus espadas. Mis captores detuvieron allí sus caballos. El jefe desmontó y cambió unas breves palabras con un guardián, que me dirigió una mirada de absoluta incredulidad, pero hizo una señal de asentimiento. El jefe del pequeño grupo de guerreros, con una amplia sonrisa, montó nuevamente en su caballo y los seis partieron al galope, satisfechos al verse eximidos de la responsabilidad de vigilar a su extraño prisionero.

Evidentemente el guardián era un oficial acostumbrado a impartir órdenes que se obedecían al instante.

—Me han dicho que hablas la lengua de los gobi —dijo.

Era un anciano de sienes encanecidas que, al igual que los jinetes, apenas me llegaba al hombro. Aunque su rostro estaba intacto, en el dorso de la mano tenía una lívida cicatriz que desaparecía bajo el puño de cuero de su túnica. Su voz era aguda: hubiera resultado un excelente tenor.

—Comprendo tus palabras —repuse.

—Te llamas Orión, vienes de allende las montañas del oeste y eres un emisario enviado para rendir acatamiento al Gran Kan.

—Es cierto que he venido a ver al Kan.

Me examinó desdeñosamente.

—No traes ofrendas para él.

—Las ofrendas que traigo están aquí. —Me di unos golpecitos en la sien. En seguida advertí que curvaba levemente los labios en un esbozo de sonrisa y, comprendiendo que estaba tratando con un ser muy primario, añadí—: Son ofrendas de sabiduría y conocimientos: no se trata de joyas ni perlas finas.

Pareció algo defraudado. Creo que hubiera disfrutado abriéndome la cabeza para ver si encontraba algún tesoro escondido.

Me examinó y dijo:

—No puedes acercarte al *orkhon* desnudo como un mendigo. Ven conmigo.

Cuando me disponía a seguirle le dije:

—No he comido... —me pregunté si debía decir que desde hacía ocho siglos—... desde hace muchos días —concluí.

Era como cualquier oficial de escasa graduación en cualquier ejército. Todo le disgustaba, exceptuando aquellas cosas importantes que le enojaban. Gruñendo y murmurando entre dientes me condujo hasta una de las hogueras y ordenó a la mujer que allí se encontraba que me alimentase.

Engullí un cuenco humeante de caldo de indefinible sabor, tan caliente que me escaldó la lengua, y seguidamente bebí un poco de leche de amargo sabor. En el instante en que concluía, el guardia regresó y arrojó un puñado de ropas a mis pies. Escogí agradecido unos pantalones anchos, una tosca camisa que me oprimía los hombros y una chaqueta peluda de piel.

La mujer que estaba ante el fuego, una vieja desgredada que había perdido casi todos sus dientes, me miró de arriba abajo y se echó a reír.

—Esas ropas son demasiado pequeñas y nunca encontrarás botas bastante grandes para esos pies.

El guardia gruñó.

—Es asunto suyo, no mío.

La vieja tenía razón. Yo era más alto y más corpulento que cualquier asiático que hubiera visto hasta entonces. Los pantalones que me había dado habían pertenecido sin duda a un hombre grueso, pues eran sobradamente anchos, pero concluían entre mis rodillas y mis tobillos. Estuve de acuerdo con la vieja. Probablemente no encontraría botas apropiadas para mí en el campamento, aunque no me importaba porque tenía sandalias. En cuanto a mis nuevas ropas, resultaban bastante confortables y me sentía casi cómodo con ellas pese a los picores y a la sensación hormigueante que me producían, induciéndome a pensar que no era yo el único ser que vivía en ellas. Por otra

parte, el caldo de la vieja me había confortado y me sentía dispuesto a enfrentarme al Kan.

Durante más de una hora pasé de un grupo de guardias a otro, siendo interrogado brevemente por cada nuevo oficial y enviado a continuación al siguiente. Comenzaba a comprobar que en realidad se trataba de dos campamentos separados, aislado el uno dentro del otro. En el centro de aquella grande y extensa ciudad de guerreros, caballos y acompañantes, se hallaba el auténtico campamento del jefe mongol. El *ordu*, como ellos lo llamaban, era una ciudad compuesta de tiendas situada dentro de un campo de mayores dimensiones donde se alojaban el equipo de oficiales y la guardia real. Y en el centro del *ordu*, en una inmensa tienda de blanca seda engalanada con banderas e iluminada con enormes hogueras, se encontraba la morada del *orkhon*.

En el instante en que me aproximaba a aquella inmensa tienda central me vi escoltado por dos oficiales aguerridos que exhibían mucho oro y acero en sus uniformes. Media docena de guerreros me iban siguiendo. Cuando nos dirigíamos a la entrada principal de la blanca tienda, pasamos entre dos enormes hogueras que resplandecían contra el oscuro cielo. Según supe más tarde, obligaban a todos los extranjeros a pasar entre aquellos fuegos pues tenían la superstición de que el calor consumía a los diablos que pudieran albergarse en ellos.

En la entrada de la tienda nos vimos detenidos por los dos guardianes más corpulentos que había visto hasta entonces, los cuales me registraron rápida y rutinariamente para ver si llevaba armas. Aquellos hombres eran casi tan altos como yo, pero seguían siendo tan delgados y musculosos como los demás. Los hombres que viven sobre sus sillas de montar y cruzan desiertos y montañas camino del campo de batalla no tienen tiempo de engordar.

Finalmente me permitieron el paso. Esperaba encontrarme con el esplendor oriental, finas sedas y alfombras persas, copas de oro con pedrería incrustada y hermosas esclavas danzando para el conquistador del mundo. En realidad el *orkhon* se sentaba sobre una magnífica alfombra y la tienda estaba tapizada de sedas y brocados, los hombres allí reunidos bebían en copas con piedras preciosas incrustadas y a la izquierda del *orkhon* se sentaban cuatro mujeres jóvenes y esbeltas, y supuse que hermosas a los ojos de los mongoles, pero la impresión que todo ello me produjo no fue de sibarítica magnificencia. La tienda daba una sensación de utilidad pragmática. Alfombras y tapices resguardaban del frío, las copas de oro en que bebían los mongoles procedían de algún botín de sus batallas y me pareció que estaban más acostumbrados a

utilizar sus cantimploras de cuero; en cuanto a las mujeres, también eran despojos de batallas.

La corte del *orkhon* no tenía un aire decadente. Aquellos hombres eran guerreros que descansaban provisionalmente. Aquel día habían saqueado e incendiado una ciudad; al día siguiente reemprenderían la marcha, en busca de otra ciudad.

—¿Respondes al nombre de Orión? —me preguntó un alto y esbelto oriental que se sentaba a la derecha del *orkhon*.

Parecía más chino que mongol y vestía una túnica de seda que le cubría de pies a cabeza.

El oficial que estaba a mi lado me dio un ligero codazo. Me adelanté un paso.

—Soy Orión —dije.

—¡Acércate para que mi señor Hulagu pueda verte más detenidamente!

Avancé lentamente hacia el *orkhon*, que se sentaba cómodamente sobre las sedas y cojines que le pertenecían por derecho de conquista. Era un hombre pequeño, de estatura inferior a la mayoría de sus hombres. Sus largos cabellos eran todavía negros como el azabache y su cuerpo era tan esbelto y fuerte como el de cualquier guerrero. Calculé que no tendría más de treinta y cinco años. Su rostro era absolutamente impasible, inexpresivo, y fijaba en mí su mirada mientras yo me adelantaba hacia él.

El chino levantó levemente una mano y me detuve.

—¿Eres un emisario del oeste? —preguntó con acento levemente cantarino aunque expresándose en idioma mongol.

—Así es —repuse.

—¿De qué lugar del oeste? —preguntó el mongol que se sentaba junto al *orkhon*.

Era el más viejo de todos, de cabellos grises, y aunque se recostaba sobre almohadones de seda, irradiaba impaciencia e infatigable energía.

—De más allá de las montañas del oeste —repuse—. Allende los mares que se encuentran después de las montañas.

—¿Del país donde la tierra es negra y las cosechas tan abundantes como los cabellos de tu cabeza? —preguntó con ojos centelleantes.

Supuse que se refería a Ucrania, el granero de tierra negra de lo que algún día sería Rusia.

—Más lejos todavía, señor —repuse pensando en el espacio y en el tiempo—. Vengo de una tierra tan distante de este lugar como nosotros lo estamos de Karakorum. De mucho más lejos.

El mongol sonrió: la distancia no significaba nada para él.

—¡Háblanos de tu lejana tierra! —dijo.

Pero el *orkhon* le interrumpió.

—Ya basta de hablar de tierras distantes, Subotai. Nos informan que este hombre es un guerrero de increíble fuerza.

Subotai. Recordé que aquél era un general mongol, pero no reconocí el nombre que el chino le había dado a él, Hulagu.

El enérgico y pequeño general me miró de arriba abajo.

—Es muy grande, pero pretende ser un emisario, no un guerrero.

—Aun así —siguió Hulagu—, dicen que ha vencido a un guerrero a caballo mientras que él iba a pie y desarmado, y que detuvo una flecha con sus manos desnudas cuando el *tuman* intentó matarle.

Como de costumbre, los informes de mis proezas resultaban exagerados.

Pero Hulagu se quedó claramente impresionado, y deseando presenciar una demostración ordenó a un arquero que se apostase al otro extremo de la tienda enfrente de mí. Los restantes guerreros y oficiales despejaron la zona a mis espaldas.

—¡Señor! —protesté—, ¡no me es posible interceptar una flecha con las manos desnudas! Simplemente la desvié.

—Hazlo así entonces —dijo Hulagu haciendo una seña al arquero.

La flecha salió disparada del arco y mis reflejos se multiplicaron. El mundo que me rodeaba retrasó su marcha y observé cómo la flecha se doblaba como un delfín cuando entra y sale de las aguas mientras volaba lánguidamente hacia mí. Sabedor de la energía cinética que transportaba, comprendí que sería una locura intentar detenerla, de modo que me ladeé ligeramente cuando estaba a punto de alcanzarme y la desvié dándole un golpe en el asta con el canto de la mano.

Los mongoles se quedaron boquiabiertos.

Subotai se incorporó en sus almohadones; Hulagu esbozó una leve sonrisa.

Seguidamente ordenó que viniese un luchador, un bruto enorme que llevaba la cabeza afeitada y el cuerpo engrasado. Me desnudé hasta la cintura y me quité las sandalias. Seguidamente derribé al monstruo de un puntapié que le acertó de lleno en la rodilla izquierda y le propiné un golpe de kárate en la nuca.

Me incliné ante Hulagu.

—Ciertamente, mi señor, soy un embajador, no un guerrero. Sólo lucho para protegerme.

El *orkhon* no pareció complacido.

—Nunca he visto a ningún hombre, guerrero o no, que posea la fortaleza y la velocidad que has demostrado.

—Una raza de hombres semejantes sería un enemigo formidable —dijo Subotai gravemente.

Los restantes mongoles murmuraron entre sí, al parecer de acuerdo con el general.

—Soy simplemente un emisario de un país muy lejano —dije levantando la voz para hacerme oír entre tanto alboroto—. Deseo entrevistarme con Gengis Kan, vuestro jefe.

Aquellas palabras provocaron un absoluto silencio. Los presentes enmudecieron; Hulagu me miró enojado.

—Es un extranjero —dijo Subotai al *orkhon*—. Ignora que nosotros no pronunciamos el nombre del Gran Kan.

—Mi abuelo hace más años que está muerto que dedos tienes en las manos —repuso lentamente Hulagu con acento amenazador—. Es Ogotai quien ahora reina en Karakorum.

—Entonces es a Ogotai a quien busco —repuse.

—¿Debo enviarte a Karakorum como emisario de un país tan distante que no sabe quién ocupa el trono de oro? —inquirió—. ¿A un hombre que puede detener las flechas con sus manos desnudas y romper el cuello del luchador más fuerte? ¿Eres un emisario o un brujo? ¿Qué asuntos debes tratar con Ogotai?

Pensé que también a mí me gustaría saberlo.

—Tengo instrucciones de no hablar con nadie que no sea el Gran Kan de Karakorum, señor —manifesté a Hulagu—. Sería infiel a mi rey si dejara de obedecer sus órdenes.

—Creo que eres un brujo. O, peor aún, un asesino.

—No lo soy, señor —repuse bajando el tono de voz.

Hulagu se dejó caer en sus almohadones y extendió la mano derecha observándome con los ojos entornados. En su inexpresivo rostro era imposible descifrar si estaba asustado, preocupado o enojado. Un hombre de rasgos aquilinos, genuinamente árabes, y aspecto elegante tendió una copa de oro a Hulagu, que bebió de ella sin dejar de mirarme con recelo.

—Ve —dijo por fin—. El guardia te acompañará a un lugar donde podrás pasar la noche. Mañana decidiré lo que hago contigo.

Algo en su expresión me hizo comprender que ya lo había decidido.

Tuve bastante serenidad para despedirme con una reverencia. Seguidamente recogí mis ropas, me las eché sobre el brazo y salí de la tienda seguido de mi escolta. En el último instante descubrí que Hulagu miraba fijamente la flecha que yo había hecho caer sobre la alfombra.

En la fría oscuridad de la noche, cuando me estaba metiendo por la cabeza la camisa llena de pulgas, fui víctima de un ataque. Eran seis hombres, aunque eso no lo supe en aquel momento. Me derribaron en el suelo con la camisa enredada en la cabeza y los brazos y se echaron sobre mí. Me resistí con todas mis fuerzas desgarrando la camisa; a la luz de la luna distinguí el resplandor de la hoja de una daga. Luché por mi vida sin importarme dar muerte a alguno de aquellos que me golpeaban con palos. Luego sufrí el intenso dolor producido por el acero que atravesaba mi vientre una y otra vez, la sangre caliente corrió por mi piel y un último golpe en la cabeza me hizo perder el conocimiento.

Cuando desperté, unos minutos más tarde, mis asaltantes habían desaparecido después de arrastrarme tras un carro desde donde podía distinguir el claro que rodeaba la blanca tienda del *orkhon* y las dos enormes hogueras encendidas ante la entrada. Apreté mis cortadas venas con todas mis fuerzas y pude reducir la hemorragia, aunque no logré detenerla por completo. Me sentía muy débil y sabía que si volvía a perder el conocimiento desaparecería el control que ejercía sobre mis venas y me desangraría mortalmente.

Detrás de mí, desde algún lugar entre la oscuridad, distinguí el sonido de unas voces. Intenté volverme, pero el pequeño esfuerzo realizado para mover la cabeza me mareó sumiéndome en la inconsciencia.

—¡Está aquí, mi señor! —susurró una voz masculina—. ¡Lo arrastraron hasta aquí!

Seguidamente alguien respondió malhumorado:

—De modo que después de todo no es un demonio: se desangra como cualquier ser humano.

Tuve que realizar un esfuerzo supremo para volver la cabeza en dirección a aquellas voces y distinguí las confusas siluetas de dos hombres que se recortaban contra el cielo iluminado por la luna.

—Llémosle a Agía: quizá la bruja podrá salvarle la vida.

—Sí, mi señor Subotai.

Sus siluetas se confundieron en las sombras y las voces desaparecieron. Me pareció que permanecía allí tendido muchas horas, durante las cuales me esforcé por mantenerme despierto, hasta que vinieron algunos hombres que

me levantaron bruscamente del suelo asiéndome por los hombros y las piernas. Un repentino acceso de dolor me arrancó un grito y perdí el conocimiento.

Cuando lo recobré, estaba sumido en una especie de semiinconsciencia. Sentía calor, un calor excesivo para estar cómodo, la cabeza me daba vueltas y no acertaba a fijar la mirada. Intenté sentarme, pero no tenía fuerzas para ello.

—¡No, no! ¡Tiéndete! —exclamó una cantarina voz femenina—. ¡Y tranquilízate!

Sentí el contacto de unos fríos dedos contra mi ardiente mejilla.

—¡Duérmete! ¡Trata de dormir! ¡Agía te protegerá de todo mal! ¡Agía te curará!

Su voz tenía una calidad hipnótica. Me dejé llevar por ella al sentirme protegido por la tranquilizadora energía de sus palabras.

Más tarde me enteré de que había pasado dos días y dos noches sin volver a abrir los ojos. Estaba en decúbito supino viendo ante mí las inclinadas paredes de una yurta circular. A través del agujero del techo que hacía las veces de chimenea, se distinguía un cielo azul y luminoso. Me dolía todo el cuerpo y me costaba un gran esfuerzo respirar, pero logré incorporarme apoyándome en los codos para examinar mi cuerpo: las dagas se habían clavado profundamente, pero las heridas estaban sanando. Dentro de algunos días sólo quedarían unas cicatrices y, con el tiempo, incluso éstas desaparecerían. Arrugué la nariz: la tienda olía a leche agria y a sudor humano. Comprendí que los mongoles no eran muy aficionados a bañarse.

La mujer apartó a un lado el faldón de cuero que cubría la entrada de la yurta y entró.

—¡Aretha! —balbucí.

Estaba bronceada con un tono deliciosamente dorado y llevaba los negros cabellos trenzados y recogidos al estilo mongol. Vestía falda larga y amplia blusa que me recordaron las pieles de ante del viejo Oeste americano y lucía collares de conchas y huesos y un cinturón con bolsitas y amuletos.

Pero reconocí al punto aquel rostro hermoso como el de una diosa, sus brillantes y negros cabellos y los grises ojos en los que podía perderse un hombre.

—¡Aretha! —repetí quebrándome la voz ante la sorpresa de verla allí con vida.

Dejó caer la cortina que cubría la entrada y se adelantó hacia el jergón de paja en el que yo yacía. Se arrodilló y me estuvo observando en silencio.

Sentí que se aceleraban los latidos de mi corazón.

—¡Has vuelto con nosotros! —dijo expresándose con la voz de Aretha.

—¡Tú eres quien ha vuelto conmigo! —repuse—. Has venido a través de los siglos, desde más allá de la muerte.

Ella frunció levemente el entrecejo y me tocó la frente con el dorso de su fría mano.

—La fiebre ha desaparecido —dijo— y sin embargo sigues diciendo incoherencias.

—Eres Aretha: nos conocimos en otro tiempo y otro lugar, muy lejos de aquí.

—Mi nombre es Agía —repuso—, y mi madre y mi abuela también se llamaban así: es el nombre de las curanderas, aunque algunos bárbaros me creen bruja.

Me dejé caer en el jergón y le tendí una mano, que cogió entre las suyas.

—Yo soy Orión —dije.

—Sí, lo sé. El señor Subotai te trajo a mí. El *orkhon* Hulagu ordenó que te tendieran una emboscada porque te teme.

—¿Subotai no me tiene miedo?

Ella me sonrió y la sofocante atmósfera de la yurta pareció inundarse repentinamente de la luz del sol.

—Subotai está muy interesado contigo. Me dio órdenes muy concretas: debo curarte, me va en ello la vida. Aquellos que no cumplen sus órdenes son ejecutados.

—¿Por qué se interesa por mí?

La mujer, haciendo caso omiso de mi pregunta, prosiguió:

—Cuando te trajeron a mi yurta, me sentí aterrada. Intenté disimular mis temores ante Subotai pero, por la gravedad de tus heridas, pensé que no pasarías de aquella noche. ¡Sangrabas de una manera terrible!

—Pero viví.

—Nunca había visto a nadie con tales poderes —dijo—. Es muy poco lo que he podido hacer por ti: me he limitado a limpiarte las heridas y a darte alguna poción para mitigar tus dolores. Te has curado tú solo.

No podía apartar de mi mente que se trataba de Aretha, la mujer que conocí tan brevemente en el siglo xx, que había sido recreada en el xiii. Pero, o bien ella no recordaba como yo su anterior existencia (¿o debería decir su posterior existencia?) o realmente se trataba de una persona distinta que se parecía a Aretha y hablaba exactamente como ella. O acaso fuese un clon. ¿Sería posible? Si Ormuzd podía trasladarme a través del infierno y de la

muerte conservando intactos en mi mente mis recuerdos de aquella otra vida, ¿por qué Agía no recordaba su anterior existencia?

—Si los bárbaros supieran que te has curado tú solo —prosiguió—, creerían que eres realmente un brujo.

—¿Eso sería ventajoso para mí?

Se estremeció ligeramente.

—De ningún modo. Los brujos son condenados al fuego: los queman vivos o vierten plata derretida en sus ojos y oídos.

Sentí un escalofrío.

—No sería aconsejable que me considerasen un brujo.

—¿Lo eres?

—No, no lo soy. ¿No te das cuenta? Soy un hombre como cualquier otro.

—Nunca había visto a un hombre como tú —repuso con voz muy tenue.

—Quizá —admití—. Pero no actúo de modo mágico ni sobrenatural, únicamente soy más fuerte que otras personas.

Pareció muy satisfecha al convencerse de que yo no era un ser monstruoso ni malvado.

—Cuando comprobé con qué rapidez sanabas, le dije al señor Subotai que tus heridas no eran tan profundas como había creído en un principio.

—¿No deseas que te atribuyan mi curación?

—Me llaman bruja, pero en realidad no creen que lo sea. Me toleran como curandera porque necesitan mis servicios, mas si sospecharan que he utilizado poderes ocultos para sanarte, entonces me considerarían bruja y tendría que enfrentarme al fuego o a la plata derretida.

Permanecimos silenciosos durante unos momentos sintiéndonos dos extraños en aquel campamento de guerreros bárbaros. Estaba convencido de que ella era Aretha, aunque lo ignoraba. ¿Cómo podría devolverle los recuerdos de su otra existencia?

Pensé en Ahrimán y en la razón por la que había sido trasladado a aquel tiempo y lugar. Quizá el recuerdo de todo ello despertase sus pensamientos dormidos.

—Hay otro hombre, un ser oscuro y peligroso —comencé.

Y le describí con la mayor fidelidad posible a Ahrimán.

Agía movió la cabeza negativamente haciendo tintinear sus collares.

—Nunca he visto a un ser semejante.

Ahrimán tenía que encontrarse en algún lugar. ¿Por qué, si no, me había enviado Ormuzd a aquel tiempo y lugar? ¿O acaso Ahrimán me habría

exiliado a aquel desierto, a tantos siglos de distancia de donde yo pudiera ser necesario?

Pero no me quedó tiempo para preocuparme por semejante cuestión porque el faldón que cubría la entrada se abrió de nuevo para dar paso al general mongol Subotai.

CAPÍTULO XI

Subotai entró en la yurta solo, sin escolta, sin anunciarse previamente y sin vacilaciones. Vestía prendas de piel raídas e iba armado únicamente con una daga curvada que llevaba en el cinto. Estaba tan delgado y musculoso como cualquier guerrero, pero sus grises cabellos trenzados acusaban su edad y, aunque su rostro redondo y plano mostraba un aire impasible y enigmático, sus oscuros ojos brillaban impacientes e inquietos como los de un muchacho.

Agía se inclinó ante él.

—Bien venido a mi humilde yurta, señor Subotai.

—Tú eres la curandera, ¿verdad? —le preguntó—. Me han dicho que eres bruja.

—Lo dicen únicamente porque puedo curar enfermedades y heridas que causarían la muerte de un guerrero que no contase con mi ayuda —repuso Agía.

Se había erguido y su estatura excedía un poco a la del general.

—Tengo curanderos chinos que realizan milagros.

—No son milagros, señor, son simplemente fruto del conocimiento. Tus guerreros son valientes y tienen gran pericia en asuntos bélicos; nosotros, los curanderos, somos hábiles en otras artes.

—¿Comprendida la magia y la adivinación? —preguntó Subotai.

Agía le sonrió.

—No, mi señor general. Ni magia ni profecías: simple conocimiento de hierbas y pociones que pueden sanar el cuerpo.

Subotai profirió el mismo gruñido que le había oído exclamar la noche en que fui atacado y que parecía indicar que estaba satisfecho de que se hubiera hecho todo lo posible. Se volvió hacia mí y me dijo:

—Parece que te estás recuperando con gran rapidez, pronto estarás nuevamente en pie.

—Mis heridas no eran tan profundas como se creía en un principio —mentí.

—Así parece.

Me incorporé apoyándome en los codos. Agía se apresuró a ponerme un par de almohadones en la espalda.

—¿Han capturado a los hombres que me atacaron?

Subotai se sentó junto a mi jergón cruzando las piernas sobre el suelo alfombrado.

—No —dijo simplemente—. Huyeron en la oscuridad.

—Entonces todavía se encuentran en algún lugar del campamento dispuestos a atacarme de nuevo.

—Lo dudo: te hallas bajo mi protección.

Incliné levemente la cabeza.

—Gracias, señor Subotai.

Me disponía a preguntarle por qué había decidido concederme su protección, pero él se anticipó a mis palabras.

—Hay ocasiones en que un hombre que ocupa un alto cargo, por ejemplo el jefe de un clan guerrero como Hulagu, debe enfrentarse a un problema espinoso. A veces el jefe llega a expresar sus esperanzas de que el problema desaparezca y los hombres leales a él pueden interpretar sus palabras incorrectamente y causar perjuicios al extranjero que provoca tales problemas, ¿comprendes?

Fruncí el entrecejo.

—Pero ¿qué problemas puedo causar a Hulagu?

—¿Quién te ha dicho que aludiese a Hulagu o a ti?

—No —respondí rápidamente—. No lo has hecho.

Subotai asintió satisfecho de que yo comprendiese las sutilezas de su planteamiento.

—Pero tú mismo constituyes un buen ejemplo de lo que quiero decir. Apareces de repente y, aunque eres extranjero, hablas nuestra lengua. Te presentas como emisario de un lejano país y, sin embargo, tienes la fuerza de diez guerreros. Y cuando insistes en ver al Gran Kan en Karakorum, Hulagu teme que no seas en modo alguno un emisario sino un asesino enviado para matar a su tío.

—¿Asesino? —exclamé sorprendido—. ¿Por qué?

El enjuto general me hizo señas para que descansase.

—¿Es cierto que procedes de un lejano país de occidente? —Sí.

Sabía que de todos los crímenes, el más odiado por los mongoles era la mentira. Como la mayoría de nómadas del desierto, su propia existencia dependía de la hospitalidad y honradez que existiese entre ellos.

Adelantó el busto apoyando los antebrazos en las rodillas cruzadas.

—Hace años conduje a mis hombres al oeste del mayor de dos grandes mares interiores, en un país donde la tierra era negra como boca de lobo y tan fértil que en ella se cultivan cosechas de grano más altas que un hombre.

«Ucrania», murmuré para mí.

—Aquellos hombres tenían la piel rosada como tú.

Miré a Agía, que permanecía sentada en silencio sobre sus talones, al pie de mi jergón.

—Es cierto —dije—. Hombres como yo viven allí y se extienden por todos aquellos países, desde occidente hasta el gran mar.

—Más allá, al oeste, hay reinos que los mongoles jamás han visto —prosiguió Subotai comenzando a mostrar cierta impaciencia en su impasible rostro—. Reinos muy ricos y poderosos.

—Existen reinos en el oeste —admití—. Rusos, polacos y, aún más lejos, húngaros, germanos y francos. E incluso más allá de esos países, en una isla tan grande como el propio Gobi, se encuentran los anglos.

—¿Procedes de ese reino? —preguntó Subotai.

Moví negativamente la cabeza.

—De mucho más lejos al oeste, del otro lado de un mar tan ancho como la distancia que nos separa de Karakorum.

Subotai se inclinó levemente hacia atrás, considerando mis palabras y tratando de imaginar tan vasta extensión de agua. Por retazos de conversaciones que había oído hasta entonces y por mi secreta convicción de que aquel campamento se encontraba en algún lugar de Persia, calculé que estábamos a más de mil millas de Karakorum, la capital del imperio mongol, en el extremo norte del desierto de Gobi.

—Te he tomado bajo mi protección —dijo por fin Subotai— porque creo que dices la verdad. Quiero que me informes de todo lo que sepas sobre esos reinos occidentales, sus ciudades, sus ejércitos y la fuerza y el valor de sus guerreros.

Percibí una seña casi imperceptible de Agía sugiriéndome que sería un error fatal resistirme a sus órdenes.

—Pero primero debes convencerme de que los temores de Hulagu son infundados —prosiguió Subotai—. ¿Por qué deseas ver al Gran Kan? No eres portador de regalos ni de muestras de acatamiento. Según dijiste a Hulagu, no has sido enviado para ofrecerle la sumisión de tu reino. ¿Qué mensaje llevas para Ogotai?

Dudé un instante. Como es natural, no existía ningún mensaje. Había confesado instintivamente ser un emisario para evitar la muerte instantánea.

Subotai se irguió y endureció su tono de voz.

—Me he pasado la vida sirviendo al Gran Kan Ogotai y a su padre el Perfecto Guerrero, cuyo nombre reverencian todos los mongoles. Ellos han

confiado en mí y yo nunca les he defraudado.

La implicación era evidente: si Gengis Kan había confiado en aquel hombre, ¿cómo podía permitirme dudar de él?

—He venido —dije con lentitud, tratando desesperadamente de dar con la respuesta acertada— para prevenir al Gran Kan de una desgracia que podría destruirle a él y a todo su imperio.

Subotai fijó sus negros e inquisitivos ojos en mí, como si pudiera leer la verdad en mi rostro.

—¿Qué desgracia es ésa? —preguntó.

—Se trata de un hombre distinto de todos, un hombre de aspecto siniestro, con ojos encendidos por el odio.

—Ahrimán —dijo el general mongol.

—¿Le conoces? —pregunté casi sin respiración.

—Él profetizó nuestra victoria sobre Jelaled-Din y aconsejó a Hulagu que conquistara Bagdad y acabara para siempre con el poder califal.

Cerré un momento los ojos recordando la historia de los cuentos de Harun-al-Rashid y la fabulosa Bagdad de *Las mil y una noches*. Todo había sido arrasado por la oleada mongólica: la flor del islam había quedado aniquilada por el implacable y destructivo avance de los mongoles. Las ciudades fueron incendiadas, los jardines hollados por los salvajes caballos del Gobi y millones de personas asesinadas: toda una civilización destruida. Mientras los caballeros de Europa libraban sus escaramuzas contra el islam en España y en Tierra Santa, los invasores mongoles arrasaban el núcleo del imperio musulmán convirtiendo los regados jardines de la antigua llanura de Shinar en un perpetuo desierto.

—Es un ser perverso —dije a Subotai—. Traerá la destrucción a los mongoles.

El general no pareció sentirse alarmado ni dar crédito a mis palabras.

—Hasta ahora nos ha reportado victoria y fortuna.

—¿Así que se encuentra en el campamento?

Quizá habían sido los hombres de Ahrimán los que intentaron matarme en lugar de los servidores del *orkhon* Hulagu guiados por su celo excesivo.

—No —repuso Subotai—. Se fue hace dos semanas.

—¿Adónde?

Temía conocer la respuesta.

Como suponía, Subotai respondió:

—Al igual que tú, deseaba ir a Karakorum para ver al Gran Kan.

Me invadió una oleada de energía.

—¿Y se marchó hace dos semanas? ¡Tengo que darle alcance inmediatamente!

—¿Por qué? —preguntó Subotai.

—Ya te lo he dicho: es peligroso. Debo prevenir al Gran Kan contra él.

El general se retorció la punta de su bigote, único indicio de inseguridad que percibía en él hasta entonces. Me volví hacia Agía, que había permanecido inmóvil mientras duró nuestra conversación y que miraba fijamente a Subotai esperando que él tomase una decisión.

—Te enviaré a Karakorum bajo mi protección personal —dijo Subotai por fin.

—Todavía no puede viajar —intervino Agía—. Sus heridas no han cicatrizado.

—Puedo viajar —insistí—. Me siento muy bien.

Subotai levantó levemente la mano.

—Te quedarás en el campamento hasta que nuestra curandera autorice tu marcha. Y entretanto me contarás todo cuanto sepas sobre los reinos del oeste: es de suma importancia para mí conocer todo lo posible.

Sin esperar mi respuesta, se levantó dificultosamente. En aquel momento comprendí que aquel hombre acaso superase ya la sesentena y que la mayor parte de su vida la había pasado en la silla de montar luchando en el campo de batalla y destruyendo ciudades.

Cuando Subotai salió de la yurta me volví hacia Agía.

—Debo partir cuanto antes. He de impedir a toda costa que Ahrimán llegue a Karakorum y vea al Gran Kan.

—¿Por qué? —preguntó.

No podía explicárselo.

—Tengo que hacerlo: eso es todo.

—Pero ¿cómo es posible que ese hombre sea tan peligroso?

—Lo ignoro, mas es así y mi deber es detenerle.

Agía movió dubitativa la cabeza.

—Subotai no consentirá que te vayas del campamento hasta que le hayas dicho todo cuanto desea saber. Y yo tampoco permitiré que lo hagas.

—¿Temes que se resienta tu reputación de curandera si me voy?

—No —repuso sencillamente—, quiero que te quedes conmigo.

Le tendí las manos y ella se acercó a mí y se refugió entre mis brazos. La estreché tiernamente. La joven reclinó la cabeza en mi hombro y percibí la fragancia de su cabello, un perfume limpio, natural y profundamente femenino.

—¿Qué nombre me has dado antes? —preguntó en un susurro—. ¿Cómo creíste que me llamaba?

—No importa —repuse—. Eso está muy lejos.

—¡Dímelo!

—Aretha.

—¿Amaste a una mujer que se llamaba así?

Aspiré profundamente y disfruté del contacto de aquel suave y cálido cuerpo que se estrechaba contra el mío.

—Apenas la conocí, pero la amaba. A quince mil kilómetros de aquí y hace casi ochocientos años. La amaba.

—¿Me parezco mucho a ella?

—Eres la misma mujer, Agía. No sé cómo ni por qué, pero tú y ella sois iguales.

—Entonces ¿me amas?

—¡Naturalmente que te amo! —repuse sin vacilar un instante—. Te he amado a lo largo de todos los tiempos, desde el comienzo del mundo, y le amaré hasta que llegue a su fin.

Agía levantó su rostro hacia mí y la besé.

—Y yo te amo, poderoso guerrero. Te he amado toda mi vida. Te esperaba desde donde alcanza mi memoria y ahora que te he encontrado no permitiré que me dejes.

La estreché con fuerza y los latidos de nuestros corazones se confundieron. Pero en lo más recóndito de mi mente tenía la idea de que Ahrimán se encontraba camino de Karakorum, adonde yo debía dirigirme, y que había estado viviendo en aquel campamento, aunque Agía me hubiese asegurado que jamás lo había visto.

CAPÍTULO XII

Durante tres días estuve explicando a Subotai todo cuanto sabía sobre la Europa del siglo XIII. Poco a poco comprendí que su interés no era estético ni académico sino estrictamente pragmático. Aquel general que había dirigido los ejércitos conquistadores del Kan desde las llanuras barridas por el viento del Gobi y por las herbóreas estepas hasta llegar a Ucrania, estaba resuelto a extenderse hacia occidente: se proponía adentrarse en Europa y plantar el estandarte mongol de colas de yak en las costas del gran océano que nunca había visto.

—Pero ¿por qué? —le pregunté por fin—. Compartes un imperio que se extiende desde Catay hasta el mar Caspio. Dentro de poco el ejército de Hulagu tomará Bagdad y Jerusalén. ¿Para qué ir más lejos?

Subotai era un hombre sencillo, directo, no dado a ostentaciones. Imaginé las respuestas que habría obtenido si hubiera formulado aquellas preguntas a César Augusto, Napoleón, Hitler o a cualquiera de los restantes conquistadores a quienes los europeos consideraban «civilizados». Pero Subotai, sentado dentro de su tienda, vestido con pantalones de piel, tosca camisa y chaleco también de cuero tachonado con cierres metálicos, me dio la explicación pura de un bárbaro.

—Cierto que desde que era joven y juré lealtad al antiguo Gengis Kan, el Perfecto Guerrero, he dirigido ejércitos conquistadores, pero siempre para él o para sus hijos. Ahora que soy viejo, y me quedan pocos años de vida ya he visto gran parte del mundo, pero todavía me queda mucho por ver. Comparto el imperio, ciertamente, pero sin que nada de él me pertenezca: los hijos del Perfecto Guerrero y sus nietos han heredado las tierras que yo contribuí a conquistar. Ahora deseo poseer tierras propias para que mis hijos tengan un lugar en el imperio, igual que Hulagu, Kubilai y los restantes nietos del antiguo Gran Kan.

En sus palabras no había rastro de amargura ni sombra de ira o envidia. Se limitaba a exponer con claridad la situación, más sucintamente que lo habría hecho cualquier político.

—El Gran Kan que actualmente ostenta el poder ¿no te daría alguna parte del imperio para que la transmitieras a tus hijos?

—Lo haría si se lo pidiera, pero ése no es el sistema adecuado. Es mejor encontrar nuevas tierras y sumarlas al imperio.

Creí haber comprendido.

—De ese modo no habría envidias ni conflictos entre los *orkhones*, como en el caso de Hulagu, ¿verdad?

Profirió un suspiro de resignación.

—No existen envidias ni conflictos entre nosotros. Nos regimos por la Yassa, la legislación del Gran Kan: no somos perros que luchan entre sí por arrebatar un hueso.

—Comprendo —repuse inclinando la cabeza para demostrarle que no había pretendido insultarle.

—Es necesario conquistar nuevos territorios —prosiguió Subotai, que se mostraba singularmente complaciente explicando semejantes cosas a un extranjero—. Tal es la sabiduría del antiguo Gran Kan: ésa es la razón por la que no existen envidias ni conflictos entre nosotros. Las leyes de la Yassa que él nos dio nos ordenan conquistar otros pueblos. Mientras lo hagamos así, no lucharemos entre nosotros.

Empezaba a comprender. El imperio mongol, creación de Gengis Kan —tan reverenciado entre aquellos guerreros que no osaban siquiera mencionar su nombre—, era un modelo de estabilidad social dinámica: en tanto siguieran extendiéndose, su núcleo permanecería estable. Aquélla era la razón por la que Subotai pretendía dirigirse hacia el oeste; toda la parte oriental hasta la costa del Pacífico estaba ya bajo dominio mongol.

—Además —añadió, como si fuese capaz de leer mis pensamientos—, soy feliz viendo nuevos países y descubriendo extraños lugares. Ansío ver ese océano occidental del que me hablas y las tierras que se encuentran en su otra orilla.

A pesar mío, le admiraba.

—¡Pero mi señor general, los reinos de Europa crearán enormes ejércitos para enfrentarse contigo... miles de caballeros y decenas de miles de soldados...!

Subotai lanzó una espontánea carcajada, un singular relajamiento de su autodisciplina.

—No trates de asustarme, Orión. Me he enfrentado a ejércitos muy numerosos. ¿Te he contado algunas vez cómo se desarrolló la Batalla de los Carros o nuestro primer enfrentamiento con las huestes de Kharesm?

Y así transcurrieron tres días hasta altas horas de la noche. Con su mente clara y sencilla Subotai estaba recogiendo información y planeando su

próxima campaña. Yo sentía accesos de remordimiento por brindarle los datos que necesitaba, pero según los recuerdos que conservaba del siglo xx acerca de los mongoles, sabía que jamás llegaron a conquistar Europa.

Cuando estaba a punto de finalizar nuestra tercera sesión, como de costumbre cerca de la medianoche, le dije que ya sabía tanto de Europa como yo y que no había ninguna razón para que siguiera reteniéndome allí.

—Ahrimán me lleva ya mucha ventaja y llegará a Karakorum para realizar sus malvados designios sin que yo tenga ocasión de detenerlo.

No parecía muy convencido de la maldad de Ahrimán pero, como era un soldado práctico, le pareció muy conveniente que nos enfrentáramos.

—Ahrimán se dirige a Karakorum con una caravana de tesoros —me dijo — cuya velocidad se ve limitada por la carga de sus camellos. ¿Eres buen jinete?

Creí recordar que jamás había montado a caballo. Pero había visto cómo lo hacían los demás y sabía que lo que podía hacer cualquiera yo lo conseguiría con uno o dos días de entrenamiento.

—Sé montar a caballo —repuse.

—Bien, te enviaremos a Karakorum por el *yam*.

No estaba familiarizado con aquella palabra. Subotai me explicó que era un sistema de postas casi exactamente igual que el sistema postal que se inventaría en el Oeste americano seis siglos y medio después. Los mongoles podían ser muy bárbaros, pero su sistema de postas era la más eficaz red de comunicaciones del mundo y la más segura. La Yassa, la ley de los mongoles, regía el imperio con puño de acero. Se decía que una virgen podía viajar de un extremo a otro del imperio llevando una bolsa de oro, y que tanto ella como su tesoro llegarían ilesos. Pude comprobar que aquello era cierto.

Aquella noche, cuando llegué a la yurta de Agía, la desperté para decirle que me marchaba a la mañana siguiente. Asintió semidormida y levantó la colcha que la cubría.

—Acuéstate en seguida —dijo soñolienta—. Mañana nos espera una larga jornada.

—¿Qué quieres decir?

—Como es natural, me propongo acompañarte a Karakorum.

—Pero ¿te lo permitirá Hulagu?

Si no hubiera estado casi dormida probablemente se habría indignado.

—No soy una esclava, ¡puedo irme cuando quiera!

—Será un viaje difícil. Utilizaremos el servicio de postas. Iremos todo el día a caballo, día tras día durante varias semanas.

Ella sonrió. Cerró los ojos y murmuró:
—Estoy mejor preparada que tú para ello.
Y volvió a conciliar el sueño.

Fue un viaje agotador. En el siglo xx los viajeros se creían muy fuertes cuando realizaban el viaje por Asia en el ferrocarril transiberiano que cubría el trayecto de Moscú a Vladivostok. Agía y yo cubrimos la misma distancia con nuestros caballos por un camino mucho más difícil. Atravesamos desiertos y los desfiladeros cubiertos de hielo de la alta montaña y cruzamos el Techo del Mundo y el vasto desierto del Gobi. Por nuestra cuenta hubiéramos perecido en menos de una semana, pero todo el camino estaba marcado por una cadena de casas de postas, separadas entre sí por una dura jornada a caballo, donde podíamos conseguir comida caliente, agua potable y caballos de refresco. Cada una de aquellas casas estaba guardada por guerreros tullidos o viejos que solían contar con la ayuda de algunos jóvenes de la localidad para atender los corrales. Era un auténtico monumento al poder de los mongoles que nadie se atreviese a atacar aquellas postas. No parecía existir ningún movimiento de resistencia contra el imperio: tal vez la gente, recordando las terribles matanzas ejecutadas por los ejércitos mongoles, se acobardaba y se mostraba pasiva. Pero quizá lo que mantenía el imperio en paz eran las leyes de la Yassa y el tolerante gobierno de los mongoles una vez conquistado un territorio.

Confiaba alcanzar la caravana en la que viajaba Ahrimán, pero el servicio de postas solía utilizar un recorrido distinto, más directo. Aquellos rápidos caballos montados por expertos jinetes podían tomar atajos que una caravana de camellos jamás se atrevería a cruzar. De vez en cuando atravesábamos la antigua ruta caravanera: desde varios kilómetros de distancia podíamos distinguir el sendero bien definido que miles de camellos, bueyes y asnos habían trillado entre los pastos. En dos ocasiones nos encontramos con caravanas, largas hileras de bestias de carga repletas de tesoros saqueados en el oeste, que avanzaban lentamente, entre sonidos tintineantes, hacia Karakorum, acompañadas únicamente por un puñado de guerreros a caballo en calidad de vigilantes. Nadie que estuviera en su sano juicio se atrevería a atacar una caravana mongol: por semejante crimen podían ser exterminadas tribus enteras.

Indagué, investigué, tratando de encontrar la pista de Ahrimán, pero no viajaba en ninguna de aquellas caravanas, lo que significaba que aún me llevaba más ventaja de la que yo había temido.

Una noche en que habíamos descendido por uno de los helados desfiladeros de las montañas de Tien Shan y nos habíamos refugiado para pasar la noche en la tosca cabaña destinada a acoger a los viajeros en una de las paradas de posta, pregunté a Agía por qué negó haber visto a Ahrimán en el campamento de Hulagu.

—No le vi —repuso.

—Pero no ignorabas que se encontraba allí, ¿verdad? Pese a la gran extensión del campamento de Hulagu, la presencia de un hombre como ése no podía pasar inadvertida para nadie.

—Sí —admitió—. Sabía que estaba en el campamento.

—Entonces ¿por qué me mentiste?

Alzó el rostro con expresión desafiante.

—No te mentí. Me preguntaste si le había visto y te dije la verdad: en ningún momento coincidí con él. El Oscuro se alojaba en la tienda de Subotai. Jamás llegué a verle.

—Pero no desconocías su paradero.

—Tampoco ignoraba que había profetizado a Hulagu tu llegada advirtiéndole que eras un demonio y aconsejándole que te diera muerte —respondió Agía, que no se mostraba avergonzada ni culpable—. Comprendí que habían estado a punto de lograrlo y que mientras estuvieras bajo la protección de Subotai no te alcanzaría ningún daño. ¿Sabes quién te recogió medio muerto detrás de aquel montón de excrementos y quién avisó a Subotai y le convenció de que eras demasiado valioso para dejarte morir?

—¿Fuiste tú?

—Sí.

—¿Y por qué lo hiciste? No sabías quién era ni por qué había venido.

—Me bastaba con lo que sabía —dijo Agía, brillantes sus grises ojos a la luz de las llamas que chisporroteaban en el hogar—. Sabía que habían conducido al campamento a un hombre extraño dotado de grandes poderes, contra el que Hulagu mostraba gran prevención por causa del Oscuro, y sabía que tú eras el hombre que yo había estado esperando toda mi vida.

—¿Por eso me salvaste y me protegiste hasta que estuve totalmente recuperado?

Ella asintió.

—Como te seguiré protegiendo con todas mis fuerzas una vez lleguemos a la corte de Ogotai, en Karakorum.

—Allí se encontrará Ahrimán —dije.

—Sí. Y de nuevo intentará matarte.

CAPÍTULO XIII

Karakorum era una extraña mezcla de miseria y esplendor, de sencillez bárbara y complejidad bizantina, como jamás existiera algo semejante sobre la faz de la Tierra.

Durante el reinado de Gengis Kan, aquella ciudad de tiendas y yurtas se había convertido en la capital del mundo. En ella los nobles sometidos de China y del islam servían como esclavos a los mongoles, y los tesoros de Asia fluían en abundancia por las manos de hombres cuyos orígenes se remontaban a las tribus nómadas.

Mientras vivió, Gengis Kan impuso la prohibición de construir edificios en su capital. Las tiendas, carros y yurtas de los viejos tiempos le parecían más que suficientes en aquel campamento establecido junto a un río sereno donde crecían excelentes pastos para alimentar su más importante tesoro: las manadas de caballos que transportaban a sus guerreros a los más remotos confines del mundo.

Los caballos marcaban los límites de Karakorum. Enormes caballerizas rodeaban la capital mongola, acogiendo en ellas a decenas de miles de los pequeños y resistentes potros del Gobi cuyos relinchos se oían en varios kilómetros a la redonda. Los inquietos animales levantaban nubes de polvo que podían distinguirse a dos jornadas de distancia a caballo. Aquella fresca mañana en que nos acercábamos a la capital la nube me recordó el humo y la niebla característicos de las ciudades industriales del siglo xx.

Ogotai, el Gran Kan, confiaba la administración del país a los mandarines chinos, expertos escribas y cronistas. Cuando nos acercábamos a la ciudad, Agía y yo vimos que, en torno al *ordu*, pabellón de tiendas que señalaban el cuartel general del Gran Kan, se levantaban edificios de adobe e incluso de piedra, la mayoría de los cuales, según supe después, eran iglesias o templos. Los mongoles se mostraban tolerantes con todas las religiones, y sacerdotes de múltiples confesiones deambulaban por las calles rebosantes de actividad: monjes budistas con sus túnicas de color azafrán, imanes con turbantes procedentes de tierras musulmanas, sacerdotes de la Iglesia cristiana nestoriana, taoístas chinos luciendo sedas y brocados y otros muchos que no lograba identificar.

Cuando llegamos al punto en que la carretera se fundía en el laberinto de edificios que se extendían por las afueras de Karakorum, fuimos detenidos por los centinelas que estaban de servicio. Un chino ataviado con túnica de seda examinó el documento que Subotai me había dado, redactado por uno de sus ayudantes, y ordenó a un guerrero que nos buscara alojamiento. El guerrero montó a caballo y, sin decir palabra, nos condujo por las bulliciosas calles de Karakorum: hombres y mujeres pululaban por doquier y ricas caravanas descargaban sus tesoros. No se había seguido ningún orden en la disposición de los edificios ni en el trazado de las calles, que consistían en sinuosos caminos de tierra batida entre edificios contruidos al azar. Allí se oían todos los idiomas del mundo, con frecuencia entre gritos e imprecaciones, mientras los mercaderes regateaban sus precios u ofrecían mercancías tan diversas como granadas de China y espadas de Damasco, cuyas hojas eran de acero tan fino que podían doblarse por la mitad sin que se partieran.

Fuimos instalados en una casita de adobe de dos plantas cuya puerta daba a la vasta explanada que rodeaba el *ordu* del Gran Kan. Desde la angosta ventana de la habitación principal podíamos ver el pabellón de blancas tiendas adornadas con sedas y tisú de oro y a los guerreros que montaban guardia en las entradas. Al igual que en el campamento de Hulagu, a cuarenta grados de longitud al oeste mantenían dos grandes hogueras encendidas frente a la entrada principal de la tienda del Gran Kan para alejar a los malos espíritus.

Pero en aquella ciudad ya existía la presencia de un espíritu maligno puesto que Ahrimán debía habernos precedido. ¿Se habría ganado la confianza del Gran Kan? ¿Volvería yo a ser víctima de otro intento de asesinato en cuanto me presentara a Ogotai?

Pero ni siquiera tales inquietudes me quitaron el sueño. Después de tantos días de agotadora cabalgada, Agía y yo nos desplomamos en el lecho de plumas y dormimos durante casi veinticuatro horas seguidas.

Me despertó una sensación de peligro.

Abrí bruscamente los ojos con todos mis sentidos en tensión. Agía yacía a mi lado profundamente dormida, con la cabeza apoyada en mi hombro. Sin mover la cabeza escudriñé la habitación. No había ventanas: una puerta cubierta con una cortina de cuentas, a unos sesenta centímetros a la izquierda del lecho, constituía el único acceso al exterior. Comprendí que me había despertado el leve tintineo de las cuentas.

Contuve la respiración y escuché atentamente. Como la puerta estaba a mis espaldas, no podía verla a menos que volviese la cabeza, y no quería

hacerlo por temor a alertar a quienquiera que se encontrase tras la cortina.

Volvieron a tintinear las cuentas y, a la escasa luz del amanecer, vi cómo se deslizaba una sombra gris contra la pared del lado opuesto de la habitación seguida de otra: dos hombres que llevaban el casco metálico de forma cónica característico de los mongoles. La primera sombra levantó el brazo y vi en su mano el destello de la delgada hoja de una daga.

Rodé por el blando lecho y alcancé a ambos al mismo tiempo con un cabezazo que les envió tambaleándose contra la pared. Me levanté del suelo sin darles tiempo a reaccionar, retorcí la mano del primero, que dejó caer la daga en el suelo, y me volví rápidamente asestando un golpe en la nuca de mi segundo asaltante con el canto de la mano. Agía lanzó un grito a mi espalda. Mi primer enemigo se levantaba en aquellos momentos y trataba de desenfundar la espada que llevaba en el cinto. Le asesté un directo al corazón que le fracturó las costillas. Mientras se doblaba en dos le proyecté hacia atrás de un rodillazo en el rostro que le hizo chocar contra la pared y resbalar en el suelo.

Me volví. Agía estaba de pie, desnuda, en el otro extremo del lecho, empuñando una daga con expresión feroz.

—¿Estás bien? —preguntamos ambos al mismo tiempo.

Profirió una nerviosa carcajada y yo aspiré profundamente y me esforcé por apaciguar los violentos latidos de mi corazón.

Mientras Agía se cubría con la colcha, me incliné para examinar a mis presuntos asesinos y comprobé que ambos estaban muertos. Uno de ellos tenía una astilla del hueso de la nariz clavada en el cerebro; el otro, el cuello roto.

Agía dio la vuelta al lecho y se arrodilló a mi lado con ojos desorbitados por el terror.

—¡Los has matado con las manos desnudas!

Asentí.

—No me proponía hacerlo: me hubiera gustado averiguar quién los había enviado.

—Yo te lo diré: ha sido el Oscuro.

—Sí, eso lo creo, pero sería conveniente saberlo con certeza.

Un guerrero irrumpió por la puerta armado de su espada.

—He oído un grito —exclamó.

Descubrió los dos cadáveres tendidos en el suelo, me miró y volvió a fijar en ellos sus atónitos ojos.

Supuse que se irritaría al ver a dos compañeros suyos muertos a manos de un extranjero y me puse en guardia disponiéndome a repeler otro ataque. En lugar de ello, balbució sorprendido:

—¿Tú has hecho esto?

Hice una señal de asentimiento.

—¿Solo? ¿Sin armas?

—Sí —repliqué—. Llévatelos de aquí.

En aquel momento intervino Agía, que seguía sosteniendo la colcha sobre sus hombros.

—Aguarda, querías asegurarte de quién había enviado a estos asesinos, ¿verdad?

Sin darme tiempo a responder, se arrodilló y levantó el párpado de uno de los guerreros, miró con fijeza su pupila y con un ligero estremecimiento le cerró el ojo. Seguidamente se volvió a su compañero e hizo lo mismo. En aquel momento me di cuenta de que me encontraba completamente desnudo: el ardor de la lucha y de mi cólera se iban aplacando y comenzaba a sentir frío.

Agía se levantó y se arrebujó en su colcha.

—Ha sido el Oscuro —dijo—. Lo he visto en sus ojos.

—¿Cómo puedes ver algo semejante en los ojos de los muertos? —exclamé asombrado. Semejante posibilidad me parecía ridícula.

—Puedo leer en sus ojos toda su existencia —repuso solemnemente—. Es un don de los dioses.

No di crédito a sus palabras: Agía veía lo que quería. Si hubiera creído que los asesinos habían sido enviados por Hulagu, el Gran Kan o el Hombre de la Luna, también lo habría visto.

Pero el guerrero la creyó. Con ojos desmesuradamente abiertos por el asombro, tanto ante mi habilidad en el combate como por los poderes psíquicos de Agía, se llevó a rastras los dos cadáveres y cerró la puerta ordenándonos que no nos moviésemos de allí hasta que viniese un oficial a hablar con nosotros.

Por muy bárbaros que fuesen, los mongoles se atenían a leyes muy estrictas y disponían de una organización policial similar a la de cualquier ciudad civilizada. En realidad, mucho más rápida y eficaz que la mayoría de ellas. Apenas habíamos acabado de vestirnos cuando un oficial del ejército llamó a nuestra puerta y entró sin esperar a ser invitado.

Me estuvo interrogando sin hacer caso de la presencia de Agía. Le dije exactamente lo que había sucedido y omití únicamente el «examen» realizado

por Agía en los dos cadáveres.

—¿Quién podría enviar asesinos contra ti? —preguntó el oficial, al parecer realmente preocupado. Aquellas cosas no solían suceder en la capital mongola.

Me reservé la opinión.

—No puedo imaginarlo —le dije—. Estamos aquí desde ayer.

—¿Tienes enemigos?

Moví negativamente la cabeza.

—Soy extranjero. Procedo de una tierra muy lejana y no conozco a nadie aquí. Quizá me confundiesen con otro.

—Quizá —repuso no muy convencido—. No salgas de la casa hasta que seas autorizado. Estarás custodiado por mis hombres.

Aquello significaba un arresto domiciliario. A los mongoles no les gustaba encontrarse con problemas y se proponían llegar al fondo de la cuestión.

Apostaron permanentemente dos guerreros en nuestra puerta y encargaron a unos criados que nos trajesen comida y ropa limpia. Como de costumbre, no pudieron encontrar botas apropiadas para mí y seguí calzando mis sandalias, que me habían sido muy útiles todas aquellas semanas, aunque tuve que envolverlas con pieles para atravesar los altos desfiladeros de Tien Shan.

—Es el Oscuro —murmuró tristemente Agía cuando nos quedamos solos—. Se ha propuesto acabar contigo.

Insistió en probar la comida que nos traían los criados antes de que yo la comiera. Incluso examinó las ropas en busca de hechizos o pócimas ocultas.

—Se puede envenenar a una persona por la piel —me advirtió—. Conozco un emplasto que puede matar al guerrero más fuerte cuando ha estado en contacto con su cuerpo unos momentos.

¿Sería posible la existencia de venenos neurálgicos en el siglo XIII? Respeté su superior conocimiento de la época y centré mi atención en otro punto. Estaba de acuerdo con Agía en que, a excepción de Ahrimán, nadie podía desear mi muerte. Pero ¿por qué? ¿Qué hacíamos los dos allí? Sabía que mi misión era matarle. ¿Estaba él también obligado a acabar conmigo? ¿Acaso nuestro destino consistía en perseguirnos mutuamente en el transcurso de los tiempos, en un juego eterno de presa y perseguidor, para diversión de Ormuzd y todos los dioses existentes?

Me resistía a creer que yo no era más que un complicado juguete. Ahrimán no trataba de matarme por simple deporte, sino para evitar que yo desbaratara sus planes. Se proponía nada menos que aniquilar absoluta y

perpetuamente la especie humana en todo tiempo y espacio, aunque ello significase destruir la propia estructura del continuo y acabar con todo el universo de espacio-tiempo. Mi inalterable misión consistía en evitar que consiguiera sus fines y el único modo en que podía lograrlo de modo infalible y permanente era dando muerte a Ahrimán.

Me repetía a mí mismo que yo no era un asesino, sino un soldado que luchaba por la supervivencia de la humanidad contra un ser implacable que gustosamente nos extinguiría como la llama de una vela: tenía que matar a Ahrimán porque sólo de ese modo aseguraría la existencia de nuestra especie.

Pero, aun así, estaba preocupado. Por mucho que intentara autoconvencerme, todavía bullía en mi cerebro lo que Ormuzd me había dicho hacía tanto tiempo, en una época futura: mi misión consistía en encontrar a Ahrimán y quitarle la vida.

De pronto me pregunté en cuántas ocasiones tendría que repetirse tal hecho, cuándo podía considerarse que un hombre está definitiva e indiscutiblemente muerto. Ahrimán mató a Aretha en el siglo xx y sin embargo en aquellos momentos ella vivía conmigo. También yo había perecido, pero aún respiraba, me movía y amaba. ¿Sería aquél un ciclo infinito?

Me dejé caer en el mullido lecho, sintiéndome casi anonadado al imaginar la perspectiva de vivir una eternidad persiguiendo a Ahrimán, muriendo y dando muerte una y otra vez. Agía, comprendiendo la desesperación que sentía, intentó consolarme.

En aquel momento llamaron a la puerta con un discreto aunque firme golpecito que se repitió claramente tres veces.

Acudí a abrir: era ya de noche y el recinto interior del *ordu* estaba iluminado por las crepitantes llamaradas de las dos hogueras. La tienda de seda de Ogotai oscilaba a impulsos de la brisa, que no se veía detenida por colinas ni árboles en centenares de kilómetros.

Ante mí se encontraba un anciano chino, esbelto y elegantemente ataviado con una túnica celeste y plateada, que con su alto y puntiagudo sombrero era casi de mi misma estatura. Me resultaba difícil distinguir sus rasgos porque estaba iluminado por detrás con la luz de las hogueras.

—Soy Ye Liu Chutsai, consejero del Gran Kan —dijo con el tono agudo y suave propio de un anciano—. ¿Puedo pasar?

CAPÍTULO XIV

El mandarín aguardaba pacientemente en la puerta. Los dos guardianes mongoles estaban sentados en el suelo a pocos metros de nosotros engullendo ávidamente sus bols de sopa; se habían despojado de las lanzas, los arcos y las espadas, que tenían a escasa distancia.

—Desde luego —dije al mandarín—. Pasa, por favor.

Tenía la peculiaridad de andar tan suavemente como si estuviese montado sobre un carrito con ruedas que se deslizase por el umbral, invisible bajo la túnica talar que vestía. Le presenté a Agía, que le saludó con una profunda reverencia y se retiró después discretamente a atizar el fuego del hogar.

Ye Liu Chutsai me pareció el hombre más viejo que había visto entre los mongoles. Su escasa barba y su bigote eran completamente blancos, así como la larga trenza que le caía sobre la espalda. El anciano se detuvo en medio de la reducida estancia, con las manos hundidas dentro de sus amplias mangas.

Le señalé la única silla de que disponíamos, un pesado e incómodo artefacto de madera.

—Siéntate, señor, por favor.

El hombre ocupó aquel asiento. Agía sacó dos cojines del dormitorio y se los ofreció, pero él los rechazó con un leve movimiento de cabeza y una breve sonrisa. Agía y yo nos sentamos sobre ellos, a los pies del anciano.

—Debería comenzar por explicarte quién soy —dijo tan suavemente que tuve que esforzarme por distinguir el sonido de su voz sobre el crepitar del fuego cuyo calor me confortaba la espalda.

—Se dice que eres la mano derecha del Gran Kan —dijo Agía.

El hombre inclinó ligeramente la cabeza en señal de reconocimiento.

—He servido a los mongoles desde los tiempos en que el primer Gran Kan era conocido como Timujín, su auténtico nombre. Yo era muy joven cuando ellos atravesaron la Gran Muralla y asolaron Yanking, mi ciudad natal. Los mongoles me sometieron a esclavitud porque era un escriba y sabía leer y escribir. Aunque los guerreros no concedían importancia a tales facultades, Timujín sí supo apreciarlas.

—¿Fue el que más tarde se llamaría Gengis Kan? —pregunté.

—Sí, pero guárdate de pronunciar esos nombres ante los mongoles. Cuando te refieras a él debes llamarle Gran Kan. Él fue el padre de Ogotai, el

actual Gran Kan, y quien dirigió la conquista de China, de la Alta Asia y de las huestes del islam: es el hombre más importante que ha habido en el mundo.

No estaba en condiciones de contradecirle. El anciano mandarín no parecía persona acostumbrada a prodigar elogios falsos o innecesarios: estaba convencido de lo que decía y, a juzgar por mis conocimientos, sin duda estaba en lo cierto.

—En la actualidad, el imperio se extiende desde el mar de China a Persia. Hulagu se dispone a conquistar Bagdad; Subotai ya se ha puesto en marcha contra los rusos y los polacos. En Yanking, Kubilai sueña con someter a los japoneses en sus islas...

—Debería desistir de ello —dije recordando que la flota de Kubilai fue destruida por una tempestad providencial que los japoneses denominaron *kamikaze*.

Ye Liu Chutsai me dirigió una penetrante mirada.

—¿Por qué dices eso? —inquirió—. ¿Por qué profetizas?

Agía me observó con aire admonitorio: aquella gente desconfiaba de los profetas.

—No hago profecías —repuse con la mayor despreocupación posible—. Se trata simplemente de un comentario. Después de todo, los mongoles son guerreros que luchan a caballo, no marinos: el mar no es su elemento.

El mandarín estudió mi rostro largo rato y finalmente respondió:

—Los mongoles son los guerreros más valerosos del mundo. Ciertamente no son marinos, pero tampoco administradores, escribas ni artesanos, tareas en las que emplean a los cautivos. Entre los chinos encontrarán expertos marinos.

Me incliné ante su superior sabiduría.

—El imperio debe seguir extendiéndose —prosiguió—. Ése fue el auténtico acierto del primer Gran Kan. Él comprendió claramente que estas tribus bárbaras debían seguir avanzando en busca de enemigos que vencer para no perder su hegemonía. Esos guerreros de caballería son muy valientes: viven para la guerra. Si no encontraran enemigos más allá de sus fronteras, reanudarían sus antiguas costumbres y volverían a luchar entre sí: así era como vivían antes de que Timujín unificase las tribus guerreras del Gobi creando el ejército más poderoso que ha existido.

—Y ésa es la razón por la que el imperio sigue extendiéndose —corroboré.

—Debe extenderse o se derrumbará: aún no existe término medio.

—Y mientras el imperio se extiende los mongoles asesinan a centenares de miles de seres indefensos e incendian y arrasan ciudades.

Hizo un gesto de asentimiento.

—¡Y tú contribuyes a ello! ¿Por qué? Eres un hombre civilizado. ¿Por qué ayudas a aquellos que invadieron tu país?

Ye Liu Chutsai cerró un instante los ojos y su viejo y arrugado rostro se convirtió en una máscara al vacilante resplandor del fuego. Cuando volvió a abrirlos dijo:

—Sólo existe una auténtica civilización en el mundo, la civilización de la tierra que vosotros llamáis Catay o China. Yo soy hijo de China y sirvo al Gran Kan mongol para que nuestra civilización pueda extenderse por todos los confines del mundo.

Me sentí confundido.

—Pero los mongoles conquistaron Catay. El Kan Kubilai reina ahora en Yanking.

El viejo sonrió.

—Sí. Y Kubilai, que nació en una yurla de fieltro en las praderas próximas a aquel mismo lugar, es ya más chino que mongol. Viste túnicas de seda, pinta hermosos paisajes y se mueve entre las intrigas cortesanas con tanta sutileza como el nieto de un mandarín.

El significado de sus palabras era evidente para mí. Eché atrás la cabeza y proferí un prolongado suspiro.

—Los mongoles son los guerreros, pero los chinos serán los auténticos conquistadores.

—Exactamente —repuso Ye Liu Chutsai—. Los mongoles son el brazo armado del imperio, mas en la civilización de los chinos radica su inteligencia.

En aquel momento intervino Agía.

—Es decir, os estáis sirviendo de los mongoles, ¿no es eso?

—¡Oh, no! ¡Por mis sagrados antepasados! ¡En absoluto! —Parecía profundamente contrariado ante semejante sugerencia—. Todos estamos al servicio del Gran Kan Ogotai. Yo soy su esclavo... voluntariamente.

—Pero sólo porque el Gran Kan está preparando el terreno para establecer un imperio chino que domine el mundo —insistió Agía.

Ye Liu Chutsai volvió a guardar silencio y yo comprendí que estaba ordenando sus pensamientos para poder exponerlos con la mayor claridad posible.

—Timujín —dijo suavemente, como si temiera que alguien pudiese oírle pronunciar aquel nombre tan reverenciado— tuvo la genial idea de conquistar países con el fin de evitar que las tribus del Gobi se exterminasen entre sí. Fue una magnífica idea, pero exige que los mongoles extiendan constantemente su imperio.

—Sí, ya nos lo has explicado —repuso Agía.

—Sin embargo, ¿de qué servirían tantos sufrimientos y derramamientos de sangre? —preguntó el mandarín—. ¿Qué otra finalidad tienen sino la de evitar que esos guerreros nómadas rebanen el pescuezo de sus hermanos?

Agía y yo no supimos qué responderle.

—Por otra parte —prosiguió—, contamos con la civilización china, la civilización más grande del mundo. No obstante, los chinos no somos belicosos y, por lo tanto, no tenemos medios de difundir los frutos de nuestra cultura a otros países.

—Los mongoles invaden Catay —resumí—, mas, a la larga, son conquistados por la civilización china.

—Costará una o dos generaciones —convino—. Acaso más.

—Así pues, tu tarea consiste en fomentar el desarrollo del imperio mongol para que no se derrumbe durante el tiempo necesario para lograr que se convierta en un imperio chino dirigido por mandarines civilizados que controlarán todo el mundo.

El anciano asintió.

—Un solo imperio unificado que gobierne todo el mundo, de uno a otro confín. ¿Imagináis lo que eso significaría? El final de la guerra y de los derramamientos de sangre. Un mundo de paz gobernado por la ley en lugar de la espada: tal es el objetivo al que he dedicado toda mi vida.

Un imperio chino conquistado por los guerreros mongoles y gobernado por mandarines vestidos con túnicas de seda. Ye Liu Chutsai intuía la civilización más grande de la historia creando un mundo de paz; yo imaginaba una sofocante autocracia que acabaría con la libertad individual.

—Te hago partícipe de mi visión —dijo el mandarín— porque quiero que comprendas el problema que me has planteado.

—¿Problema? —pregunté.

—Ogotai, a diferencia de su padre, es excesivamente bondadoso para ser un buen gobernante. Se conforma con las riquezas que posee en la actualidad y no comprende la necesidad de seguir impulsando la lucha.

—Pero has dicho...

—Afortunadamente —prosiguió interrumpiéndome con su delgada mano de largas uñas— la dinámica del imperio aún es poderosa. Hulagu, Subotai, Kubilai y los restantes *orkhones* y príncipes que se extienden por la periferia del país siguen avanzando. Ogotai permanece aquí, en Karakorum, conformándose con que los demás sigan luchando mientras él disfruta de los bienes de sus conquistas. Ésta no es una situación conveniente.

—Pero ¿qué tiene que ver eso con nosotros? —preguntó Agía.

—Ogotai es supersticioso —prosiguió Ye Liu Chutsai—, y sus adivinos le han advertido recientemente que desconfíe de un extranjero que procede de occidente porque intentará asesinarle.

—Yo también tengo un aviso para él —repuse con firmeza.

—Tú procedes de occidente —repuso Ye Liu Chutsai—, y también el que se hace llamar Ahrimán.

—¡Ahrimán está aquí! —exclamé.

—¿Le conoces?

—Sí, precisamente quiero prevenir a Ogotai contra él.

El mandarín sonrió distraídamente.

—Ahrimán ya se te ha anticipado y le ha puesto en guardia contra el hombre de rostro pálido y enorme vigor de allende el mar occidental.

Seguí sentado en el cojín preguntándome adónde conduciría todo aquello: era mi palabra contra la de Ahrimán. ¿Cómo podría convencer...?

—Hay algo más —añadió Ye Liu Chutsai—, algo que agudiza el problema.

—¿Qué es?

—Ha surgido una amenaza contra el imperio.

—Una amenaza —repetí.

—¿Qué puede representar una amenaza para un imperio que ha conquistado medio mundo? —preguntó Agía.

—Hace un rato pronunciaste la palabra «asesino» cuando hablaste con tus guardianes.

—Sí, después de que aquellos dos hombres trataron de matarme.

—«Asesino» es una palabra nueva para nosotros. Procede de Persia, donde ha surgido una secta, acaso religiosa, aunque todavía lo ignoro. Es un culto criminal cuyos miembros reciben este nombre. Me han dicho que la palabra procede de la denominación que los persas dan a una droga que utilizan esos hombres: el hachís.

—No comprendo qué tiene eso que ver conmigo —repuse.

—El hombre que dirige ese culto criminal es más listo que mil diablos. Recluta a los jóvenes y les promete el paraíso si obedecen sus órdenes. Les da hachís, y sin duda también otras drogas, para mostrarles una visión del edén al que accederán cuando perezcan sus cuerpos mortales. No es de extrañar que esos jóvenes estén dispuestos a dar sus vidas por cumplir la voluntad de su amo.

—Conozco esas drogas —dijo Agía—. Son tan poderosas que un hombre haría todo lo que fuese por poseerlas.

Ye Liu Chutsai inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

—Ordenan a los adictos que den muerte a un hombre y, éstos, aunque sepan que después también morirán, obedecen satisfechos creyendo que despertarán en un eterno paraíso.

Me abstuve de hacer ningún comentario aunque sabía que lo que parece la muerte no es el fin de la existencia.

—Miles de comerciantes y nobles, incluso imanes y príncipes, han sido asesinados en Persia... La secta simplemente tiene que advertir a un hombre de que se ha decretado su fin: es tan grande el terror que experimenta, que está dispuesto a pagar cualquier precio para aplacar a los asesinos. Así se enriquece la secta y se hace poderosa.

—En Persia —dije. La tierra de Ahrimán y Ormuzd y de su antiguo profeta Zoroastro.

—Actualmente esta práctica se ha extendido más allá de Persia —prosiguió—. Todo el islam está paralizado por el terror y temo que los asesinos hayan llegado aquí, a Karakorum, y se propongan dar muerte al Gran Kan.

—Ahrimán es persa —dije.

—Así lo reconoce, pero dice que también tú procedes de allí, cosa que niegas.

—Hoy los asesinos han estado a punto de matarme.

El mandarín se encogió ligeramente de hombros.

—Eso podía haber sido una añagaza para desconcertarnos. Pese a las ropas que vestían tus dos atacantes, no eran mongoles. Acaso fuesen persas y tú les mataste para alejar de ti toda sospecha.

—Pero no lo hice: fueron ellos quienes trataron de acabar conmigo.

El amagado rostro del mandarín mostró una expresión verdaderamente preocupada.

—Quiero creerte, Orión, pero no me gustaría comportarme ingenuamente. Estoy convencido de que Ahrimán o tú pertenecéis a esa secta, quizá incluso

uno de vosotros sea su auténtico dirigente, el hombre conocido como «el Viejo de la Montaña».

—¿Cómo podría convencerte...?

Ye Liu Chutsai movió la cabeza dubitativamente.

—Ante una alternativa como ésta, los mongoles actuarían con una sencillez sorprendente: os ejecutarían a ambos, a ti y a Ahrimán, y posiblemente también a ti, mi querida señora, y habrían acabado con el problema. Yo, con mi mentalidad civilizada, me propongo dilucidar cuál de vosotros es el asesino y quién el inocente.

—Entonces no tengo nada que temer —dije deseando realmente que así fuese.

—Por mi parte aún no —repuso el mandarín. Y, tras un instante de vacilación, añadió—: Pero Ogotai no es un hombre paciente. Puede recurrir a la solución mongol y liberarse del problema de una vez para siempre.

CAPÍTULO XV

Aunque Agía y yo no éramos exactamente unos prisioneros, siempre que íbamos a Karakorum nos seguían dos guerreros mongoles. Ye Liu Chutsai nos había dicho que eran unos guardianes que había designado para protegernos, pero su presencia me hacía sentirme incómodo. Día y noche se encontraban a pocos pasos de distancia. Según pude enterarme, la disciplina mongol era inexorable: aquellos hombres nos vigilarían hasta que recibieran órdenes en contra. Si escapábamos de su vista, serían ejecutados; si uno de ellos fallecía durante el cumplimiento de su misión, sería reemplazado por su hijo, si tenía un hijo en edad de ser un guerrero. De no ser así, le sucedería su pariente masculino más próximo.

Estábamos en libertad de discurrir por la ciudad, exceptuando el único lugar donde yo deseaba ir: el pabellón del Gran Kan, el *ordu* de tiendas con colgaduras de seda que veía cada mañana desde la puerta de nuestra vivienda. No me estaba permitido acercarme al Kan ni rebasar los límites de la vasta explanada que contenía el *ordu*. El mandarín seguía preocupado temiendo que yo pudiera ser un asesino o incluso el jefe de la secta de los asesinos. De modo que me impedía ver al Gran Kan, mientras que en el *ordu* de los mongoles comenzaban a tejerse intrigas cortesanas chinas.

Pero nada me impedía ver a Ahrimán. Agía y yo vagábamos días y días por los bulliciosos y concurridos callejones que serpenteaban entre las yurtas y los edificios de piedra y adobe en busca del Oscuro. Karakorum era una metrópoli construida al azar, sin planos, y que carecía de servicios. Los mongoles la consideraban simplemente como cualquier otro campamento de mayores dimensiones que las anteriores agrupaciones de yurtas y carros que habían conocido, pero no acertaban a comprender la diferencia que establecía semejante cambio de escala: un campamento nómada compuesto por mil familias, con tiendas, caballos y ganado, podía establecerse junto a un río durante muchas semanas hasta que tuviera que trasladarse, pero una ciudad de diez mil a cien mil familias que permanecían constantemente en un lugar era algo que excedía la capacidad de los mongoles.

No existían servicios sanitarios. Para aquellos guerreros y pastores nómadas, que se frotaban el cuerpo con grasa animal a fin de protegerse del frío invernal, bañarse era algo inaudito. Las basuras y los excrementos solían

amontonarse en el suelo, por lo general detrás de la propia tienda. Los esclavos acarreaban el agua a la ciudad sobre sus espaldas desde el mismo río en el que discurrían los vertederos de basuras. Semejante sistema podía funcionar en un campamento temporal, pero en una ciudad permanente llegaría inevitablemente a provocar enfermedades. Me pregunté cuánto tardaría Karakorum en ser arrasada por una epidemia de tifus. Quizá aquél sería el fin del imperio mongol.

El bullicio de las retorcidas y estrechas callejuelas rivalizaba con el Manhattan del siglo xx. Todos se expresaban a gritos. Carros arrastrados por bueyes crujían y rechinaban avanzando bajo sus pesadas cargas, los jinetes cabalgaban tumultuosos por las calles dispersando a comerciantes, mujeres y niños, a cuantos encontraban a su paso. Llovía escasamente, pero cuando ello sucedía, tormentas con gran aparato eléctrico vertían torrentes de agua en la ciudad, derribando casi siempre algún que otro endeble edificio de adobe, aunque las redondas yurtas de fieltro y las grandes tiendas del *ordu* parecían ofrecer mayor resistencia al viento y la lluvia que los edificios «permanentes». Después de cada tormenta había charcas por doquier en las que se reproducían mosquitos de considerable tamaño.

No encontré a nadie que confesase haber visto al Oscuro.

Ye Liu Chutsai le conocía e incluso me dijo que había estado hablando con Ogotai antes de que yo llegase a Karakorum, pero no me dio la menor indicación acerca de cómo podría encontrarle.

De modo que, día tras día, Agía y yo, seguidos por nuestros dos fieles guardianes, emprendíamos la marcha por la ajetreada y ruidosa capital de los mongoles, abriéndonos paso como podíamos por las densas multitudes en busca de un hombre en una ciudad que debía contar con casi un millón de habitantes.

Visité todas las iglesias que pude encontrar, desde las hediondas ermitas cristianas hasta la dorada magnificencia de algún templo budista.

Finalmente, al cabo de una semana de búsqueda, descubrí lo que trataba de encontrar: un edificio pequeño, achaparrado y sin ventanas, construido en piedra gris, situado muy lejos, en las afueras de la ciudad, cerca de los corrales y establos, entre el insoportable olor de los animales y el monótono zumbido de las moscas que por allí pululaban.

Agía hizo una mueca de desagrado.

—Aquí no hay nada más que suciedad y hedor —dijo.

—Y aquí estará Ahrimán —le respondí señalando el gris edificio de piedra.

—¿Crees que se encuentra ahí?

—Estoy seguro de ello. —Me volví a nuestros guardianes y pregunté—: ¿Qué edificio es éste?

Cambiaron una mirada y se encogieron de hombros simulando desconocerlo. Quizá tenían orden de mantenerme alejado de Ahrimán o temían introducirse en el terreno del Oscuro. No me importaba. Me dirigí sin vacilaciones hacia la amplia puerta de bajo dintel, única abertura que se distinguía en el edificio.

—No es conveniente entrar ahí —intervino uno de los guardias. Era la frase más larga que había pronunciado hasta entonces.

—Puedes esperar fuera —repuse sin detener mi marcha.

—Aguarda —dijo. Y corrió a impedirme el paso.

—Me propongo entrar. No trates de detenerme.

Mostró un manifiesto disgusto ante la idea, pero era evidente que no deseaba enfrentarse conmigo: sin duda estaba enterado de la suerte que habían corrido los dos asesinos. Envió a su compañero a comprobar si había otras entradas en el edificio; cuando se enteró de que no había ninguna y comprendió que podría controlar el único acceso de la casa, se apartó a un lado y me permitió el paso.

—No dejes de llamarme si estás en peligro —dijo.

—No temas, yo te avisaré —repuso Agía.

Pero él no hizo caso a las palabras de una mujer.

Tuvimos que agacharnos para entrar por la puerta. El interior era oscuro, tenebroso. Agía se apretó contra mí.

—No se ve nada —susurró.

Pero yo sí podía ver. Mi visión se acomodó inmediatamente a la oscuridad y, aunque la estancia seguía envuelta en lóbregas sombras, logré distinguir un altar de piedra que se levantaba sobre una plataforma, en el que aparecían tallados símbolos extraños.

—Te estaba esperando —resonó la áspera y bronca voz de Ahrimán.

Me volví hacia el punto de donde procedía el sonido y descubrí su negra mole entre las sombras más profundas, en el extremo opuesto de la estancia.

—Acércate —me dijo—. A la muchacha no le pasará nada. Déjala donde está.

Agía parecía haberse convertido en una inanimada estatua. Se había quedado completamente inmóvil, aferrada a mi brazo, fijando en la oscuridad su mirada inexpresiva.

—Ella no verá ni oír nada —dijo Ahrimán—. Déjala y acércate.

Liberé mi brazo de la presión de Agía, que seguía caliente y con vida, aunque no pude detectar su respiración ni su pulso.

—Me he limitado a acelerar el tiempo para nosotros dos —dijo Ahrimán interrumpiendo mi observación—. De ese modo podemos hablar sin ser oídos ni interrumpidos.

Me adelanté hacia él unos pasos, sintiendo la consistencia y solidez del pétreo sucio. Ahrimán era tal como lo recordaba: corpulento, moreno, de aspecto sombrío y ojos enrojecidos y de ardiente mirada. Agía seguía encantadora y estática como una figura de carne humana.

—Cuando regreses a su lado creerá que no ha pasado ni un instante. Y, en realidad, para ella no habrá transcurrido el tiempo.

—Puedes hacer muchos trucos con el tiempo —dije.

Estaba de pie, con las piernas separadas, y apoyaba en las caderas los enormes puños. Vestía una túnica forrada de piel y altas botas de cuero. Observé que no iba armado, pero consideré que, para un hombre dotado de sus poderes, una espada o una daga sería algo ridículo.

—También tú te trasladas muy fácilmente por el tiempo —siseó—, y por el espacio. Has tenido que hacer un largo viaje desde el campamento de Hulagu.

—No viajabas con la caravana de camellos, ¿verdad?

En su ancho y taciturno rostro apareció un conato de sonrisa.

—No, adopté un modo muy distinto de transporte. Estoy en Karakorum desde hace tres meses y disfruto de gran consideración como sacerdote de una nueva religión, una religión propia de guerreros.

—¿Enviaste a los dos asesinos contra mí?

—Sí —reconoció sencillamente—. Aunque dudaba del resultado de su gestión, deseaba comprobar si poseías los mismos poderes que la última vez que nos vimos.

—En el reactor de fusión.

Enarcó asombrado las densas cejas.

—¿El reactor de fus...? —Inspiró profundamente—. ¡Claro! Tú te mueves hacia atrás, hacia la Guerra. Yo no he alcanzado todavía ese tiempo.

Recordé que nos desplazábamos en diferente dirección por el tiempo. Nos habíamos encontrado antes y volveríamos a encontrarnos.

—En aquella ocasión... ¿me mataste? —preguntó Ahrimán con premiosidad, casi con preocupación.

—No —respondí—. Fuiste tú quien acabó conmigo.

Pareció complacido.

—Entonces todavía puedo realizar mi tarea.

—¿La destrucción de la especie humana?

Me miró con expresión ceñuda.

—¡Humana! Fíjate cuántas maravillas han realizado esos mongoles, observa cómo matan a los seres de su misma especie, a cientos de miles, y cómo otros seres que se creen también humanos y civilizados aplauden tales carnicerías y se aprovechan de ellas.

—¿Acaso te consideras mejor porque te propones aniquilarnos a miles de millones? —pregunté.

—Me propongo enmendar un error que se cometió hace cincuenta mil años —repuso desapaciblemente—. Por cada existencia que se pierda se ganará otra. Los míos vivirán y los seres de tu especie morirán, y de ese modo también morirá tu creador, el que se hace llamar Ormuzd.

—¿Esa guerra se libró hace cincuenta mil años?

—Ya te enterarás. Entonces nos encontraremos y comprenderás. ¿Por qué, si no, te ha hecho retroceder Ormuzd desde el Fin hacia la Guerra? Para mantenerte ignorante de la verdad.

Apreté los ojos con fuerza tratando de evitar que sus mentiras calasen en mi conciencia. Me representé mentalmente la imagen de Ormuzd resplandeciente y radiante contra la negra eternidad. El Áureo, el inspirador de vida y verdad. Ahrimán le había llamado mi creador y había dicho que nos mataría a los dos.

—Mi misión es acabar contigo —le dije abriendo los ojos.

—Lo sé y de buen grado te mataría con tanta facilidad como tú aplastas un insecto bajo tus pies.

—¿Tan fácilmente como la mataste a ella?

—¿A quién?

—A la muchacha llamada Aretha en el siglo veinte.

—Aún no he estado allí.

—Llegarás y le darás muerte. Si no tuviera otra razón para odiarte, me bastaría con ésta.

Ahrimán se encogió de hombros.

—Puedes amar, puedes odiar... Ormuzd te ha programado con mucha flexibilidad.

Estuve a punto de abalanzarme sobre él y asirle por el cuello. Pero ya había sentido la fuerza de aquellos poderosos brazos y sabía que, pese a todos los poderes que yo poseía, podía desembarazarse de mí como de una cerilla.

—Los mongoles impedirán nuestro enfrentamiento —dijo Ahrimán interpretando mis pensamientos—. Tienen sus leyes y harán todo lo posible para que las acatemos.

—Conseguiré una audiencia con Ogotai y le pondré en guardia contra ti: en esta ocasión no te saldrás con la tuya.

Retorció sus finos labios en una espantosa sonrisa.

—Ya lo he conseguido y tú me has ayudado.

—¿Qué quieres decir?

—¿Qué supones? —dijo con aire enigmático—. ¿Crees que estoy aquí para asesinar a Ogotai?

—Eres el jefe de la secta de los asesinos, ¿verdad?

Su sonrisa degeneró en un rictus de amargura.

—No, mi viejo enemigo. No soy el Viejo de la Montaña. Sólo a un ser humano se le ocurriría asesinar a sus congéneres en beneficio propio. El jefe de los asesinos es persa, tan humano como tú, un amigo de la infancia de alguien de quien acaso hayas oído hablar: Ornar Khayyam, el astrónomo.

—Le conozco como poeta.

—Sí, de vez en cuando pergeñaba algún verso. Pero esos asesinos serán aplastados por Hulagu... cuando haya tomado Bagdad y destruido la flor de la cultura islámica.

—Has dicho que ya te habías salido con la tuya... y que yo te he ayudado.

—Sí —repuso Ahrimán ensombreciéndose de nuevo su rostro—. Ven, te lo demostraré.

Se volvió y avanzó hacia el sólido muro de piedra que había a sus espaldas. Recordé lo que había hecho en el siglo xx y, dudando sólo un instante, le seguí.

Atravesé la pared sintiendo de nuevo el instantáneo escalofrío del espacio más profundo y en seguida nos encontramos en un bosque, rodeados de negros y altos árboles que susurraban entre la noche, mecidos por el viento. Sin decir palabra Ahrimán me condujo por un sendero que serpenteaba a través de la maleza. Sobre nuestras cabezas, a través del dosel que formaban las hojas, distinguí un delgado fragmento de luna que se deslizaba rápidamente entre las nubes. Una lechuza ululó en la oscuridad, los grillos chirriaban incesantemente.

Nos detuvimos en las afueras del bosque, en un punto en que el suelo, en suave declive, conducía a una extensa llanura cubierta de hierba en la que se levantaban numerosas tiendas; gran número de caballos dormían atados en largas hileras. Pero aquellas tiendas eran de formas cuadradas y alto techo,

muy diferentes a las que utilizaban los mongoles. Los carros eran mayores y más pesados que los que había visto en Karakorum y los caballos también eran distintos de los pequeños corceles del Gobi: grandes, pesados y más lentos.

—La crema de la caballería del oriente europeo —susurró Ahrimán—, dirigida por Bela, rey de Hungría. Aquí están acampados cien mil hombres, caballeros de Croacia, de Germania, naturalmente los húngaros, y hasta templarios franceses.

—¿Dónde nos encontramos?

—Esa es la llanura de Mohi. Al otro lado del río está Tokay, el país del vino. Ahí están pasando la noche Subotai y sus guerreros mongoles o, por lo menos, así lo cree Bela.

A la pálida luz de la luna pude ver a los centinelas apostados en los límites del inmenso campamento y otras tiendas montadas en la orilla opuesta del río, al pie de un puente de piedra que lo cruzaba. Ni los centinelas ni yo advertíamos nada anormal, mientras la noche discurría lentamente y los grises dedos del alba se extendían por el cielo.

Ahrimán me hizo descender por la breve ladera y me obligó a agazaparme entre la maleza, a su lado. Me disponía a protestar, pero me silenció apoyando su recia mano en mi hombro.

En la penumbra que precede al alba percibí el leve resoplido de un caballo. Me volví, y entre la enmarañada espesura distinguí a un par de jinetes que avanzaban con cautela atravesando lenta y calladamente el bosque seguidos de otros muchos, todos ellos tan silenciosos como fantasmas, armados con sus arcos en los que ya habían dispuesto sus flechas. De pronto se detuvieron en espera de una señal.

Una ígnea lluvia atravesó el cielo gris y flechas encendidas cayeron sobre el campamento de los europeos prendiendo fuego a las tiendas y aterrorizando a los indefensos caballos. Entre el horrendo griterío de miles de guerreros, los mongoles espolearon sus monturas e irrumpieron en el dormido campamento desde tres puntos distintos. Los jinetes pasaron por nuestro lado mientras permanecíamos ocultos entre la maleza, salpicándonos de tierra, vociferando espantosos gritos de guerra, curvando sus pequeños arcos de doble curva y disparando flechas contra los desconcertados y semidormidos europeos.

Fue una terrible carnicería. Los dos ejércitos se enfrentaron durante toda la mañana: eran miles y miles de hombres enloquecidos que trataban de matarse unos a otros. Los europeos luchaban a impulsos de la desesperación: estaban rodeados y no tenían esperanza de huida ni de misericordia. Los

mongoles, aunque les superaban ampliamente en número, abatían de modo inexorable a sus enemigos con flechas, lanzas y espadas curvas, derramando por igual la sangre de nobles y campesinos. Los europeos no habían tenido ocasión de montar en sus corceles de batalla ni de ponerse siquiera sus armaduras y encontraban la muerte cubiertos con camisones. Los hombres que se encontraban al otro lado del puente de piedra lucharon valerosamente, pero los mongoles los abatieron por completo y atravesaron el puente para completar su acoso.

El sol se remontaba en el cielo mientras yo presenciaba horrorizado el ardor de la batalla. Los hombres gritaban, relinchaban los caballos y la confusión y el terror reinaban por doquier.

—Aquí tienes a la raza humana en su mejor momento, Orión —observó Ahrimán con maligno regocijo—. Observa la energía y la pasión que ponen los de tu especie para aniquilarse mutuamente.

No respondí: no podía decir nada. El polvo, el hedor de la sangre y la visión de miembros cercenados y cuerpos mutilados me producían náuseas.

—Ya he vencido —me dijo Ahrimán—. Gracias a las informaciones que facilitaste a Subotai, los mongoles han destruido al ejército europeo. En estos momentos no existe ningún obstáculo entre ellos y el Rin. Seguirán avanzando hacia occidente, arrasando ciudades y exterminando naciones enteras. Los franceses les ofrecerán alguna resistencia, al igual que hicieron contra los moros en tiempos de Carlos Martel. Pero el momento definitivo de gloria de Subotai llegará cuando destruya por completo al ejército francés, como hoy ha destruido a Bela y a sus aliados. Toda Europa estará bajo dominio mongol... toda Eurasia, desde el Pacífico al Atlántico.

—¿Y es eso lo que pretendes? —pregunté volviéndome de espaldas a aquella carnicería, aunque sin dejar de oír los lamentos de los moribundos.

Me estrujó el brazo con su poderosa mano.

—Eso es lo que yo deseo, Orión, y nadie podrá evitarlo. Ni tú ni Ormuzd podréis detenerme.

Cerré los ojos un momento para perder de vista el horror de aquella batalla. Ahrimán aflojó un tanto la presión de mi brazo y el ruido y el hedor de la batalla parecieron desvanecerse.

Abrí los ojos y descubrí que era Agía quien me asía en lugar de Ahrimán y que volvíamos a encontrarnos en el oscuro templo de Karakorum. Ahrimán desapareció de nuevo entre las sombras dirigiéndome una mueca que pretendía ser una sonrisa.

Agía se estremeció y profirió un suspiro como si volviese a la vida.

—No se ve nada aquí —dijo.

—Yo ya he visto bastante más de lo que hubiese querido —repuse. Y la ayudé a salir a la luz.

Al cabo de unas semanas, un correo de postas llegó al galope a Karakorum trayendo las noticias de la victoria de Subotai. Los mongoles se regocijaron, pero Subotai no regresó a la capital para recibir plácemes ni recompensas: como había dicho Ahrimán, él y su ejército siguieron avanzando para arrasar el corazón de Europa al igual que habían asolado el corazón del mundo musulmán.

Antes de que los mongoles llegaran, Persia y las tierras situadas entre los ríos Tigris y Eufrates habían sido las más densamente pobladas y las más ricas de la Tierra. Pese a lo que creyeran los chinos, los canales de riego contruidos en los remotos tiempos de Gilgamesh habían hecho de Babilonia, y más tarde de Bagdad, el centro de la civilización. Sin embargo, cuando los mongoles se extendieron por aquella parte del mundo, asolaron las ciudades, destruyeron totalmente el sistema de canales y asesinaron a tan gran número de personas que transcurrirían varios siglos antes de que aquella zona pudiera recuperar la más leve apariencia de su antiguo esplendor.

Ante Subotai se encontraba ahora Europa, libre de obstáculos e indefensa, y sus guerreros harían en Polonia, Germania y los Balcanes lo mismo que habían hecho en Oriente Medio. Acaso Italia, protegida por los Alpes, podría escapar, pero lo dudaba. Guerreros capaces de cruzar el techo del mundo no se arredrarían ante montañas que no pudieron detener a Aníbal. Italia, Grecia, la flor de la civilización mediterránea, serían aplastadas totalmente como todo lo demás.

Y yo había ayudado a Subotai a conseguirlo. Ahrimán podía considerarse muy satisfecho.

CAPÍTULO XVI

Intenté explicárselo a Agía, pero ella no pareció comprender todo el alcance de la situación. Pasé largas horas sentado junto a ella en nuestra pequeña choza hablándole de Ahrimán y de las otras vidas que ambos habíamos vivido, de Ormuzd y de la titánica lucha que se prolongaba a lo largo de los siglos.

—Ahrimán trata de destruir el continuo del espacio-tiempo —dije levantando la voz para hacerle comprender la importancia de la cuestión, como si hablando más fuerte resultara todo más claro para ella.

Agía me escuchó pacientemente tratando de comprender, pero, pese a haber vivido en el siglo xx y en otras épocas, no comprendía lo que le estaba diciendo: en aquella encarnación, era totalmente una criatura del siglo xiii.

—Ahrimán es un brujo maligno —dijo al fin dándome su versión de los hechos—. Y tiene poderes que le permiten mostrarte el pasado y el futuro.

—Pero lo que me mostró ha sucedido realmente —insistí—. Y no se limitó a mostrármelo. Estábamos allí: a miles de kilómetros de distancia.

—Tú no te fuiste de mi lado —protestó con una débil sonrisa.

—Sí lo hice. Pero me moví en una referencia de tiempo distinta: para ti no transcurrió ni un instante; yo pasé casi doce horas en la llanura de Mohi.

—Eso es lo que tú crees: es un brujo dotado de grandes poderes. De eso estoy muy segura.

Decidí convenir con ella en ese aspecto y desistí de convencerla. Aquella noche hicimos el amor intensamente, como si los dos temiéramos no volver a pasar juntos otra noche.

Casi amanecía cuando me venció finalmente el sueño. Soñé que Ormuzd, ataviado con dorada armadura y cabalgando en un caballo palomino, cabalgaba por un sendero que atravesaba un verde bosque o un parque. El sol brillaba intensamente y el cielo era azul, sin nubes. Pero mientras le estaba observando, el bosque se hizo más denso y oscuro, y poco después el sol se ocultó tras espesas y gruesas ramas llenas de follaje. Comprendí lo que iba a suceder e intenté gritar para advertirle, pero ningún sonido brotó de mi garganta. Me sentía paralizado, impotente, incapaz de moverme, ni siquiera de hablar, viendo cómo pequeños y oscuros reptiles se deslizaban por el camino de Ormuzd y crecían convirtiéndose en ágiles y nerviosos guerreros

mongoles que treparon sobre el caballo y derribaban a Ormuzd en el suelo encharcado en sangre, apuñalándole una y otra vez, ininterrumpidamente, salpicando su sangre por doquier, amputándole brazos y piernas, acuchillándole la garganta y desvendándole y rasgando sus intestinos.

—¡Orión, ayúdame! —vociferaba pese al estado en que se encontraba—. ¡Orión, ayúdame, ayúdame!

El mundo que nos rodeaba se llenó de sombras y de frío y yo me quedé inmóvil, paralizado, en aquel insondable espacio sin estrellas mientras todo el planeta Tierra empequeñecía y desaparecía en la oscuridad.

Desperté y me senté en el lecho. Agía yacía a mi lado durmiendo apaciblemente, sumida en la más profunda inconsciencia.

Me concentré en mis pensamientos. ¿Cómo podría derrotar a Ahrimán si ni siquiera imaginaba lo que se proponía llevar a cabo?

Cerré de nuevo los ojos y consideré los hechos que conocía. Ahrimán trataba de destruir la estructura del espacio-tiempo, de alterar el continuo de tal modo que todo el universo se desmoronase. Según él, los humanos habían exterminado su raza y estaba empeñado en una absoluta venganza, en la aniquilación de nuestra especie en todo tiempo y espacio, lo que significaba que también quería destruir a Ormuzd, a quien consideraba nuestro creador.

Era mucho lo que yo ignoraba o no podía comprender.

Pensé cómo podría llegar hasta Ormuzd para recabar más información de él. Pero sin duda debía pensar que yo ya contaba con todos los elementos necesarios, puesto que me había enviado allí, a aquel tiempo y lugar, dotado de todos mis poderes corporales y mentales e incluso con la capacidad de comprensión del lenguaje mongol impresa en el cerebro. Y también me había facilitado a Agía como una especie de guía nativa, un barómetro de las actitudes y comportamientos de la gente de aquella época. Tal era el papel de Agía, al igual que Aretha en el siglo xx había sido la encargada de revelarme la tarea que me había sido encomendada de encontrar a Ahrimán.

Llegué a la conclusión de que la clave de todo radicaba en Ogotai. La primera vez que me capturaron los guerreros mongoles yo había manifestado instintivamente que era un emisario que había sido enviado para entrevistarme con el Gran Kan. Ormuzd había fijado aquella idea en mi mente. Ignoraba la razón, pero estaba profundamente convencido de que todo dependía de que el Kan y yo nos encontrásemos frente a frente.

Cuando el sol naciente filtraba sus rayos oblicuos a través de la única ventana de nuestra habitación, llenando la polvorienta y despojada cámara de

motas danzantes, decidí conseguir como fuese que Ye Liu Chutsai me concediese una audiencia con el Gran Kan.

Agía me acompañó a visitar al mandarín. Con su túnica y sus collares, hacía las veces de un control de radiación merced a su sensibilidad para captar los matices de aquel extraño mundo que yo jamás escogería para vivir. Pero también era la mujer amada por mí y quería tenerla a mi lado para poder protegerla de Ahrimán o de cualquier otro peligro.

Estuvimos casi toda la mañana tratando de conseguir nuestros propósitos, convenciendo a los contumaces guardianes y a los administradores chinos de suaves modales que custodiaban el *ordu*, hasta que logramos acceder a una pequeña tienda situada junto al pabellón principal de Ogotai. El interior estaba espléndidamente decorado con suntuosas alfombras y un mobiliario compuesto por cofres y bargueños adornados con complicadas volutas incrustadas de oro y marfil que representaban dragones y pagodas, lo que evidenciaban su procedencia de Catay.

Liu surgió detrás de un biombo de ébano de más de dos metros de altura moviéndose como siempre suave y misteriosamente y ataviado con su túnica talar, y se sentó en un mullido sillón, junto a una larga mesa cubierta de pergaminos y mapas. Nos saludó sonriente con una inclinación de cabeza y, sacando una mano que escondía en sus amplias mangas, nos hizo señas para que ocupásemos unas sillas más pequeñas que tenía a su lado.

Tras un breve intercambio de corteses saludos, el mandarín me interrogó acerca de los motivos de mi visita.

—Vengo a rogarte que me consigas una audiencia con el Gran Kan —le dije—. Es preciso que vea urgentemente a Ogotai.

Guardó silencio largo rato jugueteando con su escasa barba. Concentré en la mente del anciano todos los átomos de mi ser, todas las vibraciones de mis sinapsis desde las miríadas de neuronas de mi cerebro. El hombre pareció captar mi mensaje: se envaró y fijó en los míos sus ojos castaños con mirada algo confusa primero y mostrando después una absoluta comprensión de mis propósitos.

—Te he estado protegiendo de todo posible peligro —dijo casi disculpándose—. Si ves a Ogotai y llega a la conclusión de que eres la amenaza que Ahrimán le profetiza, te hará matar.

—Es muy peligroso seguir esperando —repuse—. Debo verlo ahora.

—De acuerdo —dijo Liu moviendo afirmativamente la cabeza—. Te conseguiré una audiencia. Aguarda un momento.

Se levantó como un sonámbulo y se perdió de vista tras el biombo de ébano. Me volví a Agía y le sonreí.

Ella me observaba con extraña expresión.

—¡Le has obligado a hacer tu voluntad! —dijo.

—Le convencí de lo que debía hacerse.

Apartó un mechón de cabello de su frente y recibió una leve sacudida de electricidad estática en los dedos.

—¡Tú también eres un brujo! —Se expresaba en un susurro, atemorizada—. ¿Por qué no me lo has dicho?

—No soy un brujo.

—Sí, lo eres: como Ahrimán. Eres un hombre dotado de grandes poderes. Debía habérmelo figurado cuando sanaste tan rápidamente.

—Mis poderes procuran el bien, no el mal —adujo—. Pero no soy un brujo.

—No te das cuenta de lo poderoso que eres —insistió Agía—, lo que has hecho a Chutsai... yo he podido advertirlo.

Intenté restar importancia a aquel insignificante truco de hipnosis, pero Agía sabía tan bien como yo lo que aquello significaba.

—No debes permitir que Ogotai y los guardianes que le rodean descubran tus poderes: son muy supersticiosos, te temerían y le quitarían la vida.

—Pero permiten que viva Ahrimán —dije.

—Sí, porque predice la victoria de sus batallas. Las mujeres dicen que Ahrimán es temido por sus oscuros poderes, pero que aún se atreven menos a contrariarlo para que no vaticine derrotas. Son tan necios que creen que las profecías de Ahrimán crearán sus victorias o derrotas.

—¿Y no corre peligro en tales circunstancias? ¿No es probable que una noche le corten el cuello para librarse de él?

Agía hizo un gesto negativo y volvió a caerle un rizo sobre la frente, que echó nuevamente atrás sin que en esta ocasión sintiera ningún efecto adicional.

—Ahrimán es muy inteligente. Según tengo entendido, se presentó en Karakorum como sacerdote de una nueva religión, una religión propia de guerreros. Los mongoles no causan ningún daño a los sacerdotes y toleran todas las religiones. De modo que, aunque sientan gran temor por los poderes de Ahrimán, el Gran Kan no permitirá que sufra ningún daño mientras se cumplan sus profecías de victoria.

Comprendí que Ahrimán era mucho más inteligente que yo y que entendía perfectamente a aquellas gentes.

—Además —prosiguió Agía en tono más superficial—, los mongoles no derraman la sangre de los personajes importantes.

—¿Qué hacen entonces?

—Los estrangulan o los asfixian bajo una alfombra. La Yassa prohíbe el derramamiento de sangre de los mongoles, aunque no los exime de la necesidad de matar.

Me erguí en la dura silla de madera, reflexionando sobre todo cuanto Agía me había dicho. No se apartaba de mi mente el rostro de Ahrimán y su fantasmal sonrisa mientras consideraba el hecho de que ni siquiera el código legal del Gran Kan podía evitar que los seres humanos se mataran entre sí.

Ye Liu Chutsai regresó con expresión algo asombrada, como si no lograra recordar exactamente por qué se comportaba de aquel modo.

—Está todo arreglado —me dijo—. Esta noche, antes de cenar, serás recibido por el Gran Kan. Irás solo.

Miré a Agía.

—El Gran Kan —me explicó Liu— no respetaría a un hombre que fuese acompañado por una mujer. Es una costumbre de los mongoles. No debes sentirte ofendida, señora.

—No me siento ofendida —repuso Agía—. Sólo temo que Orión no sepa cómo debe conducirse en la corte de Ogotai.

—Yo estaré allí para orientarle —la tranquilizó Liu—. Bastante peligro corre con las profecías que Ahrimán difunde contra él, sólo le faltaría comparecer ante el Gran Kan acompañado de una mujer y, por añadidura, una mujer que es muy conocida como curandera en Karakorum y quizá también como bruja... —Interrumpió intencionadamente su frase.

—Comprendo —respondí. Mas recordando lo que le había sucedido a Aretha, añadí—: Pero me gustaría saber que Agía queda protegida durante mi ausencia. Ahrimán o quienquiera que sea pueden intentar vulnerarme atacándola a ella.

El mandarín hizo una leve inclinación de cabeza.

—Así se hará. Os he tomado a ambos bajo mi protección para cuanto sea necesario. Y, por añadidura, tú, Orión, aún estás bajo los auspicios de Subotai.

—Valoro la generosidad de Subotai —repuse con una sonrisa—, y aprecio la tuya, mi señor.

Mis palabras le complacieron, pero aún me hizo una última advertencia.

—Un escudo sólo posee la fuerza del brazo que lo usa. Tú tienes un poderoso enemigo en Karakorum: ve con cuidado.

—Gracias, señor. Así lo haré.

Al anochecer, cuando Agía regresaba nerviosa a nuestra morada y yo intentaba concentrarme en asimilar los conocimientos que había adquirido hasta entonces para poder prevenir mis acciones futuras y decidir lo que debía decirle a Ogotai, un criado me trajo ropas nuevas, obsequio de Ye Liu Chutsai.

Agía se quedó maravillada ante aquel atavío de cuero y finas telas.

—Pareces un príncipe, un príncipe fuerte y hermoso.

La sonrisa que le dirigí me produjo escozor en el rostro recién afeitado: afeitarse con agua fría y una navaja terriblemente afilada era una auténtica prueba de valor. Agía me sonrió cálidamente como una muchachita, tratando de disimular su preocupación. Ambos sabíamos que quienes visitaban el pabellón del Gran Kan salían a veces colmados de oro, esclavos e incluso caballos, pero, otras, vertían en sus oídos plata derretida.

—Debes ir con mucho cuidado —me advirtió mirándome con expresión sombría y preocupada.

—Así lo haré.

—Deja que te guíe el mandarín. No reveles tus poderes: eso les asustaría como le sucedió a Hulagu.

—¿Crees que Ahrimán estará allí?

El pánico desorbitó sus grises ojos.

—No lo sé. Quizá sea así.

Sonó un golpe en la puerta.

—Bien, se encuentre o no allí —dije por fin—, ya deben estar aquí los guardianes que han de escoltarme al pabellón.

Agía me echó los brazos al cuello.

—¡Ojalá pudiera acompañarte!

—No me pasará nada —le aseguré. La besé rápidamente y fui a abrir la puerta.

Allí me aguardaban cuatro guerreros cubiertos de brillantes armaduras y cascos bruñidos. Comparados con ellos, nuestros dos vigilantes habituales se veían sucios y desaliñados.

Me volví, dirigí una última sonrisa a la joven y cerré la puerta. Mientras marchaba custodiado por mi escolta aún me volví para mirar a Agía, que había salido a verme estrechamente vigilada por nuestros dos guardianes.

Pasé entre las dos hogueras y aguardé pacientemente. El centinela que estaba apostado en la entrada de la tienda del Gran Kan me sometió a un riguroso registro para comprobar que no iba armado. No se trató de un examen rutinario: he sufrido exámenes médicos menos concienzudos.

Por fin se me permitió la entrada acompañado de los miembros de la escolta, que me llevaban en el centro como si fuese un invitado importante o un cautivo peligroso. Supuse que Ogotai y sus ayudantes se proponían averiguarlo.

La tienda del Gran Kan era mucho mayor que todas las que había visto, comprendida la de Hulagu. El suelo estaba cubierto de alfombras chinas y persas y de las paredes de fieltro colgaban tapices y sedas. A un lado se encontraba una larga mesa, al parecer de sólida plata, y sobre ella se veían recipientes que contenían leche de yegua, carne y sal, símbolo de la generosidad nómada con los invitados. A ambos lados de la mesa montaban guardia varios guerreros y muchos más estaban apostados en las diversas entradas del enorme recinto. Delante de mí, en un estrado algo elevado, se sentaba Ogotai, el Gran Kan, flanqueado a la izquierda por media docena de las mujeres más hermosas que había visto en mi vida y, a su derecha, por veintitantos mongoles, que supuse eran sus generales y otros guerreros. Sólo reconocí a Ye Liu Chutsai, que estaba de pie inmediatamente a la derecha de Ogotai, aunque algo más atrás, ataviado con una espléndida túnica de color celeste y oro.

El Kan no ocupaba ningún trono. Aparecía recostado sobre mullidos cojines y era un hombre robusto, fornido, que tendría unos cincuenta y tantos años.

Le examiné curiosa y abiertamente. Tenía el rostro redondo. Estaba engordando, pero no parecía preocuparle. En una mano sostenía una copa de oro con pedrería incrustada. Detrás de él se encontraba un muchacho chino portador de un jarro áureo: era el camarero encargado de escanciarle el vino.

Mientras seguía a mis acompañantes hasta la elevada tarima del Kan, escudriñé la enorme tienda tratando de descubrir la presencia de Ahrimán. Pero no logré distinguirlo. Pensé que aquello favorecía mis planes.

Mi escolta me obligó a detenerme a unos tres pasos de Ogotai. Incliné el torso y me erguí inmediatamente: no tenía intención de echarme de bruces en señal de acatamiento. Era un emisario, no un esclavo.

—Ilustre Gran Kan —tomó la palabra Ye Liu Chutsai—. Este es Orión, un emisario de lejanas tierras del oeste, allende las montañas y llanuras e incluso el ancho mar.

Ogotai ladeó levemente la cabeza y el camarero acudió presuroso a llenarle la copa. El Gran Kan bebió generosamente, hizo un chasquido con los labios y me examinó larga y detenidamente. Después de mirarme de arriba abajo, estalló en ruidosa carcajada.

—¡Mirad! —exclamó señalándome—. ¡No lleva zapatos!

CAPÍTULO XVII

Todos los presentes prorrumpieron en estrepitosas risas a excepción de Ye Liu Chutsai, cuyo rostro, habitualmente impasible, reflejó desconcierto y preocupación.

Yo seguía llevando mis sandalias desgastadas por el viaje y semejante calzado debía parecer algo incongruente a los mongoles en contraste con el lujoso atavío que el mandarín me había enviado. Liu había incluido unas botas de piel pero, como de costumbre, eran demasiado pequeñas para mí. Aunque la camisa y el chaleco me venían excesivamente estrechos en los hombros y eran cortos de manga, había conseguido ponérmelos; sin embargo, me había resultado imposible calzarme aquellas botas.

Ogotai reía casi con histerismo secundado por sus cortesanos. Supuse que el Gran Kan debía de estar bastante bebido cuando yo entré porque a mí no me parecía tan divertida la situación en que se encontraba mi calzado.

—Nunca había visto a un brujo con los dedos fuera —balbució Ogotai, lo que provocó otra ronda de estrepitosas carcajadas.

Me sentí desconcertado, pero aliviado. Me parecía que, por lo menos, no le resultaba muy preocupante al Gran Kan: no se le saltan a uno las lágrimas de risa ante un posible asesino o un peligro sobrenatural.

Por fin se calmó el regocijo de Ogotai y la tienda quedó de nuevo sumida en profundo silencio. Los guerreros que me habían estado señalando y partiéndose de risa se irguieron y adoptaron una expresión grave. Ye Liu Chutsai fijaba su mirada en un punto indefinido. Ogotai alzó su copa, que el servidor se apresuró a colmar.

—Baibars —dijo el Gran Kan tras tomar otro trago.

Uno de los jóvenes que estaba a su derecha se levantó de sus almohadones y se inclinó ante él.

—Baibars, busca a un zapatero y cuídate de que haga unas botas apropiadas para nuestro invitado.

—Sí, tío.

—Ahora, hombre de occidente, acércate y bebe conmigo. Supongo que en tu país beberéis vino, ¿verdad?

Media docena de esclavos se precipitaron desde el fondo de la estancia disponiendo grandes cojines de vivos colores para que pudiera sentarme a la

derecha de Ogotai. De algún lugar surgió una copa casi tan magnífica como la que sostenía el Gran Kan. Me senté a su lado, la levanté hacia él en señal de agradecimiento y tomé un trago de aquel rojo vino.

—Es de Shiraz —dijo—, un país no lejos del lugar donde encontraste a mi sobrino Hulagu.

—Es de una calidad extraordinaria. En mi lejano país también es altamente apreciado el vino de Shiraz —dije.

Según mis lecturas del siglo xx, aquél era el vino que Khayyam ensalzaba en su *Rubaiyat*.

Con aire indolente, casi con indiferencia, el Gran Kan me dijo:

—Me han advertido contra ti. Me han dicho que eres un poderoso brujo y un asesino.

Fijé mi mirada en Liu, que permanecía a pocos pasos de Ogotai.

—No soy un brujo, simplemente soy un hombre, mi señor.

Vengo en calidad de emisario de un lejano país. No llevo armas ni soy un asesino...

—Tampoco las necesitas —me interrumpió—. Según me han dicho, matas a los guerreros armados con las manos desnudas y detienes las flechas con los dientes —repuso con una sonrisa.

—Me defiendo como puedo, Gran Kan, pero las flechas disparadas contra mí se clavan en mis carnes lo mismo que en las de cualquier mortal.

—No es eso lo que dicen.

Aspiré con fuerza, momentáneamente sorprendido, y me pregunté hasta qué punto podía confiar en su buen humor.

—Ilustre Gran Kan —repuse por fin—. Seguramente habrán llegado a tus oídos las más fabulosas leyendas que haya conocido mortal alguno. Bien sabes cuánto se desvirtúan los hechos a medida que pasan de unos a otros.

Ogotai se echó a reír.

—Sí, es bien cierto; proezas que he realizado en el campo de batalla crecen día a día mientras yo permanezco aquí. Los ejércitos vencidos son mayores en cada nueva versión y el número de los enemigos a los que he dado muerte aumenta como columna de humo que llegase a los cielos.

—Señor —dijo un mongol que se encontraba a escasa distancia de nosotros—. No confiemos únicamente en las palabras de este extranjero: comprobemos si es cierto lo que dice.

Tenía el aspecto desabrido de un policía, probablemente era el responsable de la seguridad del Kan.

—¿Qué propones, Kassar? —preguntó Ogotai.

—Que se sitúe allí —prosiguió el mongol señalando la zona que quedaba despejada en el centro de la tienda— y que unos cuantos guerreros disparen flechas contra él: entonces veremos si todas las historias que nos han contado son falsas o ciertas.

Ogotai me miró un instante antes de responder.

—Si las historias son falsas, habremos matado a un emisario.

—Mejor será un emisario muerto que un brujo vivo —repuso el tal Kassar.

—Ogotai, démosle una espada y que se enfrente a Chamuka —propuso otro mongol—. Eso sería muy divertido.

—¡O celebrar un combate! —exclamó otro.

El Gran Kan escuchaba sin dejar de beber y permanecía grave e impasible.

Sabía que si intentaban disparar flechas contra mí o tenía que enfrentarme a un espadachín, me vería obligado a defenderme, lo que demostraría que, después de todo, las historias que habían circulado no eran tan exageradas. ¿Qué sucedería entonces? Quizá lo menos peligroso sería celebrar un combate, pero creía recordar que una lucha amistosa entre mongoles podía acabar con algún cuello partido.

Ogotai me miró a los ojos por encima de su copa. Me pregunté si el vino que había ingerido era una farsa, un pretexto que utilizaba para ganar tiempo a fin de poder considerar cualquier situación.

Depositó la copa vacía en la alfombra —que se apresuró a llenar el camarero chino— y mandó guardar silencio a los presentes con un ademán.

—La Yassa nos exige mostrar hospitalidad con los extranjeros que llegan a nuestro campamento. —Esta vez su voz sonaba firme y clara—. Este hombre es un emisario de un país lejano. No va a ser probado como un caballo lesionado o una hoja de acero recién forjada.

Kassar no pareció satisfecho.

—¡Pero Ahrimán nos advirtió...!

—He dicho —concluyó el Gran Kan dando fin a la discusión.

Ogotai se recostó sobre sus múltiples almohadones. Contempló la rebosante copa de vino que tenía a su lado, pero no la tocó. Señaló con un leve movimiento de cabeza a las mujeres que tenía a su izquierda y se dirigió a mí.

—Me han dicho que tienes una mujer, una curandera. ¿Te place? ¿Quieres otra? ¿Tienes bastantes criados para que te atiendan?

—Estoy totalmente satisfecho. Gracias, generoso señor —repuse.

Cerró un instante los ojos, como si sufriera un momentáneo acceso de dolor. Cuando volvió a abrirlos dijo:

—Dices ser un emisario de las tierras de occidente. Según el mensaje de Subotai, conoces muy bien los estados que se encuentran más allá del país de las tierras negras. ¿Cuál es la misión que te trae? ¿Por qué has venido a verme?

También yo me hacía aquella pregunta. Comprendía cuán insensato sería prevenirle contra Ahrimán y entrar en una controversia de mutuas acusaciones. Ye Liu Chutsai me había advertido que, en caso de duda, los mongoles adoptaban la solución más fácil decapitando a las partes en litigio.

En aquel momento fijé mi mirada en los ojos de Ogotai y descubrí en ellos dolor, comprensión, y algo que nunca hubiera esperado encontrar en la mirada de un emperador bárbaro: amistad.

Aquel hombre que podía ordenar el incendio de ciudades y el asesinato de poblaciones enteras, ante la impresión recibida por mi lastimoso calzado había decidido que yo no era una amenaza para él, le había agradado y estaba dispuesto a confiar en mí. No era el necio borracho que Ye Liu Chulsai había intentado hacerme creer.

¿Qué podía decirle excepto la verdad?

—Mi señor, ¿podemos hablar a solas? —le dije bajando el tono de voz—. Lo que tengo que decirte sólo puede mencionarse en privado.

Meditó unos momentos en silencio y luego asintió.

—Más tarde te haré llamar.

Seguidamente, levantando la voz para que todos pudieran oírle, me preguntó:

—¿Cómo has cruzado el Tien Shan con esas ridículas sandalias?

Los mongoles rieron y bromearon entre sí mientras yo me extendía describiendo el viaje que había realizado desde Persia sin botas. Avanzaba la noche y seguían formulándome preguntas sobre mi país y el mar que lo separaba de Europa. Describí el océano Atlántico como un mar salvaje y tempestuoso, un abismo impracticable, lo cual, tratándose de aquellos jinetes, era muy exacto.

—Entonces ¿cómo has podido atravesarlo? —preguntó Kassar de repente—. ¿Utilizaste artes de brujería?

Los presentes guardaron absoluto silencio. El Gran Kan me observó con penetrante mirada: me había metido en una trampa.

—No ha sido por arte de magia —dije intentando desesperadamente encontrar una respuesta—. ¿Habéis visto los veleros de Catay?

Algunos guerreros asintieron; la mayoría, entre los que se encontraba Kassar, guardaron silencio.

—Barcos como éstos podrían cruzar el océano si tuvieran la suerte de no verse sorprendidos por las tormentas —respondí pensando en los vikingos que habían visitado Islandia, Groenlandia e incluso Labrador con sus largas embarcaciones.

—Entonces ¿por qué no podemos llegar hasta allí con ellos? —inquirió Kassar.

—Lo conseguiría un número reducido de hombres —dije—, pero para transportar un ejército serían necesarios centenares de barcos, muchos de los cuales sucumbirían entre las tormentas, los remolinos o los monstruos que emergen de las profundidades. —Rogué mentalmente que aquellas palabras no llegaran algún día a España y retrasaran los viajes de Colón—. Si todo un ejército intentase cruzar el océano, perderías más hombres que en muchas batallas.

Ogotai frunció el entrecejo.

—Mi sobrino Kubilai sueña con enviar un ejército por mar para conquistar Japón. ¿Cuál es tu vaticinio?

Dude un instante, procurando no volver a caer en otra trampa.

—No vaticino, Gran Kan. Soy un emisario; no un profeta.

Profirió un gruñido de descontento: le hubiera gustado oír una predicción. Pero yo no tenía la intención de verme envuelto en intrigas cortesanas.

Las conversaciones se prolongaron durante horas y horas; casi amanecía cuando incluso el imposible Ye Liu Chutsai comenzó a dar muestras de cansancio.

Ogotai dio una palmada y anunció que se retiraba. Los demás nos levantamos, hicimos una reverencia y salimos de la tienda. Advertí que Ogotai se dirigía a su dormitorio acompañado de tres mujeres.

Cuando me encontraba a medio camino de mi casa un guerrero acudió corriendo en mi busca para anunciarme que el Gran Kan quería verme. Mi escolta y yo dimos la vuelta y le seguimos a la tienda privada de Ogotai.

El Gran Kan se sentaba en un alto lecho con las piernas colgando. La tienda estaba iluminada únicamente por algunas velas y no se veía ni rastro de las mujeres. Nuestro guía se detuvo en la entrada haciendo una profunda inclinación.

—Hombre del oeste —dijo el Gran Kan—. Quiero que sepas que en esta tienda hay seis guardianes armados.

Escudriñé entre las sombras y, efectivamente, distinguí el resplandor de la luz de las velas en sus cascos de acero y en las enjoyadas empuñaduras de las espadas.

—Es mi guardia personal —prosiguió Ogotai—, absolutamente leales a mí. Son sordos y mudos: no pueden oír ni hablar, pero a la primera señal de peligro caerán sobre ti y te matarán sin vacilaciones ni clemencia.

—Ilustre Gran Kan, eres tan sabio como elevada es tu posición entre los hombres.

—Te expresas como un auténtico emisario —respondió sonriéndome. Despidió al guerrero que me había acompañado y me señaló un escabel que había junto al lecho ordenándome que me sentara—. Ahora, dime, ¿cuál es el mensaje que traes de occidente que no debe ser oído por nadie más que por mí?

—Mi señor, lo cierto es que he sido enviado para matar a un hombre al que se conoce como Ahrimán.

—Entonces, ¿no eres un emisario?

—Sí lo soy, Gran Kan. Te traigo un mensaje de mi lejano país, un mensaje que explica por qué he sido enviado aquí, y en él se encuentra la clave del futuro del gran imperio que tú y tu padre habéis creado.

—Y mis hermanos —murmuró—. Ellos han tenido su parte; en realidad más que yo.

—Gran Kan —dije—, procedo de un país que no sólo está alejado en la distancia sino también en el tiempo. He viajado muchos siglos para alcanzarte. Dentro de setecientos años el nombre del primer Gran Kan será conocido y elogiado por todo el mundo y el imperio mongol se considerará el mayor que jamás existió.

Aceptó la idea del tiempo sin pestañear.

—¿Y el imperio aún existirá en aquella época tan distante?

—En cierto modo, sí. Habrá dado origen a nuevas naciones: China será fuerte porque has unido los reinos de Catay del Norte y del Sur; Rusia será poderosa: las tierras que tú conoces como de los moscovitas y los cosacos, el país de tierras negras y gran parte de lo que fue Karesm, todo eso se habrá fundido en una nación que se llamará Rusia.

—¿Y los mongoles? ¿Qué será de ellos?

¿Cómo decirle que sus descendientes serían un satélite menor de la Unión Soviética?

—Los mongoles vivirán aquí, junto al Gobi, en las praderas que han sido siempre su hogar, en paz, sin verse amenazados por ningún enemigo.

Echó atrás la cabeza levemente y profirió una especie de siseo apenas audible, mas no logré distinguir si era de dolor o de aprobación.

—Por fin hallarán la paz los mongoles —susurró como si hablara consigo mismo.

Habiendo comprendido lo que quería oír, proseguí:

—No habrá más luchas entre las tribus del Gobi, ni disensiones familiares: la Yassa, la ley del Gran Kan, será venerada y acatada.

Ogotai asintió satisfecho.

—Excelente, estoy muy contento.

Me pregunté qué más podía decirle, cómo hacer resurgir el tema de Ahrimán y de mi misión.

—Te preguntarás por qué me alegra pensar en la paz —me interpeló—. Por qué el Gran Kan de una raza de guerreros no aspira a alcanzar más conquistas.

—Tus hermanos y tus hijos...

—Sí, todavía siguen luchando: mientras haya tierras donde cabalgar, lucharán por poseerlas. —Respiró profundamente, fue como un suspiro—. Toda mi vida la he pasado en guerra. ¿Por qué crees que esta noche te he ahorrado la prueba de tu fuerza?

Le sonreí.

—¿Porque no tenía zapatos?

—No —repuso con una fugaz sonrisa—. He visto ya demasiadas flechas volando por los aires y demasiada esgrima: ansío la paz, poner fin a sufrimientos y luchas.

—Los hombres sabios prefieren la paz a la guerra —dije.

—Entonces los hombres sabios son más escasos que los árboles en el Gobi.

—La paz llegará algún día, Gran Kan.

—Eso será mucho después que yo me haya reunido con mis antepasados —dijo sin rastro de amargura, como una simple exposición de los hechos.

—Mi señor... —comencé vacilante.

—¿Deseas hablarme de Ahrimán, tu enemigo? ¿Qué sucede entre vosotros? ¿Un odio secular o una disputa familiar?

—Sí, así podría considerarse. Es un ser malvado: no abriga ningún propósito bueno hacia ti.

—En el breve tiempo que lleva en Karakorum me ha servido bien. Los guerreros le temen, pero les gusta que les vaticine victorias.

—Gran Kan, cualquiera puede predecir victorias para los mongoles. ¿Cuándo habéis conocido la derrota?

El cansado rostro de Ogotai se iluminó brevemente.

—Eso es muy cierto —repuso riendo—. Pero, aun así, mis generales quieren oír profecías de éxito: les inspira mayor seguridad. Y, además, Ahrimán me ayuda a sentirme mejor. En estos momentos viene hacia aquí; llegará dentro de unos instantes.

—¿Ahrimán aquí? ¿En tu tienda?

—Le llamo casi cada noche. Tiene una pócima que me ayuda a dormir: es mejor que el vino de Shiraz.

Mis pensamientos se atropellaron tratando de digerir aquella nueva información.

—Será mejor que no os encontréis —dijo Ogotai—. Al menor movimiento sospechoso mis guardianes os matarían a ambos.

Aquella era su despedida. Me incliné profundamente y salí de la tienda.

CAPÍTULO XVIII

Aquella noche no pude dormir, aunque sería equívoco hablar de «noche». El cielo ya clareaba con la llegada de la aurora cuando regresé a nuestro hogar desde la tienda de Ogotai.

Agía me esperaba despierta. Estuvimos hablando mientras el cielo se iluminaba con la llegada del día. Finalmente ella no pudo mantener por más tiempo los ojos abiertos y se quedó dormida con la cabeza apoyada en mi hombro. A mí me bastaban con pocas horas de sueño, por lo que seguí tendido junto a ella mientras pensaba qué podía hacer seguidamente.

No me encontraba en aquel lugar por confusión o error: Ahrimán también estaba allí maquinando sus planes para la destrucción de nuestra especie. Visitaba a Ogotai todas las noches y le administraba una pócima que le ayudaba a dormir. ¿Sería una medicina, un licor o un veneno lento?

¿Por qué Ogotai necesitaba ayuda para dormir? ¿Acaso le remordía la conciencia? Aunque me había dicho que estaba cansado de guerras y matanzas, gobernaba un imperio que, según Ye Liu Chutsai, tenía que seguir extendiéndose o se extinguiría en luchas tribales.

Moví dubitativo la cabeza: aquello carecía de sentido para mí. Ogotai, que disfrutaba de las riquezas de toda Asia, ansiaba la paz, mientras que sus hermanos y sobrinos se extendían sembrando sangre y fuego por el Oriente Medio, Europa y China. ¿Cómo podía constituir aquello un nexo en el continuo del espacio-tiempo? ¿Cuáles eran los propósitos de Ahrimán? ¿De qué modo podría yo detenerle si ignoraba qué se proponía?

Desde luego había un sistema muy sencillo: matar a Ahrimán. Aguardarle en su templo de piedra y rebanarle el pescuezo. Asesinarle como él había hecho con Aretha, sin clemencia ni vacilaciones.

Pensamientos contradictorios me asaltaban. Quizá fuera aquello lo que él deseaba. No había mantenido en secreto su presencia en aquel lugar; no había intentado causarnos ningún daño a Agía o a mí, ni siquiera había impedido que me enterara de que visitaba a Ogotai cada noche. Quizá con su crimen desencadenara una sucesión de acontecimientos que favorecerían sus planes, fuesen cuales fuesen.

Me sentía flotando en el aire, pendiente del vacío, mientras que dos fuerzas poderosas me arrastraban en direcciones opuestas. Me sabía

impotente, incapaz de hacer nada. No podía moverme ni emprender ninguna acción hasta que estuviese más enterado de los planes de Ahrimán.

Mis deliberaciones y el sueño de Agía se vieron bruscamente sorprendidos por unos golpes insistentes que sonaron en la puerta.

—¿Quién es? —preguntó Agía despertando sobresaltada.

Los golpes sonaban como si alguien quisiera echar la puerta abajo. Me levanté y me cubrí con una manta. Agía se ocultó bajo las sábanas, al parecer asustada.

Abrí la puerta —en Karakorum no había cerrojos— y me encontré con un anciano rechoncho y arrugado, de piel tan áspera como la corteza de un árbol y puños casi tan grandes como su afeitada cabeza. Vestía ropas sucias y harapientas y llevaba colgado del hombro un enorme morral.

—¿De modo que estás despierto? —me espetó.

Le miré airadamente.

—Ahora sí.

Resopló ofendido.

—Conozco muy bien esas juergas del *ordu*. Y mientras el Gran Kan se emborracha, la gente consigue arrancarle cualquier promesa.

—¿Quién eres? —pregunté.

—El zapatero. ¿Quién iba a ser?

Me apartó a un lado y entró en la casa.

—Un mensajero del Gran Kan me ordenó que viniese a verte y le hiciera unas botas. ¡Como si no tuviera bastante trabajo! Pero ¿qué les importa a ellos? ¡En absoluto! «El Gran Kan ha ordenado que hagas unas botas a ese extranjero de occidente. ¡Obedece en seguida o te cortaremos la cabeza!». Y aquí estoy, me guste o no. Acaso te haya estropeado el sueño, pero ¡por todos los dioses que te haré unas botas que complacerán al Gran Kan y las tendrás antes de que vuelva a empezar la juerga esta noche!

Se sentó resueltamente en el suelo y comenzó a sacar el contenido de su bolsa. Y aquella misma noche me calcé unas botas que se ajustaban perfectamente a mis pies y eran cómodas y muy elegantes. Pero jamás conocí a peor tirano entre todos los mongoles que aquel zapatero.

Ogotai tomó afición a mi compañía y me invitaba con frecuencia a su pabellón. Un día salimos juntos a dar un paseo a caballo, lejos de las bulliciosas y sucias callejuelas de la populosa ciudad, más allá de las vastas caballerizas y corrales, por las infinitas y ondulantes praderas.

—Éste es el auténtico hogar del mongol —comentó volviéndose en su silla para observar la abierta y pelada extensión, aspirando profundamente el

aire no viciado por edificios llenos de gente.

—Hace muchos años, en occidente, en un país llamado Grecia, cuando vieron por vez primera hombres a caballo creyeron que ambos formaban una misma criatura y les llamaron centauros —le expliqué.

Ogotai sonrió a la luz del sol.

—Ciertamente un mongol sin su caballo no es un hombre completo.

Salíamos a pasear con frecuencia. Al principio Ogotai iba acompañado por una escolta de guerreros, pero al poco tiempo prescindió de ella y fuimos los dos solos. Disfrutaba con mi compañía y confiaba en mí. Yo le hablaba de las tierras y gentes de Europa, de los grandes reyes que aún tenían que reinar y de la gloria de los antiguos imperios. Se interesó especialmente por Roma y se sintió defraudado cuando le hablé de la corrupción y decadencia del imperio.

—Nosotros no tendríamos a gobernantes como Tiberio o Calígula: sólo podrían existir si los *orkhones* fueran débiles. Los mongoles no son así.

Agía desconfiaba de la amistad del Gran Kan.

—Estás jugando con fuego: antes o después el Oscuro someterá a Ogotai a algún maleficio o le emborrachará y conseguirá enfrentarle contigo.

—Él no es así —protesté.

Agía fijó en mí sus luminosos ojos grises, profundos como el infinito océano.

—Estás tratando con el Gran Kan, un ser que puede arrasar ciudades y naciones enteras: tu vida o la mía carecen de importancia para un hombre como ése.

Intenté explicarle que estaba equivocada, pero me limité a alegar débilmente:

—No lo creo así.

Agía no se dejó convencer.

El verano transcurría lentamente mientras yo seguía encallado en un punto muerto, sin saber qué hacer ni descubrir cuáles eran los proyectos de Ahrimán.

Llegaron mensajeros del oeste cabalgando sin descanso y trajeron las noticias de la victoria lograda por Subotai sobre Bela en la llanura de Mohi. Semanas después entraban en Karakorum largas caravanas de camellos y mulas rebosantes de armaduras, armas y joyas, despojos obtenidos por Subotai en Polonia y Hungría.

No volví a ver a Ahrimán: parecía como si operásemos en diferentes estructuras de tiempo, en dos dimensiones separadas. Sabía que él se

encontraba en Karakorum y también él estaba enterado de mi presencia en la ciudad. Ambos veíamos a Ogotai casi diariamente... o por las noches y no obstante, gracias a los hábiles manejos del Gran Kan o del Oscuro, en ningún momento nos encontramos frente a frente durante todas aquellas semanas.

El viento procedente del norte comenzó a hacer sentir sus efectos. Las hierbas seguían estando verdes, pero pronto comenzarían las tormentas del otoño y luego las nieves del invierno. En los viejos tiempos, los mongoles desplazaban su campamento al sur y se producían enfrentamientos con otras tribus por la disputa de las mismas praderas en las proximidades del Gobi. A la sazón, convertida Karakorum cada día más en una ciudad permanente, el Gran Kan se disponía a pasar allí el invierno desafiando a los vientos y tormentas que no tardarían en llegar.

Los mongoles organizaban cada año una partida de caza. Ye Liu Chutsai me convocó a su tienda para decirme que el Gran Kan deseaba que le acompañase en aquella expedición.

La tienda del mandarín era una pequeña porción de China transportada a las estepas mongolas. Decorada con sólido y macizo mobiliario de teca y ébano y con cofres con incrustaciones de oro y marfil, reinaba en ella una atmósfera serena y armónica que nada tenía que ver con la energía turbulenta y casi infantil de los mongoles: en aquella tienda le había solicitado yo mi primera entrevista con Ogotai, pero en aquella ocasión no me había dado cuenta de que Liu vivía allí. Sin embargo, a la sazón, percibía el estoicismo filosófico que me rodeaba: Ye Liu Chutsai dormía allí, probablemente en aquel banco de madera de cerezo cubierto de sedas, pero en realidad su tienda era el refugio donde guardaba libros, pergaminos y rudimentarios telescopios, más valiosos y extraordinarios que el cuerpo del anciano administrador chino.

—El Gran Kan muestra mucha simpatía hacia ti —dijo Liu tras hacerme sentar ante su desordenada mesa y ofrecerme té.

—Yo también siento gran afecto por él —admití—. Pese a ser el emperador del mundo, es un hombre sumamente amable.

Liu sorbió un poco de té de la minúscula taza antes de responder:

—El Gran Kan gobierna sabiamente dejando que sus generales extiendan el imperio mientras él asegura la aplicación de las leyes de la Yassa.

—Gracias a tu ayuda —dije.

—Detrás de cada gran gobernador se encuentran prudentes administradores: para determinar la grandeza de un gobernador se debe observar qué servidores ha escogido.

Aquellas palabras me recordaron al cardenal Richelieu.

—Sin embargo, pese a vuestra amistad —siguió diciendo Liu lenta y cautamente—, el llamado Ahrimán también está cerca del Gran Kan.

—El Gran Kan tiene muchos amigos.

El mandarín dejó delicadamente su copa en la bandeja lacada, junto a la tetera aún humeante.

—Yo no diría que Ahrimán sea su amigo: más bien parece haberse convertido en algo así como su médico privado.

Aquello me sobresaltó.

—¿Su médico? ¿Está enfermo el Gran Kan?

—Sólo en su corazón —dijo Liu—. Le hastía esta muelle existencia de lujo y ocio. Pero la alternativa que se le ofrece es dirigir un ejército en el campo de batalla y emprender la conquista de nuevas tierras.

—Él no haría algo semejante —repliqué recordando que me había confiado cuán cansado estaba de derramamientos de sangre.

—Estoy de acuerdo contigo: no puede hacerlo. Hulagu, Subotai y Kubilai dirigen los ejércitos. A Ogotai le corresponde permanecer en Karakorum y ser el Gran Kan. ¿Qué pensarían los *orkhones* si comenzase a reunir un ejército? No le quedan otras tierras por conquistar que las que ya están sometidas por ellos.

Comencé a comprender. A Ogotai no le quedaban prácticamente países donde imponer su dominio: Europa, China y Oriente Medio ya habían sido atacados. Si marchaba en otra dirección, provocaría una guerra civil entre los mongoles.

Entonces me acordé de la India.

—¿Y ese país al sur de las grandes montañas? ¿El Techo del Mundo?

—¿El Indostán? —Si su autodomínio no se lo hubiera impedido, Ye Liu Chutsai se hubiera echado a reír—. Es un país donde pululan los mendigos enfermos y los maharajás increíblemente ricos y donde hombres y caballos mueren de calor. A los mongoles nunca se les ocurrirá conquistarlo.

Liu estaba equivocado. Me parecía recordar que los mongoles llegaron a conquistar la India, por lo menos en parte, siendo conocidos por los nativos como mogoles, calificativo que llegó a estar tan asociado con el poder y el esplendor que en el siglo xx se aplicó cínicamente a los ejecutivos de Hollywood.

Las palabras del mandarín me sacaron de mi abstracción.

—Afortunadamente estamos en la estación de la caza. Quizá la práctica de este ejercicio sanará los dolores espirituales del Gran Kan y durante algún tiempo no necesitará los somníferos que le facilita Ahrimán.

CAPÍTULO XIX

Para los mongoles la caza era casi como una campaña militar que emprendían contra los animales en lugar de enfrentarse a los seres humanos. Los mongoles nunca habían oído hablar de deportividad ni ecología. Salían de caza buscando provisiones para el duro, frío y largo invierno, y se organizaban con gran minuciosidad y eficacia.

Jóvenes oficiales exploraban cientos de kilómetros de terreno y sometían sus informes al *ordu* a fin de que los ancianos pudieran escoger la mejor ubicación de la caza. Una vez se había decidido el lugar, emprendían la marcha en sus caballos en formación militar, reuniéndose en un círculo inmenso, en ocasiones una circunferencia de más de cien kilómetros, dentro de la cual eran sacrificadas todas las bestias sin excepción ni piedad.

La expedición duraba más de una semana y no se permitía que comenzara la matanza hasta que el Gran Kan daba la señal. Éste aguardaba hasta que el cerco de jinetes armados se estrechaba al máximo en torno a las sentenciadas víctimas.

Entre los jinetes avanzaban los batidores a pie haciendo sonar las espadas en los escudos, gritando y sacudiendo la maleza durante todo el día, impulsando constantemente a los animales hacia el interior del círculo. De noche encendían hogueras que mantenían a las bestias en la trampa; de día, cabalgábamos sin descanso acercándonos cada vez más unos a otros a medida que se estrechaba el círculo.

Al principio no logré descubrir a ningún animal, con excepción de nuestros propios caballos. En toda la extensión del horizonte únicamente se distinguía la ondulante hierba y la maleza, diseminada por doquier, que nos llegaba a la cintura. Hacia el tercer día comencé a divisar pequeños ciervos, conejos y lobos que corrían veloces entre las altas hierbas. Entre los animales reinaba un creciente pánico mientras depredador y presa huían uno junto al otro de los aterradores ruidos y olores de los seres humanos.

Cabalgaba a la izquierda del Gran Kan, de quien me separaban otros dos jinetes, sobrinos suyos. Ye Liu Chutsai no había sido invitado ni se hubiera sentido a gusto en aquellas estepas. Descubrí que a Ogotai le encantaba, aunque parecía resentirse de semejante esfuerzo físico. Se sentaba en su montura al despertar el alba como todos los demás, pero al avanzar el día se

volvía cada vez más taciturno y silencioso. Entonces abandonaba nuestras filas y se pasaba la tarde descansando. Por la noche se retiraba temprano, renunciando a las largas sesiones de bebida que celebraba en Karakorum. Pero aunque su cuerpo parecía anquilosado por la edad y el dolor, seguía estando muy animado: se sentía liberado del lujo y las preocupaciones de la corte, respirando aire fresco y limpio, sin verse obligado a asumir las decisiones que pesaban sobre él en la ciudad.

Y yo también me sentía libre. Apenas recordaba a Ahrimán. Pensaba en Agía, especialmente de noche, mientras me adormecía en el duro suelo, cubierto con una maloliente manta de caballo. Pero todo aquello podía esperar. Ellos aún estarían en Karakorum cuando volviésemos. Los problemas nunca desaparecen: aguardan o empeoran hasta que uno regresa. Por el momento disfrutaba enormemente y recordaba que la palabra persa *paradiso* significó en un principio «terreno de caza».

Toda la estrategia de la expedición se perdería si los animales rompieran el asfixiante cerco que formaban los jinetes. Durante los primeros días nuestras víctimas se limitaban a huir de nosotros, pero a medida que se cerraba la trampa en torno a ellas, algunas bestias aterradas trataban de romper nuestras filas. No había otra alternativa que matarlas: se hubiera considerado una desgracia que alguna consiguiera escapar.

Una mañana cabalgaba con el huraño Kassar a mi izquierda, cuando un lobo se lanzó sobre nosotros babeando de odio y temor. Kassar le ensartó con su lanza mientras yo seguía indeciso en mi caballo, sin ayudarle a rematar a la bestia. El lobo aullaba de dolor y se revolvía tratando de arrancarse la lanza con los dientes hasta que acudieron tres batidores que lo remataron a golpes.

Kassar reía y agitaba la ensangrentada lanza por encima de su cabeza en tanto que yo reflexionaba en lo extraño que era que siendo capaz de matar a un hombre sin vacilar hubiera permitido que Kassar se me adelantara con aquella bestia.

Horas después me encontraba cabalgando junto a Ogotai mientras que sus sobrinos se detenían para tomar un frugal refrigerio y cambiar de monturas. El sol de la tarde caía con fuerza, pero la brisa era fresca.

—¿Te gusta la caza, hombre del oeste? —me preguntó Ogotai.

—Nunca había visto nada semejante. Es como una campaña militar.

Ogotai asintió.

—Ciertamente: es la oportunidad de que los guerreros más jóvenes demuestren su valor y su habilidad en el cumplimiento de las órdenes que

reciben. Muchos generales han sido entrenados para la batalla enfrentándose a las bestias del campo.

De modo que aquélla era la versión mongol de los campos de entrenamiento de Eton.

Un sirviente se acercó a nosotros y nos entregó un morral de cuero que contenía carne seca, frutas y un frasco de plata lleno de vino que Ogotai compartió conmigo sin interrumpir su marcha. Los animales se escabullían, saltaban y corrían ante nosotros formando círculos entre la hierba, y su confusión y terror iban en aumento con el inexorable avance de nuestros caballos.

Cuando Ogotai apuraba la última gota de vino sosteniendo en lo alto el frasco de plata y echando atrás la cabeza, surgió un jabalí detrás de un matorral que embistió ciegamente hacia nosotros. El Gran Kan no podía verlo, pero su caballo, que sí había advertido su presencia, relinchó salvajemente y se encabritó con riesgo de derribar de la silla al jinete, si no se hubiera tratado de un mongol.

Al Gran Kan se le soltaron las riendas, que apenas sostenía con la mano izquierda, y el frasco de vino voló por los aires, aunque logró asirse a las crines del caballo y mantener el equilibrio.

Distinguí todo aquello de reojo porque centraba toda mi atención en el jabalí. Sus ojos estaban enrojecidos por el odio, su boca entreabierta babeaba y los colmillos de la bestia brillaban como dagas gemelas respaldadas por su cuello fuerte y musculoso y su recio y sólido cuerpo erizado por la furia.

Mi caballo había girado en redondo alejándose de Ogotai y tratando de evitar la acometida del jabalí, lo que me impidió ensartarle con mi lanza en el momento en que arremetía contra la montura del Gran Kan.

Sin pensarlo un instante, salté de mi silla, desenvainé la daga que llevaba en el cinto y la clavé en el flanco del animal como un defensa de rugby tratando de detener violentamente a un delantero contrario. La bestia y yo rodamos por el suelo. El animal chilló y se retorció al sentir mi daga en el costado, al tiempo que yo le rodeaba el cuello con los brazos. A mi alrededor distinguía el ruido de cascos de caballo, pero ignoraba si se trataba del mío o del que montaba Ogotai. Recuerdo que mientras me revolcaba por el suelo luchando con el enloquecido jabalí pensaba en lo ridículo que sería perecer víctima de una coz.

Por fin la bestia se estremeció y quedó inerte. Arranqué con esfuerzo mi daga de su cuerpo, me puse en pie lenta y vacilantemente y me encontré rodeado por una docena de mongoles que empuñaban sus lanzas y espadas

disponiéndose a atacar al animal ya muerto. Detrás de ellos se veían otros guerreros también a caballo que apuntaban con sus flechas al jabalí, entre los que descubrí a Ogotai.

Durante unos momentos nadie pronunció palabra. Estuve escupiendo hierbas y barro por la boca y la nariz. Me dolía el hombro pero, por lo demás, parecía encontrarme perfectamente.

—Hombre del oeste —dijo Ogotai desde su silla—. ¿De ese modo cazáis jabalíes en tu país?

Aquellas palabras provocaron las risas de todos y dieron Pin al momento de tensión. Yo me uní a ellos sintiéndome repentinamente ridículo: si hubiera sido mejor jinete habría alcanzado al animal desde mi montura. Ogotai tenía razón, me había enfrentado con él del modo más difícil.

Monté nuevamente en mi caballo, que me devolvió un criado. Kassar me sonrió sin alegría: el lobo que había matado estaba atado detrás de su silla de montar. Como los sobrinos de Ogotai ya habían regresado, me dirigí al lugar que había estado ocupando entre ellos y Kassar.

—No —dijo Ogotai—, quédate aquí, a mi lado. —Y cogiéndome del brazo añadió—: Cabalgarás junto a mí por si encontramos más jabalíes.

Incliné la cabeza reconocido y me volví hacia Kassar con una sonrisa de suficiencia a lo que me respondió frunciendo el entrecejo.

Al igual que las amistades que se forjan en el ardor de la batalla, los lazos que nos unían a Ogotai y a mí se hicieron aquel día más firmes y perdurables. Cabalgamos juntos durante el resto de la jornada y, al final, en el terrible día de la carnicería, cuando matamos ininterrumpidamente a nuestras víctimas hasta que nos sentimos embriagados por el delirio de la sangre, no nos separamos ni un instante.

Al regresar a Karakorum marchábamos uno junto al otro. Detrás de nosotros se extendía una columna de más de un kilómetro de longitud formada por guerreros a caballo y carros tirados por bueyes cargados de caza, con toda clase de animales, desde ardillas a ciervos, jabalíes y lobos. Ansiaba ver a Agía, explicarle todo lo sucedido durante la expedición y estrecharla de nuevo entre mis brazos para sentir el contacto de su cuerpo.

A medida que nos acercábamos a Karakorum, Ogotai se volvía taciturno y sombrío. Parecía como si sufriera algún dolor, y cuando ya comenzaban a distinguirse las nubes de polvo de los corrales y caballerizas que anunciaban las proximidades de la ciudad, era evidente su estado pesimista y depresivo.

Comencé a pensar en Ahrimán y me sentí tan alicaído como él. Durante más de una semana ambos habíamos olvidado nuestros problemas escapando

como niños que juegan a hacer novillos, pero cuando llegásemos a la ciudad tendríamos que enfrentarnos nuevamente a ellos.

—Mi señor —dije obligando a mi caballo a aproximarse tanto al suyo que casi se tocaron—, ha llegado el momento en que luche contra Ahrimán.

—¿Qué te propones? ¿Matarlo?

—Debo hacerlo.

Ogotai movió negativamente la cabeza.

—No, no permitiré que se derrame más sangre, ni siquiera en tu caso, amigo del oeste. Ahrimán tiene un lugar en Karakorum como todos los demás.

—¿Estás sometido a sus cuidados? —le pregunté.

No demostró ninguna sorpresa al verme enterado de los servicios que le dispensaba el Oscuro.

—Me facilita un somnífero, nada más.

—¿Has pensado que acaso se proponga ayudarte a dormir para siempre?

—¿Un veneno? —preguntó Ogotai volviéndose en su silla con los ojos desorbitados por la sorpresa.

Luego se echó a reír sin responder a mi pregunta, se rió simplemente como si le hubiera contado algo muy divertido.

Su reacción me dejó desconcertado. Intenté seguir insistiendo en el tema, pero él ya lo había dado por zanjado al decidir que Ahrimán y yo no nos enfrentaríamos. Nos había tomado a ambos bajo su protección, por lo que nos veríamos obligados a suspender nuestras diferencias.

Por lo menos así lo creía yo mientras nos dirigíamos a Karakorum.

Casi anohecía cuando desmontamos de nuestras cabalgaduras en la vasta explanada que separaba el pabellón del Gran Kan del resto de la ciudad para descargar las toneladas de carne que transportaban los carros. Una muchedumbre se había congregado para recibirnos y profería exclamaciones de asombro ante la importancia de las capturas que habíamos conseguido. Ye Liu Chutsai se aproximó en seguida para informar al Gran Kan de los asuntos de Estado que tenía anotados en un pergamino, pese a que Ogotai aún no se había sacudido de sus ropas el polvo del camino.

Escudriñé entre la multitud sin encontrar ni rastro de Agía, por lo que supuse que estaría esperándome en casa. Ogotai me había obsequiado con el jabalí al que yo había dado muerte y sus criados lo estaban acarreando para despellejarlo y conservarlo. Su carne nos serviría de alimento durante muchas semanas.

Ahrimán no se veía entre la multitud, pero tampoco esperaba encontrarlo codeándose con la gente. Era una criatura que actuaba entre sombras y silencios: se reuniría más tarde con Ogotai, cuando casi todos estuvieran durmiendo.

Por fin, cuando el Gran Kan autorizó a sus compañeros de caza a que se retirasen, me despedí casi corriendo.

Llegué a casa y abrí la puerta esperando que Agía me aguardaría en el umbral.

Pero ella no estaba. La busqué en vano por las dos pequeñas habitaciones y comprobé que, efectivamente, había desaparecido.

CAPÍTULO XX

No vacilé ni un instante. Creía conocer lo que había sucedido con tanta seguridad como si lo hubiese presenciado con mis propios ojos. Salí precipitadamente de la casa y corrí por las sombrías y sinuosas callejuelas de la ciudad en dirección al templo de piedra de Ahrimán. Retumbaban los truenos sobre mi cabeza y en el oscuro cielo se dibujaban las descargas producidas por los relámpagos. La gente corría a guarecerse en sus casas antes de que comenzase la lluvia. Me abrí paso entre la multitud y, recordando el ensañamiento con que Ahrimán había asesinado a Aretha, apreté con fuerza mi mano sobre la empuñadura de mi daga.

Sumido en constante oscuridad encontré el templo de piedra de Ahrimán, como si un invisible faro me guiara hasta allí. El aire nocturno olía a húmedo y estaba cargado de electricidad. Cuando corría hacia la angosta y siniestra entrada, un relámpago dividió el cielo y por un instante se recortó la silueta del edificio de piedra mientras los truenos se multiplicaban por los cielos.

Irrumpí bruscamente en el interior, donde las tinieblas aún eran más intensas: aquélla era la guarida de Ahrimán. Éste se encontraba ante el altar de piedra con las manos levantadas, como en oración, y de espaldas a mí. Sin vacilar un instante, irreflexivamente, me abalancé contra él.

Ahrimán giró en redondo rápidamente rechazando mi acometida, como si se sacudiera un mosquito, de un solo golpe que me envió rodando por los suelos y me hizo chocar dolorosamente contra la pared, perdiendo la daga en el camino.

—¡Eres un necio! —siseó Ahrimán dirigiéndome una encendida mirada entre la oscuridad.

—¿Dónde está Agía? ¿Qué le has hecho?

Lanzó un profundo suspiro y me observó serenamente.

—Está buscándote en las praderas. Alguien le dijo que no habías regresado con Ogotai y los suyos.

—¡Eso es mentira!

—Pero ella lo creyó. Ahora está fuera, en la oscuridad, tratando de encontrarte.

—¡No te creo!

Encogió sus poderosos hombros.

—Está sola. A su valerosa escolta de guerreros mongoles les aterran los truenos y la han abandonado. Ya sabes cuánto temen los relámpagos. A lomos de un caballo, en la extensa llanura carente de arbolado y con un casco de acero se convierten en pararrayos naturales.

Me habían contado casos de guerreros que presas de pánico se arrojaban en los ríos o los lagos durante las tormentas eléctricas y morían ahogados.

—No le he causado ningún daño, Orión —me aseguró Ahrimán, que seguía de espaldas al altar y a los símbolos tallados en el muro de piedra que estaba sobre él—. No tengo necesidad de ello.

Me puse lentamente en pie.

—No, simplemente la has dejado sola, expuesta a la tormenta.

—Si es así, ¿por qué no coges un caballo y sales en su busca? Estará loca de alegría cuando te vea.

—Eso es lo que quieres, ¿verdad? Deseas que salga de la ciudad para ir tú a ver a Ogotai y rematar tu obra.

No respondió.

—Le estás envenenando —le acusé—, y quieres quitarme de en medio para poder acabar con él.

Ahrimán permaneció largo rato sin reaccionar. Luego levantó su rostro hacia el techo y se echó a reír con una carcajada seca, forzada y ruidosa, carente de alegría. Era un sonido que parecía tener su origen en un sentimiento doloroso y que me arañó los oídos provocándome una mueca.

—Estaba más en lo cierto de lo que suponía —dijo por fin respirando dificultosamente—. Eres más necio de lo que pensaba. ¿Matar a Ogotai? ¿Matarle yo?

Se rió de nuevo con un sonido que me recordó el de un arañazo en la áspera roca. Por fin adoptó un aire de gravedad y me señaló la puerta.

—Ve en busca de tu mujer y la encontrarás ilesa... por lo que a mí se refiere. Lo que pueda sucederle con esta tormenta, nada tendrá que ver conmigo.

No tenía otra elección, no podía luchar contra él: era demasiado fuerte para mí. Y aunque desconfiaba de sus palabras, imaginando que Agía podía estar sola por las estepas, bajo la tormenta, salí corriendo del templo en dirección a las afueras de la ciudad, a las caballerizas.

Mientras pedía un caballo al viejo que cuidaba del establo más próximo comenzó a caer la lluvia. El hombre debió considerar que yo era un hombre de cierta posición, a juzgar por las ropas que vestía, y entre la oscuridad esporádicamente iluminada por los relámpagos, sin duda advirtió por mi

estatura y extraño color de piel que se encontraba ante el extraño emisario de occidente. El robo era virtualmente desconocido entre los mongoles: si no le devolvía el caballo en un tiempo razonable, enviarían a los guerreros en mi busca y no habría ningún lugar en el mundo conocido donde pudiera escapar de su implacable justicia.

—No es conveniente salir con este tiempo por un despoblado —insistió el hombre mientras yo ensillaba el caballo—. Esta tormenta puede matara cualquiera.

Ignoré sus palabras y salté a la grupa. La lluvia era ya muy intensa y en breve quedamos empapados el caballo y yo. Los relámpagos se precipitaban zigzagueantes por el cielo como garras que tratasen de atrapar una presa, los truenos estremecían la noche mientras la tormenta avanzaba hacia nosotros.

—¡Matarás al caballo! —gritó el viejo; como auténtico mongol, se había reservado su argumento más poderoso para el final.

Pero ya era demasiado tarde. Espoleé los flancos de mi montura y partimos al galope entre el temporal.

Me constaba que era totalmente absurdo tratar de encontrar a Agía en aquella espantosa noche: era como buscar a ciegas una flor delicada en una jungla de las proporciones de África. Sin embargo tenía que intentarlo: tenía que descubrir su paradero antes de que una de aquellas enfurecidas garras acabasen con su vida. Particularmente, aunque hubiera podido asustarme tal perspectiva, no temía en absoluto ser alcanzado por el rayo.

Mi caballo, nervioso y asustado, estuvo a punto de desbocarse al distinguir un relámpago en el cielo. Los truenos no parecían molestarle: probablemente se había acostumbrado a peor estrépito en los campos de batalla. La lluvia se hizo torrencial y apenas logré distinguir nada más allá de las crines del caballo. Forcé la mirada en la oscuridad y me encorvé para hacer frente al helado y húmedo viento, apremiando al animal para que se adentrara en la oscuridad y la tormenta.

Pero mi subconsciente trabajaba sin descanso digiriendo informaciones, valorando datos... Prescindiendo de cualquier circunstancia accesorio, mi misión consistía en evitar que Ahrimán lograra su objetivo. Pero ¿cómo podía detenerle si ignoraba cuáles eran sus propósitos?

Mientras cabalgaba entre la cegadora lluvia, trataba una y otra vez de poner en orden todas las piezas del rompecabezas. Ahrimán había parecido auténticamente sorprendido cuando le acusé de que intentaba matar a Ogotai. Sin embargo, tenía la certeza de que suministraba una pócima al Gran Kan

casi cada noche cuando éste se encontraba en su *ordu*. ¿Qué otra cosa podía ser sino un veneno lento?

Mi caballo redujo su marcha a un trote ligero y luego a un paso lento mientras seguíamos enfrentándonos al viento y a la lluvia. Sabía que ni siquiera el guerrero mongol más avezado hubiera cabalgado entre aquella tormenta, pero yo *tenía* que hacerlo.

¿Qué se proponía Ahrimán? Si quería matarme, podía haberlo hecho en el templo. ¿Por qué me enviaba a aquella vorágine? ¿Para que encontrase la muerte fulminado por un rayo en lugar de eliminarme con su propia mano? Me parecía poco inverosímil.

¿Para mantenerme alejado de la ciudad? Sí, aquello tenía algún sentido. Trataba de mantenerme lejos de Ogotai. Pero ¿por qué? Si no se proponía matar al Gran Kan, ¿por qué quería mantenerme lejos de él?

Cerré los ojos, no tanto para evitar la torrencial lluvia como por concentrar mis recuerdos en los conocimientos e informaciones que había adquirido en el siglo xx acerca del imperio mongol. Con absoluta claridad rememoré perfectamente, revisé página tras página de historia, pudiendo leer las palabras con tanta claridad como si tuviera los libros en las manos. ¡Sin embargo no lograba recordar lo que jamás había leído! ¿Cuánta historia habría estudiado en mi anterior existencia? Sabía que los mongoles no llegaron a conquistar Europa. Ciertamente Subotai había derrotado a los ejércitos reclutados por Bela, pero nunca llegó a introducirse en Europa. ¿Por qué?

La respuesta apareció ante mis ojos. Como si un luminoso relámpago hubiera desvelado las tinieblas de la noche, me representé mentalmente el fragmento de un libro que había leído en el siglo xx.

«Europa occidental no se salvó del inevitable desastre merced a ninguna victoria conseguida en el campo de batalla. Sus ejércitos, conducidos por los monarcas entonces reinantes tan ineptos como Bela o san Luis de Francia, fueron absolutamente incapaces de resistir las rápidas maniobras de los mongoles conducidos por Subotai. Pero la guerra jamás tuvo un desenlace definitivo. Un correo de Karakorum obligó al general a interrumpir su victorioso avance hacia occidente y regresar al Gobi: el correo llevaba la noticia de la muerte de Ogotai».

¡La muerte de Ogotai! Cuando el Gran Kan muere, todos los *orkhones* y generales se reúnen en Karakorum para elegir nuevo Gran Kan. La muerte de Gengis Kan interrumpió la expansión mongola uno o dos años; la de Ogotai detuvo la invasión de modo permanente.

Ahrimán no se proponía matar a Ogotai: estaba en Karakorum para protegerle, para mantenerlo con vida de modo que Subotai pudiera concluir su campaña de conquistas por toda Europa. Porque después de Subotai acudirían los mandarines de Ye Liu Chutsai llevando la paz, el orden y la ley de la Yassa a los esclavizados europeos, aportando a Europa la misma inmovilidad y estancamiento que sus burocracias habían impuesto en la propia China y en Oriente Medio.

Europa sería homogeneizada por los mandarines bajo el brazo armado de los conquistadores mongoles. Los insignificantes y bulliciosos estados europeos serían exterminados y se fundirían bajo el férreo despotismo del Este. Las grandes ciudades serían aplastadas... o destruidas. El Renacimiento no se produciría; los europeos jamás descubrirían la ciencia ni construirían la alta tecnología que permitiría florecer la democracia y la libertad humanas. Los navegantes chinos no descubrirían América.

Por fin comprendía claramente los planes de Ahrimán. Permitiendo que los mongoles conquistaran toda Eurasia se aseguraba el estancamiento de la especie humana, que lentamente moriría aplastada bajo el inmutable talón de la tiranía oriental. Aquella que Ye Liu Chutsai consideraba la más alta civilización era en realidad una trampa en la que se extinguiría la humanidad.

Si Ahrimán conseguía llevar a buen fin sus propósitos, el continuo del espacio-tiempo se alteraría hasta tal punto que su propia estructura se haría pedazos. El continuo se destruiría, Ormuzd sería destronado, la especie humana se extinguiría totalmente. Las fuerzas de las tinieblas ganarían la larga y eterna lucha.

Si Ogotai vivía... Aquello era lo que Ahrimán estaba tratando de conseguir y lo que yo tenía que evitar. Mi misión en aquel tiempo y lugar no consistía en matar a Ahrimán sino en acabar con Ogotai.

Maldiciendo y llorando en aquella noche iluminada por los relámpagos, volví grupas hacia la azarosa capital de los mongoles, dejando a Agía sola e indefensa entre la tormenta y regresando a Karakorum para matar al hombre que me había otorgado su amistad.

CAPÍTULO XXI

Aseguré mi caballo bajo el saliente alero de la casa que los mongoles nos habían dado a Agía y a mí. La lluvia seguía cayendo copiosamente formando una espesa cortina en la explanada que rodeaba el *ordu*. Las dos hogueras gemelas estaban apagadas y frías. No había nadie montando guardia. La tienda de Ogotai oscilaba y se hinchaba a impulsos del viento racheado, haciendo crujir las cuerdas.

Ansiaba con todas mis fuerzas volver en busca de Agía: ella había salido tratando de encontrarme, arriesgando su vida por salvar la mía, y yo me encontraba allí disponiéndome a cumplir una misión de asesinato, dejándola errar sola entre el furioso temporal.

Pero obraba impulsado por algo más fuerte que mi consciente voluntad. Como un guerrero que avanza insensible en el campo de batalla aunque con todas las fibras de su ser desea huir para ponerse a salvo, así marchaba yo hacia la tienda donde dormía Ogotai, entumecido por el frío de la noche, encogiéndome para abrimme paso entre la furiosa lluvia y el viento.

Me comporté como un asesino inteligente. En lugar de marchar directamente hacia la tienda donde dormía el Gran Kan, crucé el claro que rodeaba el *ordu* por el extremo más alejado del pabellón principal, lejos de los ennegrecidos rescoldos de las dos hogueras, donde no habría ningún guardia apostado que pudiese observar mi llegada. En el interior de la gran tienda reinaba la oscuridad y el silencio. La larga mesa de plata estaba vacía, los almohadones en los que se recostaban los mongoles mientras sus esclavos les asistían habían sido retirados.

Me interné rápidamente entre la oscuridad deslazándome por las sombras de los tapices de seda que resguardaban el acceso al recinto donde dormía el Gran Kan. En la entrada se encontraban dos guerreros erguidos, vigilantes y armados hasta los dientes. Me oculté tras los lapices e intenté ordenar mis pensamientos.

Estuviera o no despierto, Ogotai estaría acompañado sin duda por los seis guardianes sordomudos que protegían su sueño. La única oportunidad que tenía de matarle era entrando precipitadamente y asestándole un golpe mortal sin darles tiempo a reaccionar. Me repetía una y otra vez que lo que sucediera después no importaba y sabía que estaba preparado para llevar a cabo mi

cometido. Pero, por otra parte, algo me impulsaba a huir de allí, a buscar a Agía y marcharme con ella de aquel lugar en busca de algún rincón donde no se conociera la muerte ni el crimen, un lugar donde pudiéramos vivir juntos en paz, compartiendo eternamente nuestro amor.

«Mientras los mongoles conquistan el resto del mundo y extinguen inexorablemente las tímidas luces del desarrollo y el conocimiento», respondió una voz en mi interior. «Mientras la raza humana se hunde en la decadencia, el despotismo y la desesperación. Mientras Ahrimán gana sus batallas de prolongados eones y contempla satisfecho cómo languidece y se extingue toda la humanidad».

Sacudí la cabeza como un perro libera el agua de su piel.

—Ahrimán —susurré tan quedamente que apenas me pareció oír mis palabras—, quizá nos encontraremos otra vez, en algún otro lugar.

Desenvainé mi daga y lenta y silenciosamente rasgué el consistente tejido de la tienda y me introduje con el mayor sigilo en el recinto donde dormía Ogotai. En el lado opuesto colgaba otro tapiz de seda, de modo que mi llegada pasó inadvertida para quienes se encontraban en el interior.

La tienda estaba escasamente iluminada. A través del tejido de seda tan sólo distinguía sombras, aunque se percibían el sonido de unas voces. En primer lugar llegaron a mis oídos las palabras de Ahrimán. Me estremecí, pero permanecí inmóvil, sin tan siquiera atreverme a respirar por temor a mover el tapiz y revelar mi presencia.

—El sueño llegará pronto, mi señor —decía la voz torturada y grave del Oscuro.

—El dolor es muy intenso esta noche —respondía Ogotai.

—Será por causa de la humedad —aducía Ahrimán—. El tiempo húmedo intensifica los dolores.

—Y tú haces más fuerte tu poción, ¿verdad?

—Es necesario para que se mitiguen tus males.

—Pero mis sufrimientos van en aumento. Cada noche son más intensos, persa. Lo advierto perfectamente a pesar de tus pócimas, Ahrimán.

—¿Sufriste mucho durante la caza, mi señor?

—Bastante. Tus drogas me permitieron seguir adelante, mas, si no hubiera sido por Orión, en estos momentos estaría muerto.

Ahrimán profirió un ronco y prolongado suspiro.

—¿Sigues profetizando que tratará de matarme? —preguntó Ogotai.

—Es un asesino, Gran Kan: ha sido enviado para acabar contigo.

—No puedo creerlo.

La ronca voz de Ahrimán sonó con absoluta seguridad.

—La próxima vez que le veas, intentará asesinarte, mi señor: estás avisado.

—¡Basta! —replicó Ogotai—. Si hubieran sido éstos sus propósitos habría dejado que el jabalí acabase conmigo. Me salvó la vida, brujo.

—Y ganó tu confianza.

Ogotai no respondió. Durante algunos momentos distinguí únicamente el silbido del viento en el exterior y el crujido de las cuerdas de la tienda.

—Mi señor —dijo Ahrimán en un áspero susurro—. Dentro de un mes el general Subotai reunirá de nuevo sus fuerzas y se adentrará en el oeste. Cruzará las tierras del príncipe germano, atravesará el ancho río llamado Rin y entrará en el país de los francos. Esos francos son poderosos guerreros: ellos fueron quienes expulsaron a los sarracenos hace muchos años y quienes aún hoy siguen luchando contra los otomanos, cerca de Jerusalén. Pero Subotai los aplastará totalmente y destruirá sus ciudades. Alcanzará el ancho mar y plantará el estandarte de las colas de yak en sus playas y tú dominarás todas las tierras existentes entre los dos poderosos océanos: Europa y Asia serán totalmente tuyas.

—Ya has hecho esas profecías en otras ocasiones —repuso con voz cansada, torpe y soñolienta.

—Ciertamente —admitió Ahrimán—, pero nada de ello sucederá si muere el Gran Kan y todos los *orkhones* y generales se ven obligados a regresar a Karakorum para elegir al sucesor. Orión lo sabe y por eso debe acabar pronto contigo, en breves días, si quiere salvar a Europa de las conquistas de Subotai.

—Comprendo tus palabras, brujo —dijo Ogotai lentamente—, pero no las creo.

—Mis profecías nunca han fallado, Gran Kan.

—¡Déjame, brujo, déjame dormir en paz!

—Yo soy...

—¡Márchate! —ordenó Ogotai.

Oí los sordos y pesados pasos de Ahrimán al cruzar éste la tienda y desaparecer en la noche. Permanecí durante unos minutos tras los lámpicos mientras que, una tras otra, se apagaban las lámparas de la tienda. Por fin sólo quedó encendida una débil y fluctuante luz y comprendí que no iban a apagarla. Salí de mi escondrijo. El Gran Kan yacía tendido sobre la colcha de su cama vistiendo una túnica de tosco tejido. Estaba demacrado y sudoroso, pero seguía despierto y en seguida me vio. También los guardianes descubrieron mi presencia y desenfundaron inmediatamente sus espadas.

Ogotai levantó una mano y los guerreros se quedaron inmóviles asiendo con fuerza las armas.

—Han visto que empuñas una daga, Orión —dijo Ogotai—, y temen que hayas venido a matarme.

En aquel momento me di cuenta de que todavía sostenía la daga. Abrí los dedos y la dejé caer en la alfombra. Ogotai hizo una seña a los guardianes, que envainaron sus espadas y salieron de la tienda.

Nos quedamos solos.

El Gran Kan parecía agotado. Fijó sus ojos en mí y en ellos leí un sufrimiento atroz.

—¿Vienes a cumplir la profecía de Ahrimán? —preguntó—. ¿Has venido a matarme?

—Sí, es mi deber.

Esbozó una sonrisa.

—No es justo que un guerrero mongol se quite la vida. Pero tengo un diablo dentro del cuerpo que me abrasa como carbones encendidos y que me está matando lentamente.

¡Ogotai padecía cáncer! Por ello Ahrimán le facilitaba calmantes. Pero ni siquiera la pericia del Oscuro podría sanar semejante enfermedad en estado tan avanzado.

—¡Mi señor!

—Orión, amigo mío, no puedo ser aniquilado en la batalla: soy demasiado viejo para ello, y apenas puedo resistir una expedición de caza, pero tú sí podrías ayudarme. Tú puedes darme una muerte limpia en lugar de esta prolongada agonía.

Sentí que se me formaba un nudo en la garganta.

—¿Cómo voy a matar a un hombre que me llama su amigo?

—Al final, la muerte siempre gana. Se llevó a mi padre, ¿no es así? Y también se me llevará a mí. La única cuestión es cuándo... y cuánto dolor tendré que sufrir entonces. No soy cobarde... —Ogotai tragó saliva y cerró por un instante los ojos—, pero ya he sufrido bastante.

Permanecí junto a su lecho, incapaz de moverme.

—Tú eres un amigo leal —dijo Ogotai—. Vacilas porque sabes que si me matas no se cumplirán las profecías de Ahrimán y que los mongoles no dominaremos el mundo.

¿Cómo decirle que por eso tenía que matarle?

—Prefiero creer tus vaticinios, Orión. Dejemos que los mongoles vivan en paz, que otras naciones luchen y guerreen entre sí, mientras que, al final,

encontramos tranquilidad y descanso.

Cerró nuevamente los ojos y se retorció como si estuviera sometido a tormento.

Cuando volvió a mirarme, las lágrimas se deslizaban por sus mejillas.

—Ni siquiera la poción de Ahrimán me sirve hoy de ayuda: estoy llorando como una mujer.

Deslicé la mano hacia la funda vacía que llevaba en el cinto.

Ogotai respiraba con dificultades.

—No sería conveniente que los demás vieran mi debilidad. El Gran Kan no puede llorar.

Recordé que entre los mongoles estaba prohibido derramar sangre. Me volví y cogí un almohadón de una silla que estaba junto a su lecho.

Ogotai me sonreía abiertamente.

—¡Adiós, amigo de las tierras de occidente!

Le cubrí el rostro con el almohadón: cuando lo retiré, mis ojos estaban velados por el llanto.

Salí lentamente de la tienda pasando junto a los guardianes que custodiaban la entrada. La tormenta había cesado y, con la llegada del amanecer, el cielo adquiría matices rosados. Volví a casa, desaté el caballo y salí cabalgando de la ciudad. Agía todavía se encontraría en algún lugar del desierto; acaso pudiera alcanzarla antes de que los mongoles descubrieran el crimen que yo acababa de cometer.

Durante dos días y dos noches anduve errante por la vasta pradera preguntándome si Agía habría sobrevivido a la tormenta, si los mongoles me estarían persiguiendo y si Ahrimán se encontraría maquinando su venganza por haber desbaratado sus planes.

Al amanecer del tercer día encontré un caballo que avanzaba con la cabeza gacha, arrastrando las riendas por la hierba, con la montura vacía y ladeada. Yo marchaba junto a mi caballo: monté al instante y le clavé las espuelas en los flancos galopando furiosamente en seguimiento de las huellas que la montura de Agía había dejado en la hierba, mientras que mi corazón latía más aceleradamente que los cascos del bruto.

De pronto distinguí su figura tendida en el suelo, como si hubiera caído del caballo o vencida por el agotamiento. Me incliné sobre el cuello de mi montura y corrí hacia ella.

De pronto sentí como si perdiera el mundo de vista y me pareció que caía rodando salvajemente por un túnel agitando las extremidades en el vacío, a la vez que un relampagueante calidoscopio de vívidos colores castigaba mis

sentidos. Seguidamente, me encontré flotando en una profunda oscuridad, suspendido en un negro pozo, incorpóreo, inerte e intemporal.

—¡Agía! —grité sin advertir que mi boca proferiera ningún sonido.

Ignoro cuánto permanecí en aquella situación en el oscuro vacío. Pero al poco tiempo comencé a intuir que aquello era obra de Ahrimán, su venganza. Por haber frustrado sus propósitos me vería condenado a permanecer una eternidad en la nada.

Sin embargo, repentinamente apareció un diminuto punto de luz, una estrella distante que brillaba contra el vasto e indiferente vacío, y el corazón me dio un vuelco en el pecho. La estrella fue aumentando de tamaño e intensidad convirtiéndose en una esfera dorada, que lentamente adoptó la forma de un radiante y áureo personaje.

Se trataba de Ormuzd.

«Has obrado muy bien, Orión», me dijo, aunque no pude oír sus palabras porque no existía ningún sonido en aquel espacio. Pero comprendí lo que decía: había sido obra suya, no de Ahrimán. Ormuzd me había apartado de Agía, arrebatándome de aquel tiempo tras haber cumplido sus órdenes: aquél era el premio que merecía por haber detenido de nuevo a Ahrimán.

«Pero tu obra aún no se ha completado —siguió diciéndome—. Ahrimán aún amenaza el continuo. Tú sólo has desviado su maldad, no le has dado fin».

Sentí que caía de nuevo y que el viento soplaba junto a mi cuerpo. Abrí la boca para proferir un largo y primitivo grito de ira dirigido, no contra Ahrimán, mi enemigo, sino contra Ormuzd, mi creador.

INTERMEDIO

El cuerpo de Orión flotaba exánime en la nada, entre un vacío infinito. El Áureo apareció resplandeciente en su apariencia humana y se dedicó a examinar su obra.

Con su capacidad de percibir los niveles de energía de los átomos individuales, Ormuzd inspeccionó la forma inerte que flotaba ante él. Cuando hubo concluido, su rostro mostraba una expresión satisfecha.

—Esta vez no tuvo que morir.

El Áureo no se molestó en levantar la mirada.

—No, sin embargo se ha resistido a mis requerimientos.

—Está aprendiendo a odiarte.

—Tiene que enterarse de que sus propios e insignificantes deseos son a veces contradictorios con los míos. Y odia a aquel que conoce como Ormuzd, parecido a un dios que, como bien sabes, sólo constituye una pequeña parcela de mi personalidad.

Un resplandor plateado iluminó aquella monótona extensión y la que se daba a sí misma el nombre de Anya apareció vestida en tonos metálicos plateados de la garganta a los pies, con los negros cabellos severamente apartados del rostro. Fijó en primer lugar sus ojos grises en el Áureo y luego observó el cuerpo de Orión.

—Él quería quedarse allí —dijo.

—Sí, contigo.

—Vivíamos felices.

El Áureo hizo un gesto ambiguo que podía sugerir resignación o resentimiento.

—No le envié a esa misión para que fuese feliz: tenía que cumplir su cometido.

—Le enviaste para que matase al Oscuro, pero todavía no tiene las fuerzas necesarias para conseguirlo.

—Llegará a tenerlas: debe tenerlas.

—Aún no le has hecho bastante fuerte —insistió Anya.

—No. —Ormuzd negó con la cabeza—. Eres tú quien le está debilitando.

—¿Yo?

—Tú le haces comprender cuán solo se encuentra; le haces desear compañía, incluso amor.

Anya irguió la barbilla con aire desafiante.

—¿Has considerado alguna vez, mientras juegas a lo infinito, que él hace que yo desee compañía, incluso amor?

—¡Qué absurdo! ¡Tú no puedes...!

—Le amo —confesó Anya—. Cuando adopté la forma humana y vivía allí, en aquellas tiendas miserables, me parecía magnífico, le creía casi un dios. En cierto modo me recordaba a ti.

El Áureo sonrió.

—¿De verdad?

—Un dios —prosiguió ella—, un ser dotado de gran fuerza, bondad, y...

—¿Y qué?

—Gran necesidad.

De pronto Anya se expresó en un tono casi implorante.

—¿No te das cuenta de lo confuso y doloroso que es para él encontrarse en un tiempo y un lugar extraños, viéndose obligado a realizar misiones imposibles?

—Ha triunfado en su empeño —repuso Ormuzd—. Ha mantenido intacto el continuo.

—¿A costa de qué?

—Eso no importa, querida, sólo el objetivo tiene importancia.

—Le sacrificas a él y a todos con tal de salvarte tú.

—Y salvarte a ti —señaló Ormuzd—. Si yo me salvo, también te salvarás tú y todos los demás.

—Y con nosotros se salvará el Oscuro.

—¡No! ¡Él debe ser destruido!

—Pero no puedes destruirle a él sin destruimos a nosotros.

—¡Eso no es cierto! ¡Acabaré con él! Esa criatura que idolatras lo hará por nosotros.

Anya contempló el silencioso cuerpo de Orión.

—Sabes que no podrás lograrlo: es sólo una creación tuya. El Oscuro tiene poderes que él no puede igualar.

—¡Derrotará al Oscuro!

—¡No podrá!

—¡Te digo que lo conseguiré! Ya le hemos detenido en dos ocasiones. Seguiré enviándole a esta criatura para que acabe con él, cueste lo que cueste.

—¿Por qué no miras a tu alrededor? —preguntó Anya—. ¿No has visto lo que está sucediendo? ¿Tan egoísta eres que crees estar ganando esta contienda?

—¡La estoy ganando! —replicó Ormuzd—. El continuo permanece íntegro pese a las lamentables artimañas del Oscuro.

Anya levantó una mano y el vacío en que ambos se encontraban se llenó de pronto de enormes constelaciones estelares, hirvientes calderos de gases que despedían luces rosadas y ultravioletas en constante agitación, remolinos de galaxias que se extendían hasta el infinito.

—¡Mira! —gritó sobre el estrépito del universo que estallaba en constante expansión—. ¡Mira lo que le está sucediendo al continuo!

El Áureo miró en la dirección señalada por Anya y vio cómo estallaban las estrellas en titánicas explosiones despidiendo violentos gases que volvían a aspirar en una insaciable vorágine de energía hasta convertirse en negros agujeros en la estructura del espacio-tiempo. Ante sus ojos y bajo aquellas mismas fuerzas se desintegraban las galaxias hasta extinguirse totalmente, desapareciendo por completo ante sus propios ojos.

—¿Crees estar ganando cuando el continuo se extingue poco apoco? —preguntó Anya.

El Áureo chascó los dedos. El universo estrellado desapareció y nuevamente se encontraron en la tranquila nada del vacío.

—No te dejes impresionar por los efectos secundarios, querida —repuso—. La batalla se libra en la Tierra. Entre todos los planetas del continuo, entre todas las inteligencias vivientes de ese universo, las criaturas terrestres tienen la clave de nuestra lucha.

—¿Lo crees así? —repuso Anya.

—Lo creo y es cierto —repuso Ormuzd—. Lo que yo creo es el continuo.

—¿Por cuánto tiempo? —se mofó ella—. ¿Hasta cuándo serás capaz de mantener el control? Te están derrotando, oh poderoso Ormuzd, las fuerzas de las tinieblas están engullendo paulatinamente el continuo.

—Todo eso cambiará por completo en cuanto sea destruido el Oscuro.

—Así pues, ¿le enviarás de nuevo? —dijo suavemente Anya moviendo apesadumbrada la cabeza y contemplando el inmóvil cuerpo de Orión.

—Sí, si es necesario —repuso Ormuzd.

—Entonces iré yo también.

—¡Eres una insensata! —protestó el Áureo.

—Y muy obstinada, lo sé.

—Realmente no puedes desear estar con esa... con esa criatura. ¡No es posible que puedas desearlo!

Ella sonrió.

—Me recuerda un poco a ti. Pero lo que en ti es arrogancia y poder, en él es duda... y valor.

Ormuzd le dio la espalda y desapareció bruscamente. Orión comenzaba a despertarse. Parpadeó ligeramente y sus dedos se aferraron al vacío.

Anyá se desvanecía en la nada lentamente observando su despertar a la vida. Pero mientras desaparecía la forma humana que había adoptado, sus luminosos ojos grises no se apartaban del rostro de aquella criatura que había conocido, del hombre que había amado.

Tercera parte
LA INUNDACIÓN

CAPÍTULO XXII

Abrí los ojos y apareció ante mi vista un cielo azul en el que brillaba la luz del sol y por el que se deslizaban enormes nubes blancas. El recuerdo de Karakorum, de Ogotai y de los mongoles desapareció de mi mente como los ecos de una canción distante y lejana. Sólo podía recordar a Agía, el sonido de su voz, el contacto de su piel cálida y vibrante, su hermoso rostro.

«Ormuzd —pensé—, ¿comprendes todos mis sufrimientos? ¿Te das cuenta de cuánta es tu crueldad?».

Sin embargo, aunque me repetía aquellas palabras mentalmente, tenía la sensación de que volvería a encontrarla. Aretha, Agía, fuese cual fuese su auténtico nombre, estábamos unidos el uno al otro a través de todos los tiempos: por muchos siglos que nos separasen, volveríamos a encontrarnos. Lo intuía con todos mis sentidos.

Advertí que me encontraba en posición supina. Me senté e inspeccioné mi nueva situación: estaba en un vasto prado de fresca hierba que formaba suave declive hacia un río distante en cuyas orillas crecían los árboles, los primeros árboles que veía desde hacía mucho tiempo. La hierba se veía crecida, agreste y enmarañada. A juzgar por su aspecto, no había sido cortada jamás. Las flores silvestres salpicaban el suelo con brillante colorido; rocas y peñascos brotaban por doquier, sin que nadie se hubiera molestado en apartarlos. Los árboles que bordeaban el río se mecían a impulsos de un cálido viento, entre un denso follaje que llegaba hasta las mismas orillas del agua. No se veía ningún vestigio de civilización, ningún rastro de presencia humana.

Un conejo de color castaño, de orejas caídas, asomó entre la hierba y se quedó mirándome moviendo el hocico mientras yo permanecía inmóvil. Al cabo de un instante se me aproximó poniéndose al alcance de mi mano, sin manifestar ningún temor hacia mí. Tras inspeccionarme unos momentos, dio un salto y se alejó rápidamente, desapareciendo de nuevo en la espesura.

Examiné mis ropas: vestía un simple faldón de piel, un chaleco de cuero y un cinturón trenzado del que pendía un cuchillito. Lo desenfundé y comprobé que estaba formado por un hacha de sílex toscamente atada a un mango de piedra pulida con algo parecido a fibras vegetales secas.

Cerré los ojos un momento y traté de reconstruir en qué lugar y época podía encontrarme. Sin duda había sido enviado de nuevo retrospectivamente

en el tiempo. Ahrimán me había dicho que yo estaba retrocediendo hacia la Guerra, desde el siglo xx al xiii y hasta aquellos momentos.

Volví a examinar el tosco cuchillo que tenía en la mano. Al parecer me encontraba en la Edad de Piedra. En esta ocasión Ormuzd no me había desplazado en un lapso de unos siglos, sino que me había trasladado diez mil años o más en el tiempo.

Del horrible infierno de una violenta desintegración nuclear había pasado al bárbaro esplendor de la capital del imperio mongol hasta llegar al lugar donde me encontraba, una tranquila y verde pradera en una apacible mañana llena de sol, un edén en el que los humanos escaseaban tanto que los animales no les temían. La civilización aún no había comenzado, ni siquiera se habían constituido los primeros poblamientos humanos. Las pirámides de Egipto aún tardarían más de cien siglos en construirse, los glaciares, que seguían cubriendo gran parte de Europa, se retiraban paulatinamente, mientras que el período glacial daba paso a un clima más cálido.

En aquel momento era primavera. Todo estaba lleno de flores, los insectos zumbaban y volaban por la hierba, sobre mi cabeza revoloteaban y cantaban los pájaros. Calculé que debía encontrarme en el sur, lejos de los hielos, o en una región a la que nunca habían llegado los glaciares.

Me levanté. Estaba en un hermoso lugar del mundo, sereno y ausente de toda intervención humana. Sin embargo comprendía que si Ormuzd me había enviado allí, era porque en aquel tiempo y lugar existían seres humanos. Y también estaría presente Ahrimán. De algún modo, aquel lugar constituía un nexo en el continuo del espacio-tiempo, un lugar esencial donde Ahrimán proyectaba cambiar el curso de los acontecimientos: mi deber consistía en detenerle a toda costa y, si me era posible, exterminarle.

Mi rostro se endureció en una mueca que revelaba ira y frustración. ¿Qué significaría la muerte para alguien como Ahrimán? ¿Y para mí? Dolor, separación, pérdida... Pero todo ello era temporal. Sucedió un instante, y más tarde, con un parpadeo, habían desaparecido siglos o milenios y seguíamos viviendo, existiendo aún, para comenzar de nuevo el ciclo, como el cazador tras su presa, como perseguido y perseguidor, tratando de matar o ser matado. ¿Acaso tal situación debía prolongarse eterna, infinitamente? ¿No existiría nunca la paz para mí en todo el espacio-tiempo? ¿No encontraría un lugar donde poder descansar y vivir como un hombre normal?

«Tú eres Orión —me dijo una voz interior—. Tu misión consiste en encontrar a Ahrimán y matarle. Si es necesario, debes buscar al Oscuro y

destruirlo a través de todos los eones del tiempo, antes de que él logre exterminar a la humanidad. Para tal fin has sido creado: no preguntes más».

Comprendí que aquéllas eran las órdenes de Ormuzd y que no me quedaba otra elección que acatarlas. Sabía que sería inútil esperar algo más: descanso, amor o simplemente olvido y el fin de toda existencia, que Ormuzd nunca me lo concedería. Me constaba que acabaría cumpliendo sus órdenes porque no me quedaba ninguna otra opción y que debería hacerlo aunque no fuese de mi agrado. Ormuzd no conseguiría que yo le sirviese satisfecho y de buen grado. Cumplía con mi deber por necesidad, por la sensación de beneficiar a mis semejantes, los seres humanos, pero no por amor ni siquiera por respeto hacia el dios de la luz.

Me acerqué al río. Al principio era agradable pasear tranquilamente bajo el cálido sol de la mañana. Descubrí que iba descalzo y no pude contener una sonrisa recordando que ni siquiera disponía de las sandalias que tenía en la época de los mongoles, aquellas sandalias que llamaron la atención de Ogotai. Pero mi sonrisa desapareció rápidamente recordando al Gran Kan, sus sufrimientos y cómo había asesinado al hombre que entregó su amistad a un extranjero, procedente de un país remoto.

Cada vez me resultaba más difícil avanzar junto a la orilla del río donde la maleza crecía densa y enmarañada. Las espinas me arañaban brazos y piernas a mi paso. Por fin me detuve junto a la orilla, bajo los grandes árboles que se mecían y susurraban sobre mi cabeza a impulsos de una suave brisa. Las aguas discurrían lentas y perezosas serpenteando dulcemente entre la verde llanura. Me arrodillé para beber de aquellas claras aguas y descubrí a mi derecha una hilera de piedras que sobresalían de la superficie y que habían sido toscamente alineadas para formar un sendero que permitía vadear el río: aquél era el primer vestigio que hallaba de presencia humana.

Atravesé las aguas y empecé a escalar la suave pendiente que conducía hacia una línea ondulada de colinas. Cuando alcanzaba la cumbre de la loma, descubrí que el terreno se volvía más accidentado, convirtiéndose en una sucesión de cordilleras, cada una ligeramente superior a la precedente. Y a lo lejos, flotando como un fantasma incorpóreo entre la rosada niebla, se levantaba una extraña montaña de doble pico, uno de cuyos conos estaba cubierto de nieve en su parte superior, cuya blancura se veía empañada por oscuras líneas grises y una tenue y vacilante columna de humo blancuzco que se remontaba sinuosa hacia el cielo desaparecía en el claro azul.

Comprendí que se trataba de un volcán inactivo. El doble pico de la montaña despertó en mí un débil recuerdo, pero no pude precisar exactamente

de qué se trataba.

Con un rápido movimiento de cabeza traté de desechar aquellos pensamientos y me dispuse a descender por la colina y aproximarme a la pradera regada por el río, al parecer más accesible que aquel desigual terreno.

Y entonces fue cuando los vi acercarse por la línea de la colina, a unos cincuenta metros a mi derecha. Sus siluetas se recortaban contra el limpio cielo. Formaban una hilera de más de treinta personas que marchaban en fila india en dirección hacia mí.

Parpadeé sorprendido. Por un momento imaginé que acaso fuesen mongoles y que yo no me había trasladado en el tiempo, pero iban andando, no montados a caballo, y eran esbeltos, de piel blanca y cabellos rojizos, largos y revueltos. Se cubrían con pieles como las mías e iban terriblemente sucios: se percibía en la brisa el olor a mugre y a sudor que despedían. Les acompañaban unos perros sarnosos y esqueléticos que, aunque ladraron amenazadores al verme, permanecieron junto a sus amos.

El hombre de barba roja que encabezaba el grupo levantó un palo coronado por el cráneo de un animal cornudo que llevaba en la mano y se detuvo tan bruscamente que los niños que se encontraban al final de la línea chocaron con los mayores y cayeron revueltos con ellos. Estuve a punto de echarme a reír... hasta que vi que todos los hombres y varias mujeres jóvenes iban armados con largas y delgadas lanzas cuyas puntas ennegrecidas habían sido afiladas al fuego y que incluso el palo que blandía el tótem del grupo era en realidad otra lanza.

Por espacio de algunos momentos aquellos seres pelirrojos se limitaron a mirarme boquiabiertos, con expresiones diversas de asombro, curiosidad y temor. Llevaron instintivamente sus manos a los cuchillos de sílex y varios de ellos empuñaron las largas y nudosas lanzas. Advertí que todas las mujeres iban armadas, por lo menos con cuchillos, y que incluso los adolescentes llevaban palos o ramas. Los perros seguían ladrando amenazadores.

Me encontraba ante un clan cazador de la Edad de Piedra, en los albores de la historia humana, desgredados, sucios, de aspecto feroz, con la tensión producida por el hambre constante y tan recelosos ante un extraño como lo estaría un pájaro ante una serpiente. Y sin embargo eran completamente humanos, tan humanos como yo, o quizá incluso más.

El jefe de roja barba seguía con el brazo aún levantado en el aire, examinándome detenidamente. Una mujer joven se adelantó a su lado. El corazón me dio un vuelco en el pecho. Era pelirroja como los demás, iba

desgreñada y sucia pero, pese a la distancia que nos separaba, pude comprobar que se trataba de Agla-Aretha.

Sin embargo, ella no dio muestras de reconocermelo. Observé el movimiento de sus labios mientras hablaba con el jefe, pero se expresaba en un tono demasiado bajo para poder comprender sus palabras.

El jefe hizo enmudecer a los perros con un gesto, se volvió e hizo señas a dos muchachos para que se acercasen. Los jóvenes se miraron con expresión de asombro al verse elegidos; lentamente, y a regañadientes, se aproximaron a mí por la pendiente empuñando sus largas lanzas. El resto del clan se reunió en torno a su jefe en círculo desigual, disponiéndose a atacarme o a retroceder corriendo hacia la cumbre de la colina, según como se desarrollaran seguidamente los acontecimientos.

Los muchachos que se me acercaban —una especie de carne de cañón de la Edad de Piedra— eran unos adolescentes imberbes, pero sus cabellos cobrizos caían enmarañados por los hombros y casi podía distinguir los piojos que corrían por ellos. Tenían brazos y torsos en tensión y asían con tal fuerza las armas que empuñaban contra mí, que sus nudillos estaban blancos. Parecían demasiado delgados y demacrados y eran excesivamente jóvenes para ofrecer un aspecto feroz, pero sin duda les impulsaba una ciega determinación.

Levanté las manos y les mostré las palmas, confiando que interpretaran aquel gesto como un signo de paz al comprobar que no iba armado. Los jóvenes se detuvieron a más de diez metros de mí, bastante próximos para poder atravesarme limpiamente con sus lanzas si yo no actuaba con bastante rapidez para impedirselo.

—¿Quién eres? —me preguntó el de la izquierda con su trémula e insegura voz juvenil.

No me sorprendió comprender su lengua: sin duda Ormuzd me había programado para ello durante la breve transición que se había producido de una a otra era. Si podía conversar con los mongoles o con los norteamericanos del siglo xx, ¿por qué no iba a hacerlo con aquellos seres primitivos cuyo lenguaje no se hablaba desde hacía milenios?

—Soy un viajero que viene de muy lejos —repuse.

—¿Qué haces aquí? —preguntó el otro en un tono algo más grave, pero con voz también temblorosa, enarbolando su lanza mientras hablaba como si se dispusiera a arrojarla contra mí.

Seguí manteniendo las manos apartadas del cuerpo sabiendo que me sería posible partir aquellas armas y sus huesos en el momento en que me lo

propusiera, aunque dudaba poder enfrentarme a todos los miembros del clan si decidían atacarme a un tiempo.

—Vengo de muy lejos —dije levantando la voz para que pudiese oírme su jefe—. He viajado durante mucho tiempo —pensé que aquello no era mentira—. Soy un extranjero en vuestro país que os pide ayuda y protección.

—¿Dices que viajas solo? —preguntó el segundo muchacho.

—Sí.

El joven rechazó la idea con vehemencia.

—¡Mientes! ¡Nadie puede viajar solo: las bestias o los espíritus de los muertos le matarían!

—¡Pertenece a otro clan! ¡Tus compañeros deben estar escondidos cerca de aquí, dispuestos a tendernos una emboscada!

¡De modo que incluso allí había guerra y muerte! Sentí que me invadía una gran tristeza. En aquel joven edén, los seres humanos también se mataban entre sí. Miré a lo lejos, detrás de los asustados y recelosos jóvenes, a la mujer que estaba junto al jefe y sus ojos se encontraron con los míos.

Eran tan grises y profundos como yo los recordaba, pero no mostraban indicios de reconocermé ni ninguna simpatía alguna hacia mí. Era una mujer de su tiempo, una cazadora de la Edad de Piedra, tan salvaje y tosca como sus compañeros.

—Estoy solo —repetí—. No pertenezco a ningún clan. Por eso deseo unirme a vosotros. Estoy cansado de mi soledad y deseo ser vuestro amigo.

Cambiaron una mirada con su jefe y luego se volvieron hacia mí.

—No puedes integrarte en el clan de la Cabra —dijo el que se expresaba con voz más grave—. ¿Quién es tu madre? ¿Y tu padre? No pertenecen al clan de la Cabra y, por consiguiente, tampoco tú.

Todo era muy sencillo para ellos: o se había nacido dentro del clan o se era un extraño, una amenaza, un peligro. Acaso un extraño pudiera acceder al clan uniéndose con una de sus miembros, pero era más probable que el varón tomara su hembra entre las del propio clan. Hubiera apostado a que podía comerciarse con las mujeres, pero no con los hombres. Comprendí que el cornudo cráneo del bastón que empuñaba el jefe había pertenecido a una cabra. No pude reprimir una sonrisa: la cabra era un buen tótem, un animal audaz, dispuesto a comérselo casi todo y tan resistente como el pedernal que aquellas gentes utilizaban para sus instrumentos y sus armas.

—Es cierto que no soy de vuestro clan. No pertenezco a ningún clan, pero quisiera quedarme con vosotros. No es bueno que un hombre esté solo.

Titubearon inseguros y se volvieron a mirar a su jefe, que se rascaba la roja barba frunciendo el entrecejo en intensa concentración: jamás se había encontrado ante semejante dilema.

—Puedo ayudarlos —intenté convencerlos—. Soy hábil en la caza. Me llamo Orión, que significa cazador.

Se quedaron boquiabiertos, no sólo los dos jóvenes, sino el jefe y el resto del clan. Incluso los perros parecieron intensificar su guardia.

—Sí —dije—, Orión significa cazador. ¿Cómo os llamáis vosotros? ¿Qué significan vuestros nombres?

Los muchachos se pusieron a gritar y a blandir sus lanzas ante mí. Sus pupilas estaban dilatadas por la ira y el temor, el sudor inundaba sus cuerpos y las venas del cuello les latían furiosamente.

Los restantes miembros del clan gritaron excitados y, sin aguardar una señal de su jefe, empuñaron sus armas y se precipitaron ladera abajo, hacia mí, acompañados de sus perros, mientras los dos adolescentes intentaban ensartarme con sus lanzas haciendo acopio de todo su valor.

Tomé una decisión rápida y muy humana. Di media vuelta y eché a correr. No deseaba en absoluto seguir asustándolos ni arriesgarme a ser derribado y despedazado por sus primitivas armas, de modo que emprendí la huida con todas mis fuerzas.

Mis perseguidores me arrojaron sus armas, que pude esquivar fácilmente porque lo hacían de un modo desorganizado, sin apuntarme. Me volví un instante y comprobé que los proyectiles atravesaban el aire tan lentamente que si hubiera querido hubiera podido cogerlos; en lugar de ello, me limité a esquivarlos en mi huida.

Me persiguieron largo rato, mas su velocidad y resistencia no podían compararse con las mías. Ni siquiera los perros podían competir conmigo. Además, ellos se limitaban a echarme de allí y siempre se es más veloz cuando el principal objetivo consiste en salvar el propio pellejo, por lo que, al cabo de un instante, me encontraba fuera de su alcance. El jefe envió un relevo de cuatro hombres tras de mí, pero eran muy poco resistentes. Seguí corriendo hacia abajo, en dirección al río, me camuflé entre la maleza y me sumergí de un chapuzón en las frías aguas.

Llegué nadando a la otra orilla y me infiltré por el follaje que crecía en el banco. Mis antiguos perseguidores se detuvieron en el lado opuesto señalando hacia mí, gritando y gesticulando airados, pero sin mojarse siquiera un dedo en las rápidas aguas. Los perros gañeron, mas se quedaron junto a los hombres.

Al cabo de un rato dieron media vuelta y se reunieron con el resto del clan. Abandoné mi escondrijo entre las hierbas y me tendí en el suelo para secarme bajo el sol del atardecer.

CAPÍTULO XXIII

Al caer la noche llegué a la conclusión de que la causa de su irritación hacia mí se debía a mi alusión a los nombres. Las tribus primitivas se mostraban naturalmente cautelosas con los extranjeros y en aquel ámbito apenas poblado de seres humanos donde nos encontrábamos debía ser sumamente raro encontrarse con algún desconocido.

Los seres primitivos eran asimismo muy supersticiosos con los apelativos. Incluso en la época de los mongoles, nadie se atrevía a mencionar a Timujín, el Gran Kan.

Para aquellos cazadores de la Edad de Piedra el nombre de una persona contenía su alma y sus fuerzas y pronunciarlo ante un extranjero era correr un riesgo innecesario y provocar posibles maquinaciones mágicas, como si se entregaran voluntariamente las uñas cortadas o mechones de cabello a un sacerdote vudú.

Pasando revista mentalmente a los términos en que se había desarrollado nuestro encuentro, recordé cuánto los había sorprendido al darles a conocer voluntariamente no sólo mi nombre sino también su significado real, y cómo me atacaron cuando les pregunté los suyos: sin duda creyeron que se encontraban ante un demonio o hechicero y se sintieron aterrados y triplemente temerosos de mí.

Cuando el sol se puso tras la rocosa cordillera, al otro lado del río, y el cielo se encendió en hermosos tonos rojizos y púrpuras, escogí para dormir un espacio cubierto de musgo junto a un árbol. Por lo general me bastaba con una o dos horas de descanso, pero aquella noche me sentía físicamente cansado y aún más agotado mentalmente.

El lejano rugido de un león que salía de caza resonó entre las sombras del atardecer. Me levanté de mala gana del blando lecho que había improvisado y subí al árbol. Un par de ardillas protestaron enojadas ante mi presencia y se escabulleron rápidamente a su madriguera. Encontré un hueco resistente y me instalé en él. Aunque la corteza era áspera y dura, me quedé dormido casi inmediatamente pensando en Agía.

Pero fue Ormuzd quien se me apareció en sueños.

No se trataba de un sueño, sino de una comunicación útil. Su figura se recortaba radiante contra la oscuridad de la noche, sus dorados cabellos

resplandecían luminosos y mostraba una expresión sonriente, aunque no parecía feliz ni satisfecho.

—Has encontrado la tribu.

No era una pregunta ni un reconocimiento de éxito, sino simplemente la manifestación de un hecho. Su áurea túnica refulgía y estaba sentado sobre algo que no pude distinguir.

—Sí, los he encontrado —le informé—, pero los he asustado y me han perseguido.

—Has de ganarte su confianza: debes hacerlo.

—Sí —repuse—, pero ¿cómo? ¿Qué es tan importante en esta banda de seres primitivos?

Su aspecto era tan espléndido como el de un dios griego, refulgente entre la oscuridad nocturna, pero cuando examiné más detenidamente su rostro descubrí que era un dios preocupado, cansado de las inútiles luchas y preguntas de los simples mortales.

—El Oscuro trata de destruir a esa banda de primitivos, como tú les llamas. Debes impedir que triunfe en su empeño.

Hubiera querido negarme, decirle que no pensaba seguir sus órdenes a menos que me diera sana y salva a la mujer que amaba, libre de las angustiosas separaciones de aquella infinita búsqueda a través del tiempo. Tenía aquel pensamiento en mi mente y el ruego a punto de brotar de mis labios.

Pero, en lugar de ello, le pregunté dócilmente:

—¿De qué le puede servir a Ahrimán la muerte de un reducido clan de cazadores de la Edad de Piedra? ¿Cómo puede afectar algo semejante a la historia de la humanidad?

Ormuzd me miró con desdén.

—¿Qué importa eso? La misión que te he asignado es matar a Ahrimán y ya has fallado dos veces en ese intento, aunque hayas conseguido frustrar sus designios. Ahora se encuentra acechando a ese clan de primitivos y, por consiguiente, los utilizarás a ellos como cebo para perseguirlo. ¿Hay algo más sencillo?

—Pero ¿por qué yo? —rogué—. ¿Por qué me he visto alejado de mi propio tiempo para perseguir a Ahrimán? Yo no poseo las fuerzas necesarias para matarle... lo sabes muy bien. ¿Por qué no te enfrentas tú mismo con él? ¿Por qué debo morir cuando ni siquiera comprendo...?

—¿Que no comprendes? —tronó repentinamente Ormuzd despidiendo un brillo cegador que apenas me permitió mirarlo directamente—. ¡Eres el

instrumento escogido para la salvación de la humanidad! ¡No hagas preguntas inútiles y cumple con tu deber!

Tuve que protegerme los ojos formando visera con las manos, pero aún insistí:

—¡Tengo derecho a saber quién soy y por qué me obligas a hacer esto!

El calor que despedían los ojos de Ormuzd era más intenso que el fuego nuclear que me había aniquilado diez mil años en el futuro.

—¿Dudas de mí? —tronó en tono más amenazador que inquisitivo.

—Acepto lo que me dices, pero eso no significa que lo comprenda. En otro tiempo tenía una vida propia, ¿no es así? Si debo morir...

—¡Morirás y volverás a nacer tantas veces como sea necesario!

—¡No!

—¡Sí! ¡Debes morir para renacer, no tienes otro modo de trasladarte a través del tiempo, ni tú ni los seres de tu especie! Los mortales no tienen otra alternativa para desplazarse en el tiempo salvo por medio de la muerte.

—Pero aquella mujer. Agía... Aretha... ¿Qué ha sido de ella?

Ormuzd guardó silencio unos instantes con los labios tensos, formando una dura línea. Seguidamente se expresó con más suavidad.

—Ella está en peligro. Ahrimán, el Oscuro, trata de destruirla, a ella, a mí y a todo el continuo. Si deseas salvarla, debes matar a Ahrimán.

—¿Es cierto que tú y tu especie... —vacilé un momento y luego concluí con vehemencia— aniquilasteis a la gente de Ahrimán, a toda su especie, menos a él?

—¿Te lo ha dicho Ahrimán?

—Sí.

—Es el príncipe de las mentiras.

Comprendí que aquélla no era una respuesta, pero que sería la única que recibiría.

—Cuando tuvo lugar la Guerra... —pregunté—, ¿qué sucedió?

—Eso es algo que debes descubrir por ti mismo —repuso Ormuzd mientras su imagen comenzaba a oscilar y a desvanecerse ante mis ojos—. Y para mí —concluyó.

Me quedé sorprendido.

—¡Aguarda! ¿Quieres decir que también tú ignoras lo que sucedió? ¿No sabes lo que pasó en la Guerra? ¿Lo que hicieron los de tu especie a Ahrimán y los suyos?

Pero ya era sólo un punto de luz decreciente que se fundía en la oscuridad. Su voz llegó a mis oídos como si se encontrase muy lejos.

—¿Por qué crees que mi raza no es igual que la tuya, Orión? ¿Acaso no somos padre e hijo?

De pronto descubrí que fijaba mi mirada en el oscuro cielo. Las parpadeantes estrellas me devolvían su luz desde el profundo espacio en tanto que yo seguía asido a la áspera corteza del árbol examinando la extensión celeste y tratando de comprender, de encontrar allí algún significado. Intenté en vano localizar la constelación de Orión, que no se veía por ningún sitio.

CAPÍTULO XXIV

Durante días y días seguí al Clan de la Cabra en su marcha por aquel paisaje neolítico. Tenía que conseguir que me aceptasen, pero eran acérrimos xenófobos: si no se había nacido dentro del clan o se estaba unido a uno de sus miembros, se seguía siendo un extraño al que debía evitarse y temerse.

Pero las órdenes de Ormuzd habían sido terminantes: tenía que salvar a aquel clan de los planes de Ahrimán, fueran cuales fuesen, tenía que utilizarles para atrapar al Oscuro.

Y en cuanto a la mujer de ojos grises cuya hermosura no podía ocultarse siquiera bajo su capa de suciedad e ignorancia, aunque no daba muestras de reconocerme, sabía que era la misma que había conocido como Agía y antes como Aretha. ¿Cómo era posible que renaciera cada vez al igual que yo, aunque sin recordar en absoluto sus anteriores existencias? ¿Por qué hacía aquello Ormuzd?

Creía conocer la respuesta. Al igual que cualquier otro miembro del clan, como un ser nacido en el tiempo y lugar donde nos encontrábamos, ella se convertía en mi barómetro local. Si lograba que me aceptase, sus compañeros también me aceptarían.

Y yo deseaba que ella me aceptase, quería que me amase como me había amado diez mil años antes, como yo la había amado en todos los tiempos.

Pero eran unos seres supersticiosos, un grupo temeroso de salvajes, dotados de instintos primarios, que huían ante lo desconocido... y mataban a los extranjeros.

Yo los observaba desde lejos. Pasaban gran parte de su tiempo cazando. Las mujeres jóvenes batían la maleza en busca de conejos, ardillas y todo cuanto pudieran encontrar, mientras que los hombres se alejaban más en busca de caza mayor, sin obtener generalmente ningún éxito. En cuanto a las ancianas, permanecían junto al fuego del campamento atendiendo a los pequeños y recogiendo plantas comestibles y bayas.

Al oscurecer se reunían todos en torno al fuego: las mujeres guisando sus escasos alimentos, los hombres fabricando utensilios de pedernal que conservaban en sacos de cuero o afilando las puntas de las lanzas en las llamas. Formaban un grupo cerrado y autosuficiente que vivía de la tierra,

superando escasamente el nivel del hambre mientras no naciesen demasiadas criaturas.

Los ecólogos del siglo xx se desesperaban ante la que calificaban de cultura del derroche, propia de los hombres modernos, y enaltecían a las tribus primitivas que, según ellos, vivían en armonía con la naturaleza. Sin embargo, ante mis ojos aparecían los orígenes de la cultura del despilfarro. Cuando aquellos cazadores neolíticos llegaban a un lugar donde decidían acampar, cortaban la maleza y podaban las ramas más pequeñas de los árboles para hacer fuego, mataban todo cuanto podían encontrar, arrojaban los huesos cuando habían acabado de roerlos y desechaban trozos de pedernal, instrumentos y armas que ya no les eran útiles.

El humo producido por sus hogueras no perjudicaba la pureza del aire neolítico, los montones de basura que diseminaban no contaminaban el suelo, sus pequeños y míseros campamentos no enturbiaban las aguas potables, ni ponían en peligro las especies animales con sus actividades cinegéticas. El comportamiento de aquellos sencillos cazadores nómadas arraigaría en sucesivas generaciones de seres humanos y lo que resultaba aceptable tratándose de algunas bandas dispersas de cazadores primitivos se convertiría en un grave problema de medio ambiente cuando sus descendientes comenzaran a contarse por millones.

Pero, aun a pesar mío, cuando los observaba día tras día y pensaba en los absurdos presupuestos que los moralistas ecológicos del siglo xx habían elaborado sobre aquellos pueblos primitivos, no podía reprimir una sonrisa.

Sin embargo, de aquel modo no lograba llevar a cabo mi misión. Después de pasar varios días vigilándolos, la mayor parte del tiempo a escondidas, pero de vez en cuando con cierta osadía dejándome ver para que supieran que los seguía, se me ocurrió un sistema que confiaba los obligaría a aceptarme.

Aunque me había jactado ante ellos de mi pericia como cazador, las mías habían sido unas palabras vanas: la única vez que había salido de caza fue en aquella ocasión que acompañé a Ogotai en la enorme matanza mongola. Pero sabía que mis reflejos y sentidos superaban en mucho a los suyos, lo que me situaba muy ventajosamente por encima de ellos en cuanto requiriese esfuerzo físico y habilidad. Después de observar cómo perseguían la caza y elaboraban sus rudimentarias trampas, con las que raras veces conseguían capturas, comprendí que podía mejorar sus métodos.

De modo que me dediqué a cazar para ellos dejando las piezas cobradas junto a los rescoldos de sus hogueras nocturnas, mientras dormían. Con su innata inocencia, aquellos seres neolíticos no apostaban ningún vigilante

nocturno porque consideraban que el fuego los protegía de las bestias peligrosas que pudieran merodear de noche, pues se encontraban demasiado lejos de otras tribus humanas para que éstas pudieran representar una amenaza para ellos, y a mí me resultaba muy fácil dejar un puñado de aves o algún conejo que corriese entre la maleza y al que hubiese dado muerte a pedradas.

Tras varios intentos infructuosos, finalmente conseguí confeccionar un arco muy rudimentario y aprendí a hacer flechas que volaban con mediana seguridad. Con mi nueva arma logré capturar a un joven gamo, aunque me vi obligado a rematarlo con el cuchillo. Dejé la pieza junto al fuego poco antes de que amaneciese.

Cada mañana los observaba a cierta distancia, ocultándome siempre tras las rocas y los matorrales. Al principio se mostraban asombrados y se preguntaban de dónde procedían los animales que aparecían en sus dominios. En una ocasión pasaron largas horas discutiendo puesto que, al parecer, creían que aquella proeza había sido obra de algunos de ellos, pero nadie se reconoció autor de la misma y, al cabo de varios días de descubrir aquellos regalos junto al fuego, empezaron a comprender que eran obra de un extraño.

Semejante descubrimiento les hizo sentir temor, aunque dieron buena cuenta de aquellos víveres como si los hubiesen capturado ellos mismos, pero comenzaron a apostar centinelas nocturnos. Al principio eran jóvenes muchachos que se dormían fácilmente y yo conseguía deslizarme sin dificultad junto a ellos. Posteriormente, aunque montaron guardia los adultos, siempre lograba aprovechar algún descuido para infiltrarme y dejar mis ofrendas junto a los rescoldos del fuego.

Poco a poco comencé a dejarme ver, pero siempre a cierta distancia, llevando ostensiblemente algún ave en la mano o cargado con un joven gamo sobre los hombros. Ellos se reunían en grupo y me miraban asustados. Entre las sombras de la noche me deslizaba cerca de la chisporroteante hoguera para escuchar sus conversaciones y, antes de despuntar el alba, depositaba en su terreno la pieza que me habían visto transportar el día anterior.

En breve me convirtieron en un ser mítico. Orión tenía una estatura de más de tres metros, sus ojos despedían llamaradas, podía cruzar los ríos de un salto y detener las lanzas en el aire simplemente con su fiera mirada: era un poderoso cazador que abatía a los mastodontes con las manos desnudas.

Su alusión a los mastodontes me intrigó. Al parecer los clanes se reunían a fines de año y emprendían campañas de auténtica caza mayor. Los ancianos, que podían tener unos treinta y cinco o acaso cuarenta años, contaban historias de grandes campañas en las que habían cazado rebaños enteros de

animales dotados de poderosos colmillos, desde el borde de una roca, y luego se habían alimentado con sus carnes hasta saciarse.

Oyéndolos hablar, me enteré también de sus nombres. El jefe de roja barba se llamaba Dal y el adolescente de voz chillona, Kralo. No tardé en descubrir que Ava, la mujer que yo había amado en otros tiempos, era la compañera de Dal. Aquello me hirió profundamente. Durante varios días estuve vagando lejos del clan, sintiéndome solo y traicionado por una mujer que no compartía mis recuerdos, que sólo me había visto en una ocasión el primer día, en que sorprendí y asusté a todo el clan. Estaba enfurecido. Pero ¿qué otra cosa podía esperar? Aquellos salvajes no tenían tiempo ni recursos para permitir que las mujeres se mantuvieran célibes. ¿Acaso esperaba que ella aguardase mi llegada? Hasta hacía unas semanas, Ava ni siquiera conocía mi existencia, quizá entonces incluso me creyera un demonio o un dios, no un hombre que la amaba y deseaba poseerla.

Aun así, estaba triste y abatido, rebosante de autoconmiseración y candente ira contra Ormuzd, por cuya causa me encontraba en semejante situación y sin que hubiera mostrado consideración alguna hacia mis sentimientos.

Al cabo de tres días de permanecer alejado, sumido en profundo abatimiento, comprendí que mi comportamiento no era beneficioso para nadie, ni para ellos ni para mí, y decidí reanudar la tarea que me había sido impuesta. En realidad, no podía hacer otra cosa. Yo no era más que un peón en las manos de Ormuzd, y a un maestro ajedrecista no le importan las emociones de un peón.

Aquella noche acudí sigilosamente al campamento y oí que se preguntaban por qué los había abandonado el poderoso Orión y qué podían haber hecho que ofendiese al gran cazador. Tuve que hacer un esfuerzo para no soltar una carcajada al comprobar con cuánta rapidez lo milagroso se convertía en vulgar. Los obsequios de víveres que al principio les habían asustado les parecían ya completamente normales: lo que entonces les preocupaba era dejar de recibirlos.

Decidí obsequiarlos con un auténtico regalo. Primero reconsideré los desplazamientos que hacían diariamente, las distancias que recorrían entre un campamento y el siguiente. Era evidente que, en la época primaveral, se trasladaban con un objetivo previsto. Calculé aproximadamente dónde acamparían dentro de dos días y hacia allí encaminé mis pasos. Descubrí complacido que aquella zona sin duda había sido utilizada previamente como lugar de acampada. Junto al arroyo de aguas rápidas y cantarinas se veía una

extensión de suelo ennegrecido por las hogueras que habían encendido anteriormente en innumerables acampadas y un montículo de huesos desgastados por el tiempo en el lugar donde habían arrojado sus desperdicios.

Pasé aquella noche y todo el día siguiente cazando ininterrumpidamente. Con mi tosco arco y con una honda que había fabricado, acumulé un inmenso montón de carne para el clan: pájaros, conejos, venados e incluso un succulento y joven jabalí. Deposité la comida en el futuro campamento, pasando casi tanto tiempo defendiendo las capturas de los perros salvajes como el que había dedicado a la caza.

Los perros eran mi mayor problema: todavía no eran los dóciles compañeros del hombre. Se comportaban más como lobos que como animales domésticos. Eran feroces e inteligentes, cazaban en manadas y me habrían despedazado si no hubiera sido bastante rápido para anticiparme a ellos. Me dolió, pero tuve que sacrificar a varios hasta que finalmente renunciaron a su empeño y abandonaron aquel lugar.

Estuve vigilando mis capturas durante toda aquella noche y la mayor parte del día siguiente. Por fin, cuando las sombras del atardecer se extendían hacia poniente, vi acercarse a lo lejos en el horizonte a los dos adolescentes que Dal solía enviaren vanguardia precediendo al resto del clan. Crucé chapoteando las rápidas aguas y me oculté entre el follaje de la otra orilla.

Los muchachos divisaron rápidamente el montón de carne y comenzaron a dar saltos y a proferir salvajes gritos. Sus compañeros se apresuraron a llegar junto a ellos y cuando descubrieron el preciado botín que les aguardaba echaron a correr por el campo, boquiabiertos y extasiados. Nunca habían visto tanta comida junta. Se congregaron en torno a ella, apartando las moscas con las manos y contemplándola atemorizados.

Desde mi escondrijo entre los matorrales oí cómo Dal, su jefe, les anunciaba gravemente:

—Esto sólo puede ser obra de Orión.

—¿Será para nosotros? —preguntó A va.

—Somos su pueblo —repuso Dal—. Éste ha sido el campamento de nuestro clan desde tiempos inmemoriales, según recuerda el viejo Makar. Es un regalo que nos hace Orión. Ha vuelto con nosotros, con su gente. Ya no está enfadado.

Los dejé preparando su fuego e instalándose para celebrar un festín mientras el atardecer tendía lentamente su manto violeta sobre un cielo sin nubes. Me alejé en silencio bordeando el río hasta un punto en que se

arremolinaba formando una amplia charca, donde un solitario y magnífico venado hundía su astada cabeza para beber.

Dispuse una flecha en el arco y avancé lentamente hacia el animal, que se me quedó mirando sin inmutarse: estaba tan poco acostumbrado a la presencia de los seres humanos, que me permitió aproximarme de manera sorprendente y derribarlo de un único flechazo en el cuello. Acto seguido le degollé rápida y limpiamente. Sentí ciertos remordimientos al recordar que en siglos posteriores los cazadores acosarían tan hermosos animales simplemente por deporte, no por necesidad. Me cargué la pieza sobre los hombros con gesto decidido y volví mis pasos hacia el campamento del clan. El animal pesaba mucho, por lo que me veía obligado a avanzar cautelosamente entre la incipiente oscuridad.

Aparecían en el negro cielo las primeras estrellas cuando, con el ciervo sobre los hombros, me adentré en el campamento escasamente iluminado. Los miembros del clan todavía estaban comiendo, atiborrándose como sólo pueden hacerlo aquellos que acostumbran pasar prolongadas etapas de privación, con los dedos y los rostros llenos de sangre y grasa y brillantes los ojos junto al calor del fuego.

Llegué hasta el centro del círculo que formaban y dejé caer pesadamente mi carga a los pies de Dal.

Nadie pronunció palabra. Durante unos momentos únicamente se distinguió el chisporroteo de la carne espetada asándose en las llamas.

—Soy yo, Orión —dije por fin—, os traigo otro regalo.

Eran víctimas de su propia propaganda: habían exagerado hasta tal punto los rumores que circulaban sobre mí que en aquellos momentos parecieron aterrarse ante mi presencia. Permanecieron absolutamente inmóviles, con los rostros tensos por el temor y la sorpresa, acaso temiendo que los exterminase con un rayo o con algún otro procedimiento fulminante.

Ava fue la primera en reaccionar. Se puso lentamente en pie y me tendió los brazos.

—Te damos las gracias, ¡oh poderoso Orión! ¿Qué podemos hacer para demostrarte nuestra gratitud?

Estaba sucia, tenía el rostro y las manos manchados de sangre, y carbonilla de la carne que había estado comiendo, pero al resplandor del fuego distinguí aquellos serenos ojos grises que yo había conocido y amado en otros tiempos y tuve que hacer acopio de toda mi sangre fría para no estrecharla entre mis brazos.

Aspiré profundamente e intenté expresarme en el tono enigmático que sin duda esperarían oír de un semidiós.

—Tanta soledad me agobia —dije—. Desearía estar algún tiempo entre vosotros.

Aquello provocó un murmullo general. Dal se levantó situándose detrás de Ava.

—Os enseñaré los sistemas de caza que utilizo. Os mostraré cómo podéis conseguir tanta caza como jamás habíais imaginado.

Permanecieron impasibles. Dal y Ava seguían frente a mí y los demás continuaban sentados en semicírculo en torno al chisporroteante fuego. En sus sucios rostros se adivinaban los contradictorios sentimientos que pugnaban en su interior. Me tenían un miedo espantoso, pero habrían dado cualquier cosa por poder cazar animales como yo lo hacía. Aquélla era una oferta tentadora. ¿Qué predominaría en ellos, el temor o el estómago?

Ava se adelantó hacia mí y examinó mi rostro a la vacilante luz del fuego. Imaginé que tampoco yo debía de presentar un aspecto muy lucido y que también estaría sucio y desgredado.

—¿Eres un hombre o un espíritu? —preguntó resueltamente.

Era tan hermosa como siempre. Alta y esbelta, casi de mi misma estatura, más alta que la mayoría de los hombres del clan. Sin embargo, su cuerpo fuerte y ágil era rotundamente femenino. Presentaba los brazos y las piernas sucios y llenos de arañazos, tenía una costra en la rodilla y su cabellera densa y enmarañada era rojiza, como la de los demás, en lugar de los tonos más oscuros que yo recordaba. Pero era la misma mujer hermosa, inteligente y valerosa que yo había amado.

Me esforcé por sonreír.

—Un hombre —repuse—, sólo soy un hombre.

Dal se apartó de detrás de Ava para examinarme más de cerca. No empuñaba ningún arma, pero era evidente su actitud protectora hacia ella.

—Tienes apariencia humana —dijo—, sin embargo...

—Soy un hombre.

—Pero haces cosas que para nosotros serían imposibles.

—Os enseñaré a hacerlas.

—Si eres un hombre, ¿en qué clan has nacido? —preguntó Ava.

—Mi clan vive muy lejos de aquí. Hace muchísimo tiempo que estoy viajando.

—¿Todos los miembros de tu clan cazan como tú?

—Casi todos, algunos incluso mejor.

Por vez primera curvó sus labios en una sonrisa.

—Entonces deben de estar muy gordos.

Me eché a reír.

—Algunos sí lo están.

—¿Por qué estás solo? —preguntó Dal, aún receloso—. ¿Por qué has venido a nuestro encuentro?

—Mi clan está muy lejos. Hace mucho tiempo que me he separado de ellos. He sido enviado para ayudarlos, para enseñarlos a cazar y protegerlos de vuestros enemigos. Hace tantos días que estoy solo que no podría ni contarlos y estoy cansado de tanta soledad. Vosotros sois el clan que he buscado: sois la gente con la que deseo estar.

Mientras pronunciaba aquellas palabras comprendía cuánta verdad había en ellas. Había estado solo toda mi vida, exceptuando aquellos breves meses que viví con Agía, hacía tanto tiempo en el futuro.

—No es bueno que un hombre esté solo —dijo Agía con actitud sorprendentemente cordial y comprensiva—. Hasta el cazador más poderoso necesita un clan y una familia.

Como todos los seres humanos que se enfrentan a una decisión difícil, llegaron finalmente a un arreglo. Dal conferenció gravemente con los dos ancianos del clan y seguidamente con todos los adultos, machos y hembras, y consintieron en que me uniera a ellos para enseñarles mis trucos cinegéticos, aunque insistiendo en que tendría que dormir solo, lejos del fuego de su campamento. La mayoría no estaban convencidos de que yo no fuese algún tipo de ser sobrenatural y no querían correr el menor riesgo conmigo.

Acepté su decisión: tenía que hacerlo. A nadie se le ocurrió indagar qué harían conmigo cuando les hubiera enseñado todas mis técnicas de caza. Aquella gente no pensaba mucho en el mañana. Vivían el presente como los animales, y sólo percibían confusamente que el mañana podía ser distinto del ayer.

Su decisión me satisfizo por el momento: me permitía ejecutar las órdenes de Ormuzd y me facilitaba la proximidad de Ava.

CAPÍTULO XXV

Dal y Ava permanecían constantemente cerca de mí en tanto que el clan proseguía su migración por aquel país próspero y fértil.

Dal era un jefe responsable que asumía sus obligaciones seriamente. Tenía casi mi misma estatura, aunque estaba mucho más delgado, era muy musculoso y sus ojos penetrantes y despiertos me vigilaban estrechamente en todo momento. No temía que yo pudiera ser un espíritu, que representase una amenaza sobrenatural para sus camaradas. Su inquietud era mucho más práctica y realista: le preocupaba que fuese un espía de otro clan que se hubiera infiltrado para, valiéndome de los medios que fuese, conducirlos a todos a una emboscada.

Al principio no lo comprendí, pero al cabo de pocos días de observar con cuánto recelo y precauciones me vigilaba, llegué a esta conclusión. De noche, cuando los ancianos contaban sus historias alrededor del fuego, oía tantos relatos que versaban sobre sangrientas batallas que llegué a la conclusión de que, incluso en aquella especie de paraíso donde los clanes humanos estaban tan dispersos que apenas entraban en contacto, la guerra y la muerte eran ya bastante comunes entre ellos, e incluso ensalzados.

Al parecer, en sus rutas migratorias coincidían con otros clanes con los que solían enfrentarse por el control de los terrenos de caza. Aunque a mí me parecía que aquella zona rebosaba de animales, aquellos cazadores nómadas consideraban vitales para su supervivencia los derechos territoriales. Se requerían muchos kilómetros cuadrados de terreno para obtener el sustento necesario del clan más reducido ya que aquellos seres dependían básicamente de la caza para su supervivencia y nunca conseguían suficientes capturas para mantenerse de modo conveniente.

Según Dal y sus compañeros, algunos clanes emparentados mediante matrimonios solían compartir la misma zona para pasar el verano. A la sazón nos dirigíamos a los terrenos de los campamentos estivales, situados en lo alto de las colinas próximas al enorme volcán de doble cumbre que dominaba el paisaje. Los clanes pasarían juntos el verano, bastante próximos para visitarse regularmente, concertar matrimonios e intercambiar noticias e informaciones. Al llegar el otoño se separarían y tomarían distintas direcciones hacia sus campamentos de invierno, lejos, en el sur.

Ava también sospechaba de mí, pero centraba todos sus temores en lo sobrenatural. Ella era la chamán del clan, una combinación de doctora naturista, sacerdotisa, psicóloga y consejera de Dal, el jefe del grupo. Casi me divertí comprender cuán tempranamente en la historia de la humanidad se habían unificado las funciones de sacerdote y doctor junto al poder de la corona.

Ava marchaba junto a mí casi todo el día, pero el interés que me demostraba parecía puramente profesional. Quería asegurarse de que si yo demostraba finalmente ser un demonio, ella se enteraría a tiempo y podría intervenir antes de que perjudicase a sus compañeros. Me interrogaba constantemente acerca de mi procedencia y se interesaba por saber cómo era mi clan. No me importaba. Me sentía feliz estando con ella, aun sabiendo que cada noche, cuando yo tenía que alejarme de su campamento, se acostaba con Dal.

Yo había imaginado que el chamán del clan o el brujo sería una anciana, una vieja que hubiera sobrevivido a su pareja o que jamás hubiera estado unida a nadie. Al principio me sorprendió que una persona tan joven como Ava desempeñara aquel papel estando emparejada con Dal, pero luego comprobé que entre ellos no había ninguna anciana. Por lo visto no había ninguna mujer mayor de treinta años. Los dos ancianos, ambos varones, superaban escasamente la cuarentena. Sus tupidas barbas comenzaban a blanquear, pero no había ninguna mujer de cabellos grises en el clan de la Cabra. Y de los ocho niños que pertenecían al grupo, sólo tres eran hembras, una de ellas una criatura que su madre aún transportaba a la espalda.

Pregunté a Ava qué les sucedía a las mujeres cuando se hacían mayores.

—Mueren —dijo tranquilamente—. El espíritu abandona su cuerpo.

—¿Cómo mueren? —pregunté.

Ella encogió sus delgados hombros.

—Muchas veces mueren de parto o poco después. Y algunas están demasiado enfermas o débiles para seguir la marcha del clan.

—¿Y las abandonáis?

Me dirigió una relampagueante mirada.

—¡Naturalmente que no! Dejamos que se desangren a fin de que sus espíritus puedan seguir con nosotros. ¡No podríamos permitir que el espíritu de uno de los nuestros vagase por el mundo completamente solo!

—Comprendo —dije sin insistir en el tema.

Tampoco me pareció necesario informarme sobre sus prácticas selectivas de infanticidio femenino, que se evidenciaban mediante el simple recuento de

la población infantil.

Las mujeres eran un estorbo en aquella dura existencia cazadora. Aunque necesarias para la procreación, su excesivo número significaba un índice elevado de nacimientos y demasiadas bocas que alimentar. Por consiguiente, las niñas eran eliminadas cuando nacían y, en contrapartida, cuando una mujer ya no era capaz de traer hijos al mundo, dejaba de ser útil en la comunidad y, al parecer, se libraban de ella. Los hombres tampoco alcanzaban edades muy avanzadas, pues fallecían víctimas de enfermedades y accidentes; y por si fuese poco, siempre estaban en guerra. Mucho antes de que los seres humanos aprendieran a domesticar los caballos salvajes que cazaban para su sustento, los cuatro Jinetes del Apocalipsis mantenían equilibrado su número de acuerdo con los rigores del entorno neolítico.

Comprendía que, sin habérmelo propuesto de modo consciente, estaba cambiando aquel equilibrio. Tardé varias semanas en darme cuenta de que era así, pero mientras enseñaba al clan a fabricar arcos y flechas y a preparar trampas para que los animales cayesen en ellas, comencé a observar que, aunque muy levemente, estaba alterando el equilibrio ecológico de aquella era. Porque no se había establecido previamente que los seres humanos vivieran en grupos pequeños y diseminados y que se dedicasen a la caza y sobreviviesen lindando la inanición. Únicamente su desconocimiento y su falta de instrumentos adecuados los mantenía en aqueja situación de debilitamiento y vulnerabilidad. Facilitándoles mayores conocimientos y mejorando sus útiles, llegarían a dominar el mundo.

Y también sabía que acabarían construyendo bombas nucleares y vastas ciudades que se sumirían en su propia inmundicia. Sin embargo, cada mañana, cuando me despertaba en aquel alborar de la historia de la humanidad y veía cómo aquellas gentes se disponían a trabajar de nuevo con poco más que sus propias manos, comprendía que aquello era lo único que podía hacer. También yo como ser humano formaba parte de ellos. Negarme a ayudarlos sería lo mismo que negarme a respirar. No importaba cuáles fuesen las consecuencias: tenía que escoger la vida sobre la muerte, el conocimiento sobre la ignorancia, la humanidad sobre cualquier otra forma de existencia en el mundo.

Y entonces veía a Ava moviéndose graciosamente entre su gente, bebiendo agua de una calabaza, atendiendo a un niño que lloraba, y comprendía que todos mis esfuerzos por ayudar a aquel clan los hacía porque ella se encontraba allí y no podía soportar la idea de que un día, cuando ella

fuese demasiado débil para seguir su marcha, sus compañeros le abrirían las venas para liberar su espíritu de su cuerpo.

Los conocimientos que yo tenía de la tecnología del neolítico eran sumamente vagos, pero recordaba haber visto grabados representando lanzadores de jabalina de mangos largos y acanalados que prolongaban de modo efectivo la longitud del brazo que las proyectaba y permitían dirigir el arma duplicando la distancia que alcanzaba habitualmente. Estuve realizando pruebas durante gran parte de la semana y finalmente conseguí fabricar uno y utilizarlo de modo conveniente.

Las sospechas que Dal albergaba sobre mí se desvanecieron casi por completo cuando le demostré cómo arrojar una lanza a una distancia jamás alcanzada hasta entonces. El arco y las flechas que había elaborado anteriormente no consiguieron su aceptación porque yo estaba muy lejos de ser un experto y la flechas habían resultado muy rudimentarias y escasamente eficaces. Pero el instrumento para impulsar la jabalina se acomodaba perfectamente a su experiencia y necesidades.

En la primera ocasión que la utilizó derribó a una gacela que sirvió para alimentar a todo el clan durante dos días y al momento me acosaron pidiéndome muchas más. Hice otras tres bajo los vigilantes ojos de los varones del clan y seguidamente comenzaron ellos mismos a fabricarlas; al cabo de una semana las hacían mejor que yo.

Cada noche contemplaba anhelante las estrellas y examinaba sus eternas paulas en busca de algún indicio del lugar de la Tierra donde podía encontrarme. La mayoría de las constelaciones me resultaban familiares: reconocía a Boyero, Andrómeda, Perseo y la Osa Menor. Era evidente que me encontraba en el hemisferio norte. La Osa Menor parecía desproporcionada, con sus estrellas dispuestas extrañamente. Si mi instinto no me lo hubiera hecho comprender, aquello me habría bastado para convencerme de que me había trasladado muchos milenios en el tiempo.

El volcán de doble pico que se levantaba amenazador sobre nosotros me parecía extrañamente familiar, aunque no podía situarlo. Cuando pregunté a Dal cómo se llamaba me dirigió una extraña mirada: o bien su clan no daba nombre a las montañas o el que le correspondía era demasiado sagrado para pronunciarlo alegremente.

El terreno se volvía más escarpado, ascendíamos por laderas herbosas que día tras día se hacían más agrestes. Al cabo de una semana aproximadamente llegamos a una extensa meseta cubierta por un sombrío y tenebroso bosque de pinos y píceas de enormes troncos que alternaban con bosquecillos de

abedules y robles macizos. Bajo los árboles apenas crecía la maleza, pero en aquellos puntos en que el enorme y verde dosel que cubría nuestras cabezas permitía filtrarse los rayos de sol hasta el suelo se volvía densa y enmarañada. Dal nos guiaba por un sendero que serpenteaba entre las sombras de los árboles, sobre un suelo muellemente alfombrado por las agujas de los pinos.

En el bosque abundaba la caza. Por las mañanas, los hombres y los muchachos salían en busca de jabalíes, ciervos y todo cuanto podían encontrar, acompañados frecuentemente por algunas mujeres, mientras que las restantes hembras y los niños más pequeños se quedaban en el campamento, algunos de ellos preparando trampas para la caza menor. Me volví un experto con la honda y solía capturar un par de conejos o ardillas en menos de una hora. La gente estaba bien alimentada en aquel bosque y me sorprendía que no se quedaran allí.

Así se lo pregunté a Ava una tarde en que ella se quedó en el campamento en lugar de acompañar a los cazadores.

—Nos dirigimos al valle, a nuestro campamento habitual de verano —me dijo—. Allí nos reuniremos con otros clanes y se celebrarán matrimonios y festines.

Me senté apoyando la espalda contra el tronco de un inmenso roble mientras ella se arrodillaba sobre el escaso césped escogiendo las hierbas y raíces que había estado recogiendo toda la mañana.

—¿Por qué no se reúnen los clanes en este bosque? —pregunté—. Aquí hemos encontrado más caza que en ningún otro lugar.

Me sonrió pacientemente como un maestro que se dirigiera a un alumno rebelde.

—En el valle se está mejor. Allí hay muchísima caza y otras clases de alimentos. Aquí, en el bosque... —Miró en torno, a las tenebrosas sombras proyectadas por los árboles, iluminadas de vez en cuando por los rayos de un sol fantasmal que se filtraban entre las hojas, sobre nuestras cabezas—. Aquí se encuentran los espíritus de las tinieblas, peligrosos y perversos.

Yo conocía la existencia de un espíritu de las tinieblas que era muy real. Me pregunté si Ahrimán estaría acechando en aquel sombrío bosque.

—Y enemigos que pueden tendernos una emboscada —nos interrumpió la firme voz de Dal—. El bosque es un lugar propicio para que nos cerquen nuestros enemigos.

Se adelantó hacia nosotros, fuerte, confiado y sonriente. Sobre un hombro llevaba un joven jabalí, cuyas patas traseras estaban atadas con una cuerda.

Ava se levantó bruscamente, mostrándose tan satisfecha al verle que al instante sentí celos y resentimiento.

—¿Por qué has regresado tan pronto?

Dal dejó caer en el suelo el animal. Lo señaló e indicó:

—Hemos encontrado un nuevo abrevadero más lejos, hacia la colina, donde acuden a beber todos los animales, y que no existía el pasado año. El arroyo se ha represado formando un gran estanque y al anochecer podremos conseguir bastantes capturas para alimentarnos camino del valle.

Cuando llegó la puesta del sol todos los miembros del clan se apostaron junto al abrevadero, un estanque grande y tranquilo alimentado por un diminuto arroyo que discurría por los bosques, desde muy arriba, donde las nieves aún cubrían las laderas de las montañas. Sólo quedaron detrás los dos ancianos, los bebés y las cuatro mujeres más viejas. Dal fue acompañado por todos los demás y juntos supervisaron cuidadosamente nuestra situación en torno al estanque y a ambos lados del sendero que conducía hasta él.

Dal se sentía muy seguro de sí mismo hasta el extremo de que me envió a un escondrijo. Acepté sus órdenes con una sonrisa: ya no me temía y aquello me hacía muy feliz pues comprendía que había sido aceptado por ellos.

Aguardamos agazapados en el suelo cubierto de hojas y de follaje, confiando que no cambiara el viento y revelara nuestro escondrijo a los animales que se acercasen al estanque a beber por la noche.

Observé una procesión de hormigas que avanzaban a pocos centímetros de mí. Mientras permanecía tendido de bruces en el suelo, dolorido y sudoroso pese al frescor del umbroso bosque, la luz del atardecer desaparecía y los pájaros gorjeaban y revoloteaban entre los árboles.

Me había apostado bajo la rama de un roble y junto a mí tenía tres lanzas. A ambos lados se encontraban otros miembros del clan, escondidos y camuflados de modo similar. Todos esperábamos a que Dal diera la señal.

Aguardamos. Las sombras se intensificaron. Los gritos de los pájaros se iban silenciando, pero ningún animal acudía al estanque. Comencé a preguntarme qué habría sucedido.

De pronto oí una especie de resoplido a nuestras espaldas. No me atreví a volverme para averiguar de qué se trataba. Permanecí absolutamente inmóvil conteniendo la respiración y sintiendo en mis oídos los apresurados latidos de mi corazón. Tenía las palmas de las manos sudorosas: estaba tan excitado como cualquiera de aquellos cazadores neolíticos, acaso más que ellos.

Por separado o en parejas los animales avanzaban cansadamente por el sendero para beber en el estanque. Ciervos, jabalíes, singulares especies de

cabras y otras clases de animales que no podía identificar acudían cautelosamente sabiendo muy bien que los perros cazadores y los lobos acechaban en los bosques, pero sin adivinar la presencia de los predadores que permanecíamos escondidos entre la maleza.

Dal se puso en pie de un salto y gritó desaforadamente al arrojar su lanza contra el ciervo de mayor tamaño. Alcanzó al animal tras sus patas delanteras y éste cayó derribado en la orilla del estanque mientras todos nos levantábamos al unísono gritando con pasión contenida e iniciando la matanza.

Ava era la más salvaje de todos, intrépida y cruel como un diablo surgido de los infiernos. Atravesó a un cervatillo con su primer lanzazo y luego saltó al sendero para bloquear la vía más fácil de escape de los animales. Un jabalí poderosamente armado con sus colmillos la embistió con ojos encendidos por el odio. Ava trató de ensartarlo con otra lanza, pero la bestia arremetió furiosamente contra ella y le arrancó el arma de las manos. Corrí a su lado y clavé al animal en el suelo por sus cuartos traseros con la única arma que me quedaba. Sin vacilar un instante Ava montó a horcajadas a lomos del jabalí y le rebanó el cuello de oreja a oreja.

Se puso en pie de un salto levantando los brazos, blandiendo su ensangrentado cuchillo en el aire y chillando como un animal salvaje mientras nos salpicaba un chorro de sangre.

Yo me quedé súbitamente paralizado ante aquel espectáculo de primitivo entusiasmo, aquel afán asesino sin disimulos, desenfrenado, estimulado por la sangre de la presa. A nuestro alrededor aún seguía desarrollándose la matanza, el aire estaba impregnado de gritos y hedor de sangre. Ava me echó los brazos al cuello, riendo y llorando al mismo tiempo.

—¡Somos compañeros de sangre! —gritó—. ¡Lo matamos juntos! ¡Hemos compartido una muerte!

Yo deseaba compartir amor con ella y no muerte, pero en Ava se confundían las pasiones.

Acarreamos las bestias que habíamos cazado y las transportamos hasta el campamento, donde los ancianos y las mujeres celebraron nuestras capturas con exclamaciones de asombro. Estábamos sucios de sangre y despedíamos hedor a muerte y a las entrañas de nuestras víctimas. Ninguno de nosotros había sufrido heridas graves, únicamente uno de los jóvenes presentaba un rasguño en la pantorrilla, aunque no parecía nada serio.

Cuando regresamos al campamento yo aún seguía temblando. Anteriormente había cazado solo y también había capturado algunas piezas

con Dal y otros miembros del clan, pero la expedición de aquella tarde había sido algo muy distinto, una campaña salvaje y apasionante que había despertado el instinto asesino que todos llevamos dentro. Habíamos sacrificado más animales de los que necesitábamos para nuestro sustento: la mayor parte de la carne se corrompería antes de que pudiéramos consumirla. Pero, con la febril avidez de los tiburones, habíamos exterminado todo cuanto nos había salido al paso; únicamente se habían librado de nuestra furia aquellas bestias que fueron bastante veloces o afortunadas para escapar a nuestras lanzas.

En el camino de regreso, Dal me observaba con desconfianza, aunque no parecía preocuparle que yo fuese un espía de otro clan ni un espíritu que pudiera robarle el alma. Estaba sencillamente celoso como cualquier varón: había visto cómo me abrazaba Ava y no le había gustado en absoluto.

Los dos ancianos del clan insistieron en que se llevase a cabo un ritual sangriento para dar gracias a los dioses por tan milagrosas capturas. Incluso propusieron que yo participase en él como representante de la divinidad. Pero Dal se opuso rotundamente.

—Orión afirma ser un hombre y no un espíritu —insistió.

—¡Jamás habíamos obtenido tal cantidad de carne antes de que él llegase! —protestó el más anciano—. Diga lo que diga, por modestia o por prudencia divina, con su presencia disfrutamos de extraordinaria buena suerte.

Por modestia o por prudencia me abstuve de intervenir en la discusión, al comprender que era preferible que decidieran por sí mismos.

En aquel momento intervino Ava:

—Orión me ayudó a matar al jabalí: somos compañeros de sangre. Debería tomar parte en el festejo.

Lo que, como es natural, indispuso aún más a Dal contra mí. El clan se regía por una especie de democracia: Dal no era un jefe absoluto. Pero, como en la mayoría de democracias, a veces podía prevalecer la obstinación de una minoría sobre los deseos de los más. Dal se opuso firmemente a que yo participase en el ritual de la tribu impulsado por los celos y las sospechas; en cuanto a los demás, les movía únicamente un sentimiento de justicia y bondad. Salió victorioso Dal.

De modo que me quedé solo en la oscuridad, lejos del chisporroteante fuego del campamento, mientras los miembros del clan bailaban salvajemente y perturbaban la tranquilidad nocturna con sus extraños cánticos y gritos. Los troncos de los árboles que me rodeaban se alzaban negros y amenazadores

recordándome que Ahrimán, sumido en sombríos y malvados pensamientos, planeaba la extinción de nuestra especie.

Pasé largas horas viéndolos bailar y escuchando sus alaridos y gritos mientras me repetía a mí mismo una y otra vez que me alegraba de no ser como ellos, que podía sentirme satisfecho de ser más civilizado que aquellos salvajes y orgulloso de mantenerme apartado de ellos.

Por último, el horripilante griterío se redujo a silencio y la encendida hoguera se circunscribió al rojo resplandor de los rescoldos que distinguía entre las negras columnas de los árboles. Me tendí sobre las agujas de los pinos y cerré los ojos disponiéndome a dormir.

Intenté convencerme de que me enorgullecía no ser como ellos. Estuve dando vueltas a aquella idea de un modo casi enfermizo hasta que llegué a la amarga conclusión de que realmente no era como ellos, que estaba solo, absolutamente solo, a miles de años de distancia de un auténtico camarada, con los recuerdos tan bloqueados que incluso ignoraba si tendría un amigo en algún punto del prolongado continuo del espacio y del tiempo.

Y entonces fue cuando Ava acudió a mi lado. Entre la profunda oscuridad percibí el olor a sangre y entrañas que despedía su cuerpo desnudo.

—Como no has podido estar presente en el ritual —susurró con la voz aún agitada por la excitación—, he venido a traerte algo de él.

Por una parte me molestaba su primitiva avidez de sangre, por otra comprendía que Dal nunca me perdonaría que hiciese el amor con su mujer, aunque también me repugnaba la idea de abrazarla y revolcarme en su hedor y violencia. Pero con un repentino impulso que superó cualquier otra consideración, me volví tan fiero y salvaje como ella y por unos momentos dejé de sentirme solo.

CAPÍTULO XXVI

A la mañana siguiente reanudamos nuestra marcha hacia el norte agobiados por la pesada carga de nuestras provisiones. Viajábamos acompañados por una nube de moscas y el olor de la carne que comenzaba a corromperse a causa del calor me hacía sentirme enfermo, pero a nadie más parecía importarle: todos se mostraban satisfechos con sus cargas.

Ava avanzaba al frente de nuestra pequeña columna, junto a Dal, que no daba muestras de estar enterado de lo que había sucedido entre Ava y yo la noche anterior.

Tampoco ella parecía recordarlo. Aquella mañana, cuando desperté, ella ya había regresado a su lecho habitual, según supuse junto a Dal. En cuanto a su comportamiento hacia mí tampoco había cambiado, por lo que comencé a pensar que lo que sucedía bajo los efectos de las desatadas pasiones que desencadenaba el ritual sangriento del clan era una especie de acontecimiento privilegiado que no debía ser juzgado bajo las mismas reglas que regían los hechos de la vida cotidiana ni ser recordado o lamentado a la luz del nuevo día.

Después de dos jornadas salimos del sombrío bosque e iniciamos el ascenso de una vasta meseta iluminada por el sol, donde crecía la hierba verde y fragante salpicada de flores. Cereales silvestres brotaban por doquier y las hileras formadas por los árboles señalaban el lugar donde discurrían los arroyos. A medida que avanzábamos, todos parecían más alegres y satisfechos. Conocían perfectamente el terreno que pisaban y hacían observaciones sobre cada saliente rocoso, los meandros del río y las plantas y cereales que encontrábamos a nuestro paso.

Un caluroso atardecer Ava se quedó atrás para marchar a mi lado. Yo había decidido mantenerme en el extremo de la procesión por una razón desconocida, pues tenía la extraña sensación de que éramos seguidos u observados por alguien; no obstante, aunque me volvía repetidamente para inspeccionar el camino y no distinguía nada ni a nadie hasta donde alcanzaba la vista, no me abandonaba aquel extraño presentimiento.

—Pronto llegaremos a nuestro valle —me dijo Ava sonriente.

—¿Nuestro valle? —pregunté.

Ella asintió, al parecer tan ilusionada como un viajero que por fin regresase al hogar.

—Es un lugar magnífico al que acudirán otros clanes para instalarse. Abunda el agua, los cereales y la caza y todos nos sentimos felices allí.

Cuando llegamos por fin a nuestro destino, casi una semana después, comprobé que ciertamente se trataba de un lugar paradisíaco.

Aquella tarde nos instalamos en la orilla de un arroyo que se deslizaba sinuoso atravesando el valle en suave declive. El arroyo discurría por una sucesión de terrazas a modo de peldaños de piedra hasta el fondo, lo cruzaba en toda su extensión y desaparecía entre las rocas en el otro extremo. Observé que aquellas rocas constituían realmente la base de la enorme montaña de doble pico que humeaba silencioso desde la cumbre, donde aún brillaba la nieve bajo el sol de fines de primavera.

Se comprendía fácilmente que aquella gente se sintiera tan satisfecha de encontrarse allí: el valle era verde y soleado, y a juzgar por su sección transversal en forma de u, podía deducirse que había sido excavado por un glaciar procedente sin duda de la abrupta montaña y que con el tiempo se habría fundido, por lo que constituía un entorno muy acogedor que ofrecía una perfecta defensa contra los invasores. El único acceso probable consistía en las terrazas pétreas por las que discurría la cascada, el punto por donde nosotros habíamos llegado. El sendero era resbaladizo, pero su descenso no presentaba excesivas dificultades. En los restantes extremos del lugar, las paredes eran bastante escarpadas alcanzando alturas de varias decenas de metros.

Aquel año nuestro clan fue el primero en llegar. La gente de Dal bajó corriendo por las mojadas terrazas, riendo felices hasta el fondo del valle. Antes de concluir la jornada habían talado algunos árboles y cazado varias piezas, y al caer la noche ya habían levantado algunas chozas de paredes de adobe, cuyos techos cubrieron con pieles y ramas de árboles. Las chozas estaban profundamente hundidas bajo tierra, pero a aquellos seres primitivos les parecían palacios.

Aquella noche nos entristeció un lamentable suceso: el joven que había resultado herido durante la caza cayó en coma, presa de intensa fiebre. Yo había creído en un principio que aquel rasguño sanaría pronto, pero, pese a los ungüentos y cataplasmas a base de hojas que le aplicó Ava, se había infectado y cuando llegamos a nuestro destino el pobre muchacho apenas podía caminar y tenía la pierna hinchada e inflamada. Aquella noche estuvo delirando a consecuencia de la intensa fiebre; por último, se tranquilizó y quedó inmóvil.

Su madre pasó toda la noche a su lado. Al amanecer, sus exclamaciones y gemidos nos hicieron comprender que el muchacho había muerto.

Le enterramos aquella misma tarde. Ava dirigió el ritual que consistía en depositar en su tumba todos los objetos que el muchacho había atesorado en sus catorce años de vida: algunos instrumentos de piedra, un puñado de guijarros lisos y las pieles con que se cubría en invierno, que aún seguía vistiendo. Todos los miembros del clan dejaron caer una flor en la tumba ante la silenciosa expectación de su madre.

En su curtido rostro ya no aparecía ninguna lágrima: había agotado su llanto. Según me dijo Ava después, el padre del niño había muerto hacía dos años y a la mujer, que se llamaba Mara, no le quedaban más hijos con vida, era demasiado vieja para poder encontrar otro marido y probablemente no sobreviviría el próximo invierno.

Me pregunté cómo se desembarazarían de ella, pero no me atreví a interrogar a Ava.

A la mañana siguiente estuve paseando a lo largo del valle, siguiendo el curso del río que lo atravesaba. Observé que la tierra debía haber sido ladeada por un terremoto porque el río discurría en una dirección que me pareció opuesta: desde el extremo por donde habíamos entrado caía ruidosamente por las terrazas de piedra y corría hacia la base de la montaña de doble pico. Yo había creído que el agua procedía de la cumbre nevada, en sentido contrario.

Cuando regresaba lentamente en dirección al grupo de cabañas construidas por los miembros del clan, descubrí a Ava entre los matorrales, junto a la base del muro terriblemente escarpado del valle.

Me desvié de mi sendero para ir a su encuentro. Estaba recogiendo hierbas y raíces, que utilizaba para preparar sus medicinas. Por poca utilidad que hubiesen tenido para el hijo de Mara, las curas de Ava eran todo cuanto disponían aquellas gentes para hacer frente a sus enfermedades y heridas.

—¡Hola! —la saludé.

Ella levantó la mirada de las hojas que estaba examinando.

—¿Qué sucede? —preguntó.

Me abrí paso entre la maleza que crecía hasta mis rodillas y repuse:

—Nada malo, paseaba junto al río y te he visto.

Ava me sonreía más desconcertada que alegre. Al parecer aquella gente no solía ir a dar un paseo por placer ni se detenía a charlar con un amigo.

—Veo que recoges hierbas para tus medicinas —le dije.

—Sí —repuso dejando de sonreír—, aunque no fueron capaces de sanar al hijo de Mara. Los demonios que tenía en su interior eran demasiado fuertes

para mí. Debo encontrar remedios más potentes.

Me constaba que veinte mil años después los científicos seguirían obsesionados por la misma idea.

—Hiciste todo cuanto pudiste —dije suavemente.

Ella me miró acusadora.

—Tú no le ayudaste de ningún modo.

—¿Yo?

—Sí, eres un hombre dotado de grandes poderes, Orión, ¿por qué no interviniste en su ayuda?

La observé sorprendido.

—¿Yo...? Mis poderes se centran en la caza, no en la medicina.

La profunda mirada de sus ojos grises pareció penetrar en mi alma.

—Posees grandes conocimientos, sabes cosas que todos ignoramos. Yo creía que poseías facultades curativas.

—No es así —repuse torpemente tratando de disculparme—. Lo siento, pero no tengo tales conocimientos.

Ava apartó un mechón de cabellos cobrizos de su rostro, al parecer no muy convencida.

—Ya te lo he dicho —insistí—. Sólo soy un hombre.

Ava movió negativamente la cabeza.

—No lo creo. Eres distinto a todos los hombres que he conocido.

—¿En qué me diferencio? —repuse extendiendo los brazos, como si quisiera demostrarle que estaba constituido como los demás.

—No se trata de tu cuerpo —dijo ella—. He probado tu cuerpo, he tomado tu semen. Eres fuerte, pero no te diferencias de Dal ni de otros hombres.

Sentí que se me helaba la sangre en las venas. De modo que nuestra noche de amor no había sido fruto de su pasión salvaje, sino de un experimento fríamente calculado. Me reí interiormente de mí mismo: ella simplemente había querido comprobar de qué estaba hecho.

—La diferencia está en tu espíritu, en tu alma —prosiguió Ava—. Posees muchos más conocimientos que nosotros.

—Cierto que sé algunas cosas —dije tratando de ignorar aquel sentimiento autoconmiserativo—, pero ignoro muchas más.

—¡Instrúyeme! —exclamó bruscamente—. ¡Enséñame cuanto sabes!

Aquello me cogió desprevenido. De pronto se mostraba ávida, ansiosa de conocimientos.

—¡Son tantas las cosas que debo aprender! ¡Tanto lo que ignoro! ¡Enséñame! ¡Comparte tus experiencias conmigo! —rogó.

—Puedo explicarte algunas cosas —repuse—, pero la mayoría de ellas carecerían de sentido para ti, serían inútiles para vosotros.

—Pero ¿me enseñarás?

—Si lo deseas...

—¡Sí! —repuso llena de excitación.

—¿Por qué quieres aprender? —pregunté.

Ella me miró fijamente, en silencio.

—¿Por qué? ¡Para saber, para comprender...! ¡Eso es lo importante! Cuanto más sepa, más podré ayudar al clan. Si mis conocimientos en el arte de curar hubieran sido superiores hubiera podido salvar al hijo de Mara.

Entonces fui yo quien guardó silencio. Bajo su sucia piel y sus toscas vestiduras, Ava era tan humana y tan inquisitiva como Marie Curie. Aún más: intuía que la sabiduría era la clave del poder, que comprendiendo el mundo que la rodeaba sabría cómo manejarlo para alcanzar sus propios fines.

Pero ella interpretó equivocadamente mi silencio.

—A cambio de tus enseñanzas no puedo darte nada —repuso vacilante.

¡De modo que no se le había ocurrido la idea de intercambiar el sexo por el poder! Me sentí tentado de sonreír al comprender que aún no se había inventado la profesión más antigua del mundo.

—Tú también sabes cosas que yo ignoro —repuse—. Intercambiaremos conocimientos. ¿Te parece razonable?

—¡Sí! —repuso exultando entusiasmo.

—De acuerdo —dije—. Para comenzar, dime los nombres de esas flores y sus propiedades curativas.

Pasamos la tarde paseando entre los matorrales, cambiando informaciones. Le expliqué que había unas sustancias llamadas metales con las que podían fabricarse mejores instrumentos que con las piedras y el pedernal que utilizaban; ella me dio a conocer las aplicaciones terapéuticas de las flores silvestres. Paulatinamente encaucé la conversación hacia el tema de los restantes clanes que acudían al valle y mostré interés por las tribus enemigas.

—¿Todos tienen igual color de cabellos que vosotros? —pregunté.

—No, todos no. Algunos son morenos como tú.

—¿Y cuál es el color de su piel? ¿Igual que la vuestra?

Ella asintió.

—El sol del verano la oscurece más, pero en invierno se vuelve a aclarar.

—¿Has visto alguna vez a un hombre cuya piel es del color que tienen las cenizas cuando el fuego se apaga? ¿Un hombre casi tan alto como yo, pero mucho más corpulento, de brazos enormemente fuertes y cuyos ojos parecen despedir fuego?

—No —dijo asustada—, y confío no verlo jamás.

—¿Has oído hablar alguna vez de un hombre como ése? —insistí—. En ocasiones se hace llamar Ahrimán, otras veces el Oscuro.

Parecía claramente asustada ante semejante idea.

—Se diría que es un demonio.

—Es un hombre, un ser perverso.

Me miró con renovadas sospechas.

—¿Dices que es un hombre? ¡También tú pretendes ser un hombre!

Decidí desistir de aquel tema y ella tampoco insistió. En lugar de ello seguimos hablando del valle y de lo que disfrutaban pasando allí los veranos. Mencioné casualmente que, si se preparaban de modo conveniente para el invierno, podrían permanecer allí todo el año. Tras despertar su curiosidad comencé a explicarle cómo podrían fabricar prendas adecuadas para resistir el frío con lana y pieles curtidas.

Ella ya tenía alguna idea al respecto.

—Pero ¿qué íbamos a comer en la época de las nieves? —se interesó—. Los animales se desplazan a lugares más cálidos y nosotros les seguimos.

—En lugar de matarlos —le expliqué—, podríais atrapar algunos y mantenerlos en zonas cercadas. Entonces criarían para vosotros y os servirían de alimento todo el año sin que os movierais de este lugar.

Ava se echó a reír: le parecía una idea disparatada.

—¿Y de qué se alimentarían los animales durante el invierno, cuando no crece la hierba ni el grano?

—Segadlos cuando están crecidos y almacenadlos en cabañas para la época invernal.

Ava interrumpió su risa, pero no aceptó la idea: era demasiado original y fantástica para ser digerida de una sola vez. Aunque aceptó la posibilidad de pensar en ella y aquello me pareció muy importante.

Habíamos avanzado hacia las rocas que formaban la base del volcán de doble pico y decidí que había llegado el momento de formular una pregunta.

—¿Tiene algún nombre esa montaña?

—Sí —respondió Ava levantando su mirada hacia el cielo para distinguir sus escabrosos picos cubiertos de nieve.

—¿Es demasiado sagrado para poder pronunciarlo?

Se volvió a mirarme con expresión de respeto por haber asimilado el concepto de santidad.

—Cuando el espíritu de la montaña humeante se enoja, puede hacer temblar la tierra. Los ancianos dicen que hace muchos, muchísimos años, incluso antes de que ellos nacieran, la montaña arrojó fuego sobre la gente que vivía en este valle y los arrojó de aquí.

—Pero regresaron.

—No lo hicieron hasta que hubieron transcurrido muchos años. Temían a la montaña y transmitieron ese temor a sus hijos y a los hijos de sus hijos.

Contemplé los picos cubiertos de nieve. Desde que vi el volcán, por vez primera no arrojaba humo.

—Ahora parece estar descansando.

Ava sonrió.

—Sí, a veces descansa, pero cuando su espíritu se irrita, puede vomitar fuego.

—¿Se enojaría el espíritu de la montaña si me dijeras su nombre? —pregunté.

Frunció el entrecejo.

—¿Por qué quieres saberlo?

—Soy curioso, como tú —repuse sonriendo—, y busco respuesta a mis preguntas.

Ella lo comprendía, conocía el ansia de aprender, de saber. Adelantó un paso hacia mí y me susurró:

—El nombre de la montaña es Ararat.

CAPÍTULO XXVII

Dal no pareció muy satisfecho cuando nos vio regresar de nuestro largo paseo y su enojo fue en aumento a medida que transcurrieron los días y pasamos más tiempo juntos.

Por la noche nos alejábamos de las hogueras del clan. Cada familia encendía un pequeño fuego frente a su cabaña en lugar de reunirse en torno a una única hoguera. A solas en la oscuridad mostraba a Ava las estrellas y le explicaba que las constelaciones formaban un vasto calendario y un reloj celeste. Ella comprendía rápidamente mis explicaciones y al cabo de algunas noches incluso advirtió que por lo menos una de aquellas estrellas parecía haberse desplazado ligeramente.

—Es Marte —le dije—, no es una estrella como las demás, es un mundo parecido a nuestro propio mundo, pero increíblemente lejano.

—Es rojo como la sangre —murmuró Ava entre las sombras.

—Sí —reconocí—. Su suelo está formado de arena roja, incluso su cielo es rosado a causa del polvo rojo, parecido al color de tus cabellos.

—La gente allí debe de ser colérica y belicosa —dijo—, por eso deben de haber dado a su mundo el color de la sangre.

Me dio un vuelco el corazón al comprender que estaba contribuyendo a la invención de la astrología, pero me consoló recordar que tales ideas no se producían una sola vez en un único tiempo y lugar. Conceptos tan evidentes como la astrología se inventarían repetidas veces, pese a lo ridículamente equivocados que pudieran ser.

Nos quedamos hasta casi el amanecer observando la rueda de las estrellas que giraban por los cielos en su majestuoso y cósmico mecanismo de relojería. Cuando Venus, la estrella de la mañana, apareció resplandeciente de hermosura, como jamás recordaba haberla visto en la oscuridad que precede al día, oí a Ava suspirar de placer.

En aquel momento sentí deseos de estrecharla entre mis brazos y besarla. Pero ella debió de adivinar mis pensamientos porque se apartó ligeramente de mi lado.

—Soy la mujer de Dal —susurró—. Preferiría que no fuese así, pero no puedo evitarlo.

Hubiera querido decirle que la amaba, mas de pronto comprendí que en su lenguaje no había palabras que expresaran tal concepto: aún no se habían inventado los romances. Era la esposa de Dal y en aquellas épocas primitivas las mujeres no cambiaban de compañero.

Regresamos al campamento, donde aún se encontraban los rescoldos de las hogueras. Dal estaba sentado delante de su cabaña con aire abatido, enojado, preocupado y soñoliento a un tiempo. Al verme se puso en pie de un salto. Ava le sonrió, se cogió de su brazo y juntos entraron en la cabaña sin despedirse de mí.

Me quedé solo durante unos momentos y después di media vuelta y me metí en el refugio semisubterráneo que Dal había ordenado que construyesen para mí, a más de cien metros de sus cabañas.

Cuando me agaché para pasar, sumergiéndome en las sombras de la única pieza de que constaba, capté inmediatamente una presencia extraña. El amanecer comenzaba a teñir el cielo por el este y no habían practicado ninguna ventana en las paredes: la luz y el aire llegaban únicamente por el hueco de la puerta. Pero sabía que no estaba solo. Entre las negras sombras del interior percibía la presencia de un ser oscuro y amenazador, distinguía perfectamente una respiración trabajosa y profunda.

—¡Ahrimán! —susurré.

En el rincón más oscuro de la estancia percibí un ligero movimiento. Llevé instintivamente la mano al cuchillo que tenía en la cintura en un ademán pueril e inútil.

—Esperabas encontrarme, ¿verdad?

Su voz áspera y torturada me produjo un escalofrío.

Me aparté a un lado para que mi silueta no se recortara contra la luz cada vez más intensa que entraba por la puerta.

—Hace muchas semanas que nos persigues, ¿no es cierto? —Sí.

Apenas lograba discernir su cuerpo, que abultaba pesadamente entre las sombras.

—¿Te propones causar daño a esta gente? —indagué.

Se removió levemente.

—¿Qué daño podría causarles? Soy tan sólo un hombre. ¿Cómo podría enfrentarme a toda tu raza...?

—No te consideres un hombre —repliqué.

Profirió un sonido jadeante y entrecortado que recordaba una carcajada.

—Eres un necio, Orión. ¿También tú te crees un hombre?

—Soy un ser humano —dije—, no pertenezco a los individuos de tu especie.

—Desde luego que no perteneces a mi especie —repuso pronunciando dificultosamente cada palabra—. Soy el único superviviente de los míos. Tus cohortes asesinaron a todos los demás.

—¿Y pretendes vengarte?

—Trato de hacer justicia.

—¿Aunque eso signifique destruir el continuo del espacio-tiempo?

—Ése es el único medio de conseguir la justicia que trato de alcanzar. Derribar los pilares que sostienen el mundo, acabar con todo, destruir a aquel que se considera a sí mismo el dios Aureo...

—Ormuzd.

—Sí, Ormuzd el matarife, tu amo, Orión, tu creador.

—No podrás tocarle: es demasiado poderoso para ti. De modo que aleja tu rencor de esos pobres e ignorantes salvajes —le espeté sintiendo hervir mi odio hacia él.

—Os consideráis humanos, creéis ser los dueños de este planeta —replicó.

—Y así es: éste es nuestro mundo.

—Provisionalmente —rugió Ahrimán—, sólo provisionalmente. Él te ha creado para que conquistes este mundo, pero yo procuraré por todos los medios destruirlo total y eternamente.

—¡No! —repuse—. Ya te he detenido en dos ocasiones y volveré a conseguirlo ahora.

Ahrimán vaciló un instante como si hiciera acopio de fuerzas.

—¿Dices que me has detenido dos veces? ¿Nos hemos encontrado ya dos veces?

—Sí.

—Entonces es cierto —murmuró casi para sí—. Estás retrocediendo hacia la Guerra.

Guardé silencio.

—El Áureo es muy inteligente. Te está enviando hacia atrás en el continuo. Todavía no has presenciado la Guerra, no sabes lo que sucedió entonces.

—Sé que mi misión consiste en perseguirte y matarte definitivamente, para siempre.

Advertí que movía pesadamente la cabeza.

—Para siempre... Me pregunto si comprendes con exactitud el alcance de esas palabras. Ninguno de nosotros, ni siquiera Ormuzd, puede abarcar todo el tiempo en sus manos.

—Es la misión que me han encomendado —dije.

Ahrimán produjo nuevamente aquel sonido que recordaba una risa sofocada.

—Entonces ¿por qué no realizas tu trabajo ahora mismo? ¡Mátame!

Vacilé.

—¿Tienes miedo?

—No —repuse sinceramente.

Nunca me abandonaba el temor. Estaba calculando cómo podría atacarle: sabía que era más fuerte que yo. ¿Cómo intentarlo siquiera si no disponía de otras armas que aquel rudimentario cuchillo de sílex?

—Me canso de esperar —dijo Ahrimán.

De pronto movilizó su enorme masa entre las sombras. Se abalanzó contra mí y me aplastó contra el muro de adobe de la choza hundiendo sus poderosos dedos en mi garganta. Atravesamos la endeble pared, y el improvisado techo de ramas y hojas cayó sobre nosotros. Mientras nos revolcábamos por el polvo le asesté salvajes e inútiles cuchilladas.

Su rostro, que se encontraba a escasas pulgadas del mío, exhibía una amplia y perversa sonrisa que descubría el brillo de sus dientes en una mueca brutal. Profería roncos gruñidos y sus ojos brillaban furiosos con triunfal expresión. Sentí que mis fuerzas se agotaban por momentos, que mis músculos y brazos se debilitaban en mis esfuerzos por repeler su ataque. Comenzó a nublárseme la vista y comprendí que iba a morir.

De pronto sentí un impacto en el suelo, a mi lado, y seguidamente un choque amortiguado, como si alguien hubiera golpeado con un duro objeto a mi enemigo, que se encontraba sobre mí. Al instante se alivió la presión que sus dedos ejercían en mi garganta y cayó rodando por el suelo lanzando un gruñido. Mi visión se aclaró un tanto y aspiré profundamente una bocanada de aire fresco mientras le veía de pie junto a mí con una lanza clavada en el costado, manando sangre de su herida, mas sin perder su aspecto desafiante.

Ahrimán detuvo con su mano otra lanza que cruzaba volando los aires. Me volví y descubrí que era Dal quien la había arrojado. Otros miembros del clan corrían junto a él también armados mostrando en sus rostros más sorpresa que temor: mientras que su jefe estuviera dispuesto a resistir a aquel salvaje intruso, ellos también lo harían... aunque a cierta distancia.

Ahrimán asió debidamente el arma y tomó impulso para enviarla contra Dal, pero le di una patada en las piernas y le derribé. Los hombres profirieron un grito que heló la sangre en las venas y cargaron contra nosotros.

Logré montar sobre el Oscuro, pero él me derribó propinándome un golpe tremendo con el dorso de la mano. Seguidamente se arrancó la lanza del costado y la envió contra sus atacantes. Pese a haber arrojado el proyectil totalmente al azar, acertó con él a uno de los hombres: le atravesó el pecho y lo levantó en el aire dejándolo inánime en el suelo.

Aquello inmovilizó por completo a sus atacantes, con excepción de Dal; éste se abalanzó contra Ahrimán armado únicamente de su insignificante cuchillo. El Oscuro le apartó de un empujón, se levantó dificultosamente y marchó tambaleándose hacia las rocas.

Durante unos momentos permanecimos inmóviles. Yo me incorporé penosamente, apoyándome en manos y pies; Dal se sentó tratando de ordenar su confusa mente. En su mandíbula, donde había recibido un puñetazo de Ahrimán, aparecía un morado.

Sus compañeros, paralizados por el pánico, nos miraban a uno y a otro y contemplaban el cadáver de su camarada. Ahrimán había desaparecido entre las sombras de las rocas, donde aún no alcanzaba la luz del amanecer.

—¿Quién era? —preguntó Dal por fin acariciándose la mandíbula con una mueca de dolor.

—Un enemigo —dije.

En aquel momento se acercaron los demás hablando todos a un tiempo. Ava se abrió camino entre ellos y se arrodilló junto a Dal. Le examinó a la luz del sol y comprobó que no se había roto ningún hueso. Luego se volvió hacia mí.

—Estoy perfectamente —le aseguré levantándome aunque me ardía la garganta y tenía la voz ronca.

Los demás no apartaban su mirada de mí.

—Llevas las huellas de tu enemigo —dijo Ava observándome—. Se distingue perfectamente la marca de cada dedo. —Puso las manos en mi cuello y comentó—. Tiene unas manos enormes.

—¿Quién es? —quiso saber Dal.

—El enemigo de todos los hombres —repuse—. El enemigo de todo ser humano. Es el Oscuro, un ser cuyo único deseo consiste en aniquilarnos totalmente.

Aunque todos habían visto a Ahrimán, le describí lo más fielmente posible: no quería que llegasen a creer que era un espíritu o un demonio, con

una capacidad de resistencia sobrehumana. Les elogíé por haberle obligado a huir, por haberle herido, salvándome así de una muerte cierta.

—Podemos seguir su rastro y encontrarle en su madriguera —propuso Ava señalando las manchas de sangre que había dejado sobre la hierba.

Los hombres se mostraron claramente contrarios a aquella idea. Incluso Dal, que hacía unos momentos había actuado tan valerosamente, pareció echarse atrás.

—No —dijo—, en estos momentos ya se habrá ocultado en la profundidad de alguna cueva donde nos sería imposible encontrarle. Incluso puede habernos tendido alguna trampa. Será mejor que nos quedemos aquí, a la luz del sol. Él no regresará.

«Al menos por ahora», me dije.

Los restantes miembros del clan se reunieron en torno a su camarada muerto y lo levantaron del suelo con delicadeza para trasladarlo a su cabaña. Mientras charlaban entre ellos exageraban continuamente el tamaño y ferocidad de Ahrimán, así como su propio valor y sus fuerzas para ponerse a la altura de las circunstancias.

Dal se encontraba cerca de mí; Ava estaba a su lado.

—Me has salvado la vida —le dije—. Te estoy muy agradecido.

Él movió la cabeza preocupado.

—Eres uno más de nosotros; hice lo que tenía que hacer.

—Hiciste mucho más que los otros.

—Soy su jefe.

Recordé el aforismo: de aquellos a quien mucho se da, mucho se espera. Dal era un auténtico jefe, un buen jefe. Pero aún parecía preocupado.

—Ahrimán no es un espíritu ni un demonio —le dije—, sino un hombre como yo.

—Se arrancó la lanza que tenía clavada en el costado como si fuera un insecto molesto.

—Tiene mucha fuerza —admití.

Dal, pensativo, se tocó el cardenal que tenía en la mandíbula.

—Es cierto. Atravesó a Radon con la lanza aunque estaba detrás de él.

—Pero huyó de nosotros —observé.

No quería que Dal temiera a Ahrimán más de lo necesario.

Fijó en mí una mirada preocupada.

—No me habías dicho que te persiguiera ningún enemigo.

—Ignoraba que él se encontrase aquí —le mentí—. Creí que estaba muy lejos.

Ava intervino intuyendo el inicio de una discusión.

—Ven a comer con nosotros. El sol ya está sobre las colinas: hará un hermoso día.

Aunque Dal me observaba con renovadas sospechas, yo sentía un nuevo vínculo de admiración y respeto hacia aquel hombre que había atacado al Oscuro desplegando extraordinario arrojo y valor y logrando salvarme la vida.

CAPÍTULO XXVIII

Las siguientes semanas transcurrieron entre gran tranquilidad. Llegaron al valle otros clanes con un total de ciento seis personas. Aproximadamente dos tercios de ellos eran adultos; los restantes, niños que oscilaban entre la lactancia y la preadolescencia. En aquella sociedad neolítica en que la existencia era tan breve, los adolescentes se convertían en adultos en cuanto alcanzaban la madurez sexual. Las muchachas de doce años parían hijos y los adultos cuarentones estaban demasiado débiles y desdentados para cazar o comer y eran dulcemente asesinados por sus congéneres.

—Nos quedaremos en el valle hasta que el grano se convierta en oro —me dijo Ava—. Entonces lo cosecharemos y lo guardaremos para el invierno. —Frunció el entrecejo y añadió—: A menos que lleguen las nieves antes de que madure.

Y repentinamente comprendí el porqué de la presencia de Ahrimán en aquel lugar y cuáles eran sus propósitos.

Nos encontrábamos en otro de los puntos cruciales en la historia de la humanidad. Aquellos clanes, aquellos sucios, harapientos y vagabundos cazadores debían efectuar la transición de la caza a la agricultura. Ellos debían crear la revolución neolítica, el paso que transformaría a la humanidad de nómadas salvajes en civilizados constructores de ciudades. Y Ahrimán trataría de reprimir por todos los medios aquel proceso, de evitar que llegara a producirse.

Si el Oscuro lograba impedir que aquellos primitivos cazadores dieran semejante paso, no me cabía ninguna duda de que incluso conseguiría llegar a eliminar a todas las tribus dispersas que vagaban por aquel mundo ancestral. Podía aniquilar a toda la humanidad clan por clan, tribu por tribu, hasta hacer desaparecer de la Tierra al último ser humano. Y entonces habría triunfado.

Pero si la humanidad realizaba la transición a la agricultura, si los humanos iniciaban la vasta explosión demográfica que culminaría en las civilizaciones egipcia, sumeria, del valle del Indo y de China, entonces ni siquiera Ahrimán con todos sus poderes podría aspirar a extinguir a la especie humana, que emprendería la marcha hacia el dominio del planeta: ya no serían algunas tribus dispersas, de cazadores nómadas al borde de la

inanición, sino prósperos campesinos sedentarios con una población en constante crecimiento.

¿Se inventaría la agricultura allí, en aquel valle donde el clan de Dal y sus aliados pasaban el verano? Imaginaba que aunque Ahrimán impidiese que surgiera en aquel lugar el invento, se produciría en algún otro punto, en cualquier otro clan, en alguna zona privilegiada. Pero inmediatamente comprendí que, con su innato dominio del tiempo, Ahrimán podía visitar todos aquellos lugares donde estuviera a punto de producirse aquel cambio y extinguir la idea en cada ocasión y momento en que se suscitase. Cada vez más apesadumbrado, como si una pesada carga gravitase en mi espíritu, calculé que Ormuzd me enviaría a cada uno de aquellos lugares en cada instante en que se produjese tal hecho, y me obligaría a enfrentarme en interminable batalla al Oscuro.

Semejante consideración era más de lo que podía soportar. Me consoló el pensamiento de que, puesto que Ahrimán estaba allí, aquél debía ser el momento en que se originó realmente la idea de la agricultura. Si lograba detenerle en aquel instante y lugar no tendría ninguna necesidad de volver a enfrentarme con él en aquella época. Evidentemente ya nos habíamos encontrado por lo menos en otra ocasión, en un tiempo precedente. Acaso durante la Guerra a la que él aludía.

Las nuevas sospechas que Dal albergaba sobre mí se extendieron rápidamente entre sus compañeros, y los restantes clanes que se habían reunido con nosotros en el valle se mantenían muy apartados de mí. Se me consideraba como un ser entre divino y humano, al que temían y respetaban. Sabían que podía enseñarles cosas maravillosas, pero aunque recurrían a mí para aprender a fabricar arcos, flechas y lanzadores de jabalinas, e incluso les iniciaba en el pastoreo y en los sistemas de estabular a los animales que capturaban, aprovechando la situación de las rocas en lugar de sacrificarlos inmediatamente, seguían manteniéndome apartado de su vida social cotidiana.

Todos, con excepción de Ava. Ella pasaba largas horas conmigo, aprendiendo todo cuanto podía acerca de las estrellas, a hilar y tejer la lana de las ovejas y las más elementales normas de higiene y desinfección.

Pero cada noche regresaba a la cabaña de Dal y le preparaba la cena; aunque me invitaban a reunirme con ellos con cierta frecuencia, él evidenciaba claramente que le molestaba mi presencia y que se sentía celoso de la atención que me dedicaba su mujer.

Yo solía comer solo, fuera de mi reconstruida cabaña, guisando la carne y las verduras que la gente del clan me daba a cambio de las lecciones que les

impartía para la fabricación de útiles y la cría de ganado. Resultaba divertido, aunque me parecía trágico, pensar que aquellos seres primitivos aprendían de mí. En realidad yo me limitaba a exponerles ideas que no se les habían ocurrido: una vez se infiltraba en sus mentes la noción básica, entraban en acción y realizaban las cosas mucho mejor que las hubiera podido hacer yo. Aprendieron a fabricar flechas certeras, a construir corrales, a hilar. Yo me limitaba a plantar las semillas: ellos las cultivaban y las cosechaban.

La vida en el valle era grata y sencilla. Con la llegada del verano, los días se prolongaban sin someternos a un calor bochornoso ni a la humedad. El grano crecía y maduraba llenando el valle de frondas doradas que ondeaban a efectos de las suaves brisas estivales. Pensé que aquél era el color de Ormuzd y comprendí que era bueno. Por las noches refrescaba y con frecuencia corrían ligeras brisas. Pasaba largas horas haciendo observar a Ava las fases de la luna, las trayectorias de los planetas, el auge y ocaso de las constelaciones, el triángulo estival que formaban las estrellas en el cielo: Deneb, Altair y Vega. Ella aprendía rápidamente y las preguntas que me formulaba demostraban su afán por seguir instruyéndose.

Dal nos acompañaba en nuestras salidas nocturnas, al principio porque desconfiaba de que estuviésemos a solas, cosa que no podía censurarle. Pero, sin darse cuenta, también él comenzaba a sentir más interés por la astronomía.

—¿Quieres decir que puede prevenirse el cambio de las estaciones antes de que se inicie realmente ese cambio? —preguntaba, incrédulo.

—Sí —repuse—. Por las estrellas puedes saber cuándo debes plantar semillas y cuándo cosechar el grano.

Hizo una mueca de escepticismo.

—¿Plantar semillas? ¿Qué quieres decir?

Aquella sugerencia fue origen de largos debates nocturnos sobre el crecimiento de las plantas. Creo que debí de ser el primero en explicar la semejanza existente entre los pájaros y las abejas, el crecimiento de las plantas y la sexualidad humana, pero en términos totalmente opuestos a los que utilizaban los padres en el siglo xx para ilustrar a sus hijos, es decir, basándome en la sexualidad humana, que Dal y Ava comprendían perfectamente, para explicar el crecimiento de las plantas a partir de las semillas.

Al igual que sucedía con los niños, les resultó difícil aceptar aquella idea.

—¿Quieres decir que si depositamos unas diminutas semillas en el suelo crecerá un inmenso campo de trigo?

Ante mi respuesta afirmativa, Dal movió incrédulo la cabeza, pero Ava se quedó pensativa fijando sus grises ojos en un punto indefinido.

Exceptuando aquella noche de locura en que se celebró el ritual sangriento, Ava y yo apenas nos rozábamos. Yo seguía deseándola, pero era la mujer de Dal y aún tardaría cien siglos en inventarse la palabra que calificaría el interés que demostraba hacia mí: platónico. Ava buscaba mis conocimientos, no mi amor ni siquiera mi compañía.

Una tarde en que Dal había salido al frente de una expedición de caza en el extremo opuesto del valle, donde podían acorralar fácilmente a los animales contra las rocas, descubrí que Ava observaba gravemente los campos donde maduraba el grano. Como los restantes miembros del clan, había engordado ligeramente. Puesto que ya no teníamos que efectuar largas marchas diarias porque la caza era abundante, todos habíamos ganado peso.

Pero Ava mostraba una expresión tan concentrada que me decidí a interrogarla sobre el problema que la preocupaba.

—¿Qué ocurre, A va?

Ella pareció sorprendida.

—¡Ah! ¡Eres tú!

—¿Sucede algo malo? —le pregunté.

—¿Malo? ¡No, no, nada de eso! —repuso volviendo su mirada hacia el mar de doradas espigas que oscilaba suavemente bajo el sol a impulsos de la brisa.

—¿No crees lo que te dije hace unas noches acerca de la posibilidad de plantar simientes y cultivar cosechas de grano? —indagué.

Me sonrió con tristeza.

—Yo sí te creo. Comprendí perfectamente tus explicaciones. Pero estaba pensando... —Vaciló y por la concentrada expresión de su rostro me di cuenta de que se esforzaba por ordenar sus ideas.

Aguardé en silencio. Estaba muy hermosa y yo ansiaba abrazarla, pero sabía muy bien que ella no lo deseaba.

—Supongamos... —comenzó en tono lento y vacilante—, supongamos que pudiera realmente cultivarse el grano tal como dices, supongamos que nos quedásemos aquí, en este valle, constantemente, en invierno y en verano. Podríamos cultivar cereales y disponer corrales para los animales contra las rocas, no tendríamos que salir cada día de caza y podríamos establecernos aquí y vivir mucho más cómodamente...

Hice una señal de asentimiento. Por lo menos en la mente de una mujer neolítica se había iniciado la transición de una existencia de caza y

recolección a otra agrícola y sedentaria.

—¿Y en el caso de que el grano no creciese? —preguntó.

—Crece cada año, ¿no es así? Lo comprobáis siempre cuando regresáis al valle.

Ella lo admitió de mala gana.

—Comienza a crecer cuando estamos lejos. ¿Crecería de igual modo si permaneciésemos aquí constantemente?

—Sí —le aseguré—. Incluso encontraréis sistemas para mejorar su cultivo.

—¿Y no preferirá su espíritu la soledad? ¿No morirá el grano si nos quedamos aquí?

—¡De ningún modo! El espíritu del grano se hará más fuerte si le ayudáis vigilándolo, eliminando las malas hierbas que lo ahogan y extendiendo la semilla por otros puntos del valle donde aún no crece.

Me daba cuenta de que ella se esforzaba por creerme, pero las antiguas supersticiones, los hábitos que le habían sido inculcados y la pertinaz obstinación de cualquier cambio que pudiera despertar la ira de los dioses eran más fuertes en ella que la brillante promesa de aquella nueva idea.

—Voy a dar un paseo —dije, presa de repentina inspiración—. ¿Me acompañas?

Ava aceptó mi invitación. Emprendimos la marcha atravesando el campo de altas y doradas espigas hasta las rocas que el glaciar había arrinconado en el extremo más apartado del valle.

Durante el camino fuimos hablando. Ava insistía una y otra vez en el tema de la agricultura y la ganadería, tratando de descubrir cuáles serían sus puntos débiles y dónde podría esconderse algún fallo, una trampa que pudiera representar la desgracia del clan.

Yo hubiera podido decirle que una vez que interrumpieran su vagabundeo y renunciasen a la caza, se establecerían en poblados sedentarios, que seguidamente se convertirían en sociedades jerarquizadas de campesinos y reyes y que, finalmente, surgirían las diferencias de clase entre pobres y ricos. También hubiera podido decirle que los enfrentamientos que de vez en cuando se producían entre las tribus y con los que ella estaba familiarizada, se recrudecerían convirtiéndose en guerras entre pueblos, posteriormente entre ciudades y, por último, en conflagraciones que bañarían en sangre el mundo. Y asimismo hubiera podido hablarle de ciudades en las que hormiguaría la gente y de la contaminación y amenazas de superpoblación, holocausto nuclear y degradación ambiental.

Pero no dije nada. En aquel radiante amanecer de la civilización humana, permanecí en silencio y dejé que Ava reflexionase por sí misma sobre aquella perspectiva.

Cuando llegamos al pie de las rocas entorné los párpados para mirar a la cumbre que se recortaba contra el claro cielo.

—Creo que voy a escalar estos peñascos. ¿Quieres subir conmigo?

—¿Subir? —Se echó a reír—. Es imposible subir por esa pendiente. Bromeas.

—No, de ningún modo, estoy convencido de que podemos llegar a la cumbre.

—Es demasiado escarpado. Dal lo intentó en una ocasión y tuvo que renunciar. No es posible el ascenso.

Me encogí de hombros.

—Podemos probarlo nosotros dos. Quizá entre ambos lo consigamos, mientras que uno solo no lo lograría.

Ella me miró con curiosidad.

—¿Por qué quieres llegar donde nadie ha estado antes?

—Precisamente por eso —dije—, porque nadie lo ha logrado aún y deseo ser el primero. Quiero ver cómo es el mundo desde un lugar jamás hollado.

—Me parece muy disparatado.

—¿No has hecho nunca algo simplemente porque querías hacerlo? ¿Jamás has deseado hacer algo que nadie había hecho?

—No —respondió, aunque no parecía muy convencida. Contempló la masa rocosa con expresión de gran asombro—. Todos hacemos las cosas como se han hecho siempre: ése es el mejor sistema. Tal como lo hicieron nuestros padres y nuestros abuelos.

—Pero en algún lugar y momento uno de ellos debió de hacer algo por vez primera. Siempre ha habido una primera vez para todo.

Ella me miró severamente: estaba desafiando la cómoda rutina instituida en su mundo y no se sentía muy satisfecha con ello. Pero, suavizando su expresión, me preguntó:

—¿Crees realmente que podremos llegar arriba?

—Si lo intentamos los dos, estoy convencido de ello.

Se volvió y contempló nuevamente los peñascos. Sin duda eran muy escarpados, pero me constaba que incluso un aficionado se hubiera atrevido a escalarlos, y yo tenía la innata certeza de que Ormuzd me había programado con mucha más fuerza y habilidad que a cualquier aficionado.

Ava apartó su mirada de las amenazadoras rocas y se volvió a contemplar los campos dorados de grano que habíamos dejado atrás y que ondeaban a la suave brisa del atardecer.

—Sí —me dijo sonriente y llena de impaciencia—, también deseo ver qué hay sobre esas rocas.

Utilizamos cuerdas de fibras vegetales, y nuestros pies descalzos, endurecidos y encallecidos por el viaje, sustituyeron a las botas de escalar, pero la accidentada superficie no fue en ningún momento tan amenazadora como nos había parecido a simple vista. Invertimos dos horas de esfuerzos continuados hasta que, por fin, sudorosos y cansados, llegamos a la cima.

El espectáculo que desde allí divisamos justificaba nuestras fatigas.

Ava, aún jadeante, sonrió complacida observando boquiabierta el inmenso panorama que se extendía a lo lejos, de este a oeste, valle tras valle y río tras río, discurriendo hacia el sur entre los campos dorados. Por encima de nuestras cabezas se erguía amenazador el monte Ararat, que se recortaba en un cielo despejado, sin nubes, de cuya cumbre nevada, que brillaba bajo el sol, ascendía una delgada columna de humo. Y más allá, hacia el norte, aparecía una vasta extensión de hielo, resplandeciente como un inmenso diamante, que hería la visión cuando se contemplaba demasiado tiempo. Comprendí que aquel enorme glaciar que seguía cubriendo la mayor parte de Europa se estaba retirando hacia el norte a medida que aquel período desapacible cedía el paso a un clima más benigno.

—¡Hay tanto que ver! —gritó Ava—. ¡Mira qué pequeño se ve nuestro valle desde aquí!

—Es un gran mundo —convine con ella.

Contempló nuevamente el valle y su rostro perdió paulatinamente aquella exultante alegría. Volvió a fruncir el entrecejo.

—¿Qué sucede? —le pregunté.

—Si viviéramos lejos de los demás —comenzó volviéndose hacia mí—, si encontrásemos un lugar para nosotros, donde no estuviera nadie más... sólo tú y yo juntos...

Me quedé estupefacto.

—¿Qué estás diciendo?

Pero en su lenguaje no existían palabras para expresar lo que sentía.

—Orión —dijo con voz baja y temblorosa—, quisiera estar contigo, quisiera ser tu mujer.

Corrió hacia mí y la estreché entre mis brazos sintiendo contra el mío el contacto de su cuerpo fuerte y esbelto. Por un espacio de tiempo que nos

pareció una eternidad seguimos estrechamente abrazados, acariciados por el cálido sol y sintiendo hervir nuestra sangre.

—Pero no es posible —susurró tan quedamente que apenas pude oírla.

—¡Sí, claro que es posible! Este mundo es muy grande y está vacío. Podemos encontrar un lugar para nosotros y fundar nuestro hogar en él.

Me miró y la besé. Ignoro si se había inventado el beso entre aquella gente, mas a ella le pareció algo muy natural.

Sin embargo, cuando nuestros labios se separaron, sus ojos estaban llenos de lágrimas.

—No puedo irme contigo, Orión. Soy la mujer de Dal: no debo dejarle.

—Si quieres, puedes hacerlo.

—No, le avergonzaría ante todos. Tendría que organizar nuestra persecución por los hombres del clan. Se vería obligado a matarte y a llevarme de nuevo con él.

—¡Jamás nos encontraría! —le aseguré—. Y, si así fuera, no podría matarme.

—Entonces tendrías que matarle tú por mi culpa —repuso.

—¡No! ¡Podríamos irnos muy lejos...!

Pero ella movió negativamente la cabeza mientras se desprendía de mis brazos con suavidad.

—Dal me necesita. Es el jefe del clan. ¿Y cómo podría dirigirlo si su mujer le abandona? No está tan seguro de sí mismo como tú crees. Por las noches, cuando estamos solos, me cuenta sus dudas y temores. Él te teme, Orión, pero es lo bastante valiente para superar su miedo porque comprende que tu influencia puede ser beneficiosa para todos. Antepone su responsabilidad hacia los demás al temor que siente hacia ti. Y yo también debo anteponer mi responsabilidad hacia ellos por encima de mis deseos.

—¿Y yo? —pregunté sintiendo crecer la ira en mi pecho—. ¿Qué debo hacer yo?

Ella fijó en mí su profunda mirada.

—Tú eres fuerte: tus fuerzas superan las de cualquier ser humano. Has sido enviado para ayudarnos, lo sé. Apartarme de Dal y del clan no serviría de ayuda para ellos. Los destruiría a todos y tú no te encuentras aquí para eso.

Podía haberle respondido, podía haberme limitado a cogerla y llevármela, pero ella hubiera huido para regresar con los suyos aprovechando cualquier descuido por mi parte y me hubiera odiado toda la vida.

De modo que me aparté de su lado y contemplé el sol que se ponía en el oeste.

—Es hora de que regresemos —murmuré—. ¡Vámonos!

CAPÍTULO XXIX

El grano estaba ya tan crecido que me llegaba a los hombros; entre los componentes de todos los clanes aumentaba día a día la expectación y la impaciencia por cosecharlo.

Yo me mantenía distante: les había enseñado todo cuanto podía y estaba tan a la expectativa como ellos. Pero no porque aguardase el momento de cosechar, sino porque esperaba a Ahrimán. Sabía que él volvería, que estaba planeando atacar a aquellas gentes, a mí, a toda la futura existencia de la humanidad, y aguardaba con creciente impaciencia.

Registré minuciosamente todo el valle, busqué por las cuevas que se formaban entre los escabrosos peñascos tratando de encontrar al Oscuro, pero sólo logré descubrir culebras, murciélagos, frío, humedad y goteras. En una de las cuevas tropecé con un oso, que estuvo a punto de aplastarme el cráneo de un zarpazo con sus poderosas garras si no me hubiera agachado a tiempo saliendo a gatas de su guarida antes de que pudiera alcanzarme.

Sabía que él se encontraba allí, en algún lugar, aguardando a que llegara el momento oportuno, escogiendo el punto de ataque. Mi única alternativa era esperar. Ormuzd no volvió a aparecerseme para facilitarme más información, ni siquiera el insignificante consuelo de demostrarme que seguía existiendo y preocupándose de mi existencia. Me encontraba solo, instalado allí como una bomba de relojería escondida bajo tierra, aguardando a entrar en funcionamiento.

Ava se mantenía distante y cuanto menos coincidía con ella más veía a Dal, que acudía casi diariamente a mi cabaña. Al principio creí que estaba armándose de valor para provocar un enfrentamiento conmigo, pero paulatinamente, viendo cómo trataba de entablar conversación con aire vacilante e indeciso, comprendí que intentaba cobrar ánimos para abordar un tema que le resultaba mucho más difícil que emprender una simple lucha.

—El grano estará pronto en condiciones de ser cosechado —dijo un día, a última hora de la tarde.

Yo estaba sentado en el suelo, frente a mi cabaña, adaptando una nueva hoja de sílex a la empuñadura de piedra de mi cuchillo. Uno de los ancianos del clan, artista consumado, fabricaba instrumentos afilados de sílex, por lo

que se le permitía seguir con el clan, aunque ya era demasiado viejo y lento para cazar.

Dal se sentó en el suelo, a mi lado, con una sonrisa forzada.

—Si durante dos días no llueve podremos cortar el grano.

—Tiene muy buen aspecto —dije.

—Sí.

Le observé inquisitivo.

—¿Qué te preocupa, Dal?

—¿A mí? ¡Nada! —repuso tan bruscamente que comprendí que estaba muy preocupado.

—¿He hecho algo malo? —le pregunté.

—¿Tú? ¡No! ¡Claro que no!

—Entonces ¿de qué se trata?

Trazó unas señales en el polvo con el dedo, como un escolar avergonzado.

—¿Se trata de Ava? —me interesé.

Me observó un instante, indeciso, y luego volvió a fijar la mirada en el suelo. Me puse en guardia.

—Se trata de ella y de las cosas que le has estado contando —repuso—. Ava opina que podríamos quedarnos en este valle para siempre.

No respondí.

—Según dice, tú le has asegurado que deberíamos estabular los animales contra las rocas y quedamos aquí cuando vengan las nieves. —Se había expresado rápidamente, como si temiera interrumpirse—. Y también dice que la próxima primavera podríamos plantar las semillas del grano por todo el valle y conseguir unas cosechas tan abundantes como jamás se han visto.

Me dirigió una mirada acusadora.

—También te he explicado esas cosas a ti —repuse—. Os las dije a los dos.

Dal movió afirmativamente la cabeza.

—Pero ella te ha creído.

—¿Y tú no?

—Yo no sé qué creer.

Estaba sinceramente confundido.

—Es cierto que aquí estamos bien y que podríamos resguardarnos en las cuevas cuando llegue la nieve. Mientrasuviéramos fuego encendido, podríamos refugiamos en ellas y mantenemos calientes y secos.

—Así es —repuse.

—Pero nuestros padres nunca hicieron algo semejante. ¿Por qué hemos de abandonar la existencia que ellos llevaron?

—Tus padres no siempre vivieron de ese modo —le dije—. Hace mucho tiempo tus antepasados vivían lejos de aquí, en un país donde siempre hacía calor y podían recoger los frutos de los árboles y llevar una existencia cómoda y feliz durante todo el año.

Su mirada revelaba claramente que no quería creerme.

—Entonces me pregunto por qué dejaron semejante paraíso.

—Fueron arrojados de allí por un cambio de clima —respondí—. Los árboles se secaron; el país cambió. Tuvieron que desplazarse a otro lugar y comenzaron a vagabundear como hacéis vosotros, en pos de los rebaños de animales.

—Pero su número es cada vez más reducido —dijo Dal centrando su mente en el presente y desechando antiguas leyendas que no creía del todo—. Cada año debemos desplazarnos más lejos y nos resulta más difícil cazar.

Hice un gesto señalando los campos.

—Aquí crece el grano espléndidamente y hay suficientes animales para alimentarlos a todos vosotros si los estabuláis y aprovecháis sus crías. Si aprendéis a cuidar de ellos, suministrarán toda la carne, leche y lana que necesitan los clanes que se reúnen en el valle.

Estaba realmente perplejo. Era un problema demasiado arduo para él.

—El grano es bueno —admitió lentamente—, conseguimos excelentes alimentos de él y una bebida que te produce la sensación de estar volando.

Pan y cerveza, los dos elementos básicos de la agricultura. Me pregunté qué ofrecería mayor aliciente para Dal y llegué rápidamente a la conclusión de que la cerveza le parecería más importante que el pan.

—Entonces ¿por qué no quedarse aquí donde se cultiva tan excelente grano? Podéis almacenarlo en las cuevas una vez cortado. Y si lo cultiváis en bastante cantidad, incluso podréis alimentar con él a los animales que criéis.

Dal frunció profundamente el entrecejo y se preguntó en voz alta:

—Pero ¿qué harían los espíritus de nuestros padres si dejásemos de seguir las huellas de la caza? ¿Qué pensarían si renunciásemos a sus modos de vida?

Me encogí de hombros.

—Probablemente se alegrarían de que hubieseis encontrado un mejor modo de vida.

—Los ancianos dicen que si nos quedamos aquí todo el año el grano no crecerá.

—¿Por qué?

—Su espíritu se agostará si vigilamos constantemente los campos.

Me pregunté si los ancianos estarían intuyendo oscuramente la idea de contaminación ambiental.

—El grano crece con tal de que brille el sol y caiga la lluvia. Todo es completamente natural y sucederá lo mismo tanto si estáis aquí vigilándolo como si no.

—Cazar es bueno —murmuró Dal—, constituye nuestro modo de vida.

«Y yo voy a destruir ese modo de vida y convertirlos en granjeros». En el fondo de mi corazón comprendía que su instinto le impulsara a apartarse de las nuevas ideas que yo había infiltrado en su mente. Durante miles y miles de generaciones los seres humanos habían sido cazadores: su mente y su cuerpo estaban conformados para la caza y habían constituido sus sociedades en torno a ella. Y, de pronto, yo les proponía que vivieran existencias más cómodas renunciando a su medio de vida, dedicándose a la agricultura y a la ganadería. Evidentemente la agricultura sería el primer paso que daría la humanidad hacia el absoluto dominio del planeta, pero tendrían que renunciar a la existencia «natural» que llevaban, tendrían que perder su libertad, la rudimentaria democracia en la que todos los miembros del clan tenían iguales derechos y obligaciones.

Por un instante me pregunté si les estaría haciendo algún bien, pero luego comprendí que no se trataba de elegir entre distintos estilos de vida: la alternativa radicaba en dedicarse a la agricultura o abocar en la posible extinción de la especie. Tendrían que pagar un duro precio por su supervivencia, pero se trataba de pagar aquel precio o morir.

Me preguntaba si aquello formaría parte de los designios de Ormuzd. ¿Tendría algún plan formado o habría decidido simplemente mantenerse a salvo del Oscuro a costa de lo que fuese? Mientras seguía allí sentado estudiando el rostro de Dal, intensamente concentrado por las dudas y la preocupación, me sentí impulsado a decirle que olvidase el asunto y siguiera viviendo como siempre lo había hecho. Pero entonces recordé al muchacho que había muerto de una simple infección, pensé en cuán delgados y harapientos estaban mientras perseguían las piezas de caza y vivían de cuanto podían capturar en cada jornada. Recordé que la mayoría se consideraban ancianos a una edad en que aún serían jóvenes en épocas posteriores y comprendí que su existencia cazadora les permitía simplemente mantenerse en un estado que rozaba constantemente los límites del exterminio. Ahrimán no tendría que esforzarse mucho para acabar con la raza humana.

—Es cierto que la caza ha constituido vuestro modo de vida —dije a Dal—, y es un sistema muy conveniente para vuestro clan, pero no es el único ni el mejor.

No parecía convencido y sí muy preocupado. Dal era un hombre honrado y sincero. No sabía qué creer y era demasiado responsable para tomar una decisión sin estar totalmente convencido.

—Ava desea quedarse —murmuró—, pero los ancianos dicen que no debemos hacerlo.

Apoyé una mano en su hombro.

—Habla con el clan, dirígete a toda la gente que ha venido al valle y explícales lo que os he dicho. Si quieres, también yo les hablaré informándolos de cómo crece el grano. Los espíritus de vuestros padres no se enfadarán con vosotros: se sentirán muy satisfechos de que hayáis mejorado vuestro sistema de vida.

Sonrió débilmente.

—¿De verdad crees que estarán contentos?

—Estoy seguro de ello.

Se levantó y estiró sus agarrotadas piernas. Hizo una señal de asentimiento con la cabeza y me dijo:

—Hablaré a los clanes y les contaré lo que me has dicho.

Se sentía aliviado por no tener que tomar aquella decisión. Sometería el asunto a votación y se liberaría de la carga que pesaba sobre sus hombros, o por lo menos así lo creía.

Pese a que aquellos reducidos grupos neolíticos contaban con menos de cien adultos, hubieron de transcurrir tres noches antes de que Dal lograra reunirlos a todos para dirigirles su exposición.

Yo me quedé fascinado viendo funcionar aquella primitiva burocracia. Los miembros de cada clan tuvieron que discutir entre ellos la idea de tal reunión, mientras que los ancianos se extendían detallando minuciosamente cómo se habían desarrollado semejantes conferencias en el pasado, qué lugar debían ocupar sus clanes en relación con los restantes, quién sería el responsable de encender el fuego y quiénes hablarían y en qué orden.

Para aquella gente al parecer tan sencilla, la ocasión de reunirse con sus semejantes era un acontecimiento, un espectáculo, así como el importante momento de tomar decisiones, y disfrutaban con los detalles y los preparativos preocupándose por el protocolo por el mero deleite y excitación de tener algo en que ocuparse.

Al final todos se reunieron en torno a una enorme hoguera central que había sido dispuesta en las proximidades del lugar donde estaba instalado el clan de la Cabra. Los ancianos de cada grupo pasaron las primeras horas de la noche relatando una vez más sus anécdotas más importantes, estableciendo cada uno de ellos la historia de su clan y su importancia mediante monótonas leyendas que cuantos se habían reunido en lomo al fuego conocían de memoria, palabra por palabra, pero todos permanecieron inmóviles escuchando pacientemente aquellas historias de monstruos, héroes, dioses, doncellas, valor y astucia, y parecían disfrutar enormemente, por lo menos como cualquier familia del siglo xx disfrutaría pasando una velada ante el televisor.

Por fin tuvo Dal ocasión de formular su propuesta a la multitud allí reunida. Había oscurecido totalmente y la noche estaba muy avanzada. Pese al resplandor del fuego podían distinguirse en el firmamento las estrellas que anunciaban el otoño. Mi constelación homónima, Orión, ascendía sobre un horizonte que se recortaba como los dientes de una sierra, mirando hacia mí. Me parecía distinta de como la había visto en otras épocas, aunque fácilmente reconocible. Estaba algo ladeada y eran cuatro las estrellas que brillaban en su cinturón en lugar de tres.

Aunque Dal no era orador, expresó en términos claros y sencillos la propuesta de permanecer en el valle durante todo el invierno, algo vacilante e indeciso, pero exponiendo la idea básica de estabular los animales contra las rocas y sacrificarlos de acuerdo con las necesidades en lugar de darles caza, y alimentarse con el grano que crecía en el valle e incluso cultivarlo más extensamente de como crecía de modo natural.

Los allí reunidos le escucharon pacientemente sin interrumpirle, aunque advertí que muchos ancianos movían dubitativamente la cabeza haciendo oscilar al unísono sus grises barbas.

—Y si queréis más información —dijo Dal finalmente—, Orión os la dará con mucho gusto. Ante todo debo haceros constar que todo ha sido idea suya.

Un coetáneo de Dal que pertenecía al clan del Lobo se puso en pie bruscamente.

—No tenemos intención de instalarnos en un lugar de modo definitivo. Los espíritus de nuestros padres proveen por nosotros cada año. ¿Cómo podrán prepararnos el grano si nos quedamos vigilando constantemente? Los espíritus se marcharán y el grano morirá.

Dal, incómodo, se volvió hacia mí. Yo estaba sentado en un extremo de la zona ocupada por el clan de la Cabra, en un lugar casi aislado entre varios

clanes. Me levanté y di un paso adelante acercándome al fuego para que todos pudieran verme. Quería que comprobaran por sí mismos que, aunque fuese un extraño, era un hombre y no uno de los monstruos armados hasta los dientes que los ancianos habían mencionado anteriormente.

—Soy Orión —dije—, un recién llegado a esta parte del mundo. Cazar me gusta tanto como a cualquiera de vosotros, pero sé que existe un mejor sistema de vida, un modo que nos aportará a todos mayor placer y comodidad y que nos permitirá alimentarnos durante todo el año. Los niños estarán sanos y robustos incluso entre la nieve y los fríos del invierno. Todos seremos capaces de...

Repentinamente me vi interrumpido por unos alaridos espeluznantes que interrumpieron el silencio nocturno mientras que a nuestro alrededor comenzaban a brotar llamaradas.

Los presentes huyeron en desbandada. Una lanza chocó en el suelo, cerca de mis pies. Gritos y alaridos brotaban por doquier mientras hombres y mujeres caían al suelo atravesados por las lanzas. La hoguera silbaba a causa de las salpicaduras de sangre. Aterrados, corrieron todos a refugiarse en sus cabañas. Pero Dal no se dejó arrastrar por el terror.

—¡Están quemando el grano! —rugió—. ¡Coged vuestras armas!

Entre las vacilantes llamas distinguí a unos hombres desnudos, con los cuerpos horriblemente pintados, que se abalanzaban hacia las cabañas. Algunos empuñaban antorchas encendidas; otros enarbolaban lanzas.

—¡Son demonios! —gritó Ava.

Realmente, tal como iban pintados y con los reflejos que producían las llamaradas en sus brillantes cuerpos, no parecían seres humanos.

Dal arrancó una lanza del cuerpo de un compañero caído y corrió hacia uno de aquellos guerreros. Ava se lanzó tras él, recogió otra lanza del suelo y acudió a su lado. Otro proyectil pasó silbando sobre mi cabeza. Tres de aquellos extraños guerreros irrumpieron en una de las cabañas y desde ella nos llegaron alaridos de terror.

Todo sucedió en pocos segundos. Corrí hacia mi cabaña, derribando a dos enemigos que trataban de detenerme y tomé mi arco y un puñado de flechas. En el exterior seguían oyéndose gritos y sollozos y la voz de Dal clara y dominante, que sobresalía entre el estrépito y la confusión de la batalla.

Cuando me agachaba para salir de mi cabaña, un guerrero con el cuerpo pintado se abalanzó sobre mí apuntando contra mi pecho con su lanza. Me aparté a un lado y le asesté un golpe mortal en la nuca que lo derribó en el suelo. Salté sobre su cuerpo, salí al exterior y me encontré entre el ardor de la

batalla, multiplicados mis reflejos por la excitación, despiertos y aguzados todos mis sentidos en su más alto grado. Sentía una salvaje alegría: la espera había concluido, se había iniciado la batalla.

Dispuse una flecha en mi arco y la disparé contra el cráneo de un enemigo. Dal y Ava estaban a mi derecha y se valían de sus lanzas para repeler la agresión de cuatro guerreros. Derribé a uno de ellos mientras Dal destripaba a otro. Ava hincó la rodilla en tierra enfrentándose a otro enemigo, a quien ensartó por debajo. El hombre se derrumbó sobre ella, pero la muchacha logró liberarse inmediatamente de su carga, arrancó su lanza y se sumó nuevamente a la lucha. Por entonces yo había atravesado con una flecha el cuello del cuarto guerrero.

A la luz del fuego provocado en los graneros, pude comprobar que muchos miembros del clan yacían en el suelo, pero éramos muchos más los que seguíamos en pie, luchando. Los guerreros invasores estaban retrocediendo, arrojándonos sus antorchas para repeler nuestra persecución.

Preso de ciega ira me abalancé hacia ellos. Los perseguí rugiendo furioso y disparándoles mis flechas y, cuando las agoté, así una lanza de un enemigo caído y cargué contra ellos desahogando toda la furia que se había acumulado en mí. Derribé al primero que se interpuso en mi camino de un lanzazo oblicuo contra su cráneo, usando el arma como una barra. A mi lado surgió otro guerrero, al que clavé el arma en los intestinos. Se la arranqué del cuerpo entre sus alaridos de dolor y acuchillé a un tercero en el rostro.

Me había parecido que transcurría más tiempo, pero al cabo de unos segundos mi lanza estaba totalmente ensangrentada y me resbalaba de la mano aunque yo seguía utilizándola contra todo aquel que quedaba a mi alcance. Los restantes guerreros huyeron con ojos desorbitados por el terror, pero seguí persiguiéndolos, matando a uno tras otro a medida que les iba dando alcance. A mi espalda se oían los gritos de Dal y sus compañeros.

Estuve persiguiéndolos en su retirada hacia las distantes rocas: sin duda trataban de guarecerse en las cuevas allí existentes. Uno de ellos tropezó y cayó delante de mí, le atravesé con la lanza y le hice morder el polvo. Mientras exhalaba su último suspiro, arranqué el arma de un fuerte tirón y reanudé la persecución.

Los invasores se habían diseminado en todas direcciones arrojando sus lanzas por el camino, en un intento desesperado de escapar de mi sangrienta ira. Reduje la marcha y me volví. A lo lejos, Dal y los nuestros habían concentrado sus esfuerzos en el fuego que los invasores habían provocado en

los campos de trigo. Descubrí que Ava, sucia de sangre de sus enemigos, agitaba triunfante los brazos sobre su cabeza instándome a regresar.

Pero seguí adelante, dirigiéndome hacia aquellas cuevas en las que sabía acechaba Ahrimán. Era él, nadie más que el Oscuro, quien había organizado aquella incursión. Sabía que él tenía que estar allí y avanzaba inexorable en su busca, con las manos ya empapadas en la sangre de sus cohortes. Corría como un autómatas, locamente, acosando al Oscuro, ansiando con todas las fibras de mi ser sumar su sangre a aquella que ya oscurecía mi lanza.

Al pie de los peñascos reinaba la oscuridad, ni siquiera llegaba el resplandor que proyectaban las llamas del campo, pero entre el silencio y las tinieblas, donde ni siquiera se dejaban oír los insectos ni las bestias nocturnas asustadas por el estrépito de la lucha, percibí la respiración y el tenue rumor de pisadas sobre el duro suelo.

Comprobé que tenía tres enemigos a la izquierda que aguardaban para atacarme y otros dos a la derecha dispuestos a rodearme y hacerme caer en una trampa.

Avancé como si ignorara su presencia, pero en el instante en que saltaban hacia mí, giré en tomo y barrí sus piernas con mi lanza como si fuese una guadaña y derribé a tres de ellos. Mientras caían en confuso montón enarbolé la ensangrentada arma en la mano derecha y arremetí contra el más próximo de los otros dos que estaban a mi espalda. El impacto que produjo en su pecho fue más sonoro que el breve gemido de agonía que profirió cuando caía mortalmente herido. Rematé apresuradamente a los tres que estaban en el suelo con las manos desnudas y el único guerrero superviviente huyó tratando de ponerse a salvo.

Me apoderé de tres lanzas de mis víctimas y me dirigí hacia la cueva más próxima. No podía adivinar si Ahrimán estaría allí, pero estaba seguro de que le encontraría.

La cueva estaba oscura como boca de lobo, ni un solo rescoldo iluminaba sus insondables tinieblas, mas, sin pensarlo un instante, me adentré en ella enardecido por una furia cegadora.

Me salvó la vida el gruñido del oso que allí moraba. Si la bestia hubiera estado tan resuelta a matar como yo, habría esperado a tenerme a su alcance y entonces me hubiera aplastado con sus poderosas garras, pero era sólo un animal que defendía su guarida; no tenía el maligno odio que alimentan los seres humanos. Antes de atacarme, lanzó un gruñido que me puso sobre aviso. Me abalancé contra él empuñando las tres lanzas y tuve la fortuna de alcanzarle el corazón o los pulmones. Una de las armas se quebró en mis

manos, pero las otras dos se hundieron en su cuerpo y el animal murió lanzando un espantoso alarido de agonía.

De pronto se enfrió en mí el ansia asesina. Estaba empapado en sudor, cubierto de sangre de los pies a la cabeza, temblando por el agotamiento físico y las emociones experimentadas. Matar a otros seres humanos no había significado nada para mí, pero sacrificar a aquel oso había apagado toda mi furia. En la profunda oscuridad de aquella cueva, me dejé caer en el suelo con las manos en las rodillas, jadeando y casi llorando de vergüenza y pesar.

Durante varios minutos permanecí en aquella posición. Poco a poco recobré las fuerzas y con ellas mi resolución. Ahrimán estaba allí, lo sabía, podía sentirlo. Aquel oso debía de haber sido una de las defensas que utilizaba contra mí, como en otro tiempo había usado a las ratas en una cueva artificial para matar a la mujer que amaba.

Arranqué una de las lanzas del cuerpo inmóvil y aún caliente del oso y pasando sobre su cadáver avancé a tientas en las sombras cada vez más intensas de la húmeda cueva. Aunque en aquella negra sima resultaba inútil la visión, mis restantes sentidos estaban totalmente despiertos y aguzados hasta el límite de sus posibilidades.

Pero, al igual que no podía distinguir nada, tampoco percibía ningún sonido, salvo mi desacompasada respiración y el rumor casi imperceptible de mis pasos. Deslicé una mano por la áspera pared mientras con la otra seguía empuñando la lanza y avancé cautelosamente tanteando como un ciego en la oscuridad en busca del enemigo que, estaba seguro, me estaría acechando.

El repentino resplandor de una luz cegadora me dejó paralizado. Y seguidamente me sumí de nuevo en las sombras a consecuencia de un terrible impacto que recibí en la cabeza.

CAPÍTULO XXX

Con un escalofrío mortal abrí los ojos y descubrí que me hallaba en una caverna totalmente recubierta de resplandeciente, traslúcido y frío hielo. El suelo y las paredes eran lisos y pulidos, de un blanco azulado. El techo, muy alto, estaba cargado de estalactitas. Observé cómo se condensaba mi aliento en el aire y me estremecí involuntariamente.

Me encontraba en algún lugar subterráneo bajo la rocosa superficie del Ararat: un escondrijo muy natural para el Oscuro. Ahrimán se sentaba incongruentemente tras una ancha y pesada losa de madera, como una gruesa plancha arrancada de un árbol corpulento, cuya parte superior estaba pulida de tal modo que se distinguía en ella el reflejo de su cetrino y siniestro rostro y sus poderosos hombros.

Yo estaba sentado en el suelo, con la espalda apoyada contra un afloramiento de la roca. La cabeza me retumbaba a causa del golpe recibido, pero realicé un esfuerzo consciente para aliviar la tensión muscular del cuello y controlé la circulación de mis capilares a fin de reducir la hinchazón. El dolor comenzó a mitigarse.

Tras la amenazadora masa de Ahrimán se veía una caja que despedía un brillo amortiguado y que parecía hecha de madera, pero de una textura densa y negra que recordaba el metal. La parte superior estaba abierta por sus goznes y tenía todo el aspecto de un ataúd.

Ahrimán se sentaba silencioso tras la tabla del escritorio fijando la mirada en su brillante superficie como si pudiera ver en ella cosas no perceptibles para mí. Me moví ligeramente tratando de comprobar mis reflejos. No estaba atado, tenía libres los brazos y las piernas, que parecían responder a mi voluntad sin dificultades.

El Oscuro levantó hacia mí su centelleante mirada. Vestía un traje muy ajustado de fibra metálica que refulgía a la suave luz de la cueva y que se cerraba en el cuello con una piedra reluciente de colores cambiantes a simple vista. Levanté la mirada, pero no distinguí ninguna lámpara, sólo un resplandor que parecía proceder del propio hielo.

—Bioluminiscencia —dijo Ahrimán con un susurro que rechinó dolorosamente en mis oídos.

Le respondí con una señal de asentimiento, más para comprobar cuán dolorida tenía la cabeza que por darle alguna muestra de conformidad. El dolor desaparecía rápidamente.

—Tus amigos han apagado el fuego muy de prisa —prosiguió—. El grano estaba demasiado húmedo: debía haber esperado una semana más para encontrarlo más seco.

—¿Dónde encontraste a esos guerreros? —le pregunté.

Una torva sonrisa iluminó su boca de labios muy finos.

—No resultó difícil. Son muchas las tribus que desean tener la oportunidad de matar y saquear: se enorgullecen de ello. Regresan a sus miserables chozas con un puñado de cabezas cortadas y pueden jactarse ante sus mujeres e hijos de cuán poderosos son.

—¡Tú les incitas a obrar así!

—No necesitan demasiados estímulos: matar forma parte de su modo de vida. Es algo innato en ellos.

—En esta ocasión fracasará —le dije—. Volveremos a encontrarnos.

—Sí, ya me lo dijiste. Dijiste que nos habíamos encontrado dos veces.

—Lo que significa que en esta ocasión te venceré: no lograrás evitar que esta gente desarrolle la agricultura.

Levantó su gruesa mano para interrumpirme.

—¡Estás muy seguro de ello! —susurró—. ¡Estás muy convencido de tu triunfo, de hallarte en posesión de la verdad, de que el Áureo representa la realidad y la victoria!

—¡Ormuzd es...!

—¡Ni siquiera ése es su verdadero nombre, como tampoco el mío es Ahrimán...! Son simples convenciones, mentiras, inventos. Simplificaciones necesarias porque tu mente jamás ha estado preparada para captar toda la verdad en sus infinitas facetas.

Sentí que volvía a encenderse mi ira.

—Conozco bastante la verdad para comprender cuáles son tus propósitos.

—Me propongo la aniquilación de tu especie —repuso Ahrimán—, aunque me cueste todo el tiempo del mundo conseguirlo, aunque signifique acabar con el continuo y destruir todo el universo del espacio-tiempo. No tengo nada que perder, ¿comprendes, Orión? ¡Nada que perder!

Sus ojos enrojecidos me miraban ardientes. Sentí la furia de su ira, su odio, y algo más, algo que no podía identificar, que me pareció la expresión de un pesar interno y perdurable. Pero haciendo caso omiso de aquellas impresiones, le espeté:

—¡Jamás te saldrás con la tuya! ¡Hagas lo que hagas, serás destruido!

—¿De verdad?

—En esta ocasión fracasarás, al igual que fracasaste en otros tiempos. No podrás detener el progreso de la especie humana.

Apoyó sus poderosos brazos en el escritorio y se inclinó hacia delante, ante mí, como una amenazadora nube de tormenta.

—¡Insensato necio! Aún no comprendes la naturaleza del tiempo, ¿verdad? —Sin darme tiempo a responder, prosiguió—: El hecho de que nos hayamos encontrado anteriormente, en otros siglos y lugares, no significa que vayas a derrotarme aquí. El tiempo no es como una vía férrea que se tiende por tramos en un lugar y se fija constantemente, de modo inmutable. El tiempo es como un río o, mejor aún, como un océano. Se mueve, se desplaza, aparta un poco la tierra en un punto y forma una nueva isla más allá. No es inmutable. Si yo triunfase en esta época, aquellas en las que tú y yo nos hemos enfrentado se desintegrarían en un primitivo caos, como si nunca hubieran existido.

Le miré en silencio, fijamente, durante largo rato.

—No te creo —dije por fin—. Estás mintiendo.

Movió lenta y pesadamente la cabeza.

—En esta ocasión venceré yo, Orión. Venceré y se desorganizará todo el espacio-tiempo. El continuo se derrumbará, y aquellos tiempos y lugares donde nos encontramos dejarán de existir.

—No puede ser cierto.

—Lo es. Y te consta que es así. Os destruiré a todos vosotros, los homo sapiens sapiens, a vosotros que sois creación de Ormuzd. Tú y él os desintegraréis en la nada y los míos triunfarán por fin.

—¡Jamás! —exclamé, pero tan quedamente que apenas pude percibir mis propias palabras.

Ahrimán ignoró mi exclamación y siguió recreándose.

—Esa pequeña banda de salvajes no realizará la transición de la caza a la agricultura, como tampoco la llevará a cabo ninguna de vuestras tribus. Tu pueblo seguirá siendo una pequeña, débil y famélica colección de tribus cazadoras dispersas... dotadas de instinto bélico.

Acentuó esta última frase, la saboreó, la siseó como si fuera una justificación de cuanto había hecho, de las existencias que había exterminado, de las perversidades que había cometido.

—Bastaría con dejar que vuestras tribus sedientas de sangre se exterminasen con el tiempo —prosiguió—. Sólo sería necesario enfrentarlas

en sangrientos encuentros, reunir a dos tribus inesperadamente, y vuestros instintos salvajes harían el resto.

—Los clanes no luchan cada vez que se encuentran —protesté—. En este valle están colaborando.

—Únicamente porque se conocen y porque aquí abunda la comida, pero son unos necios despilfarradores. Han reducido notablemente la caza y extinguido algunas especies animales. Te aseguro que en breve escasearán sus recursos.

—Si no se dedican a la agricultura —murmuré.

—No lo harán. Y cuando una de vuestras bandas errantes de cazadores se encuentre con un grupo extraño, se aniquilarán unos a otros.

Moví la cabeza con obstinación, negándome a creerle.

—Son demasiados para que puedas destruirlos a todos. Se extienden por todo el mundo...

—No es cierto —repuso—, los glaciares cubren buena parte del hemisferio norte. Y aunque no fuese así, ¿qué diferencia representaría para mí? Tengo todo el tiempo del mundo para aniquilar a vuestras salvajes tribus errantes. ¡Piénsalo! Significan siglos, milenios, eones, un largo y delicioso festín de víctimas.

Sus ojos, de un rojo hiriente, brillaban de excitación. Yo seguía sentado en silencio e inmóvil, calculando las oportunidades que tenía de saltar sobre la mesa y estrangarlo antes de que pudiera detenerme.

—Y, al final —continuó con una expresión de suprema felicidad—, cuando tus primitivos bebedores de sangre se hayan exterminado entre sí, la desviación que sufrirá el continuo será tan grave que la Tierra, el sol, las estrellas y las galaxias se desplomarán formando un agujero negro en el tiempo. Por fin habrá llegado el fin de todo.

Me abalancé hacia su cuello, pero por su maliciosa mirada de reojo comprendí que había previsto mi reacción situándose bastante lejos de mi alcance para tener tiempo de bloquear mi acometida. Apretó sus poderosos puños y arremetió contra mi rostro. El cerebro me estalló de dolor y volví a perder el sentido.

Me despertó el sonido del agua goteando. Estaba tendido en el duro suelo, sumido en profunda oscuridad. Tardé largo rato en detener las palpitaciones de mi cabeza, aunque tuve que hacer acopio de todas mis fuerzas para controlar mi sistema nervioso y aislar el dolor.

Intenté sentarme y mi cabeza chocó contra la dura roca. Traté de levantarme con ambas manos y descubrí que estaba metido en una estrecha

hendidura. Comprobé que a mi derecha había un muro liso de piedra y a mi izquierda un acantilado de profundidad desconocida.

Comprendí que Ahrimán se había ido para llevar a cabo su misión de alejar a los clanes del valle o exterminarlos. Tenía que liberarme y evitar que consiguiera realizar sus designios.

La visión era inútil: me rodeaba la más profunda tiniebla. El sonido goteante del agua procedía de debajo de mí. Me volví cuidadosamente apoyándome en el estómago y tanteé por el borde hasta donde alcanzaba mi brazo sin encontrar el fondo. Busqué en tomo tratando de encontrar una piedra suelta, que dejé caer hacia abajo. Agucé el oído y concentré toda mi atención, pero no sirvió de nada. Aguardé durante un tiempo que me pareció interminable, mas no distinguí el ruido producido al chocar en el agua. Busqué otra piedra de mayor tamaño y volví a intentarlo. Los segundos transcurrieron lentamente... por fin oí un débil chapoteo que me hizo comprender que muy en el fondo había agua.

Inicié el avance centímetro a centímetro ignorando si me movía en dirección correcta. Aunque la roca parecía inclinarse ligeramente hacia arriba, aquello no significaba que se dirigiera a la superficie, pero no podía pensar en otra cosa, de modo que me arrastré como un topo, ciegamente, desplazándome con lentitud sin saber adónde me dirigía. Únicamente se percibía el sonido de mi respiración, el roce de mi cuerpo arrastrándose y serpenteando por el borde de la roca y el lejano murmullo del agua. La piedra se iba calentando, lo que me recordó el sótano en el que me había atrapado Ahrimán la primera vez que nos encontramos. Pero aquella era una cueva natural, no una burbuja de energía capturada. Comprendí que aquel calor procedía de una fuente natural, del magma del volcán. Acaso estuviera adentrándome hacia el fondo en lugar de desplazarme a la luz del día.

Me detuve jadeante entre la húmeda y densa atmósfera y traté de ordenar mis pensamientos, pero no me sirvió de nada puesto que carecía de la necesaria información, por lo que traté de ponerme en lugar de Ahrimán. ¿Qué se proponía?

La respuesta fue inmediata: destruir al clan de la Cabra.

Me pregunté cómo lo haría. La agresión sufrida por los clanes había fracasado y en aquellos momentos estarían en guardia. En lugar de hacerles abandonar el valle, aquella agresión probablemente les habría hecho comprender cuán valiosos eran los campos de cereales y quizá por entonces ya habrían decidido quedarse allí permanentemente y proteger el grano de posibles merodeadores.

Pero calculé que Ahrimán no era tan necio y que habría previsto que aquello podía producirse.

Por lo tanto, el único propósito del ataque debía consistir en convencerlos de que se quedaran en el valle. Pero aquello carecía de sentido, a menos que Ahrimán planease destruir a la gente y al valle simultáneamente.

¿Cómo lo haría? ¿Con un terremoto? ¿Podría el Oscuro controlar las fuerzas tectónicas? Lo ignoraba, pero mientras yacía tendido en mi oscura prisión rocosa, lo descubrí repentinamente al percibir un sonoro, rompiente y salpicante sonido procedente de las profundidades: en la corriente subterránea se estaba levantando una oleada que crecía por momentos entre la oscuridad.

—¡Una inundación! —exclamé. Y mi voz resonó extrañamente ronca, sofocada entre los angostos confines de la roca.

Mis pensamientos se desbocaron. El calor subterráneo fundiría el hielo de las profundidades, el río que atravesaba el valle brotaría de las entrañas de la montaña en una marea incontrolable y los clanes allí instalados no tendrían ocasión de huir. El valle quedaría anegado con todos los que se encontrasen en él.

Y todo aquello había comenzado a suceder mientras yo me encontraba allí. El agua chocaba ruidosamente debajo de mí, aproximándose, remontándose hasta el lugar donde yacía atrapado en aquella prisión pétrea: yo sería el primero en perecer ahogado. Ahrimán lo había planeado muy bien.

Aunque me constaba que superaría la muerte y volvería a renacer, no por ello deseaba volver a enfrentarme al fin. Sabía que Ormuzd controlaba mi destino, pero cuanta más información recibía sobre él y sus poderes, más cuenta me daba de sus limitaciones. Si sus facultades hubieran sido tan vastas, se habría enfrentado directamente con Ahrimán sin recurrir a mí ni a ningún otro intermediario. Tenía bastantes poderes para arrancarme de la muerte y proyectarme en otros tiempos y lugares, por lo menos así lo había hecho en dos ocasiones, pero ¿qué seguridades tenía de que volvería a hacerlo, ni siquiera de que supiera dónde estaba y la situación en que me encontraba?

Me sentía totalmente solo ante la alternativa de esperar a que subiera el nivel del agua y me ahogase, o sumergirme en ella tratando de encontrar el medio de regresar a la luz del día. El tiempo era vital. Si lograba sobrevivir a aquella prueba, era de primordial importancia que me pusiese en seguida en contacto con Dal y Ava para advertirles a tiempo del desastre que se avecinaba.

Tomé, pues, mi decisión. Aspiré profundamente y rodé por el borde de la roca, dejándome caer como una de las piedras que anteriormente había

arrojado en el agua. Tuve mucho tiempo para poder asustarme pues me había desplomado desde una altura considerable. Orienté mi cuerpo en posición vertical, del mejor modo posible para poder sumergirme, al tiempo que me preguntaba a qué profundidad se encontrarían las aguas y si correría el peligro de romperme la cabeza antes de morir ahogado.

Cuando finalmente choqué con el líquido elemento, lo hice como si hubiera entrado en contacto con cemento, y me hundí seguidamente como plomo en las heladas y negras aguas. Mis nervios quedaron paralizados y experimenté únicamente un doloroso borboteo en los oídos.

Al cabo de un instante que me pareció eterno, mis brazos golpearon contra sólida roca. El río formaba remolinos y se encrespaba contra un muro liso, pero por la contracorriente advertí que me arrastraba por un túnel más profundo, por el que seguía fluyendo. Comprendí que en aquel túnel no habría oxígeno, pero no me quedaba otra opción que seguir el curso del agua. Llené mis pulmones de aire y me sumergí dejándome llevar por la corriente.

En breve se me agotó el aire mientras que el río seguía fluyendo por aquel túnel natural. Comencé a extraer el oxígeno que pude de mi sistema muscular y de mis órganos, utilizando aquellas reservas para alimentar el corazón, el cerebro y los miembros, y empecé a morir poco a poco, como se apagan paulatinamente las luces de una ciudad cuando se produce una avería por sectores. Reduje desesperado mi ritmo cardíaco y me sumergí en una especie de trance catatónico, flotando pasivamente por las aguas subterráneas y pereciendo por falta de oxígeno, sin saber si volvería a ver la luz del día.

Parecía como si hubiesen transcurrido meses, pero finalmente la oscuridad que me rodeaba comenzó a aclararse y salí flotando a la superficie.

Aspiré con fruición y desesperación aire auténtico y vital. Me parecía maravilloso que mi cuerpo retomase a la vida mientras engullía en enormes bocanadas la más preciada sustancia de la tierra.

El río desembocaba en una enorme cueva que se convertía en una extensa cisterna subterránea. Me arrastré hasta alcanzar terreno seco, doloridas todas las partes de mi cuerpo por la falta de circulación sanguínea. Sobre mi cabeza, por una abertura del techo de aquella enorme cueva, se filtraba la luz del sol, pero me sentía demasiado débil para tratar de alcanzarla.

CAPÍTULO XXXI

Permanecí tendido durante largas horas sobre las rocas cubiertas de polvo, incapaz de moverme y tratando de recuperar las fuerzas; entretanto, el nivel del agua siguió creciendo ininterrumpidamente, salpicando y borboteando mientras se llenaba la cisterna subterránea.

En breve comenzó a lamerme los pies mientras que yo seguía tendido sobre el húmedo suelo.

Hice un esfuerzo para levantarme e intenté escalar la empinada pared hacia la abertura por donde llegaba la luz del sol. El muro era arenoso y las piedras se desprendían, lo que dificultaba mi escalada. A cada paso que daba me encontraba en peligro de deslizarme de nuevo hacia abajo, pero seguía esforzándome por remontar la pendiente hasta que, finalmente, logré abrirme paso a través de la estrecha fisura de la roca y salir a la luz del día.

Me volví y comprobé que el río subterráneo estaba llenando aquella cueva. Cuando llegase al techo, el agua rebosaría, desbordándose a través de la roca que la retenía, manando a borbotones hacia el valle, con la fuerza de una gigantesca marea que barrería todo cuanto encontrara a su paso.

Descendí tambaleándome por la escarpada ladera, con las piernas débiles y entumecidas. En las postrimerías de aquel atardecer hermoso y apacible, ante mi confusa visión, el valle se extendía a mis pies: tenía que reunirme cuanto antes con Ava y Dal y prevenir a lodos del inminente peligro que corrían.

Llegué a los campos donde crecían los cereales tambaleándome a causa del agotamiento. Allí se encontraba concentrada la gente segando los altos y espigados tallos con sus cuchillos de sílex. Me acerqué a ellos.

—¡Mirad! —gritó un hombre—. ¡Es Orión!

—¡Ha regresado de entre los muertos!

Abandonaron su trabajo y se reunieron en torno a mí, a respetuosa distancia.

Alcé las manos en ademán de salutación, pero me venció el cansancio y, sin poder articular palabra, caí desvanecido.

Cuando abrí los ojos, descubrí que Ava me observaba con expresión preocupada en su bello rostro.

—Estás vivo —dijo gravemente.

—Sí —gruñí—. Pero muerto de hambre.

Mire en tomo y descubrí que estaba en mi cabaña, tendido en el montón de paja que utilizaba como jergón. En la puerta se apretujaba un grupo de miembros del clan esforzándose por verme.

En el centro de la estancia se acumulaban toda clase de alimentos; supuse que eran obsequio de aquella gente.

Ava se apartó un instante de mi lado y en aquel momento entró en la cabaña una mujer que traía una calabaza de caldo hirviendo. Tomé un trago que me quemó la lengua, pero al engullirlo me pareció sabroso y tonificante.

—¿Dónde está Dal? —pregunté con la mayor naturalidad—. Hemos de hacer salir de aquí a la gente.

—Primero come —me ordenó suavemente—. Recupera tus fuerzas.

Acerqué la calabaza a mis labios y bebí todo el caldo. Ella intentó hacerme tender de nuevo, pero la rechacé amablemente.

—Tengo que ver a Dal.

—¿Estuviste en la tierra de los muertos? —preguntó la mujer que me había servido el caldo.

Moví negativamente la cabeza, pero no perdió su expresión atemorizada.

—¿Cómo es aquello? ¿Viste a mi hijo? Se llama Mikka y tenía cuatro veranos cuando murió de fiebres.

Ava la hizo salir y después volvió a mi lado.

—Estuviste en la tierra de los muertos, ¿verdad? —preguntó suavemente.

Pese a las protestas que pudiera formular, comprendí que todos los que se agolpaban ante mi puerta lo creerían así. También Ava lo creía, siguiendo una interpretación lógica de los hechos: si los muertos se entierran en el suelo y yo había salido de la tierra, procedía de la tierra de los muertos.

—¿Dónde está Dal? —susurré en tono apremiante—. Debo hablar con él cuanto antes. Tenemos que salir de este valle rápidamente.

—¿Marchamos? ¿Por qué?

—Va a producirse una inundación; si permanecemos aquí, moriremos todos ahogados. Busca a Dal y hazle venir ahora mismo.

Ordenó que fuesen en su busca y volvió a mi lado.

—Dal resultó herido en la lucha que sostuvimos hace tres noches —me dijo.

—¿Es algo grave?

—Recibió un lanzazo en la pierna, por encima de la rodilla.

Supuse que se trataría de una infección.

—No es nada grave, pero le he aconsejado que descanse en su jergón y le he cubierto la herida con hojas y cataplasmas.

Me levanté y fui hacia la puerta. A mi paso la gente desaparecía presa de pánico. Yo había estado en la tierra de los muertos y había regresado de ella. Me miraban atemorizados y llenos de curiosidad, deseosos de saber qué había más allá de la muerte. Me abrí paso entre ellos sonriéndoles y me encaminé a la cabaña de Dal reflexionando que aquella primitiva superstición era más real de lo que ellos suponían y que verdaderamente había estado en más de una ocasión en el país de los muertos.

Con la postrera luz del atardecer advertí que el río que atravesaba el valle era ya más caudaloso, que discurría con mayor velocidad y ruido y que había invertido su curso. En aquellos momentos fluía desde la base de las rocas hasta la cascada del extremo opuesto, donde ambos caudales se unían para formar una especie de lago cada vez mayor y más agitado.

Desde la distancia percibí un sordo estruendo y sentí estremecerse el suelo bajo mis pies. Los miembros del clan miraron hacia la humeante cresta del Ararat.

—¡Orión avanza y la montaña le habla! —oí que decía una mujer.

Los demás murmuraron frases de asentimiento.

No intenté convencerlos de lo contrario. Por el momento el temor que sentían hacia mí me sería muy útil pues debía impartirles órdenes que tendrían que obedecer sin vacilar.

Entré en la cabaña de Dal seguido a pocos pasos de A va. Dos adolescentes le ayudaban a levantarse. Su pierna no parecía hinchada bajo las hojas con que ella había cubierto la herida. A pesar de todo quizá sobreviviera.

Les ordené que lo sentaran y le dejaron recostado en su jergón. Entre las tenebrosas sombras de la cabaña me dirigió una penetrante mirada.

—Te creímos muerto —me dijo—, pero no encontramos tu cuerpo.

—Sigo con vida —respondí—, aunque moriremos todos si no salimos de aquí ahora mismo.

Dal frunció el entrecejo como si hubiera recibido un mazazo.

—¿Qué dices? ¿Salir de aquí? ¡Pero yo había creído...!

—Va a producirse una inundación —le anuncié—, pronto, muy pronto, quizá dentro de breves horas. Este valle quedará anegado y todo cuanto haya en él.

—Pero el río nunca...

—Dal —repliqué—. ¿Te he mentido alguna vez? Habrá una inundación y si nos quedamos moriremos todos. Debemos irnos ahora mismo.

Fijó su mirada en mí.

—No hay tiempo que perder —insistí—. Debemos comunicarlo a toda la gente y marchamos rápidamente.

—¿Por los peldaños de la cascada? —preguntó A va.

Comprendí que aquello sería imposible. El primer avance de la marea ya había formado un charco cada vez más profundo en la base de la cascada. No podríamos salir del valle por el camino que habíamos tomado a la llegada.

—No —repuse—. Tendremos que escalar la pendiente lateral.

Dal pareció sorprendido.

—No se puede subir por esas rocas.

—Yo os demostraré cómo hacerlo —respondí.

—Pero es imposible. Somos seres humanos, no podemos volar.

—Podremos escalarlas —intervino Ava con firmeza—. Orión y yo subimos por esa ladera en una ocasión, hace más de un mes.

Dal la miró fijamente disponiéndose a protestar, pero desistió. Pensé que eran más novedades de las que podía asimilar, mas vi cómo observaba su pierna rígida e inutilizada por la herida que había sufrido y comprendí que le preocupaba su propia supervivencia.

El suelo se agitó con el estrépito de un trueno que no procedía de las alturas. Hacia el norte, el cielo relampagueó y se tomó rojizo; llegaron a mis oídos las exclamaciones de temor de la gente que estaba fuera de la cabaña. El volcán se caldeaba disponiéndose a entrar en erupción: Ahrimán distendía sus músculos.

—¡No hay tiempo que perder! —exclamé—. ¡Debemos irnos cuanto antes!

Dal hizo una señal de asentimiento.

—Encárgate de ello, Ava. Tú dirigirás el clan. Convoca a los ancianos y les anunciaré que estarás al frente de todo hasta que puedan escoger otro jefe.

—¡Tú vendrás con nosotros! —protestó ella.

Dal señaló su pierna herida.

—Es imposible. Ni siquiera podía subir por esas rocas cuando tenía sanas ambas piernas.

Me sentía muy tentado a asentir. Bastante difícil sería conseguir poner a salvo a más de cien personas, mujeres y niños, ninguno de los cuales había escalado jamás una montaña. Llevar con nosotros a un hombre con una pierna herida obstaculizaría nuestra marcha hasta el punto de que las aguas de la

marea podrían alcanzarnos sin darnos tiempo a ponernos a salvo. Y si Dal se quedaba allí, cuando hubieran pasado los efectos de la inundación Ava me pertenecería.

Fijé mi mirada en la suya. Sin duda estaba asustado. Me creía y sabía que si se quedaba allí estaría condenado a una muerte segura. Se disponía a sacrificar su existencia por salvar a su clan. Valor, obstinación o únicamente clara estupidez, fuese lo que fuese lo que le impulsaba, no podía abandonarle a su suerte.

De modo que me incliné y le ayudé a ponerse en pie. Me puse junto a su pierna herida y le así firmemente por la cintura.

—¡Pásame los brazos por los hombros —le ordené— y apóyate en mí!

—¡No podrás...!

—¡No discutas conmigo! —repliqué—. ¡No perdamos más tiempo!

Cuando salíamos de la cabaña con pasos vacilantes, Ava me sonrió agradecida.

Dal comenzó a impartir órdenes a la gente. Fueron enviados algunos jóvenes a toda prisa para avisar a los restantes clanes, las mujeres recogieron todos los víveres que pudieron de sus cabañas, los hombres reunieron sus útiles y sus armas.

—¡El grano! —exclamó Ava—. ¿Qué será del grano?

—Será arrastrado por la marea —dije.

—¡No! —respondió. Y echó a correr hacia el campo haciendo señas a dos muchachas para que la acompañasen.

El monte rugió de nuevo haciendo temblar la tierra. El cono del volcán despedía vapor ardiente y comprendí que en breve empeoraría la situación. El discreto arroyo que serpenteaba por el lugar rugía impetuoso rebosando por las orillas, adentrándose por los campos de grano, borboteando a lo largo del valle y yendo a parar al lago que se formaba en la base de la cascada. La propia cascada era más potente y caía con más fuerza vertiéndose en un torrente cada vez más intenso por las terrazas de piedra y en el ancho lago, del que se levantaba una nube de niebla en la que se reflejaban los oblicuos rayos del sol poniente en un arco iris de diabólica hermosura.

—¡Por aquí! —grité mientras la gente comenzaba a congregarse en torno a Dal y a mí. Estaban asustados, confusos, y dirigían miradas aterradas al turbulento río y al volcán, aún más amenazador.

—¡Haced lo que dice Orión! —exclamó Dal—. ¡Sólo él puede salvaros! ¡No irritéis a los espíritus de los muertos dejando de obedecerle!

Aquello los tranquilizó un tanto y se dispusieron a seguir mis consignas, a dejarse llevar donde fuese, puesto que yo parecía saber lo que hacía. Así logré impedir que una multitud asustada se dejase llevar por el pánico y se abocara a su autodestrucción.

Nos dirigimos hacia las rocas, alejándonos de la creciente marea. Yo cargaba con Dal, arrastrándole, mientras que él avanzaba cojeando, valiéndose de su pierna sana. De vez en cuando me volvía y veía a la multitud que se había congregado en nuestro seguimiento, pero no podía distinguir entre ellos el rostro de Ava.

Por fin llegamos al pie de los peñascos. Ayudé a Dal a sentarse. Escogí a dos muchachos ágiles y robustos, nos aseguramos unos a otros con cuerdas hechas de fibras vegetales y abrí la marcha escalando la pared rocosa. Los chicos eran tan jóvenes que, a diferencia de los adultos, nada les parecía imposible y me siguieron sin apenas dar un paso en falso.

Llegamos a la cumbre cuando el sol poniente aún se encontraba sobre el horizonte. Contemplando el panorama que se extendía a mis pies, comprobé que la mayor parte del valle estaba ya en sombras y que el río se extendía a modo de crecientes dedos en todas direcciones, inundando rápidamente los campos de cereales y avanzando hacia las cabañas donde habíamos estado instalados. La cascada del extremo opuesto del valle había desaparecido entre la niebla y, pese a la distancia, se percibía claramente su atronador rugido.

Aseguramos rápidamente las cuerdas a los árboles y las lanzamos a los que esperaban abajo. Ordené a los jóvenes que se quedaran arriba y descendí rápidamente para ayudara los demás.

Dal observaba admirado cómo escalaba su gente la escarpada pendiente rocosa sujetándose a las cuerdas.

—¿Has visto a Ava? —le pregunté.

—No.

—¡Estamos aquí! —exclamó ella.

Levanté la mirada y vi que se acercaba seguida de las dos muchachas, llevando en sus espaldas grandes sacos de cuero y sonriendo cansadamente.

—Hemos recogido todo el grano cortado que hemos podido —anunció satisfecha—, todas las semillas que nos dijiste y raíces y bayas, cuanto hemos podido encontrar. Nos las llevaremos y plantaremos las simientes la próxima primavera.

Le respondí con una amplia sonrisa. Observé el amenazador volcán y pensé que Ahrimán había perdido la partida. La idea de la agricultura había encontrado terreno fértil y estaba arraigando entre aquella gente, y las

leyendas que se transmitirían de generación en generación durante cientos de siglos antes de que se inventara la escritura alterarían la historia del monte Ararat: en lugar de Noé sería una mujer quien salvaría las semillas del grano y los frutos que alimentarían a la especie humana, y no los animales quienes escaparían de la inundación por sus propios medios. La mitología solía basarse en un núcleo básico, pero las tribus dominadas por el hombre distorsionarían la historia.

Mientras se prolongaba la luz crepuscular, los miembros del clan se esforzaron como nunca lo habían hecho. El estrépito que producía el volcán era cada vez más amenazador y comenzaba a proyectarse por su cono un negro humo en el que destellaban rojas llamaradas. El cielo se oscureció y los relámpagos surcaron las tinieblas atemorizando aún más a la gente, que subía a pares, en grupos o a gatas, y que avanzaban poco a poco, tanteando, valiéndose de las cuerdas que habíamos instalado en toda la pendiente, en tanto que nosotros les ayudábamos desde arriba para que alcanzaran aquella zona en la que se encontrarían a salvo. Los más robustos, las muchachas y los jóvenes, ayudaban a los mayores y menos ágiles. Los niños iban a hombros de los adultos y yo subía y bajaba repetidas veces auxiliando a cuantos podía.

Dal estaba sentado sobre una piedra, al pie de las rocas, organizando los turnos de ascenso, tranquilizando los temores generales y esforzándose por evitar que cundiera el pánico.

El monte se enfurecía por momentos y su rojo y sordo resplandor nos iluminaba en aquellas horas del anochecer. Su cráter despedía piedras grandes como casas y por la boca del cono vertía ardientes lenguas de lava. El suelo temblaba con el estrépito de la montaña, pero todavía no se había producido un auténtico terremoto.

Cuando las aguas se extendieron por el valle, más de la mitad de los expedicionarios había llegado a lo alto de las rocas. El muro rocoso donde el río había estado vertiéndose estalló en una gigantesca tempestad de agua y vapor, desprendiendo vertiginosamente grandes peñascos hacia el valle. La cisterna donde yo me había encontrado aquel mismo día, no sólo había alcanzado su límite de capacidad, sino que el calor de las fuerzas tectónicas que Ahrimán había desatado la habían convertido en una descomunal tetera. El agua alcanzó finalmente su punto de ebullición y el vapor que se había ido acumulando hizo estallar la ladera de la montaña como un kilotón de explosivos.

Un blanco muro de agua se desbordó rugiendo por el valle como si se hubieran soltado de repente todos los demonios del infierno. El vapor subía

silbando hacia el oscuro cielo y una lluvia caliente comenzó a caer sobre nosotros.

En aquellos momentos yo me encontraba a medio camino de descenso dispuesto a poner a salvo a otro par de personas y, pese a la oscuridad, pude apreciarlo claramente. Los que se hallaban al pie de los peñascos se quedaron petrificados por el terror viendo avanzar hacia ellos la ola devastadora.

—¡Corred! ¡Rápido! —grité dando un salto y dejándome caer con un impacto que mitigué rodando por el suelo.

Hombres y mujeres se precipitaron desesperadamente hacia las rocas tratando de escalar como fuese la escarpada pendiente para salvar sus vidas; otros, impulsivamente, descendieron un trecho arriesgándose en ayuda de sus parientes y amigos.

Dal se puso en pie y se apoyó pesadamente en una lanza observando cómo avanzaba hacia nosotros la desbordante ola cálida y espumeante, que amenazaba con devorar cuanto encontrara a su paso.

El volcán estaba ya en plena erupción y el suelo se conmocionaba con fuerza derribando y magullando a los que se asían a las cuerdas para poder alcanzar la cima. Gritos de agonía y terror traspasaban la oscuridad sobre el estrépito producido por las aguas y el volcán.

Auxilié a cuantos pude recogiendo a aquellos que habían caído, ayudándoles a ponerse en pie y empujándoles hacia arriba, auxiliado por algunos jóvenes que habían bajado en ayuda de sus compañeros.

Entonces observé que Dal estaba pendiente de cuanto ocurría a su alrededor con una expresión reconcentrada que reflejaba su entereza. No parecía asustado ni gritaba pidiendo ayuda: apoyado en su nudosa lanza mantenía rígida la pierna herida vigilando cómo los suyos escalaban las rocas huyendo del desastre que los perseguía mientras las enfurecidas y cálidas aguas de la marea rugían y tronaban cada vez más próximas.

CAPÍTULO XXXII

Me así a una de las oscilantes cuerdas y me lancé hacia él dando un grito de aviso. Dal levantó un brazo en señal de protesta, pero le pasé la cuerda por las axilas sin que tuviera ocasión de detenerme.

—¡Apóyate en la lanza! —grité para hacerme oír sobre el estrépito de la avasalladora marea—. ¡Usa la fuerza de tus brazos para sustituir a la pierna herida!

—¡No podré conseguirlo! —replicó—. ¡Sálvate tú, Orión!

—¡Nos salvaremos los dos! ¡Adelante!

Le conduje casi a rastras hasta la base de las rocas y le empujé hacia arriba. Quienquiera que se encontrase en el otro extremo de la cuerda comprendió cuáles eran mis propósitos y comenzó a tirar de ella. Dal utilizaba su lanza como bastón, mientras yo escalaba la pared a gatas, a su lado, bajo la lluvia que dificultaba nuestra marcha haciéndome caer una y otra vez por el resbaladizo suelo.

Cuando habíamos remontado escasamente una cuarta parte de la pendiente, la marea, que alcanzaba la base salpicándonos con su hirviente espuma, hizo girar a Dal en el extremo de la cuerda; éste, que había perdido su lanza, gritó presa de repentino pánico. Dominé automáticamente mi sensibilidad al dolor dejando que el agua me abrasara las piernas, sujeté a Dal y, haciendo acopio de fuerzas, conseguí impulsarnos a ambos más arriba mientras que las aguas tiraban de nosotros tratando de arrastrarnos con sus hirvientes garras.

Me sujeté con una mano, pasé el brazo por los hombros de mi compañero y lentamente reanudamos el ascenso huyendo del agua que subía a nuestra espalda acosándonos, tirando de nosotros y calcinándonos las piernas en nuestro lento y desesperado ascenso.

De pronto distinguí la voz de Ava impartiendo órdenes y nos vimos arrastrados por la fuerza de muchas manos. De un modo casi milagroso nos impulsaron hacia arriba alejándonos de la hirviente mordedura de las aguas y permitiéndonos aterrizar en la cima, mojados, agotados y cubiertos de quemaduras.

Me quedé tendido como un pez arrastrado del mar, mientras observaba el círculo de rostros que nos rodeaba con ojos entrecerrados por causa de la

lluvia caliente que caía sobre nosotros.

—¿Estáis bien? —preguntaba Ava una y otra vez.

Pero se dirigía a Dal. Me senté dando libre curso a mi capacidad sensitiva para el dolor y contraí el rostro en una mueca. Aunque tenía las extremidades escaldadas, mis lesiones no parecían muy graves. Ava se había arrodillado junto a Dal y le extendía un ungüento por las piernas enrojecidas.

—Me has salvado la vida —dijo Dal volviéndose hacia mí.

—También tú me salvaste en otra ocasión.

—Te debo la vida —respondió.

Con un movimiento de cabeza señalé a los demás.

—No, son ellos quienes te han salvado. Guárdalos bien, Dal. Busca otro valle y aduéñate de él.

—Así lo haremos —intervino Ava—. Viviremos como tú nos has enseñado, Orión. Comenzaremos una nueva vida.

Debía haberme sentido satisfecho, pero sólo experimentaba el dolor de comprender que Ava se iría con Dal, que tenía que hacerlo, y que yo me quedaría solo una vez más.

Concentré mi mirada en la oscura marea que se levantaba a mis pies, chocando y batiendo como si estuviera enfurecida porque yo hubiese logrado escapar a sus poderosas fuerzas y tratase de remontarse para alcanzarme.

—Sería conveniente que condujeses a la gente hacia una zona más elevada hasta que desciendan las aguas —le aconsejé.

—Sí, subiremos monte arriba —convino Dal.

—Pero la montaña se agita y lanza llamaradas —observó Ava.

—No nos causará ningún daño —repuso Dal, nuevamente seguro de sí mismo—. Cuando los efectos de la inundación hayan desaparecido, buscaremos otro valle donde vivir.

—¡Magnífico! —dije.

La lluvia estaba amainando, pero las aguas que bañaban el pie de la colina seguían hirviendo.

—Es necesario que os vayáis cuanto antes, ahora mismo.

—Pero ¿qué será de ti? —preguntó Ava.

—Me quedaré aquí; ya no me necesitáis.

—¡Pero...!

—¡Idos! —ordené.

Me obedecieron a regañadientes, prepararon una camilla para Dal, rezaron una breve oración por los difuntos y se pusieron en marcha, muchos de ellos cojeando, hacia zonas más elevadas.

Me quedé sentado anhelando que se aliviaran las quemaduras de mis piernas y aguardando lo inevitable. Paseé la mirada por el valle sumido en profunda oscuridad, iluminado únicamente por el torvo resplandor del violento volcán. Las aguas se agitaban furiosas y hasta mí llegaba el vapor que despedía su superficie. Toda la extensión del valle se había convertido en una inmensa caldera ardiente: Ahrimán había hecho bastante bien su trabajo... aunque no totalmente.

—Crees haber ganado —oí su voz áspera y ronca entre la oscuridad.

—Me consta que he ganado —repuse volviéndome hacia él.

Su corpulenta figura pareció conjurarse entre las sombras proyectándose amenazadora sobre mí, que seguía sentado con las piernas torpemente extendidas.

—Durante mucho tiempo no crecerá nada en este valle —dijo—. Y tus supersticiosas bandas de cazadores tendrán demasiado miedo para volver aquí...

—No será necesario que regresen —le interrumpí—. Se llevan consigo las simientes del grano.

Sus ojos enrojecidos me lanzaron una centelleante mirada.

—¿Cómo? —exclamó.

—Y, además, he implantado en sus mentes la semilla de una nueva idea —proseguí—. Has perdido la partida, Ahrimán. Esos cazadores sobrevivirán, se convertirán en granjeros y prosperarán.

No se molestó en discutir o negar la veracidad de mis palabras. No vociferó ni gritó airado. Permaneció largo rato silencioso pensando, calculando, haciendo planes.

—Ha sido jaque mate, Ahrimán —dije—. Ahora no puedes detenerlos. Te has ensañado con ellos, pero han salido bien librados.

—Por culpa tuya —gruñó con voz cavernosa.

—Es cierto: los he ayudado.

—¡Por última vez, Orión!

Se adelantó rápidamente hacia mí, me levantó del suelo oprimiéndome las costillas con sus poderosas manos, como tornillos de acero, y sosteniéndome en el aire mientras yo pataleaba inútilmente.

—¡Por última vez! —repitió Ahrimán. Y me impulsó hacia el precipicio, a las aguas que hervían en su fondo.

Pero en el último instante me así a su poderoso cuello con todas mis fuerzas. Durante un momento permanecimos suspendidos en el borde de la roca balanceándonos en la oscuridad, y finalmente caímos juntos en las

enfurecidas olas sumergiéndonos en las profundidades con un angustioso impacto.

«Te hemos vencido de nuevo —me regocijé mentalmente mientras el agua silbaba y bullía a mi alrededor—, y tal vez sea éste el encuentro final. Acaso en esta ocasión haya acabado contigo para siempre».

El agua me cubrió y me arrastró hacia sus tórridas profundidades, cociéndome y desollándome. Me entregué al dolor y a la muerte con la esperanza de que aquél fuese realmente el final de todo.

INTERMEDIO

La diosa de ojos grises que se daba a sí misma el nombre de Anya adoptó su forma humana y se detuvo en lo alto de un peñasco helado, envuelto su cuerpo en una invisible burbuja de energía que la protegía de la glacial atmósfera de aquel mundo helado.

Allá abajo, a sus pies, se veía un ejército de seres humanos y robots, que pululaban como hormigas por la llanura trabajando afanosamente en la construcción de las frágiles torres que se levantaban contra un negro cielo.

Se volvió y contempló, suspendida sobre su cabeza, la gigantesca masa de Saturno que resplandecía con vivos colores y mostraba sus característicos y hermosos anillos. El cielo estaba tan despejado como el prístino vacío del propio espacio y se distinguían perfectamente tres lunas menores de Saturno recortándose contra el firmamento salpicado de estrellas.

Presintió la presencia del Áureo antes de que se materializase junto a ella en su forma humana. Contuvo su ardiente ira hasta que Ormuzd se hubo transformado totalmente, revelándose en carne y hueso en el borde de la roca, ataviado con una túnica dorada y resplandeciente, decorada con ráfagas de estrellas que titilaban al menor movimiento con todos los colores del arco iris.

—Me mantuviste separada de él —dijo Anya sin poder contenerse por más tiempo.

El Áureo no la miró. Estaba observando el trabajo que realizaban los constructores a sus pies.

—Mis criaturas han aprendido a crear seres iguales a ellos —murmuró como si hablara consigo mismo—, pero sus robots son aún muy torpes y limitados.

Aunque sabía que no podía tocarle, Anya se adelantó frente a él.

—Me obligaste a mantenerme apartada de él. He vivido toda una existencia con aquellos salvajes.

—¿Lo pasaste bien?

Anya suspiró profundamente en la fría noche.

—Dijiste que amabas a esas criaturas, que deseabas vivir cientos de vidas con ellas —repuso Ormuzd sonriente.

—¡Quería vivir a su lado!

—No es posible —repuso Ormuzd—, te habías aficionado en exceso a él y él a ti. Ya te advertí que le estabas debilitando. No podía permitirlo.

—Fuiste muy cruel —siguió ella, bajando el tono de voz—. ¡Estar tan cerca de él sin poder amarle! Te ensañaste tratándole de este modo.

—Tenía una misión que cumplir. Le había creado para ese fin: no podía permitir que se desviase influido por las hormonas que circulan por el cuerpo que le di.

Anya se disponía a replicar, pero dudó un instante y guardó silencio. El Áureo se volvió a contemplar el trabajo que se desarrollaba en la llanura.

—Ese mundo se llama Titán y, según se cree, es un desierto glacial, sombrío y peligroso. Si no vistieran esos trajes y cascos ridículos, morirían al instante.

—Pero has sido tú quien los ha traído aquí y quien los ha obligado a levantar esas torres.

—Sí, y cuando hayan concluido su tarea alteraré la atmósfera hasta tal punto que resultará opaca para sus instrumentos de sondeo espacial. No deben descubrir esas construcciones demasiado pronto.

Anya fijó en él una mirada de asombro.

—Las criaturas que se encuentran ahí abajo pertenecen a una época mucho más próxima al Fin —le explicó Ormuzd—, son los lejanos antepasados de los seres humanos que descubrirán las torres y se devanarán los sesos tratando de imaginar su significado.

—¿Qué son? ¿Con qué finalidad se levantan?

—Para mi satisfacción, naturalmente.

Ella le miró, enojada.

—Tu ego crece por momentos. Te crees realmente un dios, ¿verdad, poderoso Ormuzd?

Su sonrisa se desvaneció ligeramente.

—La maquinaria que encierran producirá sutiles alteraciones en el clima terrestre y el planeta sufrirá lo que esas criaturas califican de período glacial. Todo ello forma parte de mi plan. El Oscuro podrá maniobrar en ríos y volcanes, pero yo manipularé la energía solar y el clima de la Tierra durante centenares de miles de años.

—¿Y ocultarás esos conocimientos a tus propias criaturas? —le preguntó Anya.

—Sí, no están preparadas para aprender.

—Eres tú quien no les ha preparado.

—Mira —dijo señalando a algún punto de la llanura—. La marea está comenzando a subir.

Anya intuyó que cambiaba intencionadamente de tema para eludir cualquier posible discusión pero, a su pesar, fijó fascinada su mirada en el mar de amoníaco que se remontaba como un animal vivo y se precipitaba por la ancha y helada llanura impulsado por la inmensa atracción gravitatoria de Saturno. La enorme ola se deslizaba parcialmente en torno a Titán a cada giro que efectuaba en torno al planeta de los anillos. En aquellos momentos se extendía por la parte superior y avanzaba espumeante hacia el lugar donde los humanos y sus robots se esforzaban frenéticamente por construir las torres.

Ormuzd observaba fascinado junto a Anya el rápido avance de aquel mar de amoníaco por la llanura levemente inclinada y también su brusca detención, como si estuviera agotado, poco antes de llegar al muro circular que protegía la zona de construcción. Aquella masa líquida pareció encogerse mientras sus tentáculos lamían el pie del muro circular de piedra detrás del cual trabajaban incesantemente los humanos y sus robots.

—Iré con él —dijo Anya por fin rompiendo su silencio—. No podrás impedir que vaya a su lado.

—No permitiré que le debilites —dijo el Áureo—. Su misión consiste en malar al Oscuro.

—Le ayudaré —prometió ella.

—¿Cómo? ¿Atrayéndolo hacia algún paraíso incompleto donde podáis solazaros como seres primitivos mientras el Oscuro nos destruye a todos?

Anya se irguió con firmeza ante el Áureo apretando los puños con centelleante mirada.

—Le ayudaré a encontrar al Oscuro y a darle muerte. No le has hecho bastante fuerte para que pueda conseguirlo por sí solo, pero los dos juntos lo lograremos.

El Áureo la miró largamente, con aire pensativo.

—Iré con él tanto si quieres como si no —le desafió Anya.

—Aunque así lo hagas, conseguiré mantenerlos separados.

Ella pareció deponer un tanto su actitud.

—¡Déjame ayudarlo! ¡Déjame estar a su lado! —rogó.

—No me agrada la inclinación que sientes hacia Orión.

—Sí lo deseas, cuando hayamos acabado con el Oscuro volveré contigo —le aseguró ella dulcemente.

—Así lo exijo.

—Entonces tendrá que ser así, no me queda otra alternativa, ¿verdad?

—No, no la hay.

—¡Déjame estar con él una vez más, una vida más! —rogó Anya con voz tan tenue que sonó casi como un susurro.

—Únicamente te lo permitiré para que puedas ayudarlo a vencer al Oscuro.

—Así lo haremos los dos juntos.

—Y luego regresarás conmigo.

Ella asintió en silencio.

Ormuzd cruzó los brazos en el pecho, su túnica ondeó haciendo fulgurar y resplandecer las ráfagas estelares contra la oscuridad y ambos desaparecieron titilantes como luciérnagas en una noche de verano. Abajo, en la llanura, vestidos con sus trajes espaciales, los seres humanos y sus robots seguían trabajando más afanosamente que nunca, apremiados por necesidades que estaban muy lejos de comprender.

Cuarta parte
LA GUERRA

CAPÍTULO XXXIII

Del ardiente fuego del infierno me sumergí en un frío tan intenso que parecía quemarme. Abrí los ojos y descubrí que estaba acurrucado, protegiéndome de un furioso vendaval. El frío me azotaba el rostro y el suelo estaba cubierto de hielo y gruesos bancos de nieve.

El viento silbaba con fuerza y sentía cómo se me helaba el semblante. Me esforcé por mantener los ojos semicerrados para resguardarme de los copos que caían sobre mí como dolorosos agujones.

Tropezando, resbalando, encorvándome contra el violento vendaval, avancé a tientas hacia el único abrigo que pude encontrar en forma de un banco de nieve que se levantaba poderoso entre aquella blanca ventisca.

Me puse en cuclillas y recosté la espalda contra la pared de hielo buscando refugio en ella. Aunque el frío era inevitable, por lo menos quedaba resguardado de la fulminante intensidad del viento. A través de mis pestañas cubiertas de hielo comprobé que iba cubierto de la garganta a los pies con algo semejante a una blanca armadura cuya estructura me pareció más plastificada que metalizada. Descubrí que —con excepción de la cabeza, que sentía helada— estaba resguardado y que disfrutaba de una temperatura muy agradable, lo que me hizo comprender que el traje estaba dotado de algún sistema calefactor. Llevaba las manos enfundadas en unos guantes tan suaves y flexibles que parecían constituir una segunda capa de piel, pero que mantenían un grato calorcillo. En algún lugar debería encontrarse un casco que completaba aquel equipo, pero sin duda se habría extraviado entre la furiosa ventisca que cubría aquel mundo de una blancura monótona.

Seguí sentado, desconcertado y helándome lentamente, durante un tiempo que me parecieron horas. Hice fluir la sangre en mis capilares para mantener la cabeza lo más caliente posible, pero sabía que con ello simplemente aplazaba lo inevitable. Entre aquellas temperaturas bajo cero me limitaba a utilizar las reservas internas de energía de mi cuerpo para evitar la congelación y acaso la muerte. Tenía que encontrar un refugio.

Pero ¿dónde? La nieve se extendía por todas partes. Ni siquiera podía discernir dónde se encontraba el horizonte. Todo se confundía en una infinita blancura helada.

¿En qué era me encontraba? Todo cuanto me había sucedido hasta entonces me hacía comprender que me trasladaba retrospectivamente en el tiempo: hacia la Guerra. De ser así debía encontrarme en una época precedente al Neolítico. La cegadora tormenta que se desencadenaba a mi alrededor me hacía sospechar que había sido enviado a un período glacial; no obstante, las ropas que vestía me daban a entender algo muy distinto pues eran resultado de una tecnología altamente sofisticada... con excepción del casco, desde luego. En la cintura de mi traje blindado aparecían unos bolsillos de plástico que contenían un complicado equipo electrónico cuya aplicación ni siquiera imaginaba. Anteriormente siempre había estado vestido de un modo apropiado para la era en que había sido situado, pero aquéllas no eran las pieles con que debían cubrirse los cazadores de las épocas glaciales.

¿Dónde estaba? ¿Y en qué tiempo?

Aquellas preguntas eran secundarias ante el problema de supervivencia que se me presentaba. Intenté poner en funcionamiento una tras otras las distintas piezas del equipo que llevaba en los bolsillos y que, en su mayoría, carecían de sentido para mí. Una de ellas se asemejaba vagamente a un teléfono o aparato de comunicación: tenía el tamaño de la palma de la mano con una rejilla en su base y un diminuto plástico ovalado en la parte superior, que recordaba sospechosamente la diminuta pantalla de un vídeo. Pulsé uno tras otro los tres botones que aparecían en el centro, y que eran de color rojo, amarillo y azul, respectivamente, como respondiendo a un código preestablecido, pero no sucedió nada.

En mi apresuramiento por examinar el equipo deposité el comunicador en la nieve, a mi lado, junto con otro objeto que también había sacado de los bolsillos, y seguí examinándolos tratando de determinar inútilmente cuál sería su funcionamiento y finalidad.

Excepto el último de ellos. Aquél, evidentemente, tenía la forma de una pistola y encajaba a la perfección en mi mano derecha. Su cañón consistía en una barra de cristal rodeada por aletas refrigerantes metálicas y su empuñadura apenas abultaba y desprendía cierto calor: sin duda contenía alguna clase de batería. Curvé el dedo en tomo al gatillo, apuntando hacia arriba, y lo oprimí lentamente. Despidió un suave zumbido y proyectó un rayo intensamente rojo, de tanta viveza que me vi obligado a desviar la mirada. Durante unos momentos reverberó en mi visión aquella imagen que casi había representado un alivio entre la mortal blancura que envolvía mi entorno.

Disparé de nuevo, en esta ocasión evitando observar directamente la luz que atravesaba el aire cargado de nieve. El rayo desapareció entre las grises

nubes y me dio la impresión de que, llegado el caso, hubiera podido agujerear mi armadura o atravesar la ladera de una montaña.

Cuando enfundaba la pistola percibí una especie de silbido que en breve se hizo persistente y continuado. Desenfundé nuevamente el arma y la examiné con detenimiento, pero no advertí ninguna vibración ni sonido. Durante unos momentos pensé que podía haberse tratado de una ilusión acústica, ocasionada tal vez como consecuencia de haber disparado la pistola. Pero luego contemplé las diversas piezas del equipo que había diseminado en el suelo, a mi alrededor, y advertí que, con excepción del comunicador, casi todas estaban ya cubiertas por la nieve que acababa de caer.

Lo cogí y me lo llevé al oído. No sólo estaba algo caliente, sino que descubrí que el leve aviso electrónico procedía de él. ¡El pulsador rojo estaba encendido! ¡Alguien intentaba establecer contacto conmigo!

Estuve pulsando los botones y hablando atropelladamente por aquel pequeño aparato durante un tiempo que me pareció interminable. Pero sin ningún resultado, pues sólo obtuve aquel constante y penetrante silbido como respuesta. Me puse en pie pensando que quizá la voz o la transmisión de la imagen quedaban bloqueados por la blancura de la nieve en que me había agazapado. Sin embargo, tampoco estableció diferencia alguna, salvo que cuando me volví, el silbido cambió de tono.

Con los ojos casi cerrados, para resistir el furioso vendaval, giré lentamente en círculo. El silbido recorrió todos los timbres de la escala, percibiéndose con mayor intensidad frente a la dirección en que me había encontrado anteriormente y debilitándose de un modo casi total cuando me desviaba de ella.

Imaginé que se trataba de un indicador de dirección o, sintiendo crecer en mí un asomo de esperanza, de una especie de brújula. Me arrodillé para recoger del suelo el resto del equipo, lo guardé en los diversos bolsillos de mi cintura y seguidamente me encaminé en la dirección que me señalaba el indicador electrónico, doblándome casi por la mitad para hacer frente a la furiosa y helada ventisca.

Anduve dificultosamente entre montones de nieve que casi me llegaban a las axilas. Por fortuna, el traje que vestía me mantenía caliente y seco. Pero en mis cabellos se formaba una compacta masa de hielo y apenas podía ver a través de los carámbanos que entrecerraban mis ojos. Aunque las mejillas, las orejas y la nariz habían quedado insensibilizadas, aún podía respirar y seguí adelante, hora tras hora, sintiéndome cada vez más hambriento y más débil en mi penoso avance.

La tormenta no amainaba: por el contrario, parecía crecer en intensidad, mas a través de los remolinos de nieve comencé a discernir la confusa forma gris de una inmensa roca hacia la que me dirigía el indicador electrónico. Mientras avanzaba denodadamente entre la cegadora nieve constaté que se trataba de un amenazador peñasco de granito que aparecía totalmente despejado como consecuencia del furioso viento y que surgía resueltamente en el paisaje de monótona blancura y se proyectaba agreste, salvaje y sombrío contra el cielo gris.

Atravesé profundas acumulaciones de hielo, deteniéndome únicamente de vez en cuando para comprobar las señales del comunicador, a fin de asegurarme de que seguía constantemente sus indicaciones. Mis fuerzas menguaban por momentos y el frío se filtraba en mi cuerpo minando la energía de mis músculos y entorpeciendo mi voluntad de seguir adelante. Cada paso me resultaba más penoso: parecía como si tuviese las botas cargadas de plomo y pesasen toneladas. Lo único que deseaba realmente era tenderme y descansar en la blanda y cómoda nieve.

Recordé haber visto fotografías de alguna distante era de esquimales, en que los perros se enroscaban satisfechos, se envolvían el hocico en sus peludas colas, y se refugiaban en pequeños agujeros que habían excavado en la nieve, de los que asomaban únicamente los oscuros ojos que observaban un mundo blanco y frío. Me detuve a respirar y di la vuelta para mirar hacia atrás: en el sendero que había ido siguiendo entre la profunda nieve mis huellas ya iban desapareciendo, borradas por la persistente tormenta. La severa masa gris de aquel montículo se levantaba silenciosa a mis pies y yo seguía perdido en una infinita blancura; me creía totalmente solo en el universo. Había llegado el momento de descansar, de tenderme y dormir.

Hasta los dedos se me estaban entumeciendo pese a los guantes y al sistema calefactor del traje que vestía. El pequeño comunicador se deslizó de mi mano y cayó al suelo, mientras que su rojo cuadro seguía destellando acusador ante mis ojos.

—Puedes insistir cuanto gustes —le dije con voz lacerada por el dolor.

El simple hecho de respirar me causaba un daño insoportable: el aire era ya tan frío que hasta los pulmones me ardían.

—¡Tengo que descansar! —exclamé.

La luz roja me contemplaba imperturbable. Se percibía claramente su tenue gemido electrónico sobre el fragor de la tempestad.

—De acuerdo —accedí a regañadientes—, daré diez pasos más. Si entonces no aparece ningún refugio a la vista, excavaré un agujero en el suelo

y me echaré a dormir un rato.

Me esforcé por avanzar diez pasos, después otros diez y seguidamente cinco más. El peñasco de granito parecía cada vez más lejos. La tormenta arreciaba.

—Es inútil —dije a la inanimada cajita que tenía en la mano—. Es totalmente inútil.

Un cegador rayo de luz rojo cruzó sobre mi cabeza. Me eché al suelo instintivamente y busqué a tientas la pistola que llevaba en la cadera.

Otro rayo surgió en el espacio crepitando en el aire.

Me pregunté si procedería de amigos o enemigos y estuve a punto de echarme a reír ante tan ridículo planteamiento: el enemigo era aquella tormenta, el frío, la amarga agonía del hielo que me rodeaba. Quienquiera que pudiera disparar un arma debía disponer de alimentos y cobijarse en un lugar confortable. Levanté el arma y disparé a lo alto, calculando que el resplandor que proyectaría, que me hería la vista, resultaría visible a varios kilómetros a la redonda pese a la tormenta.

Observé atentamente la roca de granito y descubrí que, en respuesta al mío, alguien disparaba otro rayo, que se proyectó hacia las nubes. Me encaminé en aquella dirección sintiendo una oleada de adrenalina en mi dolorido cuerpo que me impulsaba a avanzar por el hielo con mis últimas reservas de energía.

A medida que me aproximaba descubrí una oscura hendidura en la roca y comprendí que se trataba de la boca de una cueva en la que se encontraban varias personas vestidas con la misma especie de armadura blanca que yo llevaba: también ellos me habían visto y agitaban enérgicamente las manos invitándome a acercarme, mas sin abandonar su seguro refugio.

Me abalancé hacia ellos agitando también los brazos en el aire y gritando hasta enronquecer.

—¡Esfuézate! ¡Puedes conseguirlo! —gritó uno de ellos.

—¡Sólo te quedan unos metros! —exclamó otro.

Avancé tambaleándome y preguntándome mentalmente por qué no salían de su cueva y me ayudaban a salvar aquel último trecho, pero deseché rápidamente semejante cuestión ante la alegría que experimentaba al encontrarme con otros seres humanos en aquel interminable desierto de hielo.

El vendaval había modelado los bancos de nieve que rodeaban la base de la roca formando suaves rampas. Me deslicé por una de ellas, resbalé y caí sobre el hielo; llegué tambaleándome al acogedor refugio donde aquellas personas, sonrientes y satisfechas, me ayudaron a pasar al interior. En el

fondo de la cueva vi unas cajas de embalaje y un enorme radiador eléctrico que despedía un agradable calor.

—¡Fijaos! —dijo uno de ellos—. ¡No pertenece a nuestra unidad!

Al oír aquellas palabras interrumpieron sus risas y sus abrazos.

—¿Quién diablos eres?

—¿A qué unidad perteneces?

—No sabíamos que hubiera otras unidades operando en este sector.

—¿Quién eres y qué haces aquí?

No podía responder a ninguna de aquellas preguntas. Me tambaleé entre sus brazos, agotado el último átomo de energía, se cerraron mis ojos y perdí el conocimiento.

CAPÍTULO XXXIV

Cuando recobré el sentido descubrí ante mi vista el elevado techo de la cueva formado por desiguales bloques de granito. Flexioné los dedos de las manos y los pies y volví ligeramente la cabeza. Estaba desnudo hasta la cintura. Me habían quitado el traje blindado y me cubría únicamente con los calzoncillos.

Pero había entrado en calor: era una sensación placentera en la que me sumergí durante unos momentos. Me incorporé apoyándome en los codos para poder examinar el entorno.

Me habían tendido en una hamaca que parecía colgar en el aire y que se balanceaba al menor movimiento, aunque no logré distinguir ningún soporte en sus extremos. Aquella gente se había reunido en lo más profundo de la cueva, en torno a algo parecido a un escritorio. Sólo podía verlos de espaldas. Comprobé que eran siete hombres y cinco mujeres: la mayoría se habían despojado de sus trajes blindados y vestían monos grises. Uno de ellos estaba sentado ante la mesa de trabajo, pero no pude discernir si se trataba de un hombre o una mujer porque los demás se apretujaban totalmente en torno a la mesa.

—¿Cómo te sientes?

Me volví tan rápidamente hacia el lugar de donde procedía aquella voz femenina que el vaivén de la hamaca estuvo a punto de derribarme.

—Creo que muy bien.

Era una mujer rubia, atractiva y de nariz respingona.

—Cuando llegaste te encontrabas casi en grave estado de congelación, pero pude comprobar con el ordenador que estabas perfectamente.

—Estoy muy bien —corroboré verificando que era cierto: me sentía confortable y seguro. Ni siquiera tenía hambre.

Como si pudiera leer mis pensamientos, la mujer me informó:

—Mientras dormías te he inyectado dos frascos de nutrientes. ¿Dónde ha ido a parar tu casco? Menos mal que no habías perdido el comunicador de emergencia y que has utilizado la pistola para pedir socorro. Fue una idea excelente. A propósito, ¿a qué unidad perteneces?

Levanté una mano e interrumpí aquel aluvión de preguntas.

—Si sujetas esto un segundo creo que podré levantarme.

Ella se echó a reír y cogió un extremo de la hamaca flotante.

—En el cuartel general parecía una gran cosa. Sólo se necesita un disco de gravitación y un trozo de tejido y es de fácil transporte, pero ningún tecnócrata ha accedido jamás a dormir en una de esas monstruosidades.

Me puse en pie satisfecho de haber salido de la hamaca y descubrí en el suelo, a mi lado, el diminuto disco metálico que permitía anular la gravedad y flotar en el aire.

—Me llamo Rena —se presentó tendiéndome la mano—. Y soy técnica y especialista biomilitar. Como es natural, me han nombrado médico del escuadrón.

Nos estrechamos la mano. Apenas me llegaba al hombro y estaba sumamente delgada. Se me quedó mirando, llena de expectación, con sus ojos tan azules como una montaña lejana cubierta de nieve.

—Soy Orión —dije.

—¿A qué unidad perteneces? ¿Cuál es tu especialidad?

Moví la cabeza negativamente.

—Lo ignoro.

Su sonrisa se transformó en expresión preocupada.

—Quizá debería someterte de nuevo a diagnóstico. El ordenador cuenta con un programa neuropsíquico...

—¡Rena, por Dios! ¡Dale algunas ropas! —exclamó un hombre que se había acercado a nosotros.

En el cuello del mono lucía emblemas plateados y llevaba una placa pegada en el pecho con el nombre de Kedar. En su hombro izquierdo aparecía el símbolo de un rayo. Su expresión era sombría y su figura esbelta y atlética, aunque advertí que cojeaba ligeramente.

—Sí, *señor* —respondió Rena llevándose la mano a la frente en saludo militar.

Me pareció que ponía demasiado énfasis en la expresión «señor» y que resultaba algo burlona.

Rena me señaló el fondo de la cueva, donde aparecían perfectamente apiladas muchas cajas de plástico.

—Allí hay ropas —me explicó abriendo lateralmente una caja de cartón y mostrándome un montón de monos grises—. Los cascos y el resto del equipo están en aquel rincón. Sírrete tú mismo: es talla única.

Cogí un mono que al extenderlo en las manos me pareció demasiado pequeño; no obstante, probé a ponérmelo y se amoldó perfectamente a mi cuerpo extendiéndose hasta hacerme sentir muy cómodo, sin ajustarse en exceso.

Rena me quitó la placa en blanco que llevaba en el pecho del uniforme y sacó una pluma del bolsillo.

—Orión —pronunció, al tiempo que marcaba mi nombre en la placa. Cuando me la devolvió me dijo en un susurro—: Ten cuidado con Kedar. Se cree superior a todos porque es técnico en energía.

Asentí agradecido y volví a colocarme la placa en su sitio, sobre el bolsillo del pecho. Seguidamente buscamos un nuevo traje blanco blindado y un casco; según me informó Rena, así vestían todos ellos en el exterior.

Cuando iba en seguimiento suyo hacia la parte delantera de la cueva cargado con la armadura y el equipo, Kedar nos interceptó el paso.

—Bien, por lo menos ya estás convenientemente equipado —dijo mirándome de arriba abajo—. ¡Vamos! Adena quiere hacerte algunas preguntas.

Por un instante me quedé indeciso sosteniendo en los brazos todos aquellos objetos y sin saber exactamente qué hacer. Rena me solucionó el problema liberándome de mi carga, tan abultada en sus brazos que apenas podía ver por encima de ella, pero me dirigió un guiño amistoso y marchó casi a tientas hacia la zona donde estaban las hamacas.

Kedar me condujo a la mesa de trabajo en la que se habían reunido anteriormente sus compañeros. Allí, de espaldas a mí, se encontraba una mujer levemente inclinada sobre la mesa estudiando un mapa que aparecía en su pantalla de vídeo.

—Aquí está, Adena —dijo Kedar.

La mujer se volvió y yo me quedé sin aliento: era ella, tan joven y radiante de hermosura como cuando la vi por vez primera hacía tantísimas eras. Llevaba los cabellos muy cortos, en esta ocasión incluso más cortos que los míos, pero eran abundantes, muy negros y formaban rizos junto a sus orejas y sobre la frente. Como en otros tiempos, sus ojos eran intensamente grises, cálidos, profundos y penetrantes.

Dirigió una sorprendida mirada al nombre que aparecía en mi placa.

—¿Orión? —exclamó. Su voz seguía poseyendo ricas inflexiones.

Asentí.

—Y tú eres Adena.

La insignia que llevaba en el hombro representaba un puño cerrado.

—¿Qué haces en este sector? ¿A qué unidad perteneces?

—No lo sé —repuse—. Me encontré perdido en la tempestad. Mis recuerdos se remontan a apenas unas horas.

«A menos que quieras considerar otras épocas y otras vidas», concluí mentalmente.

Ella me observaba con el entrecejo fruncido.

—Evidentemente no forma parte del equipo de transporte —intervino Kedar.

—Sin duda no es así —repuso Adena. Volvió a mirarme y me preguntó—. ¿Cuál es tu especialidad?

No supe qué responderle.

—¿Biomilitar? ¿Química? ¿Armas de energía? ¿Electricidad? ¿Comunicaciones? —Había ido levantando la voz levemente mientras que yo seguía mudo y perplejo.

—¡Debes de pertenecer a alguna especialidad, soldado! —intervino nuevamente Kedar.

—Estoy destinado a una misión especial —respondí—. Soy un asesino.

—¿Un qué? —se sorprendió Kedar mirando a Adena y enarcando las cejas hasta que casi alcanzaron su cuero cabelludo.

—Mi misión consiste en encontrar a Ahrimán y darle muerte —añadí.

—¿Ahrimán? ¡En nombre de los veinte diablos nocturnos! ¿Quién es Ahrimán?

—En esta unidad no hay nadie que responda a ese nombre —contestó Adena con voz suave.

—Ahrimán no es como nosotros —expliqué—. Es una clase distinta de criatura. Pese a su inteligencia, no es un ser humano. Su aspecto es siniestro y poderoso...

A continuación lo describí lo más fielmente posible.

A medida que escuchaban mis explicaciones fue aumentando en sus rostros la sorpresa y el estupor. Cuando hube acabado Adena me preguntó:

—¿Y tu misión especial consiste en encontrar a esa persona y matarla?

—Sí, para eso he sido enviado.

—¿Por quién?

—Por Ormuzd —repuse.

Cambiaron una mirada llena de perplejidad. Evidentemente aquel nombre no significaba nada para ellos.

—¿Conocéis a Ahrimán el Oscuro? —pregunté—. ¿Sabéis dónde puedo encontrarle?

Kedar sonrió afectado.

—Cuando hayas pasado aquí otro día o en cuanto acabe esta tempestad, verás a muchos más seres iguales a ese que describes de lo que puedas

figurarte.

—No te comprendo.

—¿Ignoras que estamos en guerra con ellos? —preguntó Adena.

—¿En guerra? ¿Con quién?

—Con el hombre que has descrito —dijo ella—. Este planeta está lleno de gente como él: nos encontramos aquí para eliminarlos.

—Pero nos hemos separado de las restantes unidades —añadió Kedar sin darme tiempo a reponerme—. Se reúnen ahí afuera a centenares, acaso a miles, preparándose para atacarnos en cuanto concluya la tormenta, dispuestos a eliminarnos.

Pero aquellas desesperadas palabras apenas llamaron mi atención. Mi mente funcionaba de modo vertiginoso: la Guerra, aquella debía ser la Guerra.

CAPÍTULO XXXV

Adena y Kedar me dejaron pronto en libertad. No podían esperar gran cosa de un hombre que había enloquecido a causa de la lucha, o que fingía estar loco para evitarla, y concentraron su atención en la defensa de su refugio contra el ataque que sabían iba a producirse en cuanto cesase la tormenta.

Me aproximé a la boca de la cueva sintiéndome seguido por las miradas de los demás. Afuera seguía silbando con furia el viento, crudo y frío. Me estremecí y retrocedí junto al agradable calor de los radiadores.

Rena volvió a hacerse cargo de mí y me condujo a un reducido círculo de personas que calentaban alimentos empaquetados en algo semejante a un horno microondas portátil. Comimos entre un torvo silencio. Uno tras otro los soldados se levantaron y se dirigieron a las ridículas hamacas flotantes donde comprobaron sombríamente sus armas.

La única persona que demostraba cierta alegría en aquel escuadrón era un jovenzuelo que se me dio a conocer como Marek, especialista en comunicaciones, y que me mostró las consolas y pantallas portátiles en las que trabajaba.

—Esos brutos están interfiriéndose de algún modo en nuestras transmisiones —dijo con afirmación, igual que si estuviera describiendo el funcionamiento de su equipo—. Ignoro cómo lo hacen, pero se salen perfectamente con la suya.

—¿Los brutos? —pregunté.

—El enemigo, esos tipos de piel gris y ojos rojizos —respondió.

Adoptó una postura encorvada, inclinando el cuello y levantando los hombros y seguidamente anduvo unos pasos arrastrando los pies y contrayendo la expresión todo lo posible. Pese a tratarse de un joven esbelto, resultaba una imitación bastante buena de aquel a quien yo conocía como Ahrimán.

—Sea como sea —prosiguió Marek recuperando su anterior compostura —, interceptan nuestras llamadas al exterior, de manera que nos es imposible informar a los mandos de las naves en órbita acerca de dónde estamos ni de cuáles son nuestros propósitos.

—¿Entonces nos encontramos aislados? —pregunté.

Sacudió nuevamente la cabeza, al parecer tan poco preocupado como si sólo tuviera que enfrentarse a una molesta avería en el equipo.

—Por otra parte, recibimos la mayoría de mensajes que nos transmiten —prosiguió—. Las órdenes de Allá Arriba... —apuntó con un dedo hacia el techo de la cueva—... nos llegan perfectamente, como también los mapas meteorológicos y los gráficos multiespectro del scanner, que nos informan acerca del lugar donde los brutos concentran sus fuerzas.

Señaló una pantalla de vídeo y pulsó algunas teclas. La pantalla se iluminó mostrando un impresionante círculo de nubes, una gigantesca tormenta ciclónica detectada por las cámaras de un satélite en órbita.

—Nosotros nos encontramos en el lugar en que se halla el cursor —me informó Marek señalando un punto verde que destellaba en el ángulo inferior de la pantalla.

Abrí los ojos, sorprendido. Las nubes de tormenta cubrían más de la mitad de la imagen, pero en la zona donde se distinguía el suelo descubrí un contorno que me resultaba sugestivamente familiar: una península alargada se proyectaba en un gran mar. Su silueta me recordaba a Italia, salvo que estaba sutilmente modificada y los «dedos» de lo que semejava la bota italiana estaban claramente conectados a lo que algún día sería la isla de Sicilia. Por encima de aquella forma reconocible aparecía una inmensa y blanca extensión. Los glaciares cubrían la mayor parte de Europa: nos encontrábamos realmente en un período glacial.

Marek me dio un codazo.

—¿Has visto bastante? ¿Estás preparado para recibir malas noticias?

Asentí.

Volvió a pulsar el teclado y las nubes de tormenta desaparecieron de la pantalla y apareció en su lugar el suelo, o más bien los campos de hielo que lo cubrían. La perspectiva pareció remontarse más cerca de la superficie hasta que pude discernir algunos picos grises de granito que sobresalían entre la nieve.

—Ésa es nuestra cueva —dijo señalando de nuevo el destellante cursor—. Y aquí... —pulsó una sola tecla— están los brutos.

Una multitud de puntos rojos se destacaba contra la blancura del hielo y la nieve. Parecían por lo menos mil y estaban dispuestos en desigual semicírculo frente a nuestro reducto.

De modo que estábamos separados del resto de las fuerzas aguardando a que el enemigo, los brutos que nos superaban extraordinariamente en número, se dispusieran a atacarnos.

Aunque los soldados que me rodeaban parecían jóvenes, eran veteranos de muchas batallas y no perdían el tiempo preocupándose inútilmente. Comieron, revisaron sus armas y poco después se tendieron en sus frágiles hamacas y se dispusieron a dormir.

—También tú deberías dormir ahora que puedes permitirte —me aconsejó Marek con tanta despreocupación como si no hubiera nada por lo que inquietarse en el mundo—. La tormenta aún se prolongará durante otras seis horas y los brutos no nos atacarán hasta que eso suceda.

—¿Estás seguro?

Su sonrisa apenas se enturbió.

—¿Cuánto tiempo llevas luchando contra ellos? ¿Has visto que atacaran alguna vez durante un temporal como éste?

Me encogí de hombros.

—Además, tenemos controlada toda esta zona con scanners. Seremos inmediatamente advertidos en cuanto se dispongan a hacer cualquier movimiento.

No obstante, advertí que él seguía junto a su equipo, jugueteando con él, comprobándolo, buscando el modo de superar las interferencias para poder avisar de nuestro paradero y circunstancias a los mandos que estaban en órbita.

Observé que Adena se encontraba sola en la entrada de la cueva, vestida ya con su armadura y cubiertos con el casco sus hermosos cabellos negros. La mayoría de los soldados estaban dormidos o simulaban estarlo. En la cueva reinaba el silencio y sólo se oía el zumbido del equipo eléctrico y el gemido cada vez más amenazador del viento procedente del exterior.

Kedar estaba agachado junto a un juego de chatos y gruesos cilindros de color verde. Por los misteriosos rasgos dibujados en ellos comprendí que se trataba de las cargas de batería que facilitaban la energía necesaria para el funcionamiento del equipo del escuadrón. Al ver que me acercaba lentamente a Adena, me dirigió una recelosa mirada, pero no dijo nada y permaneció en su sitio comprobando las baterías.

—Será mejor que descanses —me aconsejó Adena antes de que yo pudiera decir palabra.

—No necesito dormir mucho —repuse—. Y me encuentro perfectamente.

—Lo peor es esperar —dijo escudriñando entre la nieve arrastrada por el viento—. Si dispusiera de mayores efectivos saldría y les atacaría ahora mismo, los sorprendería mientras se están preparando.

—¿No me recuerdas? —le pregunté.

Se volvió hacia mí con expresión preocupada.

—¿Acaso nos hemos visto antes?

—Muchas veces.

—No —repuso moviendo negativamente la cabeza—. Si hubiera sido así, lo recordaría. Y, sin embargo...

—Y sin embargo te resulto familiar.

—Sí —reconoció.

—Piensa —insistí sintiendo arder en mí una gran ansiedad—. Nos hemos visto antes. Hace mucho tiempo... en el futuro.

—¿En el futuro?

—En una tribu cazadora primitiva, en la primavera que seguirá a esta época invernal. En la capital de un imperio bárbaro, miles de años después. En una metrópoli gigante siglos más tarde...

Parecía sorprendida, preocupada.

—Estás loco —susurró—. Habrás perdido el juicio por el agotamiento de la batalla o por la impresión sufrida al verte expuesto a la tormenta.

—¡Recuérdalo! —insistí—. Cierra los ojos y verás lo que aparece en tu mente cuando piensas en mí.

Me dirigió una extraña mirada, en parte incrédula y desconfiada. Pero cerró lentamente los ojos y yo me concentré hasta el último átomo de mi voluntad.

—¿Qué ves? —le pregunté.

Tardó largo rato en responderme.

—Una cascada —dijo por fin.

—¿Qué más?

—Nada... árboles, algunas personas y... extraños animales cuadrúpedos... Yo voy cabalgando en uno de ellos y... ¡también tú! ¡Tú cabalgas a mi lado!

—¡Sigue!

—Veo a uno de los brutos: ¡es enorme! Estamos en una cueva... No, es una especie de túnel... —balbució y abrió desorbitadamente los ojos.

—Has visto las ratas —comprendí.

Adena se llevó las temblorosas manos al cuello.

—¡Es horrible! ¡Esos bichos...!

—En aquella era morimos los dos —le dije—. Tú y yo tenemos muchas vidas.

—¿Quién eres?

—Soy Orión, el Cazador. Busco a Ahrimán el Oscuro, aquel que dirigió las ratas contra ti. He sido enviado a todas esas diferentes épocas para encontrarle y darle muerte.

—¿Enviado? ¿Por quién?

—Por Ormuzd —respondí.

Cerró los ojos un instante y el aire que nos rodeaba pareció desprender un frío resplandor plateado. La cueva y la tormenta del exterior se ensombrecieron y casi desaparecieron. Observé a Kedar de reojo, paralizado en el tiempo, con la mano extendida e inmóvil como una estatua. Adena volvió a abrir los ojos y se reflejó en ellos todo el conocimiento del continuo.

—Orión —dijo—, gracias. El velo ha desaparecido: ahora puedo comprenderlo todo claramente. Recuerdo... aún recuerdo más cosas que tú.

Estábamos solos en una esfera de energía más allá del tiempo normal, solos los dos en un espacio que ella había creado. El corazón me latía apresurado en el pecho.

—Adena, hace un momento te mentí...

Ella sonrió burlona.

—¿Me has mentido? ¿A mí?

—Quizá no haya sido una mentira, mas no te he dicho toda la verdad. Te he dicho que he sido enviado para perseguir a Ahrimán.

—Eso es cierto, me consta.

—¡Pero no es toda la verdad! Lo cierto es que aunque Ormuzd me ha enviado para matar al Oscuro, la verdadera razón de que yo esté aquí, la razón que me impulsa, es encontrarte. Te he buscado a lo largo de cientos de miles de años y cada vez que te encuentro él te separa de mí.

—En esta ocasión no será así, Orión —dijo Adena.

—Te amo, Adena... Aretha... cualquiera que sea tu nombre.

Ella se echó a reír, con contenida alegría.

—Por ahora bastará con Adena. Pero tú siempre eres Orión, siempre constante.

Me encogí de hombros y respondí:

—Soy lo que soy, no puedo ser otra cosa.

—Y yo te amo, amo lo que eres y quien eres —respondió—. Y te amaré eternamente.

Sentí deseos de echar a correr entre la furiosa tormenta, de ponerme a gritar al viento pregonando mi triunfo a Ormuzd dondequiera que estuviera y quienquiera que fuese, y de decirle que, pese a todos sus poderes, había

encontrado a mi amada y que ella también me correspondía. Anhelé estrecharla entre mis brazos y sentir el contacto de su cálido cuerpo.

Pero en lugar de ello permanecí ante ella casi paralizado por la felicidad. Ni siquiera me atreví a cogerle la mano: me bastaba con sumergirme en la dicha de haberla encontrado.

—Orión —dijo en voz baja y tono apremiante—, son muchas las cosas que aún ignoras: todavía se te ocultan gran parte de los hechos. Ese a quien llamas Ormuzd tiene sus razones para obrar como lo ha hecho contigo...

—Y contigo —repuse.

Me sonrió brevemente.

—Yo insistí en venir aquí. Accedí a adoptar una forma humana aceptando sus condiciones y soy absolutamente responsable de cuanto me ha sucedido.

—¿Y en cuanto a Ahrimán?

El rostro de Adena se ensombreció.

—Orión, amor mío, no te hará feliz conocer toda la verdad. Acaso Ormuzd obre acertadamente tratando de ocultártela.

—Deseo conocerla —insistí—. Quiero saber quién soy realmente y por qué he sido destinado para realizar estas cosas.

Ella asintió.

—Sí, comprendo lo que sientes, pero no esperes saberlo todo de una vez.

—Comienza iniciándome con algo —le rogué.

Adena señaló hacia el exterior.

—Muy bien, comenzaremos aquí y ahora. Esta escuadra de tropas forma parte de un ejército de exterminio. Nuestra misión consiste en aniquilar a los brutos y en liberar de ellos a este planeta.

—¿Y una vez lo hayamos conseguido?

—Cada cosa a su tiempo, amor mío. Antes de que ocurra todo lo demás, antes de que tú y yo podamos encontrarlos al pie del monte Ararat, amamos en Karakorum o reunirnos en Nueva York, debemos aniquilar a los brutos.

Aspiré profundamente.

—¿Se encuentra Ahrimán entre ellos?

—Sí, naturalmente. Forma parte de sus tropas, es uno de sus más poderosos dirigentes. Y en estos momentos sabe perfectamente que si logra impedimos llevar a cabo la misión que Ormuzd nos ha impuesto, podrá obtener la victoria definitiva.

Me quedé desconcertado.

—¿Quieres decir que si no logramos exterminarlos seremos aniquilados nosotros, los seres humanos?

—Si no conseguimos acabar con esos brutos —repuso ella—, la raza humana a la que tú perteneces se extinguirá para siempre.

—Y entonces se alterará el continuo y el espacio-tiempo se desmoronará.

—Así lo cree Ormuzd —repuso Adena—. Existen ciertos indicios de que pueda ser cierto.

—¿Algunos indicios? —exclamé—. ¿Estamos inmersos en una guerra de exterminio basándonos en simples indicios? —pregunté enojado.

Me respondió con una sonrisa.

—Orión, ya te he dicho que son muchas las cosas que aún ignoras. Disculpa las palabras que he utilizado. No te pediría que librases esta batalla si no fuese necesario.

Mi ira se desvaneció, pero mi confusión persistía.

—¿Quién eres tú? —le pregunté impulsivamente—. ¿Quiénes sois Ormuzd y tú?

Ella me silenció poniéndome un dedo en los labios.

—Soy tan humana y mortal como tú, Orión. No siempre ha sido así, pero he escogido este estado. Puedo sentir dolor y perecer.

—Pero luego volverás a vivir —dije.

—Como tú.

—¿Les ocurre así a todos los demás?

—No, ellos no están en esta situación —repuso—. Todos los seres humanos tienen la posibilidad de sobrevivir a la muerte, mas pocos se dan cuenta de ello y son contados los que realmente logran alcanzar tal objetivo.

—Tú sí puedes conseguirlo, ¿verdad?

—Sí, desde luego; pero tú, no. Si no fuese por la intervención de Ormuzd, tendrías una única existencia, morirías como los demás de tu especie.

—¿Mi especie? ¡Entonces tú no perteneces a mi especie! Dices que decidiste ser humana, eso significa que eres algo... distinto.

Adena me respondió con una triste sonrisa en la que se acumulaba el conocimiento de múltiples eones.

—Soy lo que vosotros algún día consideraréis una diosa, Orión, y me construiréis templos. Pero deseo ser humana. Quiero estar contigo... si Ormuzd me lo permite.

CAPÍTULO XXXVI

Me quedé inmóvil fijando la mirada en sus ojos grises y descubriendo en ellos arremolinado en constante giro todo un continuo de estrellas, galaxias, átomos y quarks rodando en el ciclo infinito de la creación y el cambio. No comprendía, no lograba entender lo que Adena me estaba diciendo, pero creía todas sus palabras.

Me había enamorado de una diosa, un ser que algún día sería adorado por los hombres, que a su vez habían sido creados por los dioses. El ciclo de la creación, la rueda de la vida, el continuo del universo...

El mismo continuo que Ahrimán trataba de destruir.

El aura plateada que nos rodeaba desapareció y una ráfaga de helado viento me hizo estremecer. Percibí nuevamente el ulular del viento y luego las apagadas voces de los soldados que estaban en la cueva. Kedar asió por fin el instrumento que trataba de alcanzar: volvíamos a encontrarnos en el espacio-tiempo presente.

—El viento ha cambiado de dirección —observó Adena—. La tormenta concluirá dentro de unas horas y entonces nos atacarán.

En aquel preciso instante centré mi atención en ella.

—¿Podremos ofrecerles resistencia?

—Sólo mientras dispongamos de energía. Una vez se nos agoten las baterías... —Sus palabras quedaron flotando en el aire.

—Pero habrá otras unidades en la zona, ¿no es así? Podremos conseguir ayuda, ¿verdad?

Adena vaciló un instante.

—Esta es la batalla definitiva, Orión. Los brutos que se están reuniendo ahí afuera son los últimos que quedan.

—¿Y nosotros? ¿Quieres decir que también somos los únicos supervivientes de la especie humana?

—Somos los únicos seres humanos con vida —respondió.

—¿Y esos mandos que están en órbita en las naves?

Adena me respondió con una breve señal negativa.

—No hay más naves ni hay otros soldados. Lo cierto es que las transmisiones que Marek está recibiendo proceden de Ormuzd. No quiere que

nos enteremos, pero la verdad es que estamos totalmente solos: no recibiremos ninguna ayuda.

—No lo comprendo.

Volvió a sonreír amargamente.

—No se trata de que lo comprendas, Orión. Ya te he dicho mucho más de lo que Ormuzd desea que sepas.

Se apartó de mi lado: había dejado de ser una diosa y se convertía de nuevo en el jefe de un destacamento de soldados perdidos, atrapados y en peligro. Me quedé en la entrada de la cueva exponiéndome al helado viento, casi agradeciendo aquella fría sensación. Mis pensamientos eran confusos. No llegaba a ninguna conclusión, pero afuera, entre el temporal decreciente, sabía que nos aguardaba el último enemigo. Nuestro reducido grupo de hombres y mujeres decidiría el sino del continuo. En breve comenzaría la batalla y aquel que resultase victorioso heredaría el mundo, el universo, toda la eternidad.

—¡Orión!

Me volví y vi que Rena se dirigía a mí con expresión inquieta en su menudo rostro.

—Adena dice que debemos vestir las armaduras y comprobar las armas — me dijo con forzada sonrisa.

Hice una señal de asentimiento y la seguí a la zona donde flotaban las hamacas en desigual hilera. Nuestros compañeros estaban poniéndose sus trajes blindados. Localicé el mío y seguí el ejemplo de Rena: me enfundé en primer lugar la parte que cubría el cuerpo, seguí luego con las piernas, las botas, los brazos, los guantes milagrosamente tenues y, por fin, el cinturón que contenía el equipo. Sopesé el casco: tenía incorporado un comunicador de doble sentido y un visor deslizante que cubría por completo el rostro. El visor era totalmente transparente por dentro, pero opaco por el exterior. Una vez que todos se cubrieron con él no pude distinguir sus rostros, únicamente eran identificables por las insignias que engalanaban sus hombros y por los nombres que aparecían inscritos en sus pechos.

Tras haber comprobado mi traje, Rena me llevó junto a las baterías que Kedar cuidaba amorosamente y cargamos de energía nuestras armaduras. Seguidamente nos reunimos con los demás, que habían formado una hilera para proveerse de armas.

Adena observaba a Ogún, el fornido armero del escuadrón, que sonreía torvamente al tender a cada soldado sendas armas: una especie de fusil de cañón largo y una pistola que se conectaba con la reserva de batería del traje.

Cuando llegué junto a él, frunció el entrecejo y se volvió hacia Adena.

—Dale una pistola —le ordenó—. Estará conmigo atendiendo el cañón.

La pistola era igual que la que llevaba encima cuando me encontré solo entre la tormenta. La sostuve en mi enguantada mano.

—Está provista de batería —dijo Rena— pero, según las normas, debes conectarla en tu traje, así se prolongan su alcance y su duración.

Hice una señal de asentimiento. Tenía un extraño aspecto con su armadura y su casco: parecía una niña jugando a soldados. No obstante, según podía deducirse por las graves expresiones de cuantos me rodeaban, aquello no era ningún juego.

Era un escuadrón experimentado. Cuando estuvieron armados, fueron hacia la boca de la cueva y tomaron posiciones de modo que pudieran cubrirse unos a otros al tiempo que vigilaban la suave pendiente nevada que conducía a nuestro refugio.

Permanecí indeciso en el centro de la cueva observando a los soldados sin saber qué hacer. Rena me dirigió una breve sonrisa y corrió hacia un enorme cajón metálico localizado a un lado de la cueva. Pulsó algunos botones y el cajón se levantó varias pulgadas del suelo. La seguí como un obediente perro faldero mientras ella se reunía con los demás, en la entrada.

—¿Puedes ayudarme? —preguntó Ogún.

Su voz, al igual que su aspecto, eran hoscos. Le seguí hasta el fondo, a lo más recóndito de la cueva.

—Rena es biomilitar —me aclaró sin que yo le preguntase nada—. Con su equipo comprueba los virus y microbios que nos arrojan esos brutos. Perdimos muchos elementos hasta que nos dimos cuenta de lo que podían conseguir con esos diminutos asesinos. Es un veneno instantáneo que paraliza, desgarrar los intestinos, ciega y asfixia... Han cometido auténticas barbaridades.

—¿Es de acción instantánea? —pregunté.

—Actúa en un abrir y cerrar de ojos —dijo mientras nos agachábamos para pasar por un pasillo de escasa altura practicado en la roca—. Por esa razón debes mantener el visor cerrado y respirar únicamente el aire que circula por el interior del traje hasta que Rena nos dé la señal de que no existe peligro, ¿comprendido?

—Sí, señor.

Su rostro se contrajo en algo parecido a una sonrisa. Pese a su hosca mirada y su constante malhumor, Ogún se preocupaba por los que le rodeaban.

—Bien —resopló—. Aquí está. Coloquémoslo en posición.

Se trataba de una mole de grandes proporciones compuesta de tubos y espirales que me recordaba vagamente un cañón. Ogún activó su elevador gravítico y aquel artefacto se levantó del suelo. Lo empujamos por el oscuro pasillo hasta la parte delantera de la cueva, entre las reiteradas advertencias de Ogún para que cuidase de no golpearlo contra el muro de piedra.

—¿Estás seguro de que esta cueva sólo tiene una entrada? —le pregunté mientras guiaba la pesada arma hacia la entrada.

Ogún asintió.

—Hemos pasado seis días escondidos aquí. Adena nos hizo explorar el interior palmo a palmo. Todos esos pasillos no tienen salida, excepto la que va a parar a las aguas. ¡Maldita sea, estuve a punto de caer por ella! Es muy profunda. No podrá acercarse nadie por esa dirección.

Estaba excesivamente seguro de sí mismo. Pero yo dudaba recordando la habilidad que poseía Ahrimán de alterar el espacio-tiempo y su afición a la oscuridad y las profundidades.

—Tal vez sería conveniente instalar aquí un sensor, por si acaso —le dije—. Probablemente tienes razón pero, si encontrasen un modo de atacarnos desde ahí abajo, sería mejor que nos enterásemos a tiempo, ¿no crees?

Habíamos empujado el cañón hasta la alineación de verdes baterías eléctricas. Ogún sonrió y se irguió sonriente mientras Kedar cogía los pesados cables del arma y los conectaba en dos de los cilindros verdes.

—Soy armero, no el jefe. No tengo por qué tomar iniciativas. Sólo me cuido de las armas y cumplo órdenes. —Extendió los robustos brazos hacia el techo—. Además, si descubren algún sistema para atacarnos por ahí, estaremos fritos por muchos avisos que recibamos.

Kedar le dirigió una inquisitiva mirada.

—Propone que pongamos un sensor abajo, junto al pozo, para que sirva de aviso por si acaso —le explicó Ogún. El especialista en energía se volvió a mí y por un instante creí estar viendo a Dal desprovisto de su roja barba.

—Consultaré a Adena al respecto —dijo—. Tal vez sea razonable.

—¡Razonable! —murmuró Ogún entre dientes.

Entre los tres empujamos el cañón hasta la boca de la cueva. Los restantes soldados habían despejado una zona para instalarlo y estaban levantando una especie de muro protector ante el arma a base de rocas sueltas. Les ayudé mientras que Ogún y Kedar seguían comprobando el equipo.

Me dediqué a transportar piedras en unión de Marek, formando un equipo efectivo, aunque me parecía que la mayor parte del trabajo recaía sobre mí.

Marek me sonreía mientras realizábamos aquella fatigosa tarea. Hizo un gesto con la cabeza señalando a Ogún y Kedar.

—Ya se sabe —comentó en un susurro—. Son oficiales.

Estuve a punto de echarme a reír. Siempre pasaba igual en todos los ejércitos y organizaciones: unos trabajaban con los músculos y otros con el cerebro.

Y siempre había alguien dirigiendo a los demás: en nuestro caso se trataba de Adena.

—Está cesando el viento —nos dijo.

Estaba fuera, a pocos metros de nosotros, frente a la boca de la cueva. Vestía su uniforme completo y se cubría con el casco, pero llevaba el visor levantado, dejando su rostro al descubierto.

Miré hacia el cielo y comprobé que había dejado de nevar. En el lugar donde ella se encontraba la nieve llegaba hasta las rodillas, pero más lejos, fuera del abrigo de nuestro refugio, había alcanzado gran altura. Grises nubes se deslizaban rápidamente por el cielo, como si huyeran a toda prisa de la carnicería que iba a producirse.

—Pronto aparecerá el sol —dijo Adena con cierta alegría—. Lucharemos bajo un cielo azul.

Los soldados se removieron inquietos e hicieron tintinear sus armas. Pensé que se trataba de un acto puramente instintivo, fruto de un arduo entrenamiento.

Ogún me dio unas breves instrucciones sobre el manejo del pesado cañón. Era un arma que funcionaba a base de energía, con un tipo especial de láser de extrema potencia. Comparándolo con los láseres de los laboratorios de fusión que yo había conocido en el siglo xx, aquéllos eran simples juguetes.

Mientras nos agazapábamos tras el enorme aparato, me pregunté cómo podían haberse trasladado aquellas gentes y sus avanzadas máquinas a aquel período glacial. Me constaba que tanto Ormuzd como Ahrimán manipulaban a placer el espacio y el tiempo, pero por vez primera desde que había llegado a aquel lugar desconcertante me sorprendía que pudieran existir seres humanos en aquella época que debía corresponder al Pleistoceno —cientos de miles de años antes de que se construyesen las pirámides en Egipto— y que contasen con una tecnología tan sofisticada. En siglos posteriores no aparecían datos arqueológicos de aquel tiempo.

Y ¿quiénes serían nuestros enemigos? ¿Quiénes eran aquellas criaturas contra las que combatíamos? ¿Aquellos a los que calificaban de brutos, los

secuaces de Ahrimán? ¿De dónde procedían? ¿Por qué se encontraban en el planeta Tierra?

Adena me había dicho que yo aún desconocía muchas cosas. Y también me había sugerido que una vez todo me fuese revelado no me sentiría en absoluto satisfecho.

¿Acaso aquel pequeño grupo de seres humanos formaba parte de un ejército enviado retrospectivamente por Ormuzd al período glacial desde alguna era distante del futuro? ¿Nos habría enviado allí para expulsar a los brutos, a aquellos invasores que trataban de destruir a la raza humana? Pero Marek había aludido a unas naves situadas en órbita. ¿Por qué se encontraban los jefes de semejantes ejércitos en naves que viajaban alrededor de la Tierra? ¿Por qué no estaban en ciudades o en sus puestos de mando en sus respectivos países?

Me acudió un pensamiento horrible. ¿Y si fueran ellos los invasores? ¿Y si los brutos, los seguidores de Ahrimán, estuviesen defendiendo su país?

Tuve que reprimir un grito ante el dolor que me causaba semejante idea. Pero la serena voz de Adena disipó mis pensamientos.

—¡Preparad las armas! ¡El enemigo se acerca!

CAPÍTULO XXXVII

—¡Abajo los visores!

Obedeciendo la orden de Adena deslicé el visor transparente hasta ajustar su cierre en la pieza circular del cuello de mi armadura.

Las nubes se alejaban y por el cielo se extendían grandes zonas azules. La nieve resplandecía bajo un sol invernal y el monótono paisaje se prolongaba hasta donde alcanzaba la vista sin que un solo árbol o una roca interrumpiese aquel blanco océano.

Me levanté y, desde la parte posterior del cañón de láser, inspeccioné el terreno que teníamos enfrente. Observé que Adena se agazapaba junto a la entrada de la cueva fijando su mirada en la pequeña pantalla visual de una caja metálica de color gris que se apoyaba en un saliente rocoso que tenía a su lado. Al principio no logré distinguir nada en ella, pero gradualmente comencé a advertir unos puntos diminutos que avanzaban hacia nosotros lenta e inexorablemente desde un lugar distante.

—Envían osos en vanguardia —nos informó Adena con voz monótona, sin inflexiones—, y animales menores en una avanzadilla... parecen lobos.

Forcé la vista tratando de comprender el sentido de sus palabras. Y poco a poco comprobé que las fuerzas que marchaban hacia nosotros consistían en su mayoría en animales en lugar de aquellos brutos humanoïdes. Al frente avanzaban lobos grises acompañados por algunos zorros plateados. Más lejos se veían las amenazadoras formas de enormes osos, blancos algunos de ellos, pero principalmente de color castaño oscuro. Eran recios, musculosos y marchaban a cuatro patas.

Águilas, halcones y otros pájaros de tamaño más reducido llenaban el cielo. Las figuras de otros animales menores, mapaches, tejones y glotones, se recortaban contra la resplandeciente nieve: era como si toda la fauna del planeta se hubiera unido para atacarnos.

Cuando ya se encontraban al alcance de nuestras armas pude distinguir a los humanoïdes que iban detrás de ellos. Eran de piel grisácea, potentes músculos e iban vestidos con pieles. Las hembras eran más pequeñas y esbeltas. Todos estaban armados con largas lanzas.

—Tranquilizaos —dijo Adena con voz susurrante y llena de expectación—. Escoged vuestras víctimas y dejad a los animales: el cañón se encargará

de ellos.

Me agaché tras la pantalla de plástico transparente que se curvaba frente al cañón. Me habían asignado la tarea de controlar la energía que se utilizara con el láser y advertir al equipo que lo manejaba en caso de que se agotaran peligrosamente las reservas. Era un trabajo que podía realizar un mono. Bastaba con vigilar los niveles que aparecían en la tabla de conversión de energía que estaba incorporada en la consola principal del cañón.

Observé fascinado por encima del panel al ejército de bestias que acudía a nuestro encuentro. ¿Cómo podría controlarlos la gente de Ahrimán? Por un instante los animales parecieron indecisos, pero en seguida emprendieron el galope hacia nosotros.

—¡Fuego! —gritó Adena.

De pronto la cueva se llenó de humo y del chisporroteo de los rayos proyectados por las armas.

Un espantoso gemido se extendió por el campo de hielo. Levanté la mirada y descubrí que la nieve antes virgen y radiante se había convertido en un mar de llamaradas, mientras que el pesado cañón del láser desplegaba un potente arco de energía que fundía el hielo calcinando a las bestias que nos atacaban y llenando el aire de un humo fétido y grasiento.

Los soldados disparaban sus armas entre nubes de humo y llamaradas.

Aunque no podía distinguir a dónde apuntaban, observé que algunos dirigían sus proyectiles contra los halcones y otros pájaros que se abatían hacia la boca de la cueva. Un águila se estrelló contra el casco de un soldado; éste cayó derribado y murió a causa del impacto.

Los lobos gruñían amenazadores aproximándose velozmente, saltando por la zona que nos separaba, un arco de sucia nieve cubierta de animales carbonizados por los disparos del cañón. Mientras girábamos el láser hacia un lado del campo los animales cargaban contra nosotros por el otro. Los artilleros habían reducido el alcance de sus armas y disparaban a quemarropa contra sus atacantes, pero seguían viniendo muchos más, se aproximaban por momentos. Aunque los soldados seguían eliminándolos, no lograban interrumpir su implacable avance.

De pronto surgió un oso en la boca de la cueva. Era espantosamente grande y gruñía y babeaba furioso sosteniéndose sobre sus patas traseras. Dejó caer su pesada zarpa sobre un soldado y lo desgarró por la mitad, proyectándolo salvajemente contra la pared. Cuatro compañeros suyos dispararon contra el animal y lo destriparon, llegando casi a arrancarle la cabeza. Pero la gigantesca bestia entró tambaleándose en la cueva, aullando

de dolor y rabia y golpeando y derribando ciegamente a la gente mientras se adentraba en nuestro refugio por pura inercia.

Sin pensarlo un instante abandoné la pantalla protectora del cañón y me abalancé contra sus patas rodando por el suelo en furiosa acometida.

Sentí como si chocase contra las columnas de hormigón de un enorme rascacielos, pero logré derribar al animal. Mis compañeros lo remataron a tiros. Sentí el chisporroteo de los disparos, percibí el olor a quemado que despedía su piel y su carne y la bestia se extinguió con un grito ahogado.

No había tiempo que perder. Tomé el fusil del soldado fallecido y por la insignia que lucía en el hombro descubrí que se trataba de Rena. El visor de su casco estaba salpicado de sangre y su cadáver aparecía destrozado.

—¡Se están deslizando por la pared de la roca! —me gritó Adena.

Me abrí paso entre los soldados que seguían enfrentándose a la avanzada animal y salí a medias de nuestro refugio observando de reojo que Adena hacía lo mismo por el otro extremo de la cueva.

Delante de mí, a una docena de metros, un reluciente lobo gris se aproximaba sigilosamente pegado a la roca, de modo que no resultaba visible desde el interior ni podíamos detectarlo con nuestros sensores. Detrás de él, en fila india, marchaba un inmenso oso grisáceo y otros lobos.

El animal se detuvo al verme. Nos miramos un instante y descubrí en sus ojos enrojecidos una mirada inteligente y un profundo odio que me desconcertaron. La bestia profirió un gruñido y saltó a mi garganta. Oprimí el gatillo y le herí desde la mandíbula a la entrepierna. Cuando se desplomó sobre mí estaba muerto. Retrocedí un paso tambaleándome bajo su impacto, pero no caí al suelo. La bestia gruñó y se adelantó hacia mí apoyándose en sus patas traseras. Disparé contra su boca dotada de poderosos colmillos y el rojo rayo de láser le atravesó el cráneo. El lobo se desplomó pesadamente a mis pies y seguí combatiendo contra las restantes alimañas. Lobos, zorros, tejones... se desperdigaron y huyeron en todas direcciones.

Por un breve instante me quedé inmóvil, jadeando jubiloso. Giré en redondo y comprobé que Adena había conseguido aún mejores resultados desde su posición. A su alrededor se amontonaban confusamente los cadáveres y seguía eliminando a muchos más animales que pretendían darse a la fuga.

Ante la cueva se levantaba una repugnante montaña de cuerpos ensangrentados y calcinados y de sucio hielo. La nieve se había fundido con la intensidad del láser y había vuelto a helarse a causa de la atmósfera glacial.

Súbitamente advertí que la batalla había cesado. El único sonido que se percibía era el suave silbido del viento. Las nubes habían desaparecido y en el cielo lucía un azul transparente, enturbiado únicamente por el negro humo que despedían los rescoldos de los cadáveres.

—¡Entremos en la cueva!

La voz de Adena llegó a mis oídos a través de los audífonos. No podía ver su rostro por el visor, pero tuve la sensación de que me sonreía.

Anduve dificultosamente hacia el interior y una vez allí me quité el visor. Mis compañeros estaban reunidos en torno al cadáver de Rena o comprobaban el cañón y las baterías.

—¿Eso es todo? —pregunté—. ¿Ya ha concluido la batalla?

—Ha sido únicamente el primer asalto: ahora están reagrupando sus fuerzas para reemprender el ataque dentro de unos minutos.

—Pero ha sido una auténtica carnicería... —observé—. Los hemos matado a centenares.

—Sólo hemos exterminado animales —replicó Adena—. Los brutos nos están sometiendo a una lucha de desgaste. Nos envían a los animales para obligarnos a consumir nuestra energía. Y cuando hayamos agotado nuestras reservas, efectuarán el verdadero ataque.

Tardé unos momentos en comprender el significado de sus palabras.

—¿Quieres decir que seguirán enviándonos a esas bestias hasta inutilizar nuestras armas?

—Así lo han venido haciendo hasta ahora —repuso Adena.

—¿Qué oportunidades tenemos entonces de vencerlos?

Volvió a sonreír, pero en esta ocasión con la frialdad característica de aquel que aprecia la ironía aunque sea víctima de ella.

—Todo depende de que se les acaben los recursos antes de que se nos agote la energía.

No debí parecer muy convencido.

—El caso es que la gente de Ahrimán no es invencible y que se encuentran en una situación tan desesperada como la nuestra. Nos enfrentamos al último grupo existente. Si podemos acabar con ellos, no quedará ninguno con vida.

—¿Y si nos matan?

Ella movió la cabeza con pesimismo.

—Vencerán por toda la eternidad.

Me disponía a responderle cuando un soldado exclamó:

—¡Están nuevamente aquí!

Nos reincorporamos a nuestros puestos de combate. El cuerpo de Rena había sido depositado sobre la roca, en lo más profundo de la cueva. Ocupamos los lugares que nos habían sido asignados. Por propia iniciativa cogí el fusil de Rena y me situé en la entrada, donde podía vigilar cualquier posible infiltración contraria que no lograra detectarse desde el interior. Era una posición expuesta, mas calculé que el enemigo tenía que aproximarse a una distancia razonable para poder alcanzarme; en tanto que mi fusil resistiera, podría considerarme a salvo.

—¡Bajad los visores! —ordenó Adena.

Obedecí y observé al ejército que se aproximaba.

En cuatro ocasiones durante otras tantas horas los animales cargaren contra nosotros y cada vez les obligamos a retroceder utilizando nuestros rayos de energía frente a sus colmillos y garras. El aire, antes diáfano, se volvió angustiosamente denso con el hedor a carne y piel quemadas.

Negras nubes ensombrecían el cielo mientras el pálido sol se remontaba en lo alto y proyectaba alargadas sombras por el helado campo de batalla sembrado de cadáveres y hielo sucio.

Tenía doloridos todos los músculos del cuerpo, la cabeza me zumbaba dolorosamente y la misma cueva hedía a sudor humano y al empalagoso fluido del ozono. Marek se acercó para entregarnos dos cápsulas nutritivas de color amarillo que, según me informó, bastaban para alimentar a una persona durante más de doce horas. Tuve que contener una carcajada: ¡a menos de cien metros había más carne de la que podríamos consumir los dieciséis en un mes y nos alimentábamos a base de cápsulas!

Observé que Marek y Adena hablaban quedamente con expresión sombría. Al verme, ella me hizo señas para que me acercase.

—¿A cuántos ataques podremos enfrentarnos? —le preguntaba a Marek cuando llegué a su lado.

Éste me dirigió una mirada recelosa antes de responder.

—Por lo menos dos, quizá tres.

Adena contempló la pantalla del sensor que se apoyaba levemente inclinado en el saliente rocoso próximo a la entrada de la cueva.

—Aún les quedan bastantes efectivos para atacarnos en tres o más ocasiones.

—Entonces no podemos quedarnos aquí —intervine bruscamente.

Marek me miró sorprendido.

—¿Qué propones? —dijo Adena.

—Que dejemos de luchar contra animales y ataquemos al auténtico enemigo.

—¿Sugieres que los invitemos a venir aquí? —preguntó sarcástico Marek—. ¿O debemos emprender la marcha e ir a buscarlos a su campamento?

—Eso último —repuse—. Propongo que enviemos dos o tres voluntarios al campamento enemigo para atacarlos allí.

Marek dio un resoplido.

—Las bestias de ahí afuera nos despedazarían antes de que consiguiéramos acércanos...

—No sucederá así si podemos salir de la cueva sin ser detectados y damos un rodeo evitando a los animales —respondí—, en ese caso podríamos atacar al enemigo por detrás.

—¿Cómo conseguiríamos salir de aquí sin ser descubiertos? —preguntó Adena.

—Propongo que salgamos ahora mismo y marchemos junto al muro de piedra hasta llegar más allá de los flancos de su ejército de animales. Entonces podríamos atravesar el campo de hielo y dirigimos a su campamento.

—Aunque no te descubrieran, tardarías horas y horas en conseguirlo —dijo Marek.

—Sí, lo sé. Habría anochecido antes de que les alcanzásemos.

—¿Y si esperásemos a que anocheciera para ponemos en marcha y les atacásemos al amanecer? —propuso Adena—. Podríamos iniciar un bombardeo desde aquí con nuestro cañón y eso distraería su atención.

Marek movió pensativo la cabeza.

—De noche ellos juegan con ventaja: disponen de animales que pueden ver en la oscuridad, cosa que a nosotros no es imposible.

—Poseemos sensores tan seguros como puedan serlo sus bestias —dijo Adena—. Y de noche nunca nos atacarán. Les concedes demasiada importancia, Marek. En la oscuridad tenemos ventaja.

—No lo creo.

—Pero yo sí —repuso ella—. Orión, vamos a poner en práctica tu plan. Vale la pena arriesgarse. Escogeré dos soldados que nos acompañen.

—¿Acompañamos?

—Iré contigo.

—¡No puedes hacer eso! —replicó Marek.

—¡Tengo que hacerlo! Los demás no seguirán a Orión porque es un extraño, pero obedecerán mis órdenes sin vacilar.

—¿Pero acaso sea peligroso!

—Jamás destinaría a un soldado a una misión que yo misma no fuese capaz de realizar —dijo Adena.

Por la fría determinación de su mirada comprendí que sería inútil tratar de disuadirla. Y, a decir verdad, me alegraba que me acompañase.

—Pero ¿qué será de nosotros? —Se interesó Marek sin ocultar su temor.

—Tú asumirás el mando —le dijo Adena—. Inicia un bombardeo contra el enemigo con las primeras luces del amanecer. Por entonces ya debemos estar en condiciones de atacar su campamento.

—¿Y si no es así?

Ella le sonrió.

—No importa. Si al amanecer no estamos dispuestos para atacarlos, será porque hemos muerto.

CAPÍTULO XXXVIII

No llegamos a saber si mi plan funcionaba porque los brutos nos atacaron sin que tuviésemos ocasión de ponerlo en práctica.

Adena escogió dos soldados para que nos acompañasen: Ogún, el fornido armero que mantenía constantemente el entrecejo fruncido, y Lissa, una hermosa muchacha, alta, esbelta y de cabellos negros, especialista en explosivos.

—Si sorprendemos dormidos a los brutos —me explicó Adena—, Lissa preparará sus granadas para acabar con ellos en el primer asalto.

El sol poniente se había ocultado tras la roca en la que se encontraba nuestra cueva sumiendo en profundas sombras el campo que se extendía ante nuestra vista con los despojos de la batalla. Adena nos ordenó que nos acostásemos puesto que debíamos emprender la marcha en cuanto fuera de noche.

Nunca había necesitado dormir muchas horas, pero me tendí en una de las hamacas flotantes y traté de relajarme. Cerré los ojos; al cabo de unos minutos, estaba adormecido.

No recuerdo si llegué a dormirme; me sobresaltó un olor extraño y empalagoso que perturbó mi olfato y me produjo sensación de ahogo. Abrí los ojos y traté de incorporarme. La hamaca se ladeó bajo mi peso y me deslicé al suelo con un sordo golpe.

Adena yacía dormida a mi lado, con los miembros inertes y el rostro vuelto hacia mí profundamente relajado. Aquel extraño olor comenzaba a producirme náuseas: era como si tuviese la cabeza hundida en un cubo lleno de exóticas flores tropicales.

Me puse en pie tambaleándome y descubrí que todos mis compañeros estaban dormidos y que no había nadie montando guardia. Comprendí que se habrían valido de algún medio para llenar la cueva de un gas que nos había sumido a todos en la inconsciencia. El único sonido que se percibía era el suave zumbido de las baterías que mantenían encendidas las luces.

Avancé dando tumbos, respirando dificultosamente, y me abrí paso entre los cuerpos tendidos de los soldados hasta conseguir respirar el aire fresco del exterior. Era noche cerrada, clara y fría y las estrellas brillaban en el

firmamento. Respiré profundamente para llenar mis pulmones de oxígeno y se me aclaró la cabeza.

Comprendí que se proponían atacarnos en breve, a menos que se tratase de un gas letal.

Volví a entrar en nuestro refugio conteniendo el aliento y me precipité contra mi hamaca para recoger el casco que había depositado debajo. Me lo puse rápidamente, bajé el visor y pulsé el botón que llevaba en la cintura, que activaba el sistema de respiración del traje. Un diminuto ventilador se puso en funcionamiento y sentí en el rostro el impacto del aire fresco, que aspiré profundamente.

Sin pérdida de tiempo y sin perder de vista un instante la entrada de la cueva, le coloqué el casco a Adena y puse en marcha su dispositivo respiratorio. Seguidamente fui a la entrada a montar guardia.

La voz de Adena llegó a mis oídos, insegura y confusa.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó.

Me volvía hacia ella disponiéndome a explicarle lo sucedido cuando, entre las sombras más profundas de la cueva, vi aparecer a uno de los brutos apuntando a la espalda de la muchacha con una larga y aguzada lanza de cristal.

—¡Cuidado! —exclamé mientras desenfundaba la pistola que llevaba en el cinto.

Adena se encogió instintivamente al tiempo que el bruto se abalanzaba sobre ella. Mi disparo le alcanzó en el rostro. Lanzó un grito espantoso y se desplomó haciendo añicos su lanza.

No podíamos perder el tiempo en explicaciones. Seguían atacándonos otros enemigos que surgían entre la oscuridad del fondo de la cueva. Adena recogió su fusil y los obligó a retroceder mientras yo la cubría con mi pistola; entre ambos los mantuvimos a raya durante un tiempo que nos pareció una eternidad, pero que en realidad sólo fueron algunos minutos.

De pronto interrumpieron su ataque y desaparecieron entre las sombras. Cuatro enormes brutos yacían muertos a nuestros pies.

—Han encontrado algún modo de entrar en la cueva por la parte posterior —dije esforzándome por regularizar mi respiración y los latidos del corazón.

—O han conseguido practicar un nuevo acceso —repuso Adena—. ¡No hay tiempo que perder! ¡Regresarán en seguida!

Me sentí atrapado y engañado. El enemigo nos había rodeado y la cueva había dejado de ser un refugio para convertirse en una celda angosta y limitada, de sólida roca, de la que nos sería imposible movernos ni huir. Me

parecía que las paredes estaban a punto de derrumbarse sobre mí. Comenzaban a temblarme las manos.

Pero no me alteraba el temor, sino la ira. Mientras miraba en torno a los desnudos muros de la cueva comprendía que aquello podía convertirse fácilmente en una tumba para todos nosotros y me sentía furioso conmigo mismo. ¿Cómo había podido ser tan necio? La cámara subterránea que Ahrimán había creado en el siglo xx, el recóndito templo de oscura piedra construido en Karakorum, las cuevas donde había residido en el período neolítico... las cavernas y la oscuridad constituían sus guaridas, sus núcleos más poderosos. ¿Cómo no lo había previsto oportunamente? ¿Por qué había consentido que aquellos pobres soldados cayeran en su trampa? Debía haberlo imaginado.

Increpándome mentalmente, ayudé a Adena a reanimar a nuestros compañeros. Ella los puso al corriente de lo sucedido con breves palabras.

—Creían que nos encontrarían inconscientes y que podrían eliminarnos fácilmente. Ahora ya han comprobado que la situación es muy distinta. Pero en cualquier momento pueden atacarnos por delante y por detrás.

Los sensores instalados en la entrada de la cueva denunciaron la presencia de animales que se movían en la oscuridad de la noche. Adena apuntó con el cañón hacia el exterior, a la inmensa extensión de hielo y nieve.

—Orión —ordenó—, Ogún, Lissa y tú cubriréis la parte posterior de la cueva. Tratad de descubrir por dónde se introduce el enemigo. Se diría que por ese punto no pueden infiltrarse en gran número al mismo tiempo. Si no os bastáis los tres para mantenerlos a raya, pedid ayuda.

No podía ver el rostro de Ogún tras el visor, pero no me costaba nada imaginar su amarga expresión. Lissa transportaba una caja de granadas, remolcándola con una correa atada a la muñeca, que flotaba sobre su disco antigraavedad a pocos centímetros del suelo.

—Puedo facilitaros fuerzas explosivas de leve alcance o de hasta un kilotón de potencia —dijo.

Su voz sonaba casi alegre en mis audífonos.

—Este lugar parece demasiado angosto para instalar explosivos —comenté a medida que nos adentrábamos por el estrecho pasillo de la cueva.

—Sí, me temo que tienes razón —respondió Lissa taciturna.

Dejamos atrás los cadáveres de los brutos e inspeccionamos el túnel alumbrándonos con las luces que llevábamos en los cascos. Al poco rato el camino resultó demasiado estrecho para poder avanzar uno junto a otro. Ogún se puso al frente y yo le seguía; Lissa venía en último lugar, a pocos pasos.

—Cuando llegamos aquí comprobamos esta zona —gruñó Ogún—. No existe ningún acceso...

Se interrumpió bruscamente. Miré por encima de su hombro y comprobé que se había detenido frente a una abertura practicada en el suelo.

—Esto no estaba así ayer —murmuró. Se agachó y recogió algunas piedras sueltas—. Este agujero es reciente: deben de haberlo excavado mientras nos atacaban.

—¿Por qué no están vigilando este hueco? —se preguntó Lissa—. ¿Por qué lo han abandonado?

Examiné el hueco y la luz de nuestros cascos se perdió en un pozo que parecía insondable.

—Se proponen volver —observó Ogún—. Cuando estén dispuestos a reanudar el ataque acudirán en tropel por aquí.

Pero algo en aquel hueco me resultaba preocupante. Lissa tenía razón: si aquél era su punto de acceso para atacarnos desde el fondo, ¿por qué lo habían abandonado?

—Regresemos con los demás —dije.

—¿Con los demás? —Ogún parecía sorprendido—. ¿Por qué?

—Puedo instalar una trampa —sugirió Lissa—. Y si intentan usarlo de nuevo saltarán en pedazos.

No pude por menos de advertir con qué alegría se expresaba cuando proponía exterminar a la gente.

—Es un señuelo —respondí tan sorprendido como ellos al oír mis palabras—. Un ardid. Quizá hayan utilizado anteriormente este conducto, pero es probable que estén excavando otro nuevo en estos momentos entre esa zona y la cámara principal de la cueva.

—En tal caso nos quedaremos aislados —dijo Ogún.

—Y sorprenderán a los demás por la espalda —añadió Lissa.

Hice una señal afirmativa, pero comprendí que no podían verme por el visor del casco.

—¡Vamos! ¡Rápido! —exclamé.

Regresamos lo más rápidamente posible hasta el lugar donde yacían los cadáveres de los brutos. Una vez allí, con las luces a nuestra espalda y dejando atrás la actividad de los restantes soldados, me quité el casco y al acercar el oído contra el muro de la roca, pude distinguir unos ruidos leves y continuados: alguien estaba excavando en algún lugar.

Adena nos vio y se acercó a preguntarnos por qué no nos habíamos quedado en el fondo de la cueva como nos había ordenado.

—Están practicando otro acceso a la cueva —le expliqué—. Nos atacarán en cuanto se abran camino.

Ella me observó con escepticismo hasta que la invité a escuchar el rumor que se percibía. Asintió convencida.

—Estaremos dispuestos para recibirlos —dijo amenazadora.

La espera resultaba insoportable. Pese a la oscuridad nocturna, los sensores situados en la boca de la cueva demostraban muy claramente los movimientos de las bestias. Marek instaló sensores sísmicos en las paredes que habíamos inspeccionado y el destello de sus luces evidenciaron muy claramente los golpes que propinaban los brutos contra la roca. A medida que se iban aproximando, aquellos detectores comenzaron a triangular su localización y pronto supimos el lugar por donde aparecerían, aunque no teníamos medio de averiguar en qué instante se produciría tal hecho.

Seguíamos llevando los cascos y cubriéndonos con los visores. Empuñamos las armas y nos mantuvimos a la expectativa.

Teníamos los nervios en tensión. Dábamos golpecitos en las culatas de los fusiles o manoseábamos el equipo. Agucé la vista sobre el muro, como si a través de él pudiera ver al enemigo trabajando paciente y laboriosamente para alcanzarnos. Imaginé cuánto debían odiarnos, cómo concentraban hasta el último átomo sus fuerzas y su odio contra nosotros, aquellos dieciséis hombres y mujeres abandonados, atrapados en un tiempo y lugar desplazado del que nos correspondía, esperando librar una batalla que sólo podía concluir con el exterminio de uno de los bandos.

Las luces de los sensores quedaron en blanco. Calculé que habían dejado de excavar. ¿Por qué sería?

—¡Ahí vienen! —gritó alguien desde la boca de la cueva; instintivamente me volví a mirar en aquella dirección...

La pared que tenía enfrente estalló y todos caímos al suelo. Rodé con el fusil en las manos al tiempo que media docena de brutos cargaban contra nosotros entre el humo y los escombros. Eran grandes, corpulentos, de anchos hombros y ojos enrojecidos y gruñían furiosos empuñando sus lanzas de cristal.

Disparé a bocajarro. Mis rayos atravesaron a los dos primeros por la cintura, pero su ímpetu les impulsó hacia delante y cayeron a mi lado mientras yo me apoyaba sobre una rodilla y volvía a disparar. Ogún también se enfrentaba a ellos con su fusil, pero uno de sus enemigos le alcanzó con una de sus lanzas. El arma apenas le rozó el casco, aunque provocó una lluvia

de chispas. Oí los chillidos de Ogún por mis audífonos, su cuerpo sufrió violentas sacudidas, se arqueó y cayó muerto.

Me agaché a tiempo para evitar un proyectil y hundí el cañón de mi arma en la cintura del bruto al tiempo que oprimía el gatillo. Salió despedido a lo lejos entre llamaradas y gritos espantosos cayendo con el cuerpo destrozado sobre aquellos que le seguían.

Lissa ya había recobrado el conocimiento y mantenía a raya a cuantos aparecían por el recién excavado túnel. Perdí la cuenta de su número: disparamos, esquivamos sus ataques y volvimos a disparar derribándoles a derecha e izquierda hasta que sus cuerpos se amontonaron en la entrada que habían practicado en la roca.

Lissa saltó junto a la barricada de carne y lanzó una granada por el túnel. La explosión conmovió toda la cueva, se desprendieron algunas piedras del techo y el recinto se llenó de humo.

Retrocedí unos pasos tambaleándome. Me volví y miré hacia delante. Un inmenso oso gris se levantaba sobre sus patas traseras, gruñendo y agitando las zarpas ante los soldados que le rodeaban, que junto a él parecían enanos. Una docena de fusiles dispararon contra el animal, pero el oso siguió avanzando, adentrándose en la cueva, mientras los soldados caían de espaldas. Detrás de él apareció una manada de lobos y sinuosos gatos salvajes de amenazadores colmillos.

El cañón proyectó su abrasador rayo de energía pura en el pecho del oso y dividió a la bestia en dos partes. Huesos, carne y sangre salpicaron en todas direcciones mientras caía en el suelo de la cueva, resbaladizo por causa de la sangre. Los soldados concentraron su fuego en los lobos y los felinos.

Me volví hacia la boca del túnel que estábamos custodiando. Lissa se había sentado en el suelo y con la espalda apoyada contra la barricada de cadáveres y el fusil en el suelo preparaba cargas explosivas.

Me acerqué a ella y traté de descubrir alguna presencia entre la lóbrega oscuridad del túnel.

—No parece acercarse nadie más por esa dirección —dije.

Distinguí una señal afirmativa debajo de su casco.

—Con esto cerraremos el túnel —comentó levantando con ambas manos un grupo de granadas que había unido—. Después podremos anular el otro acceso más alejado.

Su plan me pareció muy conveniente. Arrojó a continuación el paquete de explosivos y nos aplastamos contra el sólido muro. Transcurrieron cinco segundos. La explosión provocó una sacudida en mí que me hizo caer de

rodillas, pero cuando se disipó el humo, Lissa se levantó riendo despreocupada mientras su casco brillaba entre las sombras del túnel.

—Tardarán bastante en volver a abrirse paso por ahí —dijo con acento triunfal.

Al cabo de unos minutos bloqueó el otro túnel con una nueva explosión y seguidamente nos reunimos con los demás en la parte delantera de la cueva.

Nos enfrentábamos a una oleada tras otra de animales en sangrienta lucha. Osos enormes y feroces, amenazadores lobos, perros y pumas de afilados dientes... Los exterminábamos a montones, a centenares. La oscura noche se iluminaba con el resplandor del fuego de nuestras armas, las estrellas palidecían en el cielo ante las rojas descargas de nuestros mortales rayos. Tras el refuerzo de mi casco y de mis audífonos podía oír los gritos, rugidos, aullidos y chillidos de furia y dolor de los animales que acudían hasta nosotros impulsados por los poderes diabólicos de Ahrimán para caer asesinados por la mortífera energía que proyectábamos.

A lo lejos, apenas visible entre las confusas sombras, distinguía de vez en cuando a alguno de los brutos ocultándose entre las pobres bestias salvajes que dirigían a nuestro encuentro, pero nunca se encontraban bastante próximos para que pudiéramos disparar sobre ellos. Se mantenían a distancia, como si supieran que iban a correr la misma suerte que sus camaradas del túnel.

Una voz interior me incitaba a desafiarlos, a provocarlos obligándolos a entablar la lucha con nosotros prescindiendo de aquellos pobres animales y asumiendo el combate directo, acudiendo a encontrar la muerte a la que entregaban tan despreocupadamente a los demás.

Pero ellos seguían manteniéndose atrás, ocultándose en la oscuridad.

Tras largas horas de lucha advertí que el cañón se había quedado silencioso y que las luces de la cueva estaban apagadas. En aquellos momentos luchábamos iluminados por el fuego de nuestras armas y las lámparas incorporadas a nuestros cascos. Por último, también mi propio fusil dejó de funcionar y me vi obligado a utilizar la pistola.

Cuando el amanecer teñía el cielo de un rosa grisáceo se interrumpieron los ataques. El terreno que anteriormente se extendía ante la cueva cubierto de blanca nieve, se había convertido en una espantosa confusión de animales muertos, de miembros despedazados, cuerpos desgarrados y carne destrozada.

Miré en torno. Cuatro soldados habían sido derribados: sus cascos y sus armaduras estaban rotos y aparecían cubiertos de sangre. Incluyendo a Ogún, que había sucumbido en el túnel, habíamos perdido a cinco soldados.

Quedábamos únicamente once con vida y, de ellos, tres estaban heridos, entre los que se contaba Kedar, que se había roto la pierna cuando un oso arremetió contra él amenazando con derribar las baterías.

Lissa y algunos compañeros comenzaron a asistir a los heridos. Me acerqué a Adena, que inspeccionaba el campo de batalla con unos potentes prismáticos de funcionamiento electrónico.

—Se marchan —comentó como si adivinase que estaba detrás de ella—. Los brutos van hacia el sur.

—Hemos ganado —dije.

Me tendió los prismáticos.

—No será así hasta que hayamos acabado con el último de ellos.

Observé en aquella dirección. Gracias al extraordinario aumento de los prismáticos pude distinguir a ocho personas semejantes a Ahrimán que avanzaban dificultosamente por la nieve. No se veía ningún vestigio de animales entre ellas ni otras huellas que las suyas: ni siquiera los acompañaba un perro.

—Nos han lanzado todo cuanto tenían —dije—, y los hemos rechazado. Los hemos vencido.

Adena llevaba levantado el visor y comprobé que su rostro expresaba una fría determinación.

—No, Orión. Acaso hayamos ganado esta batalla, pero la guerra no ha concluido. Nuestra misión consiste en exterminarlos.

—Esos ocho...

Asintió.

—Esos últimos enemigos deben morir, Orión. Tenemos que perseguirlos.

—¿Es una orden de Ormuzd? —pregunté.

Curvó ligeramente las comisuras de la boca esbozando una sonrisa.

—Soy yo quien lo ordena, Orión. Y así se hará.

CAPÍTULO XXXIX

Adena impartió órdenes rápida y eficazmente. Kedar y los restantes heridos permanecerían en la cueva; los demás nos pusimos en marcha persiguiendo al enemigo sin detenemos a descansar. Ingerimos cápsulas nutritivas sin interrumpir nuestro penoso avance por la nieve que nos cubría hasta las rodillas, siguiendo las huellas que habían dejado los brutos bajo el cielo azul de la mañana. El aire era fresco, pero tranquilo, tan fresco y delicioso como el vino.

—Somos ocho contra ocho —comenté marchando junto a Adena—. Ormuzd dispone las cosas limpiamente.

Me miró y en sus ojos grises se reflejó el brillo del sol de la mañana contra la pura y blanca nieve.

—No deberías creer que Ormuzd hace todo esto por divertirse, Orión —dijo—. Nos estamos enfrentando al sino del universo, a la conservación del continuo.

—Pero perseguir a un puñado de gente...

—A los secuaces de Ahrimán —me corrigió—, nuestros enemigos.

—Cuyas armas más poderosas consisten en una especie de varilla electrostática, mientras que nosotros disponemos de rayos láser que pueden fulminarlos a mil metros de distancia.

—¿Crees que sería más justo que luchásemos con ellos cuerpo a cuerpo? —propuso con ironía—. Las baterías que calientan nuestros trajes y activan nuestras armas pronto se agotarán. Las principales reservas de energía de la cueva ya lo están. Dentro de poco tendremos que enfrentamos en lucha directa. ¿Te sentirás satisfecho entonces?

Me vi obligado a reconocer que no era así.

—Debemos exterminarlos —prosiguió con profunda gravedad—. Tenemos que acabar con todos ellos, incluido Ahrimán: en especial él, ¿comprendes?

Asentí de mala gana.

—Comprendo que Ormuzd lo desee así —repuse—. Y comprendo que Ahrimán desee exterminarnos, pero me disgusta esta situación.

Ella me dirigió una mirada extraña, casi compasiva.

—Orión... no se nos pide que disfrutemos cumpliendo con nuestra misión. Nos limitamos a hacer lo que debemos. ¡No tenemos otra elección!

Me disponía a responderle, pero lo pensé mejor y me contuve.

Seguimos adelante, entre la profunda nieve, siguiendo las huellas que había dejado el grupo enemigo. El sol brillaba radiante, mas despedía escaso calor entre un cielo sin nubes, de perfecto azul. Adena encabezaba nuestra pequeña columna; yo marchaba a su lado. Las huellas se dirigían hacia el sur por una monótona extensión de deslumbrante blancura. Al cabo de largas horas de marcha en que nos limitamos a adelantar un pie y luego el otro y observar cómo se condensaba nuestro aliento en pequeñas nubes de vapor, distinguí en el horizonte un bosque de enormes pinos cuyo intenso verdor contrastaba de modo sorprendentemente acogedor en aquel albo universo.

Las huellas de los brutos conducían directamente hacia aquel punto: Se me ocurrió que podían estar esperándonos entre la espesura.

—Es un lugar magnífico para tender una emboscada —comenté con Adena.

Estuvo de acuerdo conmigo.

—Pero, como has dicho antes, tenemos armas que superan en mucho a las suyas. Si fueran tan necios que decidieran atacarnos, favorecerían nuestros planes.

—Lanzarán más animales contra nosotros. En ese bosque deben de vivir lobos y otros predadores.

—¿Qué propones que hagamos? —dijo Adena.

—Rodear el bosque. Si están ahí aguardándonos, podemos obligarles a salir al campo.

—Y si no lo están, perderemos medio día de marcha o quizá más.

—¿Qué importa eso?

—No debemos permitir que escapen.

—Si nos introducimos directamente en el bosque caeremos en una emboscada y probablemente moriremos.

—Eso no importa.

—Quizá a ti no le importe —dije—. Y tampoco a mí. Pero ¿qué pensarán ellos? —repuse señalando con una inclinación de cabeza a los restantes soldados—. Acaso no tengan ocasión de vivir otras vidas como tú o como yo: para ellos la muerte es algo real y permanente.

Pareció preocupada.

—Lo había olvidado.

—Si tenemos que aniquilar hasta el último enemigo, tratemos por lo menos de salvar las vidas de los nuestros.

—Tú no lo comprendes, Orión.

—No me importa —dije en voz baja, pero con la mayor intensidad posible—. Habéis sacado a esos hombres y mujeres de su propio tiempo, alejándolos de sus hogares y familias y proyectándolos en esta era distante, entre el frío y el hielo, para cumplir las órdenes de Ormuzd...

—Para hacer lo que debe hacerse —insistió ella—, para salvar a la humanidad de su posible extinción.

—Sea cual fuere la razón, merecen tener la oportunidad de salir con vida; no deben ser desechados como un puñado de peones.

—¡Pero si son eso exactamente! —repuso Adena—. ¿No comprendes? ¡Son peones! ¡Han sido creados para ser peones!

—Son seres humanos, con su propia vida, que es preciosa para ellos, y con parientes, amigos...

—No, Orión, estás equivocado. No lo comprendes.

El rostro de Adena reflejaba tristeza. Sus ojos buscaban los míos.

—¿De qué se trata entonces? ¡Explícamelo!

Seguimos avanzando largo rato en silencio por la nieve acercándonos cada vez más al sombrío y amenazador bosque.

—Tengo miedo —dijo por fin—. Temo que si te digo la verdad, me odies.

—¿Odiarte? —me sorprendí—. ¿Gimo podría odiarte? He superado tres veces la muerte por encontrarte, por estar contigo.

Ella bajó los ojos.

—Orión, todos somos piezas de un juego, todos desempeñamos los papeles que nos han sido asignados.

—Y el jugador es Ormuzd, ¿verdad? —dije.

—No es tan sencillo como crees. Ormuzd interpreta una función como lo hacemos tú y yo... —Vaciló un instante y luego añadió casi en un susurro—: O como esos peones que nos acompañan.

—¡Tú no eres un peón! —protesté.

—Ni tú tampoco —repuso ella con una sonrisa triste y resignada—. Tú eres como un caballero; yo quizá sea un alfil.

—O una reina.

—No soy tan poderosa.

—Eres mi reina —insistí. Y seguidamente razoné—: Y Ormuzd es el rey. Si él muere...

—Todos moriremos para siempre y el juego habrá concluido.

—¿De modo que se trata de eso?

—Sí.

—¿Y esos hombres y mujeres que nos acompañan?

—Como te he dicho, son peones. Han sido creados para desempeñar esa función y nada más.

Parecía sentirse abatida, desdichada.

—Has hablado de ser arrancado del propio tiempo, de verse separado de amigos y parientes. Ellos no tienen parientes ni amigos y no conocen ningún otro tiempo excepto éste. Han sido creados por Ormuzd precisamente para llevar a cabo el exterminio de la gente de Ahrimán, para ello y nada más.

Me pareció como si lo hubiera sabido en todo momento. Aquella confesión no me sorprendió. En lugar de ello sentí un terrible vacío interior, un vacío tan intenso como el infierno más profundo.

Miré hacia atrás por encima del hombro a aquellos que marchaban entre el frío atardecer de una época glacial sin una queja, siguiendo las órdenes de Adena, aproximándose cada vez más a la muerte, la propia o la del enemigo, sin que pareciera preocuparles.

Lissa me sonrió. Llevaba en la espalda un pesado saco de granadas y otros ingenios explosivos. Recordé su alegría e impaciencia poco antes de que se iniciara la batalla en la cueva, el delirio asesino experimentado por el clan de Dal la noche en que fueron atacados, la inflexible eficacia de los mongoles cuando aniquilaban a los ejércitos de Bela, el húngaro, incluso la fácil violencia de la multitud de manifestantes que había encontrado frente al laboratorio de fusión de Michigan...

—Sí —dijo Adena como si pudiera leer mis pensamientos—. Han sido programados para desarrollar violencia.

—¿Entonces son máquinas? ¿Robots?

Movió la cabeza en gesto ambiguo.

—Son de carne y hueso como tú —repuso—, pero han sido creados por Ormuzd y programados para esta tarea específica.

—Al igual que yo —reconocí.

—Ahora ya sabes la verdad —susurró con una triste expresión en sus grises ojos.

—Ormuzd me ha creado para que acabe con Ahrimán y por ninguna otra razón.

—Sí.

—Ése es el motivo por el que no puedo recordar mi pasado más allá del siglo xx: no lo tengo, soy un monigote de cuyos hilos tira Ormuzd.

Sentía crecer un vacío en mí, capaz de hundir el universo: yo era una máquina, todos éramos máquinas formadas de moléculas orgánicas y ADN, de huesos y nervios, pero máquinas programadas para cumplir los designios de Ormuzd. Muñecos, marionetas, asesinos remotamente controlados.

—Orión...

La voz de Adena llegó vagamente a mis oídos, obligándome a retomar a aquel instante del tiempo, a aquel lugar en el vasto tablero de ajedrez controlado por Ormuzd.

—Orión —dijo de nuevo—. Fuiste creado para servir a Ormuzd, pero has superado los propósitos que provocaron tu origen.

—¿Es así realmente? —Mi voz sonaba profundamente cansada y derrotada, incluso para mis propios oídos—. Entonces ¿por qué estoy aquí, si no para retorcerme siempre que Ormuzd tire de mis hilos?

El hermoso rostro de Adena se distendió en una sonrisa.

—¿Y me lo preguntas? Creí que estabas aquí porque querías encontrarme. Así me lo has dicho.

—Te burlas de mí.

—En absoluto —repuso adoptando nuevamente una grave expresión—. Es cierto que fuiste creado para un fin exclusivo, pero desde el primer momento actuaste por propia iniciativa. Eres un ser humano, Orión, tan humano como Sócrates, Einstein o el kan Ogotai.

—¿Cómo es posible eso?

—Lo eres —insistió—. ¿Cómo podría yo amarte si no lo fueras?

La miré durante largo rato sin interrumpir nuestra marcha por la nieve hacia el siniestro bosque. Las inmensas coníferas se levantaban ante nosotros como las almenas de una fortaleza.

—¿Dices que me amas? —repetí.

—Lo suficiente para convertirme en un ser humano —repuso Adena—. Lo suficiente para compartir tu vida, tu destino, tu muerte.

—Y yo te amo, te he amado durante cien mil años, en la muerte y en la resurrección.

Ella asintió feliz y de pronto sus ojos se humedecieron.

—Mas tendremos que enfrentarnos de nuevo a la muerte, ¿verdad?

—Sí, pero lo haremos juntos.

—¿Y los demás?

Ella volvió a mostrar una sombría expresión.

—Son simples peones, Orión, no tienen pasado. Sólo saben que deben luchar.

—Incluso los peones tienen derecho a sobrevivir —dije.

—Nuestra misión consiste en exterminar a Ahrimán y a los suyos. No tenemos otro objetivo, no hay otro camino. Si fallamos en ello, moriremos para siempre, Orión. Caeremos en el olvido.

Aunque sabía que decía la verdad, no podía aceptarla.

Adena se detuvo bruscamente y me cogió por los hombros. Los demás se mantuvieron a respetuosa distancia.

—Orión, si me amas, debes estar dispuesto a sacrificar a esos peones —susurró con dureza.

Contemplé sus grises ojos durante un momento que me pareció una eternidad. Después, haciendo un esfuerzo, desvié la mirada hacia el bosque sombrío y amenazador que nos aguardaba a lo lejos y seguidamente observé a los hombres y mujeres que nos seguían. Estaban descansando, sin desprenderse de sus armas, aguardando órdenes.

—No quiero que mueran —dijo Adena en voz baja, casi suplicante—. Acaso no sea necesaria su muerte, pero si nos demoramos, Ahrimán y los suyos huirán.

—Si nos introducimos entre los árboles caeremos en una emboscada.

—Eso no significa que todos vayamos a morir. Nuestras armas son muy superiores a las suyas.

—Mientras duren.

—Tenemos que estar dispuestos a sacrificarnos —insistió Adena—. Arriesgas tu propia vida y la mía. ¿Por qué estableces diferencias con las de ellos?

—Porque ellos no comprenden lo que se halla en juego.

Adena se apartó de mi lado y contempló el sol poniente. Los árboles proyectaban largas sombras hacia nosotros, como dedos que buscaran nuestras gargantas.

—¡Comprobad vuestras armas! —ordenó al grupo de soldados—. Vamos a entrar en el bosque. Es posible que los brutos nos hayan tendido una emboscada. Estad sobre aviso.

Obedecieron y se dedicaron a verificar sus armas y sus cargas de energía. Al cabo de unos momentos emprendíamos todos la marcha sin protestas ni vacilaciones, incluso parecían contentos de tener que enfrentarse al enemigo.

No podía hacer nada. Me repetía a mí mismo que debía limitarme a seguir adelante, en busca de Ahrimán, pero en lo más profundo de mi mente una voz me decía que había otras cosas en el mundo más importantes que la persecución y la muerte.

Adena tenía razón: no debía establecer diferencias. Todos participábamos en aquel juego cósmico en el que cada uno tenía un papel que interpretar. Me quedé a su lado empuñando la pistola, escudriñando las oscuras sombras que se formaban entre los árboles a medida que nuestro reducido grupo de guerreros penetraba en el bosque.

Los pájaros iban y venían trinando entre los árboles, pequeños animales peludos se escabullían al vemos y se ocultaban entre las ramas más altas, como si comprendieran el peligro que nos acechaba. La luz del sol se filtraba débilmente por las hojas. Cuanto más nos internábamos en el bosque, más se intensificaban el frío y el silencio.

Entre la densa espesura apenas aparecía rastro de la nieve que tan abundantemente había caído, pero aún podían distinguirse las huellas que los brutos habían dejado, con tanta claridad como si las hubieran dispuesto deliberadamente para que los siguiéramos.

Una ardilla, la mayor y más roja que había visto en mi vida, nos chilló enojada al ver que nos acercábamos al árbol ante el que se encontraba y escaló apresuradamente el inmenso tronco. Cuando comprendió que no regresaríamos, subió a lo alto del árbol resguardándose en la guarida que tenía entre las hojas.

Mientras observaba los movimientos del roedor, distinguí una forma indefinida que también se movía en lo alto y que por sus dimensiones recordaba una figura humana. Toqué disimuladamente a Adena.

—Están arriba, en los árboles —le susurré.

Sin darle tiempo de levantar la mirada, cayó sobre nosotros una manada de pumas de afilados y amenazadores colmillos. Adena ni siquiera pudo articular una orden, pero los soldados se dispusieron automáticamente en círculo y dispararon contra las bestias cuando saltaban por los aires. Uno de aquellos felinos aterrizó gruñendo y revolviéndose en el centro de nuestro círculo. Le volé la tapa de los sesos de un disparo.

—¡Cuidado con los lobos! —gritó un soldado.

Éstos se deslizaron entre los árboles y se abalanzaron contra nosotros con un brillo siniestro en los ojos. Los abatimos a decenas con nuestros fusiles. Mientras nos enfrentábamos a las enfurecidas y rabiosas bestias sedientas de sangre escudriñé entre los árboles. Los felinos de dientes afilados yacían muertos en el interior del círculo que habíamos formado y los lobos rodeaban nuestro reducido perímetro defensivo, pero yo buscaba a Ahrimán y a su gente. Sabía que se encontraban en las copas de los árboles, esperando el momento en que nuestras armas agotaran su energía. Cuatro de nuestros

soldados habían desechado ya sus fusiles y utilizaban las pistolas alimentadas con las baterías que llevaban incorporadas en sus trajes.

—¡Dame algunas granadas! —ordené a Lissa.

También ella escudriñaba entre la espesura tratando de encontrar más enemigos. En aquel momento los lobos seguían acechando en las profundas sombras disponiéndose a emprender otro ataque. Se distinguía perfectamente el brillo de sus ojos en la oscuridad.

—¿De qué clase las quieres? —repuso con el entusiasmo que le era habitual—. ¿Rompedoras, perforantes o de gases tóxicos?

—Rompedoras —dije.

Me envió cuatro rodando al tiempo que me transmitía instrucciones para programar el plazo de funcionamiento.

Cogí una de ellas, la preparé para que estallara a los cinco segundos, retrocedí unos pasos y la arrojé entre las ramas de los árboles que tenía enfrente.

La explosión fue más reducida de lo que yo había esperado y provocó una lluvia de nieve y ramas desgarradas sobre nosotros. Adena me dirigió una penetrante mirada.

—¿Qué te propones? —me preguntó.

Hice un ademán para silenciarla. Gritos de dolor se propagaron por los árboles, pero no habían sido proferidos por animales.

—¡Están arriba! —exclamó Adena.

Me disponía a lanzar otra granada, cuando los brutos emprendieron el auténtico ataque balanceándose en largas cuerdas desde las ramas entre las que se ocultaban y atacándonos con sus lanzas de cristal.

Disparamos sobre ellos, pero sus resplandecientes armaduras vidriadas rechazaban nuestros rayos láser. Observé de reojo que los dos soldados que aún empuñaban fusiles habían sido los primeros en ser derribados por nuestros enemigos. Seguí disparando contra ellos, pero los rayos resultaban ineficaces porque no podían penetrar en sus armaduras.

En contrapartida, sus lanzas electrostáticas eran mortalmente efectivas. Los soldados armados con los fusiles fueron cayendo entre una lluvia de chispas azules y los brutos arremetieron contra nosotros.

Lissa se abalanzó contra cuatro enemigos con sendas granadas en las manos. Las simultáneas explosiones los dispersaron y nos derribaron a todos por el suelo. Me incorporé aturdido y, una vez de rodillas, arrojé mi inútil pistola a la cara del bruto más próximo y le golpeé las piernas, lo que le hizo perder el equilibrio. Seguidamente le arrebaté la lanza y se la clavé en el

cuello, en un punto que no quedaba protegido por su armadura de cristal. El bruto chilló espantosamente y quedó fulminado por la descarga eléctrica.

Adena, rodilla en tierra, disparaba fríamente a la cabeza de uno de nuestros enemigos mientras que otros dos se abalanzaban contra ella. Se volvió ligeramente y disparó contra uno de ellos, que se protegió el rostro con el antebrazo para interceptar el proyectil. En aquel momento se le descargó la pistola.

Me lancé sobre los dos brutos proyectándolos lejos de su alcance. Ambos vinieron hacia mí gruñendo y enarbolando sus lanzas. Rechacé el golpe que me dirigía el más próximo y hundí el extremo de la lanza en la cabeza del otro. Alguien disparó mortalmente contra el primero mientras yo lograba acabar con el otro con la sacudida eléctrica de la lanza.

La batalla concluyó repentinamente. Cuatro de nuestros soldados y siete brutos yacían muertos a nuestros pies.

—Ha escapado uno —dijo Adena.

—Debe de ser Ahrimán —respondí.

—Tenemos que encontrarle. No podemos permitir que huya.

—Iré en su busca —me ofrecí.

—No —repuso Adena—. Iremos todos.

CAPÍTULO XL

Durante dos días seguimos las huellas de Ahrimán en dirección sur, hasta que otra tormenta oscureció los cielos y arrojó sobre nosotros nieve sólida impulsada por un viento furioso.

Con la mayor rapidez posible conduje al pequeño grupo hasta el relativo refugio del bosque de pinos. Las baterías de nuestros trajes estaban agotando su energía una tras otra y sólo nos quedaba un puñado de cápsulas nutritivas: si permanecíamos sometidos a la terrible tempestad, pereceríamos de hambre y de frío.

Les enseñé a hacer un refugio colgadizo con las ramas de los pinos y a encender fuego. Utilizamos las últimas reservas de energía de nuestras pistolas para podar las ramas de los árboles a fin de construir el refugio y encender el fuego del campamento. Cuando se agotó la última batería, nuestra pequeña tropa se vio repentinamente sumergida en la Edad de Piedra. Ninguna pieza del equipo que llevábamos seguía funcionando y teníamos que arreglamos con los recursos que podíamos conseguir del propio suelo.

La tormenta se alejó tras sometemos a tres jornadas rigurosas de hambre. Emprendimos el regreso a la cueva donde habíamos dejado a Kedar y a los restantes heridos. Adena me puso al frente de la expedición y me vi obligado a recordar las experiencias vívidas con el clan de Dal en cuanto a fabricar lanzas primitivas y encontrar caza menor entre la nieve. Aunque cuando llegamos a la cueva nos habíamos convertido en un harapiento, hambriento y sufrido grupo de soldados, no perecimos por causa del hambre.

Durante los días siguientes estuvimos ocupados en todo momento. Les enseñé a vivir en aquel páramo, a encender fuego frotando dos piedras, a cazar las liebres y ardillas que vivían escondidas en los campos cubiertos de nieve, a despellejarlas y a guisarlas en el fuego...

De noche, cuando todos dormían, me quedaba vigilando, a solas con mis pensamientos.

El horror de las batallas y sus consecuencias se estaban olvidando y comenzaba a experimentar lo que había captado mi subconsciente, pero que aún no había penetrado en mi yo interior. Veía la sonrisa bondadosa de Lissa manejando su mortífera carga de explosivos y expresándose con tanta inocencia como un chiquillo cuando aludía a ellas y a sus consecuencias; veía

la regocijada expresión de su rostro, y sus ojos y su boca muy abiertos lanzando gritos triunfales cuando se precipitaba sobre el enemigo armada con aquellas eficaces granadas.

Contemplaba las estrellas que brillaban intensamente en el cielo aquellas noches de una época glacial y comprendía que a Ormuzd en ningún momento le había preocupado que aquellos soldados sobrevivieran. Habían sido creados para derrotar y aniquilar a los secuaces de Ahrimán y una vez completada su tarea estaban destinados a la autodestrucción, a perecer en aquella fría oscuridad. Una vez cumplido su deber, su valor quedaba reducido a cero.

—Ormuzd —murmuré dirigiéndome a las mudas e inmutables estrellas—, dondequiera que estés, quienquiera que seas, te prometo que encontraré a Ahrimán y, si me es posible, le mataré. Pero, a cambio de ello, conduciré a estas gentes a un lugar en el que no existan los hielos, donde puedan llevar una existencia propia de seres humanos. Y eso me propongo realizarlo en primer lugar, antes de emprender la búsqueda de Ahrimán.

—¿Estás negociando con tu creador?

Me volví y descubrí a Adena, que me observaba sonriente.

—No puedo permitir que esa gente muera —dije—. ¿Y tú?

—Si no queda otro remedio... —respondió.

—Existe una solución. Podemos conducirlos hacia el sur, a un lugar más habitable. Yo les enseñaré a sobrevivir.

Adena intensificó su sonrisa.

—Ya les has enseñado muchas cosas. Sus hijos crearán leyendas sobre ti, Orión. También tú te convertirás en un dios. ¿Es eso lo que quieres?

—Te quiero a ti —repuse—, en una tierra y en un lugar donde podamos vivir juntos y en paz.

—¿Por cuánto tiempo?

—Toda una vida —respondí.

—¿Y luego?

Me encogí de hombros. Adena no bromeaba conmigo. Su sonrisa no era alegre.

—Orión —dijo—, cuando se puede vivir más allá de la muerte, se debe aspirar a algo más que a una simple existencia.

—Pero yo no superaré mi próxima muerte —repuse—. Ormuzd no me permitirá resucitar una vez haya matado a Ahrimán.

Fijó en los míos sus grises ojos y me atrajo hacia sí.

—Amor mío, ¿crees que yo querría enfrentarme a la eternidad sin ti?

—¿Qué te propones entonces?

—Procurar que renazcas de nuevo.

—¿Y si Ormuzd me lo impide?

—Entonces compartiré tu vida y moriré contigo cuando llegue el final, alegremente.

—No puedo pedirte que renuncies...

Ella me puso un dedo en los labios y cortó mis palabras.

—No me lo has pedido, no necesitas pedírmelo. He sido yo quien ha tomado tal decisión.

La estreché entre mis brazos y la besé como si nunca más pudiera volver a tocarla, como si aquella noche fuese la última del mundo, como si las estrellas tuvieran que apagarse para siempre.

—Y, ahora, condúcelos, Orión, amor mío —susurró—. Llévalos a una tierra donde puedan vivir en paz.

A la mañana siguiente iniciamos nuestra larga marcha hacia el sur. Entorpecidos por los heridos, entre los que se contaba Kedar, nos veíamos obligados a avanzar lentamente por las nevadas y resplandecientes llanuras. No fuimos atacados por ningún animal: aunque Ahrimán estuviese cerca de nosotros, no hizo sentir su presencia en ningún momento.

Nos convertimos en una banda de cazadores primitivos. Perseguíamos a los animales para obtener piel y alimentos. Poco a poco fuimos desechando nuestro inútil equipo, sustituyendo las pistolas de rayos láser por lanzas de madera y nuestras sofisticadas armaduras por pieles de zorro, de liebre y de cabras montesas.

Emigrábamos hacia el sur, alejándonos de la nieve y el hielo. Al cabo de una semana nos encontramos con un ancho río que seguía rumoreante nuestra misma dirección. Sus aguas, alimentadas por los glaciares, estaban tan frías como la parte oculta de la luna. Seguimos su curso por un paisaje accidentado y poblado de árboles. La nieve era cada vez más tenue en el suelo, el sol más intenso y el aire más cálido.

Una de nuestras compañeras que estaba herida, falleció, y la enterramos en las orillas de aquel río sin nombre. Kedar, por su parte, se recuperó y, pese a su cojera, pudimos avanzar más de prisa.

Por fin entramos en una zona montañosa de colinas suavemente onduladas y cubiertas de hierba en las que abundaba la caza. Los árboles mecían sus ramas repletas de hojas a impulsos de una cálida brisa. Enormes y pesados animales bramaban al distinguirnos en el sinuoso horizonte. A juzgar por sus trompas y su gran tamaño supuse que se trataría de mamuts.

No tenía ninguna idea de dónde nos encontrábamos, pero descubrimos una cueva grande y seca y nos apropiamos de ella. Por entonces, diez de nosotros éramos ya muy expertos en el arte de sobrevivir. Los hombres salíamos a capturar piezas para nuestro sustento y las mujeres recogían brotes y bayas de las plantas que crecían profusamente en nuestro entorno.

—Podríamos quedarnos aquí algún tiempo —propuse mientras encendía fuego—. Éste sería un lugar muy adecuado para instalarnos.

Adena se sentó a mi lado y contempló las chisporroteantes llamaradas. El sol se ponía en el horizonte y resultaba agradable acercarse al cálido fuego.

—Ahora ya puedes reanudar la búsqueda de Ahrimán —dijo sin apartar su mirada de las llamas.

Asentí en silencio.

—¿Crees que estará lejos de aquí? —preguntó.

—No, estoy seguro de que se encuentra cerca de nosotros. Aún sigue decidido a exterminarnos: no ha desistido de su empeño.

—¿Cuándo te marcharás?

Observé con ojos entornados el sol poniente. En el cielo se habían formado densas nubes que convertían la puesta de sol en un resplandor rojo, dorado y violeta.

—A menos que estalle una tormenta, me iré mañana —repuse.

Adena sonrió y reclinó su cabeza contra mi hombro.

—Rezaré para que llueva —dijo.

CAPÍTULO XLI

Y comenzó a llover. Cuando caía la oscuridad y los hombres regresaban a la cueva desde sus distintos destinos, se levantó un fuerte viento y retumbaron los truenos en el cielo. Kedar, que fue el último en regresar, llegó cojeando dificultosamente, empapado hasta los huesos, con los cabellos pegados a la cabeza y gruñendo entre dientes.

Mientras nos regalábamos a base de conejo y marmotas, los hombres hacían animados comentarios sobre la caza que habían visto más abajo, siguiendo la corriente del río; a juzgar por sus descripciones, se trataba de antílopes y bisontes. Por añadidura, en aquel paisaje del período glacial abundaban los mamuts, los caballos y gran diversidad de animales. Consciente de que pronto los dejaría, les expliqué cuanto sabía acerca de ellos.

—Y también hay lobos —dijo Kedar—. Cuando regresaba hacia aquí he visto un par de ellos entre la lluvia.

—Es posible que incluso haya osos.

—Mientras tengamos una buena hoguera en la cueva, los osos no nos molestarán.

—A menos que los controlen los brutos.

—Sólo queda uno con vida —les dije mientras nos sentábamos alrededor del fuego. Sus rostros iluminados por las vacilantes llamas estaban impregnados de grasa y suciedad—. En cuanto cese la tormenta me propongo ir en su busca.

Durante un instante permanecimos en silencio. Kedar formuló seguidamente una propuesta para organizar una expedición a fin de cazar el antílope. Dirigí una mirada a Adena y dejé que elaboraran sus planes: en aquellos momentos les preocupaba más llenar sus estómagos que continuar su guerra.

La tormenta arreciaba en intensidad a medida que avanzaba la noche. El viento, furioso, se introducía en nuestro refugio trayendo consigo frío, humedad y lluvia hasta casi extinguir nuestro fuego. Cogimos algunas teas encendidas y nos resguardamos más adentro, lejos del alcance del agua.

Retumbaban los truenos y los relámpagos rasgaban las tinieblas. Mis compañeros se dispusieron a dormir sobre el frío suelo, pero una extraña

sensación me mantuvo a la expectativa escudriñando las sombras entre la tormenta.

Comprendí que todo aquello era obra de Ahrimán, que él se encontraba allí tratando de alcanzarnos: aquel temporal era obra suya.

Adena yacía en el suelo profundamente dormida. Sonreí mirando a aquella diosa que había adoptado forma humana por mi causa. Su respiración era lenta y regular; su hermoso rostro aún era más delicioso en reposo. Me pregunté cómo habría efectuado su transición para volverse tan plenamente humana y cómo habría realizado Ahrimán la suya para convertirse en superhumano.

Seguramente habría iniciado su vida como cualquier ser de su especie. Hasta entonces, en aquel tiempo y lugar, no había dado ninguna muestra de poseer facultades sobrehumanas. En otras eras se había trasladado él y me había desplazado a mí en el tiempo y en el espacio con tanta facilidad como alguien cruzaría una puerta abierta. ¿Cómo habría adquirido semejantes poderes?

La luz de un relámpago iluminó por un breve instante el ámbito exterior y vi algo que me resultó sorprendente. Había sucedido demasiado rápidamente para que pudiera estar seguro de ello, pero cerré los ojos un instante y reviví la escena en mi mente.

Al resplandor del relámpago y a menos de cien metros de la entrada de la cueva había distinguido la corpulenta masa de Ahrimán y junto a él, apoyado en sus cuatro patas, un enorme oso que empequeñecía la poderosa figura del Oscuro, que se encontraba frente a él, levantado el potente y musculoso brazo y señalando con el dedo como si estuviera dándole instrucciones: aquella bestia, guiada por la inteligencia de Ahrimán e impulsada por su odio, podía matarnos a todos. Me levanté y asiendo en cada mano ramas encendidas fui corriendo hacia ellos.

Un relámpago atravesó los cielos y el corpulento y temible oso se adelantó hacia nuestro refugio ocultando la tormenta con su cuerpo, con un furioso rugido que se fundió con el estrépito del trueno y conmocionó el suelo.

El animal venía a mi encuentro con sus patas delanteras levantadas mostrando las garras afiladas como cuchillos que resplandecían a la luz del fuego y la boca entreabierta armada de poderosos colmillos capaces de desgarrar fácilmente un miembro.

En lugar de retroceder, grité con todas mis fuerzas atacándole con el extremo encendido de una de las antorchas. El oso anduvo unos pasos hacia

atrás, gruñendo, y lanzó un potente zarpazo que me arrancó la antorcha de la mano. Hice una finta pasándola a mi otra mano y seguidamente se la clavé en la cintura. El animal retrocedió nuevamente tambaleándose y lanzó un rugido de dolor y de ira.

Me sumí en una actividad febril. Con todos mis sentidos y los nervios en tensión, reaccionando con mayor rapidez que cualquier ser humano, observé de reojo cómo despertaban los demás, se levantaban como en cámara lenta y rodeaban al oso a derecha e izquierda con teas encendidas adelantándose y retrocediendo, acosándolo con el fuego. El oso rugió furioso, pero no salió de la cueva: Ahrimán ejercía sobre él un férreo control.

Comprendí que nos encontrábamos en un punto muerto que únicamente podía concluir con la muerte de alguno de nosotros entre las garras del animal. De pronto un tronco encendido pasó silbando sobre mi cabeza y alcanzó a la bestia en el hombro.

—¡Échalo de aquí! —gritó Adena.

Comprendí que había sido ella quien había lanzado el proyectil.

Pero los propósitos de aquella bestia eran muy distintos. En lugar de retroceder, se adelantó hacia mí haciendo caso omiso de los demás y de las antorchas que le arrojaban. Advertí que su piel se había encendido y que despedía un intenso olor a carne y piel quemadas, pero siguió avanzando ineluctablemente hacia mí.

Fue como una pesadilla en la que todo sucedió lentamente, como si el mismo tiempo retardara su paso, y sin embargo ni siquiera así era posible eludir el terror en que nos sumíamos de modo inexorable. La antorcha que llevaba en la mano parecía tan frágil como una cerilla junto a la inmensa figura del oso, que se erguía ante mí con sus casi tres metros de estatura entre espantosos rugidos que acallaban los gritos y exclamaciones de mis compañeros, mientras fijaba en los míos sus ojos enrojecidos por el odio.

Vi llegar el zarpazo, pero había retrocedido tanto que ya no podía ir más atrás sin caer en el fuego. Sentí su calor chamuscándome las pantorrillas al tiempo que la zarpa de aquel oso gigantesco descendía lenta e implacable sobre mí. Intenté esquivar el golpe y estuve a punto de lograrlo.

Pese a mis intentos de rehuirle, su zarpa se desplomó sobre mi nuca con el impacto de una roca desprendida desde gran altura. Caí cuan largo era con la visión confusa y distinguiendo unos puntos negros.

Ignoro cuánto tiempo permanecí inconsciente, aunque probablemente sólo fueron unos minutos, durante los cuales seguí tendido de espaldas, pero advertí que Adena saltaba sobre la bestia empuñando sendas antorchas en las

manos, que el animal rechazó alejándola de su lado. Derribó a otros dos compañeros nuestros que se interpusieron en su camino y finalmente surgió ante mí. Y aunque vi acercarse sus afilados colmillos, me sentí incapaz de apartarme de su camino.

El primer impacto doloroso recorrió mi cuerpo como una descarga eléctrica. Oí crujir mis huesos mientras el oso clavaba sus dientes en mi hombro y me levantaba bruscamente del suelo. Le golpeé débilmente el hocico con la mano libre y advertí vaga y oscuramente que los demás seguían atizándole inútilmente con sus antorchas. El oso derribó a otro soldado en el suelo, salió torpemente de la cueva y se adentró en la noche y la fría lluvia, en tanto yo oscilaba como un muñeco de trapo sujeto por sus mandíbulas.

La última visión que tuve de la cueva a través de mis ojos nublados por el dolor y la sangre fue la de Adena levantándose del suelo y corriendo detrás de nosotros, pero Kedar y otro soldado la contuvieron reteniéndola a pesar suyo mientras el animal me llevaba consigo.

La bestia anduvo a cuatro patas arrastrándome bajo la lluvia. Los relámpagos iluminaban el negro cielo; la boca de la cueva en la que seguía encendido el fuego se convirtió en un resplandor distante, en un punto cálido tan remoto como la estrella más lejana.

Por fin la bestia me dejó caer bruscamente dentro de un charco y se retiró a lamerse sus heridas. Yo seguí allí tendido, inmóvil, sintiendo cómo la fría lluvia se deslizaba por mi rostro y mi maltrecho cuerpo. El dolor era tan intenso que me había insensibilizado. Me sentía demasiado conmocionado para pensar siquiera en tratar de controlarlo. Mi hombro derecho había quedado inutilizado: el brazo me colgaba inerte sostenido por algunos ligamentos y restos de carne desgarrada y sangrante.

Tosí y me estremecí. Casi delirante, pensé que posiblemente así habría sido creado Prometeo, el semidiós que da a la humanidad el don del fuego para, a su vez, verse tan terriblemente castigado por los dioses. Creo que mientras yacía desangrándome mortalmente incluso debí de reír con sarcasmo: aquélla ni siquiera era una muerte digna de un semidiós.

Otro relámpago rasgó las tinieblas y la siniestra forma de Ahrimán apareció amenazadora a mi lado.

—Te he vencido —dijo con aquel susurro atormentado que apenas resultaba perceptible entre el gemido del viento.

—Me has matado —reconocí.

—Y también a ellos. Ellos morirán pronto, desprovistos de sus armas y sus generadores de energía.

—No —repuse—. Ellos vivirán: yo les he enseñado a sobrevivir. Poseen el fuego, dominarán este mundo y poblarán la Tierra.

La oscuridad me impidió distinguir la expresión de su rostro; sólo lograba captar la ira y el odio que irradiaban sus ojos inyectados en sangre.

—Entonces tendré que atacarlos por otro lado —murmuró Ahrimán—. He de descubrir los puntos débiles que existen en la estructura del continuo...

Hice acopio de todas mis fuerzas para negar con la cabeza mientras seguía tendido en el barro. Mi voz era cada vez más débil, mi respiración cada vez más penosa, más difícil.

—Ahrimán... no te servirá de nada —balbucí—. Cada vez que lo intentas... aparezco yo... para detenerte.

Estuvo largo rato en silencio, inmóvil, irguiéndose junto a mí como un sombrío y tenebroso presagio.

—Entonces me remontaré al mismo principio —dijo finalmente—, y allí te mataré para siempre, Orión. Y a Ormuzd contigo.

Sentí ganas de reírme. Hubiera deseado decirle que era un necio, pero ya no me quedaban fuerzas. No podía hacer otra cosa que yacer tendido; mi sangre se mezclaba con la lluvia y el barro, mientras notaba escaparse la vida de mi cuerpo.

Ahrimán levantó sus poderosos brazos al cielo, echó atrás la cabeza y profirió un grito espantoso que me heló la sangre en las venas, como el aullido de una bestia a la luna. Gritó dos o tres veces extendiendo sus gruesos dedos hacia las negras nubes que ocultaban las estrellas.

Los relámpagos atravesaron las nubes y se hundieron en el suelo formando un círculo a nuestro alrededor. Con ojos desorbitados por el asombro vi cómo uno tras otro se hundían en el suelo a escasos metros de nosotros y permanecían allí ardiendo y chisporroteando hasta que nos vimos rodeados por una jaula eléctrica. El suelo empapado por la lluvia burbujeaba mientras los relámpagos se retorcían. Un dulzón olor a ozono llenó el aire.

La silueta de Ahrimán se recortaba contra el resplandor blancoazulado de aquellas descargas eléctricas. Seguía con los brazos extendidos hacia el cielo convertido en un resplandeciente diablo de energía pura que se desbordaba en mí, martirizando todos los nervios de mi cuerpo hasta que no quedó en el universo nada más que dolor.

Y luego reinó la oscuridad.

Quinta parte
EL CICLO DE LA ETERNIDAD

CAPÍTULO XLII

No llegué a perder el conocimiento. No experimentaba ninguna sensación, como si mi cuerpo hubiera quedado paralizado, envuelto en un capullo de gasa transparente que me mantenía inmóvil, protegiéndome perfectamente de cualquier agente exterior. No sentía frío, calor, dolor ni placer. Ni la alegría ni el temor atravesaban la envoltura que me cubría.

Pero disfrutaba plenamente de la visión. El espectáculo de aquella noche tormentosa del período glacial se agitó ante mis ojos y después desapareció lentamente como un castillo de arena arrastrado por una ascendente marea. A mi lado se encontraba Ahrimán rodeado aún por aquel blanquiazul resplandor de energía que despedían los relámpagos, que le mantenía tan inmovilizado como yo lo estaba. Fijaba en mí sus ojos enrojecidos y su mirada no sólo reflejaba odio e ira, sino también temor.

Poco a poco fue oscureciendo hasta que quedé sumido en las más absolutas tinieblas, sin poder distinguir nada de cuanto me rodeaba. Me encontraba solo, en una oscura sima, suspendido en el tiempo y el espacio, sin saber en qué lugar estaba ni hacia dónde me dirigía.

Observé que, extrañamente, no sentía temores ni siquiera recelos. Aunque no podía verlo, sabía que Ahrimán estaba a mi lado y también tenía la certeza de que Adena y su reducido grupo de soldados sobrevivirían a los fríos glaciales y hablarían a sus hijos del semidiós que les dio a conocer el fuego. Estaba totalmente seguro de que el clan cazador de Dal y los seres humanos de eras posteriores eran los descendientes de aquellos pocos soldados perdidos y abandonados tras el último enfrentamiento de la Guerra.

Intuía asimismo que Ormuzd se encontraba cerca y que con él estaría la diosa a la que yo había amado cuando se dignó tomar forma humana.

La oscuridad comenzó a palidecer y en el firmamento nocturno asomaron débiles parpadeos luminosos como estrellas, luego despuntó una especie de lento e indeciso amanecer y las tinieblas que me envolvían se mitigaron convirtiéndose en un gris nacarado, con leves matizaciones rosadas.

Luz y calor me bañaron lentamente deshaciendo la envoltura que me sostenía. Gradualmente conseguí doblar los dedos y mover los brazos sintiendo que desaparecían todas mis limitaciones. Nuevamente podía moverme y experimentar sensaciones.

Pero Ahrimán seguía atrapado en una invisible red de energía, fulminándome con su mirada, pero incapaz de moverse. Aunque podía sentirme satisfecho, experimentaba un sentimiento parecido a la piedad.

—No puedo hacer nada —dije en voz alta aun sabiendo que él no podía oírme.

Me encogí de hombros ostensiblemente para demostrarle mi impotencia sin que él apartara de mí su siniestra mirada.

Me alejé de su lado dispuesto a examinar el lugar donde nos encontrábamos. Era una monótona extensión en la que no se apreciaban colinas, árboles ni hierbas, únicamente un entorno de nubes que se difundían en todas direcciones, sin limitación alguna. Ni siquiera se divisaba la línea del horizonte: estaba rodeado de blancas nubes, esponjosas y de suaves formas, que se deslizaban levemente una tras otra por el infinito.

Sin embargo tenía la sensación de pisar suelo sólido. Miré a mis pies y distinguí únicamente los flecos superiores de las nubes. En lo alto, el cielo estaba despejado, y más arriba, en el cenit, el azul era muy intenso y en él titilaban algunas estrellas.

Recordé haber volado en algún reactor por parajes similares sin distinguir ningún rastro del suelo y sin ver otra cosa a mis pies que los penachos de una densa y muelle alfombra de nubes de deslumbrante blancura.

—¡De modo que esto es el cielo! —exclamé sonriendo. Y formando bocina con las manos grité con todas mis fuerzas—: ¡No lo creo, Ormuzd! ¡Tendrás que superarte!

Volví a observar a Ahrimán, único ser consistente en aquel paraíso de nubes, que permanecía inmóvil como una estatua reflejando su implacable odio.

Repentinamente algo atrajo mi mirada hacia el cenit en el que destellaban algunas estrellas. Observé que una de ellas parecía brillar con más intensidad que las restantes. Resplandecía titilante y parecía aumentar de tamaño mientras la contemplaba. Se extendió como una burbuja de luz que se fue intensificando por momentos hasta que no pude resistir su brillo cegador y levanté instintivamente el brazo para protegerme los ojos mientras el fulgor de aquella esfera dorada se extendía por doquier.

Aquel resplandor se fue atenuando. Levanté nuevamente la mirada y distinguí la forma humana de Ormuzd espléndidamente cubierto con un refulgente atavío. Su espesa cabellera rubia enmarcaba el hermoso y sonriente rostro.

—Te felicito, Orión —me dijo con una radiante sonrisa—. Por fin has triunfado.

Aquellas palabras despertaron en mí una satisfacción sin límites, la clase de emoción que debe de experimentar un cachorro cuando su amo le da unas palmaditas cariñosas en la cabeza. Sin embargo, en mi más profundo interior persistía un pertinaz resentimiento.

—Mi misión consistía en matar a Ahrimán... —repuse inseguro.

Ormuzd hizo un ademán autosuficiente.

—No importa. Es como si estuviera muerto: ya no puede causarnos ningún daño.

—¿Ha concluido entonces mi tarea?

—Sí, absolutamente.

—¿Y qué me sucederá ahora? ¿Qué será de él?

La sonrisa satisfecha de Ormuzd desapareció.

—Seguirá así, en esta condición estática, alejado de la corriente del continuo. Ya no podrá causarnos ningún daño. El continuo está por fin a salvo.

—¿Y yo? —pregunté.

Me miró algo desconcertado.

—Tu misión ha concluido, Orión. ¿Qué quieres que haga contigo?

Se me heló la voz. No podía articular palabra.

—¿Qué es lo que deseas? —me preguntó Ormuzd—. ¿Cómo puedo premiarte por tus fieles servicios?

Comprendía claramente que estaba jugando conmigo y no me sentía con el valor necesario para decirle que quería a Aretha, Agía, Ava o Adena, la diosa de ojos grises que yo amaba y que me correspondía. Repentinamente me asaltó el temor de que ella hubiese formado parte de los planes de Ormuzd, un estímulo para desplazarme entre los dolores de la muerte en busca de Ahrimán, un objeto inalcanzable para atraerme por el espacio-tiempo en pos de sus designios.

—¿Qué me dices? —preguntó Ormuzd sonriéndome nuevamente—. ¿Qué es lo que deseas?

—¿Existe ella realmente?

—¿A quién le refieres? —inquirió con sonrisa felina.

—A esa mujer que se llamaba Adena y que dirigía un escuadrón de tus tropas durante la Guerra.

—Adena existe ciertamente —repuso Ormuzd—. Es tan real como tú mismo y totalmente humana.

—¿Y Ava... Agía...?

—Todas existen en su propio tiempo, Orión. Son seres que viven su existencia en sus propios tiempos.

—Entonces ¿ella no es...?

De pronto se percibió una vibración en el aire junto a Ormuzd, como si hubiera surgido un potente y cálido rayo de radiantes destellos. Ormuzd retrocedió lentamente mientras el aire parecía condensarse en un resplandor plateado y solidificarse finalmente en la forma de una hermosa, alta y esbelta mujer ataviada con un traje de reflejos metálicos.

—Deja de jugar con él, Ormuzd —dijo con severidad. Luego se dirigió a mí—. Soy real, Orión, existo.

Me quedé atónito, sin poder pronunciar palabra.

—¿Te refieres a ella? ¿Te has enamorado de una diosa, Orión? —exclamó Ormuzd lanzando una carcajada.

—¿Encuentras ridículo que tu criatura me ame? —preguntó ella interrumpiendo sus risas—. Entonces también te resultará divertido saber que le correspondo.

Ormuzd movió negativamente la cabeza.

—Eso es imposible —dijo.

—¿Lo crees así?

—Pero... ¿cómo te llamas realmente? —logré intervenir por fin.

—Soy todas esas mujeres que has encontrado en cada una de las épocas en que has vivido, Orión —repuso con dulzura—. Aquí me llamo Anya.

—Anya —repetí.

—Sí —dijo—. Y, pese a las burlas de tu creador, le amo, Orión.

—Y yo también te amo, Anya.

—¡Imposible! —intervino enojado Ormuzd—. ¿Puede un ser humano amar a un gusano? ¡Eres una diosa, Anya! ¡No una de esas criaturas de carne y hueso!

—Me convertí en una de ellas y aprendí a ser humana —respondió ella.

—Pero no lo eres —insistió Ormuzd—. Como tampoco yo lo soy.

El cuerpo de Ormuzd se estremeció confusamente.

—¡Muéstrale tu verdadera naturaleza!

Anya movió negativamente la cabeza.

—¿Te niegas? ¡Entonces mírame, Orión, y verás cuál es la auténtica naturaleza de tu creador!

La figura de Ormuzd se desdibujó irradiando un fulgor que procedía de su interior en forma de luz dorada, tan potente que no podía mirarla

directamente. No despedía ningún calor, más bien el aire que nos rodeaba pareció haberse enfriado. Pero aquel brillo resultaba doloroso. Me vi obligado a bajar la mirada, inclinar la cabeza y, con el brazo, proteger mi rostro de aquel resplandor irresistible.

—¡Soy Ormuzd, dios de la luz, creador de la humanidad! —exclamó con voz atronadora.

A través de mis ojos entrecerrados distinguí un enorme globo resplandeciente, radiante como el sol, suspendido en el lugar donde anteriormente se había encontrado el hombre de cabellos dorados.

—¡Arrodíllate, criatura, adora a tu creador!

La potencia de su luminosa energía me impulsaba hacia atrás como una fuerza palpable, como la implacable irradiación explosiva de la cámara de fusión de la que había sido víctima hacía tantos siglos. Pero Anya me asió del brazo y me sostuvo con firmeza mirando abiertamente la forma resplandeciente en que se había convertido Ormuzd.

—¡Te ha servido bien! —protestó—. ¡No debes tratarle así!

El radiante globo se fue oscureciendo y reduciéndose de tamaño hasta que Ormuzd adoptó nuevamente su forma humana.

—Quiero que comprenda con quién está tratando —anunció en un tono tan tranquilo y familiar como si nos encontrásemos en una apacible rectoría.

Anya sonrió fríamente.

—Y tú, oh dios de la luz, también debes darte cuenta de con quién estás tratando. Le he visto desplegar tanto valor que no podrás intimidarle.

—Aguarda, aguarda un momento —rogué—. Son muchas las cosas que no entiendo.

—¿Cómo es posible? —se burló Ormuzd.

Me volví a mirar a Anya, que nos observaba con expresión apenada.

—Tú me creaste para perseguir a Ahrimán y matarle —dije.

—Sí, pero le has alejado de la corriente del continuo en el tiempo, lo que ha sido igualmente provechoso. Así permanecerá para siempre, en esa situación estática.

—En cada una de las eras a las que he sido enviado me encontré con una mujer... siempre la misma. Y siempre eras tú.

—Es cierto —respondió Anya.

—Pero Ormuzd dice que cada una de ellas era tan humana como yo y que vivía una existencia en aquel tiempo concreto...

—No comprende la diferencia existente entre el fluir del tiempo y lo estático —repuso Ormuzd.

—Entonces se lo explicaremos.

—¿Por qué?

—Porque yo lo deseo —repuso Anya.

Ormuzd adoptó una expresión contrariada.

—¿Porqué molestarse en dar explicaciones a una criatura que ya ha dejado de ser útil?

CAPÍTULO XLIII

Yo había dejado de ser útil. Comprendí que si Ormuzd me había creado, si me había situado en todas aquellas eras distintas para perseguir a Ahrimán, si me había hecho superar la muerte muchas veces... también podía dar fin a mi existencia absoluta y eternamente.

Le miré con fijeza.

—¿Es ése el premio que merezco? ¿La muerte definitiva?

—¡Trata de comprender, Orión! —repuso en tono apaciguador—. Lo que deseas es realmente imposible. Anya no es un ser humano, como tampoco yo lo soy. Adoptamos esta figura para resultarte familiares.

—Pero Adena... Agía...

—Eran humanas —dijo Anya—. Adena fue creada en un tiempo muy lejano, en el futuro de todas las eras que has conocido.

—A cincuenta mil años en el futuro del siglo veinte —dije recordando la información recibida de Ormuzd cuando le vi por vez primera.

—Exactamente —repuso Anya—. Fue creada al mismo tiempo que tú.

—Entonces...

—Y las demás, Aretha, Ava, Agía... nacieron de madres humanas, como nacen todos los seres desde que el grupo de soldados de Adena luchaban por su supervivencia en aquel período glacial.

—Pero eras siempre tú.

—Sí, yo habité sus cuerpos durante toda su vida. Me hice humana.

—¿Por mí?

—Al principio no fue así. Al principio simplemente sentía curiosidad ante aquella novedad, deseaba ver cómo era la obra de Ormuzd. Pero luego comencé a sentir como ellos el dolor, el miedo... y cuando te conocí empecé a comprender lo que era el amor.

Me volví y pregunté a Ormuzd:

—¿Nos impedirás estar juntos?

Ya no lucía en su rostro aquella risa burlona. Tenía un aire sombrío, profundamente preocupado.

—Puedo darle una vida llena y muy rica, Orión, incluso muchas vidas si lo deseas, pero no me es dable convertirte en uno de nosotros: eso es imposible.

—Porque te niegas a hacerlo posible... —repuse amargamente.

Hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—No, es imposible porque ni siquiera yo puedo conseguirlo: no puedo transformar a una bacteria en un pájaro ni convertir a un hombre en un dios.

—¿Es cierto lo que dice? ¿No puede hacer nada para conseguirlo? —pregunté volviéndome a Anya.

—Trata de comprenderlo, Orión —repuso suavemente.

—¿Cómo quieres que lo comprenda? —exclamé iracundo. Observé el cuerpo aprisionado de Ahrimán y adiviné en parte el odio que ardía en sus ojos—. No me has permitido que comprenda. Me creaste para que cumpliera la misión que me habías asignado y cuando la he concluido quieres desembarazarte de mí.

—No —intervino Anya—. No es así.

Pero Ormuzd hizo caso omiso de sus palabras.

—Acepta lo que es inalterable, Orión. Tú has actuado perfectamente. Los seres humanos te adorarán a lo largo de todos los tiempos de una u otra forma. Se olvidarán de mí, pero siempre recordarán a Prometeo.

—¿Por qué? —pregunté—. ¿Por qué me creaste? ¿Por qué creaste a la humanidad? ¿Por qué se hizo la Guerra contra la gente de Ahrimán? ¿Por qué provocaste tanta agonía y derramamiento de sangre?

Ormuzd permaneció silencioso. Su áureo fulgor se contrajo y le envolvió como una capa protectora. Bajó la cabeza y se negó a responderme.

Anya le dirigió una relampagueante mirada con sus grises ojos de destellos plateados hasta que le obligó a fijar la vista en ella.

—Merece una respuesta, dios de la luz —dijo en un tono apenas perceptible.

Ormuzd no respondió. Se limitó a mover lentamente la cabeza en sentido negativo.

—Entonces se lo diré yo —insistió ella.

—¿De qué le servirá? —repuso Ormuzd—. Ahora ya me odia. ¿Quieres que también te odie a ti?

—Quiero que comprenda —repuso.

—¡Eres una necia!

—Quizá, pero merece saberlo todo.

El aura resplandeciente de Ormuzd comenzó a latir y a enrojecer por sus extremos y su luminosidad se hizo cada vez más intensa hasta que me resultó imposible mirarle directamente. Su cuerpo humano se desvaneció entre aquel fulgor y se transformó nuevamente en una radiante esfera dorada, como un

resplandeciente y diminuto sol. Acto seguido se remontó sobre nuestras cabezas y fue disminuyendo en la monótona distancia hasta convertirse en un lejano punto del firmamento, luminoso como una estrella.

Me volví a mirar a Anya.

—¿Estás dispuesto a conocerlo todo, Orión? —preguntó mirándome con toda la tristeza del mundo.

—¿Significa eso que debo perderte? —respondí.

—En cualquier caso deberás perderme. Ormuzd ha dicho la verdad: no puedes convertirte en uno de nosotros.

Sentí deseos de pedirle que pusiera fin a aquella situación en aquel momento, que extinguiese mi existencia y mi dolor, pero en lugar de ello respondí de un modo mecánico:

—Si debo existir sin ti, por lo menos deseo saber para qué fui creado.

—Fuiste creado para perseguir a Ahrimán —repuso.

—Sí, pero ¿por qué? No creo lo que me ha dicho Ormuzd. Es imposible que Ahrimán destruya el universo; es absurdo.

—No, amor mío —dijo suavemente Anya—. Es absolutamente cierto.

—Entonces ¡demuéstrámelos! ¡Deseo comprender!

Su hermoso rostro reflejaba una profunda gravedad.

—Tendrás que entrar de nuevo en la corriente del tiempo.

Debo enviarte a un lugar del espacio-tiempo anterior a la época glacial, cuando aún no existían seres humanos sobre la Tierra.

—Bien, envíame. Estoy dispuesto.

Vaciló un instante.

—Yo no me encontraré presente bajo ninguna forma: estarás solo... exceptuando...

—¿Quién?

—Ya lo verás —repuso Anya—. Por ahora te bastará con saber que no habrá otros seres humanos en la Tierra, ninguna criatura como tú.

Comprendí al punto lo que aquello significaba.

—Ormuzd aún no las había creado, ¿verdad?

—Así es.

—¿Pero habrá otros seres? —indagué. Como un relámpago se iluminó mi mente—. ¡La gente de Ahrimán! ¡Serán ellos quienes poblarán la Tierra!

Anya no respondió, pero por la expresión de sus ojos deduje que era cierto. Aparté mi mirada de ella y observé al Oscuro, que seguía aprisionado en la onda de energía. Sus ojos ardían con una furia que amenazaba con destruir el mundo si lograba quedar en libertad.

CAPÍTULO XLIV

Anya me indicó que cerrase los ojos y no volviera a abrirlos hasta que sintiera el viento en mi piel. Permanecí inmóvil un instante fijando mi mirada en su encantador rostro, que mostraba una expresión apenada.

Comprendía que aquélla era la última vez que la vería, que aquel viaje no tendría retorno.

Ansiaba estrecharla entre mis brazos, besarla y decirle por última vez que la amaba más que a la propia vida. Pero era una diosa, no una mujer. Podía amarla cuando era Agía, la bruja, o Ava, la cazadora. Podía haber amado a Aretha, a quien apenas conocí, o a Adena cuando conducía sus tropas al combate. Pero comprendía perfectamente que aquella diosa vestida de plata estaba lejos de mi alcance. Ormuzd tenía razón: una bacteria no puede convertirse en pájaro; una diosa no puede enamorarse de un mono.

Cerré los ojos.

—No los debes abrir hasta que sientas el viento en el rostro —repitió dulcemente.

Hice una señal de asentimiento para demostrarle que la había comprendido. Luego sentí un dulcísimo contacto en la mejilla. Tal vez fueron las puntas de sus dedos o el leve roce de sus labios. La deseaba ardientemente, pero me había quedado paralizado: no podía abrir los puños ni avanzar un paso. No conseguiría abrir los ojos aunque lo deseara.

—¡Adiós, amor mío! —susurró.

Me fue imposible responderle.

Por un brevísimo instante quedé sumido en una fría oscuridad, incapaz de experimentar sensación alguna. No podía ver, oír ni sentir.

En primer lugar recuperé la audición. A mis oídos llegó un suave susurro, el murmullo de algo que hacía tanto tiempo que no había oído que creí haberlo olvidado: una tenue brisa hacía crujir las hojas de los árboles.

Sentí en mi rostro el cálido y grato contacto del aire. Abrí los ojos y descubrí que me encontraba en medio de un bosque de gigantescos árboles, al parecer secuoyas, cuyos enormes troncos eran más anchos que una casa y se remontaban hacia lo alto, en un cielo azul salpicado de nubes, como las columnas de una inmensa catedral.

Exceptuando el murmullo de la brisa, el bosque parecía silencioso. Permanecí inmóvil a la sombra de aquellas enormes ramas y empecé a reconocer maravillado los sonidos característicos de la vida que me rodeaba: el canto de los pájaros que resonaba por el bosque, el borboteo de un arroyo de rápida corriente, la veloz escapada de un animalito por la escasa maleza entre los enormes troncos de los árboles...

¡Qué mundo más maravilloso! ¡Qué felices habrían sido allí Dal y Ava! Incluso Subotai y el Gran Kan, viejos y malhumorados guerreros, se habrían sentido dichosos en aquel lugar. Todo cuanto un hombre pudiera desear se encontraba allí, salvo la compañía de algún semejante.

Vagué largas horas por el bosque recogiendo bayas de los arbustos, bebiendo en el ruidoso arroyo y deleitándome con la paz y alegría de un mundo no contaminado por guerras y muerte.

Poco a poco comencé a preguntarme si Anya me habría enviado allí para liberarse de mí con la mayor delicadeza posible. Era un lugar excelente y hubiera sido un mundo muy cómodo para vivir a no ser por la ausencia de compañía. ¿Sería aquél un sistema de exiliarme apartándome de su presencia? ¿Un amable ostracismo o una cálida y encantadora Siberia? Viviría cómodamente hasta el resto de mi solitaria existencia y cuando por fin muriese dejaría de molestarla. Algo parecido a arrumbar a un animalito doméstico cuando ya no se necesita o se desea.

Rechacé semejante idea. No, ella no me mentiría: me había enviado a aquel lugar para que yo pudiera comprender cómo se sucedieron los hechos; me situaba allí por alguna razón, no simplemente para liberarse de mí. Así me lo repetía una y otra vez, insistentemente. Tenía que creerlo: no me quedaba otra esperanza a la que aferrarme.

El sol se ponía tras las lejanas colinas casi imperceptibles entre las robustas columnas arbóreas, cuyas sombras se fundían en la oscuridad, pero el ambiente aún era cálido y estaba perfumado por la fragancia de las flores. Yo vestía una camisa sin mangas y pantalones de piel hasta la rodilla, y calzaba una especie de sandalias hechas con tiras de cuero. Aunque la luz del crepúsculo se confundía con la oscuridad nocturna, no sentía frío. Me tendí en el suelo, que era muelle y estaba cubierto de musgo, y me dormí casi en seguida.

En mis sueños veía aquella Tierra primitiva como si fuera un dios, sin duda como debían verla Anya y Ormuzd, como una hermosa esfera azul que se recortaba contra la fría oscuridad de un insondable espacio adornada por grupos y remolinos de nubes de impoluta blancura. Reconocí los toscos

contornos de Europa, África, las Américas y Asia perfilados por el intenso azul de los océanos. El Atlántico me parecía más estrecho de como yo lo conocía y Australia aún no era una isla, pero sin duda alguna se trataba de la Tierra.

En el Ártico no había hielo y sus aguas eran tan azules y atractivas como las de los trópicos; el Antártico era de deslumbrante blancura. En ningún lugar se veían ciudades, carreteras ni las grises cúpulas y penachos de humo característicos de los asentamientos humanos.

Era una tierra desprovista de existencia humana, casi carente de inteligencia.

Desperté en inmejorables condiciones físicas, aunque mi asombro rayaba en los límites de la preocupación. Allí debía de existir alguien: si no se trataba de las creaciones humanas de Ormuzd, por lo menos la gente de Ahrimán. Aquella era la razón por la que Anya me había enviado allí: para conocerles y ver cómo eran realmente. Me levanté, me lavé en el fresco río y me desayuné a base de bayas y huevos. No me decidía a matar a ninguno de los animales que parloteaban y se llamaban entre los ecos del bosque: carecía de instrumentos y armas y no tenía deseos de empezar a fabricarlas.

En lugar de ello emprendí la marcha junio a la orilla del río, por un terreno suavemente ascendente rodeado por los gigantescos árboles que proyectaban dibujos de luz y sombra por el musgoso terreno. Las aguas borboteaban y salpicaban las rocas. Desde la orilla opuesta me observaban un gamo y dos cervatillos con las orejas erguidas, muy abiertos los ojos, de un suave color castaño.

—¡Buenos días! —les dije.

Los animales no huyeron, se limitaron a observarme hasta que, convencidos de que no representaba una amenaza, volvieron a ramonear por los matorrales que crecían junto al agua.

Seguí avanzando corriente arriba y descubrí la presencia de otros ciervos que marchaban elegantemente sobre sus delgadas palas mirándome con ojos inocentes. Pensé que no lejos de allí debía de haber predadores, pero durante la noche no había oído el rugido de los felinos ni los gruñidos o ladridos de los cánidos.

Aunque corriente arriba el terreno presentaba una suave cuesta, la marcha me resultaba muy cómoda. La maleza era escasa y el suelo estaba muellemente cubierto de verde musgo y de las agujas de los árboles. Cada vez se veían más grupos de venados y otros animales que se agrupaban junto a la orilla, donde la maleza crecía más espesa. Parecía un parque, una reserva de

caza concienzudamente organizada. Me preguntaba quién la habría proyectado y para quién.

A media mañana encontré la respuesta a esas preguntas.

Los pájaros gorjeaban y revoloteaban por las ramas de los árboles. Levanté la mirada y descubrí bandadas de aves de todas clases y colores: cardenales de rojo intenso, pájaros azules, golondrinas marrones, mirlos con manchas encamadas, grajos brillantes, petirrojos, chochines, aves amarillas, verdes y blancas...

Centenares, miles de ellas que se apoyaban en las ramas y revoloteaban de aquí para allá trinando ruidosamente. No descubrí entre ellas ningún ave predatora: halcones, gavilanes, cuervos o águilas.

Sorprendido, me detuve entre los árboles, inclinando hacia atrás la cabeza, y los pájaros se quedaron inmóviles y silenciosos, como si esperasen algo. Después, uno a uno planearon desde sus elevadas posiciones con las alas extendidas, sin apenas aletear, precipitándose hacia el suelo, a mi lado.

Seguí su vuelo con la mirada comprobando hacia dónde se dirigían.

A lo lejos, en un pequeño claro entre los robustos árboles, se encontraban varias personas que diseminaban en el suelo, a puñados, el contenido de los zurrones que llevaban en el hombro.

Me asombró comprobar que eran seres humanos. Anya me había dicho que allí no existían y sin embargo yo estaba viendo a tres... no, cuatro de ellos, que alimentaban a todos los pájaros del bosque.

Me aproximé lentamente resguardándome entre las sombras, en parte para apartarme del aluvión de aves que se precipitaban hacia la zona donde recibían alimento y también porque, instintivamente, no deseaba sorprenderlos revelándoles demasiado pronto mi presencia.

A medida que me acercaba a ellos descubrí quiénes eran. El corazón me dio un vuelco en el pecho: se trataba de la gente de Ahrimán. Aquellos a quienes los soldados de Adena habían calificado de brutos, no lo parecían especialmente dando de comer a los pájaros que se encaramaban en sus anchos hombros, alimentando entre risas a las multicolores bandadas de aves.

Les estuve estudiando sin ser visto, oculto tras el corpulento tronco de un árbol. Pertenecían a la especie de Ahrimán, no eran como yo. Tenían rostros anchos, altas mejillas y labios muy delgados. Su torso era recio y musculoso y sus brazos y piernas, muy robustos.

De pronto sentí un vacío en el estómago al comprender que me encontraba ante los neandertalenses.

Caí de rodillas y recliné mi cabeza contra la lisa corteza del gigantesco árbol. Eran neandertalenses, la otra raza de primates inteligentes que había habitado la Tierra durante los períodos glaciales.

Apreté los ojos con fuerza tratando de concentrarme y rememoré los escasos conocimientos antropológicos que poseía desde el siglo xx. Los neandertalenses habían sido considerados totalmente humanos y tan inteligentes como los seres de mi propia especie. Los científicos los habían denominado *Homo sapiens neanderthalensis* en oposición a nuestros *Homo sapiens sapiens*.

Los neandertalenses evolucionaron de entre los primates de cuatro millones de años atrás sustituyendo a los antiguos homínidos como el *Homo erectus* y luego, bruscamente, aparecieron los sapiens, mi estirpe de seres humanos, aquellos cuya creación se atribuía Ormuzd, y los neandertalenses se extinguieron. Ningún antropólogo había podido explicarse las causas de su desaparición: sucedió de un modo muy brusco, como ocurre en las épocas evolucionistas. Antes de las glaciaciones, los neandertalenses eran los primates más importantes y extendidos de la Tierra. Cuando los glaciares se fundieron se vieron sustituidos por los *sapiens* altos y esbeltos, únicas especies inteligentes del planeta.

Comprendí lo que había sucedido. Mientras seguía arrodillado en aquel bosque primitivo, el descubrimiento de lo ocurrido me dejó profundamente abatido.

Me dije a mí mismo que aquello era imposible. Debía de haber algo más que yo ignoraba: Anya no me habría enviado allí simplemente para mostrarme los horrores del genocidio: ni siquiera Ormuzd hubiera sido tan cruel.

Aunque sabía que era cierto, me resistía a creerlo. Hice acopio de todas mis fuerzas y me levanté. Debía de haber algo más, algo que todavía se me ocultaba y que aún tenía que conocer.

Siempre me había sido posible controlar hasta la célula nerviosa más periférica de mi cuerpo. Nunca me había faltado el valor, probablemente porque nunca había tenido la facultad de imaginar y poder prever los dolores y peligros a que me estaba enfrentando. Siempre me había resultado más fácil actuar que reflexionar.

Sin embargo, la acción que más dificultades estaba entrañando para mí consistía en abandonar mi escondrijo tras aquel árbol y mostrarme a los tres jóvenes neandertalenses que se encontraban en el claro dando de comer a las bandadas de pajarillos.

Aspiré profundamente, traté de apaciguar los latidos de mi corazón y fui a su encuentro. Eran jovencitos, probablemente poco más que adolescentes, de cabellera negra y abundante, y rostros tersos, sin arrugas. Reían y se dirigían silbidos mientras arrojaban alpiste por el suelo. Uno de ellos tenía ambos brazos extendidos y en ellos se posaban media docena de pájaros picoteando el alimento en su propia mano.

Las aves advirtieron mi presencia antes que los muchachos. Se arremolinaron, aletearon desplegando todos sus colores y se alejaron velozmente en todas direcciones mientras yo me acercaba. No piaron ni profirieron ningún sonido salvo el asustado batir de sus alas.

Los jóvenes se volvieron a mirarme al verse repentinamente rodeados de algunas plumas que flotaban por los aires.

Me acerqué a ellos y levanté las manos mostrándoles las palmas vacías.

—Soy Orión —les dije—. Vengo en son de paz.

Se miraron, más asombrados que asustados. No hicieron ningún movimiento para impedir que me acercase ni parecieron en modo alguno dispuestos a huir de mí. Siguieron profiriendo aquellos extraños silbidos, unos sonidos bajos, musicales, que no se diferenciaban mucho de los trinos de los pájaros o del sibilante lenguaje de los delfines.

Me detuve y dejé caer los brazos a mis costados.

—¿Vivís cerca de aquí? —pregunté—. ¿Me llevaréis a vuestro pueblo?

Sabía que no podían entender mis palabras al igual que yo tampoco lograba interpretar sus silbidos, pero tenía que establecer algún principio de comunicación.

Me examinaron de arriba abajo y giraron en torno mío como si fuera un maniquí en un desfile de modelos. Aunque mantenían el más profundo silencio, tenía la sensación de que estaban conversando entre ellos sin necesidad de proferir sonidos.

Apenas me llegaban al hombro, aunque sus cuadrados tórax y sus poderosos brazos eran más musculosos que los míos. Me sentía insignificante junto a ellos. El más alto, que casi me llegaba a la barbilla, me sonrió. No había ningún indicio de temor ni desconfianza en sus ojos negros, sino simple curiosidad.

Me estuvo mirando en silencio durante unos momentos y me pareció captar mentalmente las preguntas que me formulaba: «¿Quién eres?». «¿De dónde vienes?». «¿Qué haces aquí?».

Como un turista inglés, me expresé lentamente y en voz alta esforzándome por hacerme comprender.

—Me llamo Orión, Orión. —Me señalé con el índice en el pecho y repetí —: Orión.

—O-ri-ón —repitió torpemente el jovenzuelo con el mismo penoso susurro que tantas veces había oído a Ahrimán.

—¿Dónde está vuestro pueblo? —me interesé—. ¿Dónde vivís?

Al ver que no obtenía respuesta, cambié de táctica.

—¿Conocéis a Ahrimán? ¿Dónde está Ahrimán?

El chico parpadeó, miró a sus compañeros y capté cierta especie de comunicación mental que vibraba entre ellos. «Ahrimán —se repetía en mi interior—, Ahrimán».

Al cabo de unos momentos el adolescente me miró a los ojos y frunció el entrecejo sumido en profunda concentración. También yo me concentré tratando de recibir el mensaje mental que trataba de enviarme. Sólo obtuve la vaguísima impresión del bosque que nos rodeaba, los inmensos árboles y poca cosa más.

Con un ademán indiferente y muy humano, el chico silbó unas notas a sus compañeros y luego me hizo señas de que los acompañase. Los cinco nos pusimos en marcha por un sendero muy bien trillado que se iniciaba en aquel claro y se internaba profundamente en el bosque.

CAPÍTULO XLV

El «poblado» se encontraba en los árboles, no entre ellos, sino realmente en el interior de los gigantescos troncos de aquellas altas y robustas secuoyas. Habían excavado en ellas complicadas habitaciones a gran altura del suelo, a las que accedían por largas escaleras hechas de fibras vegetales que colgaban por el interior de los troncos y conducían a sus moradas.

Las anchas y fuertes ramas que se extendían hacia arriba, a unos quince metros sobre el suelo, hacían las veces de patios y terrazas de aquellas residencias.

Al principio pensé que su tecnología era lamentablemente limitada. No distinguía nada sofisticado: sólo hachas y cinceles de piedra e instrumentos menores fabricados de pedernal o cuarzo. Pero conocían la existencia del fuego, tenían tanta inteligencia como Einstein o Buda y contaban con una especie de telepatía mental que les permitía vivir en armonía con el mundo animal y vegetal que los rodeaba.

En los casos en que nosotros los *sapiens* hubiéramos inventado una máquina para que realizase un trabajo imposible para la resistencia de nuestros brazos, los neandertalenses domesticaban, aleccionaban o utilizaban a un animal o una planta. Las escaleras de fibras vegetales por las que subían y bajaban velozmente eran ejemplo de ello. Consistían en viñas vivas que crecían con las raíces hundidas en el suelo y sus anchas y verdes hojas se extendían a la luz del sol entre las altas ramas de los gigantescos árboles.

No cazaban ni cultivaban la tierra: no tenían ninguna necesidad de ello. Eran recolectores en el sentido más estricto de la palabra. *Controlaban* rebaños de animales mentalmente e inducían a los más viejos y débiles a entregarse a muertes rituales valiéndose de alguna forma de estímulo telepático.

Tenían animales domésticos, como perros, pero incluso con ellos los vínculos que establecían eran mentales.

Carecían de lenguaje hablado: sus gargantas no estaban dotadas de semejante facultad, se comunicaban entre sí mediante una complicada combinación telepática o por silbidos y gestos. Me esforcé muchísimo y al cabo de algunas semanas de vivir entre ellos comencé a estar en condiciones de iniciar un tosco intento de contacto mental, aptitud que tenía incorporada

en mi cerebro, como lo estaba en ellos por evolución, pero me costó un largo período de entrenamiento hasta que pude comunicarme tan fácilmente como lo hacían sus criaturas.

Los neandertalenses no temían a los extranjeros; las guerras y conflictos eran virtualmente desconocidos para ellos. Al principio lo atribuí a sus aptitudes telepáticas que les impedirían atacar a alguien sin que lo advirtiera previamente y se pusiese en guardia. Pero aunque no iba muy desencaminado, me equivocaba.

Eran pacíficos porque sus aptitudes telepáticas les permitían comprenderse entre sí más plenamente que con la auténtica comprensión que se logra mediante el habla. Según fui comprendiendo de modo progresivo, tampoco estaban leyendo constantemente las mentes ajenas. Pero desde que nacían se les enseñaba a comunicar sus sentimientos y emociones, así como sus ideas y pensamientos racionales. Cuando uno de ellos estaba enfadado, preocupado o tenía miedo, todos cuantos le rodeaban lo sabían al instante y se esforzaban por indagar la causa del problema y solucionarlo. Y asimismo, si alguien estaba contento, todos lo sabían y compartían su alegría.

¡Qué solos estamos los *sapiens*! Encerrados en nosotros mismos con nuestros individualismos, establecemos débiles intentos de comunicación por medio del lenguaje, mientras que los neandertalenses compartían sus pensamientos con tanta naturalidad como el calor que fluye del fuego. No necesitaban psicoterapeutas; es más, todos eran psicólogos.

Pese a sus cuerpos tan musculosos, eran de naturaleza amable. Sus inocentes ojos castaños me recordaban al gamo y los cervatillos que había visto el primer día que me encontré en aquella época. No sabían —posiblemente les era imposible— disimular. Incluso el sistema utilizado para sacrificar a los elementos más débiles de sus rebaños era tan benigno que el calificativo de sacrificio resulta inexacto. Se limitaban a ejercer cierto control mental sobre el animal hasta provocarle un paro cardíaco. La bestia sufría un colapso y moría instantáneamente, sin sufrir ningún dolor.

Hacía varias semanas que vivía con ellos, en el hogar del adolescente de mayor estatura de los cuatro que había conocido en el bosque. Al igual que todas ellas, la casa se encontraba a unos quince metros del suelo, en el interior de una añosa secuoya. La familia estaba formada por los padres, Tohón y su mujer Huyana, su hijo Tunu y su hija Yoke, que tendría unos cinco o seis años. Me habían aceptado como invitado tras celebrar una asamblea en la que se reunió todo el poblado, unas cien personas, en un claro al pie de sus viviendas, para discutir qué harían conmigo.

Fue una extraña y perturbadora sensación encontrarse en medio de ellos sin saber qué decían de mí y sin poder oír palabra. Salvo sus característicos silbidos y algún que otro ademán o movimiento de cabeza, la discusión discurrió en el más absoluto silencio.

Como no podía oírlos me dediqué a estudiar sus rostros. No tenían en modo alguno el torvo y cejijunto aspecto que los sapiens del siglo xx les atribuíamos. Sus rostros eran más anchos que el mío, poseían gruesos arcos superciliares y las mejillas eran menos prominentes, pero en conjunto sus rasgos faciales no se diferenciaban tanto de los míos. No eran más peludos que yo y no se dejaban crecer la barba. Tras varios intentos penosos de afeitarme con una navaja de pedernal, me enteré de que ellos eliminaban fácilmente el vello facial con un ungüento que obtenían de las hojas de un arbusto.

Al parecer decidieron que me quedase a vivir con ellos y el padre de Tunu asumió la obligación, o el honor según creí entender, de alojarme en su casa.

El primer día tuve ocasión de comprobar cómo se las ingeniaban para excavar las distintas habitaciones en los troncos de los árboles. Una vez que Tunu me presentó dificultosamente a toda su familia, señalándome uno por uno a cada uno de los miembros y pronunciando cuidadosamente su nombre varias veces en un difícil y seco susurro, su padre me condujo a la casa.

Subí en pos de Tohón por la sólida escalera vegetal hasta la sala principal, una espaciosa cámara abombada excavada en el interior del árbol, con una ventana redonda a un lado y una puerta que conducía a una rama bastante ancha para poder sostenemos a los cinco al mismo tiempo sobre su lisa superficie. El mobiliario consistía en sillones y objetos parecidos a mesas que resultaban extrañamente fuera de lugar, aunque singularmente familiares. Luego comprendí que se trataba de gigantescas setas, hongos que habían sido modelados para el servicio de los neandertalenses. Empecé a darme cuenta de que alteraban el mundo que les rodeaba, tanto vegetal como animal, para satisfacer sus necesidades.

Tohón me hizo salir a la ancha y verde terraza y me mostró cómo ampliaban su vivienda para hacer sitio a un invitado. Envío a Tunu a toda prisa por la enorme rama hacia otra de proporciones más reducidas donde crecían densos puñados de agujas. El muchacho regresó con un cuenco lleno de un espeso líquido, como un jarabe que, supuse, se trataba de una especie de savia.

Seguí a Tohón al interior y estuve observando cómo embadurnaba la pared de la sala principal con aquel jarabe que olía intensamente a resina de

pino. Afuera se encontraban Huyana y Yoki estudiando silenciosamente un despliegue de hierbas y hojas que habían extendido en el suelo. Sin duda se trataba de una lección de botánica o, más probablemente, de nutrición.

Y todo aquello se llevaba a cabo en el más absoluto silencio. Nunca me había fijado en lo acostumbrados que estamos los humanos a nuestra constante charla: el ruido nos acompaña desde los primeros gritos del nacimiento hasta nuestras últimas palabras en el lecho de muerte. Los neandertalenses vivían en un mundo de silencio, interrumpido únicamente por los sonidos naturales del viento, el crujido de las hojas, el canto de los pájaros y las voces de los animales. A medida que pasaba el tiempo y me iba acostumbrando a aquel silencioso modo de vida, comenzaba a preguntarme si su falta de violencia estaría asociada con su ausencia de ruidos.

Aquel primer día, mientras seguía observando el trabajo de Tohón, sentí que se me desorbitaban los ojos por la sorpresa al advertir que aquel líquido que manchaba la curvada pared de la habitación comenzaba a consumir la madera. Al principio desgastó lentamente la lisa superficie del muro produciendo un levísimo y silbante sonido y un olor ligeramente acre. Luego la madera pareció disolverse y, por último, se fundió.

Tunu me sonreía: su boca sin apenas labios mostraba un generoso despliegue de blanquísimos dientes.

Tohón hizo señas apremiantes a su hijo y ambos comenzaron a extender con gran energía aquel líquido por los lados y tras el hueco que acababa de crearse.

Fue un misterio para mí que aquel material que excavaba el interior de los árboles pareciera no producir ningún efecto en sus manos cuando las hundían en el cuenco y lo extendían sobre la pared.

Al cabo de unos momentos Tohón pareció satisfecho de su trabajo. Tunu se llevó fuera, por la rama, el cuenco casi vacío y su padre se sentó cruzando las piernas en el suelo y me hizo señas para que me acomodara a su lado.

Huyana nos sirvió la comida a base de verduras cocidas y fruta fresca. En breve descubrí que la cocina se encontraba en un nivel inferior de la sala principal. Cuando acabamos de comer, el líquido corrosivo había realizado su función: había creado una habitación pequeña pero cómoda para mí, que literalmente se había constituido a base de erosionar la madera del árbol y que estaba conectada con la sala principal por un corlo pasillo curvado de tal modo que no podía distinguirse el interior desde allí. No necesitaban puertas para mantener la intimidad: la conseguían a base de simple disposición geométrica.

Tohón inspeccionó la nueva habitación y por un momento pareció agitado. Sin moverse ni proferir sonido alguno frunció el denso entrecejo en profunda concentración. Tunu regresó llevando el cuenco y pintó en silencio una pequeña ventana redonda en una pared. Tohón asintió complacido al ver totalmente realizado el trabajo.

Creí que habían olvidado el interés que el primer día yo había mostrado por Ahrimán. Las semanas transcurrían apaciblemente y me iba acostumbrando a aquella existencia casi muda entre los neandertalenses, y casi había llegado a olvidarle yo mismo. Pasaba la mayor parte del tiempo tratando de aprender a comunicarme mentalmente con ellos y poco a poco comenzaba a conseguir el arte de «hablar» sin producir sonidos. Mis aptitudes eran ridículamente escasas, pero descubrí que algunos de ellos eran mejores transmisores que otros. Tunu, el sonriente y alegre adolescente, era con quien más fácilmente conversaba. E igual me sucedía con muchos otros jóvenes. Tenía más problemas con los adultos, quizá porque eran más introvertidos y circunspectos y, en cuanto a las mujeres —incluso la pequeña Yoki—, eran virtualmente incomprensibles para mí en cuanto a comunicación telepática. Estaba seguro de que aquello sucedía a propósito: ya era demasiado que los hombres conversaran con el larguirucho extranjero; las mujeres habían decidido mantenerse lejos de mí, sin establecer ningún tipo de comunicación.

De noche, mientras yacía insomne en un lecho de esponjoso musgo, me preguntaba qué estaría haciendo Anya, por qué me había enviado allí y cuánto tiempo permanecería entre los neandertalenses. Comencé a experimentar temores paranoicos. Tal vez Ormuzd había decidido mantenerme allí de modo permanente, aunque Anya deseara hacerme regresar a su lado. O, peor aún, los dos habían acordado mantenerme en aquel exilio selvático y se reían de mí sabiéndome solo e indefenso entre gente con la que ni siquiera podía hablar.

Me acordaba de Ahrimán, a quien Ormuzd pretendía mantener prisionero en aquella cáscara de energía, viviendo estático fuera del tiempo, pero atrapado, impotente, indefenso. Era consciente de que Ormuzd estaba haciendo lo mismo conmigo sin que yo pudiera hacer nada por impedirlo. Cada noche escudriñaba todas las moléculas de mi mente tratando de encontrar el medio de escapar de aquella idílica prisión y cada amanecer debía admitir mi derrota: no había escape posible a menos o hasta que Anya u Ormuzd decidieran permitirme el regreso.

Comencé a perder la cuenta de los días: todos eran casi iguales. Una bendición de paz y abundancia, sin cóleras, crímenes ni guerras.

Sin embargo, me resistía a aceptarlo: no podía sentirme satisfecho.

Por fin, una mañana, cuando había descendido por la escalera vegetal de la casa de Tohón dejándome caer en el suelo, Tunu vino corriendo hacia mí jadeante y excitado.

—¡Ahrimán! —balbució ruidosamente.

Parpadeé sorprendido.

—¿Ahrimán? —pregunté—. ¿Viene hacia aquí?

Tunu meneó la cabeza arriba y abajo.

—¡Sí! ¡Se acerca por el sendero!

Estaba tan excitado que no me di cuenta de que me hablaba telepáticamente y que yo le correspondía con toda claridad.

Me hizo señas para que le siguiera. Todo el pueblo salió de sus casas y se reunió en el claro empujándose unos a otros y comunicándose por tenues silbidos; seguidamente marcharon por el sendero llenos de expectación. Por sus vibraciones telepáticas comprendí que estaban muy excitados: Ahrimán era uno de sus más importantes cabecillas, estaba dotado de gran inteligencia y virtudes, era un poeta y filósofo muy afamado entre ellos.

Me dije que no podía ser el mismo que yo había conocido.

La imagen mental que recibía de la multitud nada tenía que ver con el sombrío, atormentado, airado y vengativo Ahrimán que yo conocía.

Pero cuando le vi avanzar por el camino sonriendo a la multitud que se había reunido para saludarle, comprendí que se trataba realmente de la misma persona.

Era el mismo Ahrimán. Un Ahrimán más joven, pero sin duda alguna el mismo. Más alto que los demás, de aspecto más fornido, sus ojos mostraban la inteligencia que había reflejado en otras eras, pero aún no eran los ojos enrojecidos y llenos de odio de aquel que trataba de destruir el continuo. Tenía el rostro de un hombre en la flor de la vida, satisfecho de su existencia y de su entorno, así como del lugar que ocupaba en él. Aún no había aprendido a odiar: todavía no tenía necesidad de vengarse.

La multitud se congregó a su alrededor mientras él avanzaba los últimos metros hasta el centro del claro. No podía discernir palabras ni significados específicos de sus comunicaciones mentales, pero captaba una insistencia general, el ruego de que hiciera algo, ignoraba de qué se trataba, que los complacería.

Ahrimán les sonrió y accedió a sus deseos. La multitud se sentó inmediatamente en el suelo, excitada y expectante. Yo me quedé de pie.

Ahrimán me miró y me dirigió su inmutable sonrisa. Sus ojos no revelaban ningún indicio de ira, antagonismo ni sorpresa: evidentemente ya le

habían dicho que entre ellos se encontraba un extranjero y también debían de haberle comunicado mi nombre. Y era evidente que mi nombre, mi aspecto y mi presencia no significaban nada para él. No me temía ni estaba enfurecido: el único sentimiento que capté en él fue cierta curiosidad.

Finalmente me senté entre Tunu y otros adolescentes. Cerré los ojos y me concentré todo lo posible para captar telepáticamente cuanto dijera Ahrimán. No era necesario que me esforzara tanto: tenía la «voz» telepática más potente que había conocido hasta entonces. Podía entenderle casi sin esfuerzo.

Ahrimán se puso a cantar.

No lo hacía con palabras ni sonidos musicales como nosotros, los *sapiens*. Cantaba con pensamientos y conceptos mentales que liberaban en mi mente colores, formas, recuerdos, impresiones... Abrí los ojos y me sentí con la cabeza llena de belleza y armonía jamás conocidas. Los neandertalenses que me rodeaban estaban totalmente ausentes, embelesados desde el comienzo del cántico de Ahrimán.

Cerré de nuevo los ojos, pero en esta ocasión para desechar la contradictoria perspectiva del mundo que me rodeaba, a fin de poder compartir más plenamente la visión que Ahrimán proyectaba directamente en mi mente.

Era al propio tiempo canción, poema, especulación, historia e informe. Se me mostraron los múltiples lugares por los que Ahrimán había viajado desde la última vez que estuvo en el poblado: comprendí que era un vagabundo, un nómada que servía de enlace entre las desperdigadas colonias de neanderlenses, al igual que los *sapiens* llegaríamos a unir nuestras comunidades con circuitos electrónicos.

Me fue dado contemplar los restantes poblados neanderlenses situados muy lejos algunos de ellos, en rocas heladas, al norte, o a lo largo de suaves costas, en cabañas construidas de paja y adobe que se agrupaban en las desnudas estepas, sentí la unidad de todas aquellas comunidades, los vínculos establecidos entre aquellas gentes y los lazos comunes de sangre y afecto que compartían. Aún llegó más lejos Ahrimán: nos confió sus propios pensamientos, las ideas y preguntas que llenaban su mente por las noches, cuando contemplaba el cielo estrellado. Nos mostró la armonía de los astros, los ritmos de los planetas mientras se deslizaban entre los puntos fijos de los fuegos nocturnos, la gloria del sol que había sido creado de frío polvo y que había obtenido su fuerza abarcando en apasionado y amante abrazo todas las miríadas de átomos.

Ahrimán nos condujo entre las estrellas y nos hizo vagar por reinos de belleza indescriptible. Luego, lentamente, con enorme reverencia y ternura, nos devolvió a la Tierra, a aquel claro del bosque, a aquel instante del tiempo.

Abrí los ojos y advertí que los neandertalenses no sabían llorar. Pero cuando Ahrimán hubo finalizado su cántico, las lágrimas se deslizaban por mis mejillas.

CAPÍTULO XLVI

Los neandertalenses no aplaudieron: no hubiera sido propio de ellos semejante manifestación ruidosa, pero con mi escasa y torpe habilidad telepática pude captar la enorme oleada de aprobación y agradecimiento que se extendió rápidamente entre todos los presentes. Algunos tenues silbidos y sordos murmullos evidenciaron su complacencia. Ahrimán respondió con algunas inclinaciones de cabeza agradeciendo su aprobación. Seguidamente la multitud se dispersó y todos regresaron a sus tareas.

Me enjuagué las lágrimas que empañaban mi visión y fui hacia él.

—Tú eres Orión, ¿verdad? —me preguntó silenciosamente.

Nos encontrábamos solos en el claro: todos habían desaparecido. Ahrimán me observaba expresando únicamente una gran curiosidad, como si nunca me hubiese visto. Comprendí que era yo quien tenía recuerdos, no él. Recordé los sentimientos que había experimentado cuando le vi por vez primera en aquella cámara que había creado en las profundidades de la tierra, en el siglo xx, y cuán confuso me había sentido entonces porque él lo sabía todo y yo todo lo ignoraba. A la sazón yo estaba al corriente de todos nuestros encuentros, de la Guerra y sus consecuencias, y él era tan inocente como un recién nacido y, sin embargo, se sentía confuso, inseguro.

—Me ha gustado mucho tu canción —dije en voz alta, sabiendo que él podía comprender el significado de mis palabras.

—Gracias.

No sabía qué decirle. Me pregunté hasta qué punto podía él profundizar en mi mente. Al parecer, a los demás les resultaba imposible leer mis pensamientos, adivinar mis recuerdos: bastante difícil me había resultado poder comunicarme en una conversación ordinaria. Pero los poderes telepáticos de Ahrimán eran muy superiores.

—¿De dónde vienes? —me preguntó, y me sentí auténticamente preocupado. O no podía escudriñar en mi mente o era demasiado cortés para intentarlo.

—De muy lejos —repuse. Hice una pausa y añadí—: Más lejos en el tiempo que en la distancia. Procedo del futuro, de miles de años en el futuro.

Asombrado, enarcó las espesas cejas.

—¿Del futuro?

—Habrás visto que no soy de vuestra especie.

—Es cierto.

—Nací hace más de cien mil años y he sido enviado a esta época.

Capté fugazmente en él la sensación de que yo debía estar loco, pero se esfumó rápidamente.

—Es absolutamente cierto —dije—. No sé cómo ha sucedido, pero he sido enviado a este tiempo y lugar.

—¿Enviado por quién?, ¿con qué fin?

Ignoré aquellas preguntas.

—Tú también aprenderás de un modo u otro a trasladarte por el tiempo y el espacio. Nos encontraremos muchas veces, en distintas eras...

—¿Dices que yo viajaré por el futuro?

Parecía auténticamente fascinado ante aquella posibilidad.

—Sí.

—¿Contigo?

Negué con un movimiento de cabeza.

—No viajaremos juntos, como si fuésemos compañeros. Pero nos encontraremos en el futuro una y otra vez.

Su rostro de rasgos graves se distendió en una amplia sonrisa.

—¡Viajar en el futuro! ¿Acaso el tiempo puede dominarse, desviarse como los hombres anudan un trozo de cuerda?

—Ahrimán —me sentí obligado a decirle—. En ese futuro, en esos tiempos venideros, seremos enemigos.

Su sonrisa desapareció.

—¿Cómo es posible?

—Cada vez que nos encontremos en el futuro, yo trataré de matarte y tú intentarás acabar conmigo.

—¡Eso es imposible! —exclamó instintivamente.

Comprendí que lo sentía realmente así: imaginar cualquier violencia le resultaba tan repugnante que hasta mí llegaba la sensación de rechazo que inconscientemente emitía.

—Me gustaría que fuese imposible —dije—, pero ya ha sucedido. En muchas ocasiones nos hemos encontrado y hemos luchado. Y más de una vez me has dado muerte.

Me miró a los ojos y percibí mentalmente un levísimo e inquisitivo toque. Hice una señal de asentimiento, me relajé y le permití que viera cuanto yo había experimentado: la Guerra, la inundación del período neolítico, el

bárbaro esplendor de Karakorum, la espléndida tecnología del reactor de fusión...

—¡No! —susurró Ahrimán con aquella voz tan torturada y desapacible que yo conocía perfectamente—. ¡No!

Estaba temblando, su poderoso corpachón se estremecía de pies a cabeza, se sentía asqueado y herido por las escenas que había presenciado en mi mente. Percibí sus pensamientos con tanta facilidad como si estuviera expresándolos por medio de un megáfono.

—¡No puede ser! ¡Es imposible que sea yo! ¡Yo no...! ¡Está loco! ¡Su mente está enferma y es perversa! ¡Nadie podría...! ¡Es imposible tanta muerte, tanta perversión y sadismo! ¡No! ¡Yo... no...!

Me dio la espalda y se marchó rápidamente, casi corriendo, alejándose del claro donde me encontraba.

Cerré los ojos e intenté desechar mis pensamientos. Cuando los abrí de nuevo, Ahrimán ya no se veía, pero varios hombres y muchos ancianos estaban en el borde del claro mirándome con expresión preocupada. ¿Habrían captado mis pensamientos o las reacciones de Ahrimán al conocerlos? ¿Qué me harían si supieran que había sido creado para matar al mejor de todos ellos?

Lentamente, con desgana, regresé a la casa de Tohón. Tunu estaba al pie del árbol conversando con algunos amigos y me recibió con su habitual sonrisa. Valiéndose de algunas señas me indicó que su padre estaba junto al río, donde crecían los árboles frutales, recogiendo comida para el festín que se celebraría aquella noche.

Le indiqué que había comprendido y subí por la escalerilla en dirección a la casa. Huyana tarareaba algo entre dientes mientras guisaba un caldo que despedía un aroma muy agradable en un pequeño fogón de la cocina. El puchero era una tosca y hueca calabaza de las mayores proporciones que había visto en mi vida, el fuego estaba encendido en un hueco del suelo revestido de piedras lisas. Por una estrecha hendidura del techo salía el humo. Me sentía mentalmente agotado y descontento de mí. Saludé a Huyana con una leve inclinación de cabeza. Anduve casi a rastras hasta mi habitación por la breve curva del pasillo y me dejé caer en el lecho.

Me despertó Tunu sacudiéndome ligeramente. Profirió un rápido y musical silbido y señaló por la ventana indicándome que era casi de noche.

—¡El festín! —me transmitió mentalmente.

Me pregunté si Ahrimán acudiría a aquel acontecimiento que se celebraba en su honor o si las terribles visiones que le había mostrado habrían

provocado su huida.

Cuando llegué le encontré sentado con las piernas cruzadas entre los ancianos del poblado. La enorme hoguera que presidía la ceremonia en el centro del claro nos envolvía en una luz cálida, roja y vacilante. Los poderosos troncos de los árboles nos rodeaban, como las columnas de templos que aún debían ser contruidos, proyectando sus sombras en el bosque, de modo que el claro constituía un círculo de luz entre profundas oscuridades. Inconscientemente había esperado encontrarme con música, retumbar de tambores, la silueta de los bailarines recortándose contra la fantástica luz del enorme fuego; en lugar de ello los allí reunidos estaban tranquilos, casi silenciosos, exceptuando un murmullo general consistente en sonidos susurrantes, gruñidos y algún tenue silbido.

Sin embargo, mentalmente reían y charlaban entre sí intercambiando anécdotas y cánticos felices. Podía captar retazos de sus comunicaciones, como un radiorreceptor de escasa potencia que interceptase fragmentos de emisiones procedentes de distintas emisoras haciendo girar el dial.

Mas cuando miraba a mi alrededor sólo advertía un absoluto silencio. Examiné el rostro de Ahrimán, que seguía sentado junto al fuego: permanecía tan impasible como una estatua de granito. Aunque los ancianos que se encontraban a su lado no parecían preocupados, respetaban su necesidad de aislamiento e intimidad. Comprendí que esperaban que más tarde nos obsequiara con otra canción.

La hoguera cumplía una función estrictamente ceremonial puesto que la comida había sido preparada por las mujeres en sus propios domicilios. No había carne de venado ni lechones asados, ni la gente narraba anécdotas tratando de destacar su astucia y valor. Por el contrario, los neandertalenses se alimentaban principalmente de vegetales, huevos, nueces y bayas y bebían zumos de frutas o agua fresca del río que traían los jóvenes más veloces. La escasa carne que comían procedía de animales escogidos de sus rebaños y la ofrecían como un manjar exquisito, un obsequio especial con el que honraban a su huésped.

Desde el lugar que ocupaba entre los ancianos, Ahrimán no dejaba de observarme. Yo me sentaba con Tohón y su familia a una docena de metros de distancia del arco que los neandertalenses habían formado en torno al fuego. Sentía en el rostro el calor de las llamas y sudaba, pero no solamente por causa del fuego.

Durante la comida capté retazos de las conversaciones generales, aunque nada procedente de Ahrimán. Sin embargo, cada vez que le observaba, veía

sus ojos fijos en mí. La expresión de su rostro era más que sombría: parecía estar sufriendo una agonía mortal. Ya sabía a qué atenerse respecto a mí. Había comprendido que no estaba loco, que le había dicho la verdad. La incógnita radicaba, pues, en la decisión que finalmente adoptaría.

Cuando todos hubieron satisfecho su apetito, se intensificaron los murmullos dirigidos a Ahrimán. Percibí mentalmente sus insistentes ruegos para que les dedicara otra canción. Ahrimán permaneció largo rato sentado con la cabeza inclinada, como si tratara de ignorar sus peticiones, pero ellos arreciaron en su empeño, aunque todo se desarrolló en el más absoluto silencio. Los coros mentales crecían por momentos; no le permitirían irse sin disfrutar de otra actuación suya.

Por fin levantó la cabeza y la agobiante insistencia se interrumpió tan bruscamente como si hubiera sido cortada por una guillotina. Me miró con frialdad y se puso en pie lenta y dolorosamente.

Los neandertalenses respiraron aliviados, felices ante la expectativa de ver satisfechos sus deseos. Para muchos de ellos, no obstante, aquél fue su último suspiro.

Una luz roja y tenue como un lápiz procedente de un fusil de rayos láser cruzó las tinieblas entre los árboles, sobre la cabeza de Ahrimán, que se cubrió el rostro con las manos y se echó a un lado esquivando otros rayos que relampagueaban entre los árboles. Oí el estrepitoso alarido de los soldados *sapiens* que, cubiertos con sus blancas armaduras, se precipitaban hacia el claro.

Disparaban a quemarropa sobre los neandertalenses, sus destellos destrozaban a hombres, mujeres y niños al igual que una navaja afilada destriparía un muñeco de trapo.

Entonces me enteré de que los neandertalenses sabían gritar. El dolor y el pánico les arrancaban los mismos aullidos propios de cualquier animal salvaje, como los hubiésemos proferido nosotros mismos.

Eran únicamente unos doce soldados *sapiens*, pero iban armados con fusiles láser. Los neandertalenses se levantaron rápidamente y corrieron en todas direcciones perseguidos por aquellos rayos abrasadores que los exterminaban. Mientras Tohón buscaba a su hija, un soldado cubierto con un casco con visor se acercó a nosotros. Al verme vaciló un instante, sorprendido sin duda al encontrarse con uno de los suyos entre aquellos brutos que se proponían asesinar. Yo estaba desarmado y, aún peor, con la mente en blanco. No sabía qué hacer ni hacia dónde huir.

Tohón echó a correr llevando a Yoki en brazos. El soldado disipó todas sus dudas disparando contra ellos. Sus cuerpos quedaron tendidos en el suelo cubiertos de sangre.

—¡No! —exclamé—. ¡Basta!

Agité los brazos y corrí hacia el soldado vociferando como un energúmeno. Él intentó echarse a un lado y disparar contra Huyana, que se había quedado como paralizada junto a los cadáveres de su marido y su hija. Le arrebaté el fusil y, cuando trataba de recuperarlo, Tunu se abalanzó sobre su cuerpo y le derribó.

Cogí el arma mientras que Tunu, desesperado y lleno de odio, cogía una piedra con ambas manos y aplastaba el cráneo del soldado abollando y hendiendo finalmente la armadura plástica con sus rápidos golpes. La sangre manó en abundancia por el aplastado visor hasta que el soldado se quedó rígido e inerte.

Paseé mi mirada en tomo observando la carnicería que habían provocado los soldados. Los neandertalenses yacían grotescamente tendidos por doquier y los supervivientes huían buscando el relativo refugio de los árboles y la oscuridad. El fuego ardía con fuerza proyectando brillantes destellos en la blanca armadura de los soldados. Yo tenía un fusil de rayos láser en las manos y curvaba el dedo en el gatillo.

Pero no podía apretarlo; no podía disparar contra aquellos soldados. Detrás de aquellos visores anónimos podían encontrarse Marek, Lissa o incluso Adena: no podía dispararles ni siquiera para salvar a los indefensos neandertalenses.

¿Estaban en realidad indefensos? Un soldado estaba tendido en el suelo y dos perros salvajes de aspecto maligno le mordían. Ahrimán había asido a otro de ellos por detrás y le mantenía los brazos sujetos a ambos lados con sus poderosas manos mientras un compañero suyo le arrebató el casco al soldado y le estrangulaba. Seguidamente Ahrimán le arrebató su fusil y comenzó a disparar contra sus enemigos.

Los *sapiens* se dispersaron entre las sombras de los árboles y desaparecieron tan rápidamente como habían llegado. Durante unos momentos que me parecieron eternos, permanecimos inmóviles, jadeando de miedo e ira. La sangre de treinta y ocho víctimas empapaba la tierra. Arrojé el arma al suelo, me incliné para quitarle el casco aplastado al soldado que estaba muerto a mis pies, y una abundante melena rubia cayó sobre sus hombros, enmarañada y sucia de su propia sangre.

Tunu se arrodilló a su lado profiriendo mentalmente escalofriantes gemidos de dolor y agonía. Al principio no pude encontrar a Huyana; luego reconocí su cuerpo cercenado en el borde del claro.

Ahrimán avanzó por aquel campo de muerte sosteniendo un fusil en su poderosa mano hasta que se detuvo delante de mí. Tenía los ojos enrojecidos por el dolor.

—¡Han sido tus semejantes, Orión! —dijo con su susurro atormentado—. ¿Por qué?

No pude responderle, no podía hacer ni decir nada. Le di la espalda, me alejé de él y de toda aquella carnicería, y eché a andar por el oscuro bosque.

CAPÍTULO XLVII

Me sumergí totalmente en la negra noche. A medida que avanzaba, sentía más frío: me estremecía el horror que sentía en mi interior. El bosque estaba absolutamente silencioso, no se oían los gritos de las lechuzas ni el chirrido de los grillos. Únicamente silencio, oscuridad y frío.

Ignoro cuánto tiempo anduve solo, sin rumbo fijo. No podía regresar al poblado y enfrentarme a los acusadores rostros de los neandertalenses; no podía soportar la presencia de Ahrimán, comprobar cómo aprendía a odiar, a matar, a hacer de la venganza el único móvil de su existencia.

Distinguí una luz que resplandecía ante mí y creí que estaba amaneciendo. Pero mientras avanzaba hacia ella, agobiado por los remordimientos, vi que los árboles se desdibujaban, desaparecían literalmente y la luz era un resplandor dorado de origen desconocido que iluminaba una desnuda y monótona llanura que se extendía por doquier hacia el infinito.

A lo lejos me aguardaba una solitaria figura cuyas ropas despedían argenteos destellos. Comprendí que era Anya y encaminé mis pasos hacia ella, incapaz de apresurarme, deseando retrasar el momento final. A medida que me acercaba apareció ante mí otra figura, taciturna y sombría: Ahrimán seguía encerrado en su prisión de energía mirándome con encendida furia. Estaba mucho más envejecido que el Ahrimán que yo acababa de conocer: el odio y el dolor le habían castigado más que el tiempo.

Escudriñé el rostro de Anya a medida que me acercaba a ella y leí en sus ojos luminosos la tristeza de la eternidad.

—Ahora ya lo sabes todo —me dijo.

Hice una señal de asentimiento.

—Lo sé todo, exceptuando lo más importante: la respuesta. ¿Por qué todo esto?

—Eso debes preguntárselo a Ormuzd.

—¿Dónde está?

Se encogió de hombros y me sonrió sin alegría.

—Está aquí: puede vemos y oímos...

—Pero está demasiado avergonzado para dejarse ver, ¿no es eso?

Anya pareció sorprenderse.

—¿Avergonzado, Orión?

Dirigí una mirada a la dorada bóveda que brillaba sobre nosotros.

—¡Hazte presente, Ormuzd! ¡Ha llegado el momento de rendir cuentas! ¡Muestra tu rostro asesino!

El vacío pareció contraerse en una dorada burbuja, una esfera resplandeciente que se deslizó hacia abajo yendo a nuestro encuentro.

—¡Aquí estoy! —dijo una voz procedente de aquel globo.

—¡Comparece en forma humana! —exigí—. ¡Quiero ver un rostro, deseo poder observar tu expresión!

—Presumes mucho, Orión —repuso la esfera dorada.

—Te he servido bien, merezco cierta consideración.

La esfera tremoló y se diluyó en la nada y la alta y áurea forma de Ormuzd apareció ante nosotros sonriendo, en parte divertida y en parte tolerante hacia la insolencia de una criatura menor.

—¿Te place así? —preguntó.

Observé a Anya, cuyo rostro sólo reflejaba temor.

—¿Por qué? —pregunté a Ormuzd—. ¿Por qué matar a los neandertalenses? ¡Eran inofensivos!

—Precisamente por eso, eran inocuos, inofensivos. Estaban magníficamente adaptados a su entorno. —Extendió las manos en un claro ademán de resignación.

—¿Por qué destruirlos entonces? ¿Por qué iniciar una guerra?

—Porque eran un punto muerto en la evolución, Orión. Nunca habrían progresado del estado en que los encontraste.

—¿Cómo puedes saberlo?

Se echó a reír.

—¡Oh, miserable criatura! ¡Lo sé muy bien! He estudiado todos los posibles senderos del continuo. Hubieran vivido su idílica existencia en el tiempo que les hubiera sido asignado y luego se hubieran extinguido como los dinosaurios.

El rostro de Ahrimán estaba contraído por la angustia. Podía oír nuestras palabras, pero le era imposible mover un solo músculo contra nosotros.

—Créeme, Orión —prosiguió Ormuzd—. Examiné todas las posibilidades, incluso trasplanté algunos de ellos a distintos planetas para ver si evolucionaban de un modo más eficaz, pero las mejoras fueron insignificantes.

—Pero eso no justifica... su aniquilación.

—¿Lo crees así? —replicó bruscamente—. De todos modos tenían que morir. Las ciegas fuerzas de la naturaleza los habrían exterminado antes o

después. Yo me limité a sustituirlas por una fuerza directa acelerando su desaparición. Los ayudé a salir de su miseria con más eficacia que la propia naturaleza.

—Su existencia no era miserable.

Ormuzd me dirigió una tímida sonrisa.

—Orión, permíteme una metáfora, por favor.

—¿Con qué derecho cometiste un genocidio? —pregunté en tono exigente—. ¿Quién te ha hecho dispensador de vida y muerte?

Levantó una mano. El resplandor dorado que nos rodeaba se ensombreció y en las tinieblas se recortaron las líneas chispeantes de los relámpagos.

—¡Tengo el poder! —dijo con voz tonante—. ¡Por eso tengo derecho!

Anyá levantó sus manos en el aire. Los relámpagos se desvanecieron y la dorada y monótona extensión recobró su antigua apariencia.

Ormuzd la obsequió con una leve inclinación de cabeza.

—Desde luego, también otros poseen poderes, no tantos como yo, pero suficientes para efectuar algunos pequeños trucos.

Ahrimán paseaba su mirada de uno a otro.

—¡Pregúntale por qué decidió eliminar a los neandertalenses, Orión! ¡No consientas que te confunda! ¡Pregúntale por qué lo hizo!

—¡Sí! —respondí—. ¡Deseo conocer la razón!

—Lo decidí así.

—Ésa no es una respuesta —insistí.

—Vuestros científicos justifican su desaparición recurriendo a la evolución que se produjo durante más de un siglo —dijo—. Pues bien, yo soy la evolución, Orión. Yo dirijo las idas y venidas de vuestro pequeño mundo.

Miré a Anyá, que me hizo una breve seña incitándome a proseguir.

Pero aún no había concluido.

—Consideremos un pequeño y prometedor mundo llamado Tierra, poblado por una especie de criaturas inteligentes y bípedas que pueden comunicarse entre sí de modo directo, mentalmente, que controlan a los animales menores y a las plantas que los rodean y que se han adaptado perfectamente a su entorno. Aburridísimo, Orión, y carente de sentido: jamás progresarían.

—¿Porqué tendrían que progresar?

Hizo caso omiso de mis palabras y prosiguió:

—De modo que los borré del mapa. Acaso te parezca cruel, pero era necesario. Creé una raza de guerreros, de soldados, para llevar a cabo la cruenta tarea de eliminar a los nativos. A esa raza perteneces tú. Tú y todos

los *sapiens* fuisteis destinados a matar. Os complacéis en ello. Cuando no podéis encontrar una razón para mataros entre vosotros mismos, sacrificáis a las bestias indefensas que os rodean. Todos vosotros sois poderosos cazadores.

Recordé cuán fácil y cruelmente había asesinado a otros seres de mi propia especie y las expediciones de caza en las que nos habíamos empapado con la sangre de indefensos animales y temblé de vergüenza e ira contra el dios que nos había hecho de aquel modo.

—Así que os asigné la función de eliminar a los neanderlales. Otros seres de tu especie construyeron máquinas enormes en un mundo que llamáis Titán, las cuales podían alterar las radiaciones solares para provocar períodos glaciales en la Tierra. Los glaciares acabaron de eliminar a los indígenas del planeta... así como a las criaturas asesinas que yo había creado.

—Pero no sucedió así.

—No, Orión, no fue así. —Parecía divertirse todo aquello—. Tú les ayudaste a sobrevivir. Tú enseñaste a aquella última escuadrilla de guerreros sedientos de sangre cómo podían vivir en la Tierra: en lugar de un ejército autodestructor de asesinos, conseguisteis una raza autoperpetuadora de *Homo sapiens sapiens*. Gracias a ti, Orión.

—¡Entonces debimos morir en el período glacial!

Aquella noticia me dejó vacío, me dio la sensación de que caía de los cielos al infierno.

—Sí, desde luego. Me proponía crear una raza auténticamente superior. Ni en tus más imposibles sueños podrías imaginar las criaturas que habría engendrado. Los ángeles con los que fantaseáis los seres de tu especie no son nada comparados con los que yo habría creado.

Anyá interrumpió su discurso en tono frío y tajante:

—Pero los *sapiens* vivieron y dominaron la Tierra. Y tú los habías hecho tan excelentes guerreros que no pudiste arrojarlos de ella.

—Sí —admitió Ormuzd dirigiéndome una feroz mirada—. Y al mismo tiempo descubrí que ése... —señaló con la cabeza al sombrío y taciturno Ahrimán— había sobrevivido a la carnicería y que, de algún modo, había obtenido poderes que casi se igualaban a los míos.

—Y entonces fue cuando me creaste —concluí.

—Te creé para que acabases con Ahrimán antes de que él encontrara el medio de destruir todo cuanto yo había construido. Sí, le creé... demasiado perfecto.

La cabeza me daba vueltas.

—Pero si sabías todo eso, si podías escudriñar todos los senderos del continuo y prever lo que sucedería...

—Ese es un pensamiento lineal, Orión —dijo Anya—. Los acontecimientos se suceden de modo paralelo, no en secuencias. Lo que tú experimentas como tiempo, como un progreso del pasado por el presente hacia el futuro, está sucediendo en realidad de modo simultáneo. Causa y efecto son intercambiables, Orión. Mañana y ayer coexisten.

—Sigo sin comprender...

—No es necesario que comprendas —intervino Ormuzd—. Aunque hayas avanzado a ciegas, has satisfecho mis deseos. Ahrimán ha sido atrapado para siempre: el continuo está a salvo.

—¡Tú estás a salvo! —dijo Anya.

—¡Y tú! —repuso él.

Ella se volvió de nuevo hacia mí.

—Aún no te has enterado de por qué ha hecho lodo esto, Orión. Te esquivas constantemente sin darte a conocer la razón fundamental.

Me sentí profundamente indefenso.

—¿Se lo digo yo? —preguntó Anya.

Ormuzd cruzó los brazos sobre el pecho.

—¡De todos modos piensas hacerlo!

Anya sonrió amargamente.

—Te creó y creó a aquellos que consideras seres humanos a fin de utilizarlos para acabar con los neanderlales porque, sin los humanos, nosotros, los dioses, jamás habríamos existido.

Escuché aquellas palabras, pero su significado seguía siendo tan oscuro para mí como si no las hubiera oído.

—Ormuzd comprendió que los neanderlales llegarían a extinguirse sin dejar nada, de modo que creó a los *sapiens* para que los eliminasen, para limpiar la Tierra y preparar el camino a una nueva raza...

—... que superaría a los ángeles —murmuré.

—Pero lo que en realidad sucedió —prosiguió Anya— fue que los humanos aprendisteis a maniobrar y controlar vuestra propia evolución, a manipular los genes de vuestras células. Asumisteis el control de vuestro propio destino y, al cabo de muchos milenios, llegasteis a metamorfosearos en nosotros...

—¿Nos convertimos en dioses?

—Os transformasteis en criaturas como nosotros —dijo Anya—. En criaturas de energía pura que pueden controlar y manipular la energía para

adoptar la forma que desean, criaturas que comprenden el más recóndito funcionamiento del continuo, que pueden trasladarse por el tiempo y el espacio tan fácilmente como si pasearan por un bosque.

Me volví hacia Ormuzd y exclamé:

—¡Nos convertimos en vosotros!

Ormuzd nos miraba torvamente.

—¡Nosotros os creamos! —grité.

—Ahora podrás comprender por qué Ormuzd decidió destruir a los neandertalenses: si hubieran vivido los humanos nunca habierais sido creados y nosotros tampoco habríamos llegado a existir.

—¡Pero existís!

—Sí, y nos guiamos por las mismas reglas inexorables que unen todo el continuo. Ormuzd tenía que obrar como lo hizo: de otro modo este continuo, este universo, se habría derrumbado y extinguido.

No podía disimular ante ellos la profunda confusión que me dominaba: pasado y futuro, vida y muerte... todo era un inmenso y vertiginoso remolino. Todo el universo giraba locamente y en sus constantes giros se formaban galaxias en rápida corriente, engendrando estrellas y planetas y criaturas que luchan y mueren...

—Ésa es toda la verdad, Orión. —La serena voz de Anya interrumpió mi agitación.

—Ahora podrás comprender cuán necesario era —dijo Ormuzd.

—Los neandertalenses tenían que morir para que nosotros pudiéramos vivir y evolucionar hasta convertirnos en vosotros.

Ormuzd asintió sonriente.

—En un principio yo no pretendía que fuese así, pero funcionó bastante bien.

Ya no podía mirar directamente a Ahrimán. En lugar de ello pregunté a Ormuzd:

—¿Y qué será de mí?

Su expresión se iluminó. Me sonrió condescendiente, como un creador benigno y generoso.

—Te concederé el don de la vida, Orión, una magnífica vida humana en la era que escojas.

—¿Y después la muerte?

Enarcó las cejas.

—Si escoges una era apropiada la existencia humana puede ser muy larga, incluso podrías vivir durante siglos.

—¿Y tú? —pregunté a Anya.

Ormuzd intervino sin darle tiempo a responder:

—Hemos evolucionado fuera de la humanidad, Orión. Ya no somos humanos. Como tampoco tú eres un mono homínido.

—De modo que viviré en la Tierra sin ti —le dije a Anya.

—Puedo darte más de una vida —ofreció Ormuzd—. Puedes vivir durante miles de años si lo deseas.

Sentí como si el corazón se me hundiera en el más profundo océano.

—¿De qué me sirven una o muchas vidas sin ti, Anya?

Ella avanzó un paso en dirección a mí y me tendió la mano.

Pero entonces me volví a Ahrimán, que seguía indefenso en su eterna prisión.

—¿Para esto contribuí a extinguir a su especie? ¿Para esto le conduje a ese infierno viviente?

—¡Salvaste a tu propia especie! —exclamó Ormuzd.

—¡Te salvé a ti, a los tuyos!

Me volví nuevamente a Anya y le dije:

—¡Ponlo en libertad! ¡Usa el poder que tienes para que quede libre!

Ella me miró boquiabierta.

—¿Qué estás diciendo? —gritó Ormuzd.

—¡Deja a Ahrimán en libertad! —dije—. ¡Mátame si ya no te soy de utilidad, pero devuélvele la vida a él y a los suyos!

—¡Jamás! —replicó Ormuzd.

Pero yo seguí insistiéndole a Anya.

—¡Hazlo aunque ello signifique el fin de todo! ¡Libérale! ¡Deja que él y los suyos tengan una oportunidad en la Tierra! ¡Déjalos vivir!

—¡Eso significaría la destrucción de todos nosotros! —gritó Ormuzd—. ¡No lo permitiré!

—¡Si no podemos vivir juntos —dije a Anya—, entonces muramos juntos!

Sus grises ojos hacían vibrar mi alma. Me miró, luego observó a Ahrimán y finalmente se volvió a Ormuzd.

—¡No lo hagas! —gritó éste—. ¡Ahora él se ha enterado telepáticamente de todo cuanto sabemos, ha visto lo que hay en nuestras mentes y ha asimilado nuestros conocimientos del continuo!

—Sí —dijo Anya—, así es.

—¡Y usará esos conocimientos para destruir el continuo! —gritó frenético Ormuzd mientras su imagen se agitaba trémula y vacilante.

—Orión tiene razón —repuso Anya quedamente como si estuviera comentando un tema de filosofía abstracta—. La especie de Ahrimán merece una oportunidad. Ya nos hemos resistido bastante.

—¡No te lo permitiré! —vociferó Ormuzd.

Y se convirtió de nuevo en un globo de áureos reflejos. Pero Anya persistió en su forma humana. Extendió sus manos hacia Ahrimán.

Un relámpago brilló cegadoramente, oí gritar a Ormuzd en tanto yo cerraba los ojos y sentía borbotear mi carne ante el terrible torrente de energía que se había liberado. El resplandor me quemó los cerrados párpados, ardió en mis ojos, abrasó tan profundamente mi cerebro que no sentí más que la ardiente luz mientras los átomos de mi cuerpo estallaban como una lluvia de efímeros estallidos de energía.

Sin ojos y sin cuerpo presencié cómo se desplomaba el continuo precipitándose confusamente toda la materia y la energía del universo en un titánico y oscuro remolino de espacio-tiempo, en un negro agujero multidimensional que giraba sobre sí mismo, en el que planetas, estrellas y galaxias eran absorbidos o sacudidos, disgregados y digeridos en una primitiva bola de fuego.

Finalmente todo ello estalló en un silencioso e inconmensurable espasmo de nueva creación.

EPÍLOGO A

No soy un superhombre.

Poseo habilidades que exceden a las de cualquier criatura normal, pero soy tan humano y mortal como cualquier otra persona.

Sin embargo, soy un hombre solitario. Me he pasado la vida solo, obsesionado por extrañas pesadillas; cuando estoy despierto, acuden a mí velados recuerdos de vidas distintas, de otras existencias tan fantásticas que sólo pueden ser compensaciones de mi subconsciente solitario e introvertido.

Como tengo por costumbre, acudí a almorzar tardíamente al pequeño restaurante próximo a mi despacho en el que como casi cada día. Ocupé la mesa de costumbre y estuve jugueteando con la comida mientras meditaba que gran parte de mi vida había transcurrido entre soledad.

Dirigía casualmente la mirada a la puerta del restaurante cuando ella entró. Era extraordinariamente hermosa, alta y graciosa, con los cabellos del color de la noche y radiantes ojos grises que parecían guardar en ellos toda la eternidad del mundo.

—¡Anyá! —murmuré para mí.

Aunque no tenía ni idea de quién se trataba, me sentía exultante de alegría, como si la conociera hacía siglos.

Ella también parecía conocerme, pues avanzó sonriendo hacia mi mesa. Me levanté de la silla, dichoso y confundido al mismo tiempo.

—¡Orión! —exclamó.

Me tendió una mano, que cogí entre las mías. Me incliné a besarla y le ofrecí una silla. El camarero se acercó y ella pidió un vaso de vino tinto. El hombre marchó pesadamente hacia la barra.

—Siento como si te hubiera conocido toda la vida —le dije.

—Nos conocemos hace muchas vidas —repuso con voz muy femenina—, ¿no lo recuerdas?

Cerré los ojos para concentrarme y acudió a mi mente un remolino de recuerdos que me quitaron la respiración. Vi un globo grande y resplandeciente de luz dorada, la sombría y taciturna figura de un ser fiero y maligno, un bosque de árboles gigantescos, un enorme desierto barrido por el viento y un mundo de infinito hielo y nieve. Y allí se encontraba ella, aquella

mujer vestida con una armadura plateada que resplandecía contra el oscuro infinito.

—Yo... recuerdo... la muerte —balbucí—. Todo el mundo, el universo entero... el espacio-tiempo derrumbándose...

Ella asintió gravemente.

—Y renaciendo en un nuevo ciclo de expansión: eso fue algo que ni Ormuzd ni Ahrimán habían previsto. El continuo no acaba: comienza de nuevo.

—Ormuzd —murmuré—. Ahrimán.

Aquellos nombres hacían vibrar una fibra sensible en mi mente. Sentí crecer la ira en mi pecho, ira no exenta de miedo y rencor. Pero no podía recordar quiénes eran y por qué despertaban tan intensas emociones en mí.

—Están lejos de aquí —dijo—, siguen luchando a brazo partido. Pero gracias a ti saben que el continuo no puede ser destruido tan fácilmente, que persiste.

—Tú estabas en todas aquellas otras existencias que recuerdo...

—Sí, como estaré en ésta.

—Entonces te amaba...

—¿Me amas ahora? —preguntó con una sonrisa que iluminó el mundo.

—Sí.

Y era muy cierto. Lo sentía en todos los átomos de mi ser.

—También yo te amo, Orión. Siempre te he amado y nunca dejaré de quererte.

—Pero debo partir en breve —protesté.

—Lo sé.

Por encima de su hombro, a través de la ventana del restaurante, pude distinguir todo el espectacular creciente de Saturno suspendido en el horizonte, dividido por la tensa línea de sus anillos. Más arriba, el cielo de Titán proyectaba su habitual resplandor anaranjado. La nave espacial estaba en su órbita, esperando a que ultimásemos los preparativos para embarcar.

—Estaremos ausentes veinte años —dije.

—Sí, viajaremos al sistema sirio.

—Es un viaje muy largo.

—No tanto como algunos que ya hemos hecho, Orión —repuso—. Y como otros que emprenderemos algún día.

—¿Qué quieres decir?

—Te lo explicaré por el camino —sonrió de nuevo—. Tendremos mucho tiempo para recordarlo todo.

El corazón me dio un vuelco en el pecho.

—¿Tú vienes también?

—¡Naturalmente! —repuso riendo—. Hemos resistido juntos la destrucción y el renacer del universo, Orión. Hemos compartido muchas vidas y muchas muertes. A partir de ahora no pienso separarme de tu lado.

—Pero no he visto tu nombre en la lista de tripulantes. No figuras en...

—Ahora sí. Viajaremos a las estrellas juntos, amor mío. Nos espera una existencia larga y plena. Y quizá algo más que eso.

Me incliné sobre la mesa y la besé en los labios. Por fin había concluido mi soledad y me sentía capaz de enfrentarme a cualquier cosa en el mundo. A su lado podría desafiar al universo.

Impreso en
Talleres Gráficos “Duplex S.A.”
Ciudad de la Asunción, 26-D
08030 - Barcelona



BEN BOVA - Benjamin William Bova (Filadelfia, Pensilvania, EE. UU., 8 de noviembre de 1932 - Naples, Florida, EE. UU., 29 de noviembre de 2020) fue un periodista, editor y escritor estadounidense de ciencia ficción, más conocido por estar a cargo del trabajo editorial en *Analog Science Fiction and Fact* tras el fallecimiento de John W. Campbell en 1971 y en la revista *Omni* entre 1978 y 1982.

Se graduó en periodismo por la Universidad de Temple y trabajó varios años en diversas publicaciones antes de colaborar en el proyecto Vanguard, el primer satélite norteamericano. Además de su labor como periodista, ha colaborado con numerosos artículos y relatos de ciencia ficción en los más importantes diarios y revistas norteamericanos, como *Science Digest*, *Science 84*, *The New York Times*, *Playboy*, *The Washington Post*, *Vogue* y *Penthouse*. Ha trabajado para el Office of Technology Assesment, departamento asesor del Congreso Norteamericano, ha sido presidente de la National Space Society y miembro de otras muchas sociedades de ciencias del espacio. Ha participado en numerosos programas de radio y televisión. Ha obtenido, entre otros, los premios Science Fiction Achievement (seis veces), E. E. Smith Memorial for Imaginative Fiction (1974), Bairog (1983) e Inkpot (1985). Sus libros, más de sesenta y ocho novelas de ciencia ficción y ensayos

sobre temas espaciales y futuristas, han tenido un gran éxito y se han traducido a multitud de idiomas.